

Sin Mar

2



*Y que te
quedes*

Cherry Chic

Y que te quedés

Cherry Chic

Copyright

Primera edición: mayo, 2017

© 2017, Cherry Chic

© De la cubierta: Red lips

© De la fotografía de la cubierta: shutterstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son productos de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

ISBN-13: 978-1545531952

ISBN-10: 1545531951

A mis padres,
guardianes incansables
de todos mis sueños.

ÍNDICE

Copyright

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[Epílogo](#)

[Contenido extra](#)

[Nota](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Quizás si te lo digo así, al fin te quede claro.
Que tú no eres mi plan A, no eres mi primera opción.
no encabezas mi lista.
Porque no hay más planes, más números, ni siquiera hay lista.
Estás tú y nada más.
Y si quieres, yo a tu lado.

Carlos Miguel Cortés (Intranerso)

Prólogo

Le pongo un poco más de esencia de vainilla a la masa para hacer las galletas que estoy preparando y meto las manos para mezclarlo todo muy bien, como pone en el libro. Alex está a mi lado poniendo papel de horno en la bandeja y, aunque no lo hace a la perfección, no le digo nada, porque es el único que ha querido ayudarme. Mi hermano Alex es un idiota algunas veces, pero otras se porta bien y me ayuda, como hoy. Y solo he tenido que amenazarle un poquito con chivarme a papá de que fue él quien rompió la maceta de Conchi, una vecina nuestra, de un balonazo. Menos mal que siempre se está portando mal, como Julieta, otra hermana mía, porque así puedo obligarlos a hacer lo que yo quiero. Con Amelia, que es otra hermana más, lo tengo más difícil, porque encima de ser buena casi siempre, es una llorona, así que, si la obligo a hacer algo, en cuanto papá llega de trabajar se entera y me la cargo.

—¿Puedo amasar yo? —pregunta Alex.

—No.

—¿Por qué? Sé hacerlo mejor que tú.

—No es verdad. Yo sé cocinar y tú no, porque eres un niño, tonto y, además, la idea ha sido mía.

—Pero...

—Y soy mayor que tú.

—¡Pero casi nada! —dice él quejándose y alzando los brazos—. ¡Te crees muy importante y muy chula solo porque te pescaron la primera de la barriga de mamá!

—¿Que no digas pescar! ¿No ves que es feo y papá se pone triste cuando lo oye?

—Julieta dice que la barriga de mamá era una piscina de patos como las de la feria y que el médico solo tuvo que pescarnos. Tuviste suerte de ser la primera.

—Julieta está loca.

—Por lo menos ella no se cree que es mi madre —dice Alex enfurruñado.

Se enfurruña mucho, pero porque se cree todo lo que Julieta dice. La verdad es que a mí no me gusta nada tener tres hermanos más y todos con la misma edad que yo. Somos cuatrillizos, no nos parecemos en nada por fuera y mamá murió cuando nos tuvo. Al principio nos decían que estaba en el cielo, pero yo no lo creo, aunque mis hermanos sí, porque como ya he dicho, son pequeños y, claro, se lo creen todo.

La verdad es que somos muy distintos para ser cuatro: Alex tiene el pelo moreno y los ojos azules, como Amelia, son los únicos que se parecen un poco. Mi hermano es muy guapo, pero no se lo digo nunca porque si no se pone chulo e insoportable. Le gusta jugar a las espadas, pero se enfada cuando pierde porque odia que las chicas le podamos. Amelia es una llorona, ya lo he dicho, pero es que siempre está llorando. Una vez lloró porque Alex pisó una mariposa. No fue bonito de ver, pero tampoco para llorar. Julieta, mi otra hermana, tiene el pelo y los ojos marrones y, según papá, nunca, jamás, tiene una idea buena. Todas son regulares, malas o pésimas. Le gusta disfrazarse y darnos sustos, aunque yo no me asusto de nada, porque soy la mayor y la más valiente. Me llamo Esmeralda, tengo los ojos verdes, la piel blanca, el pelo marrón claro y, además, soy la única que sabe cocinar, por eso estoy haciendo galletas de mantequilla para papá, aprovechando que la canguro se ha ido media hora antes de que él llegue porque tiene que quedar con su novio para morrearse, aunque a mi padre le ha dicho que tiene un examen importante.

—¿Tenemos lechuga? —pregunta mi hermana Julieta entrando por la puerta de la cocina, que da al jardín trasero. Trae una caja de zapatos sujeta con las dos manos y la ropa llena de tierra—. ¿Queréis ver una cosa genial?

—No —contesto yo.

—¡Sí! —dice Alex.

—Pues mirad, mirad.

Se acerca a nosotros y nos enseña el interior de la caja. Hay un gusano gordo, blanco y asqueroso que se mueve dejando un rastro de babas.

—¡Qué asco! —digo yo.

—¡Cómo mola! —Mi hermano Alex y yo en esto no nos pondremos de acuerdo nunca.

—¿Qué dices, Esme? ¿Quieres revuelto de gusano para comer? —Empieza a reírse mientras lo coge con dos dedos y lo pone delante de mis narices—. ¡Al rico gusanito! ¡Ñam, ñam!

Me encantaría gritar de asco, porque sé que lo hace para fastidiarme, pero no voy a darle el gusto. Tengo las manos enterradas en la masa y solo puedo pensar que como el gusano caiga dentro y no pueda hacer las galletas para papá, Julieta se la va a cargar.

—Eres imbécil.

—¡Ñam, ñam! Venga, Esme, no te quejes que esto te lo pongo en la carita, te come todas las pecas y así ya no te tenemos que escuchar más.

No contesto, porque no merece la pena. Mi hermana Julieta tiene pecas, Amelia también, y hasta Alex tiene algunas, pero ninguno tantas como yo, que las tengo encima de la nariz y bajo los ojos. Las odio, porque parece como si me hubiesen pintado con un rotulador marrón lunares por todas partes y estoy deseando ser mayor para poder maquillarme y que no se vean. Y para tener tetas, también, porque de momento estoy plana. Papá dice que es normal con ocho años estar plana, pero nuestra amiga María ya tiene y su madre le compra sujetadores deportivos porque ya es una mujercita. Julieta le preguntó a papá quién nos va a llevar a nosotras a comprar sujetadores de mujercitas cuando tengamos tetas, pero papá dijo que ya hablaremos de eso cuando llegue el momento. Luego se fue del salón mientras disimulaba y nosotras nos quedábamos con la cara arrugada, porque no nos gusta cuando papá nos dice que tenemos que esperar para hablar de algunos temas.

—¡Julieta! —grita Amelia entrando en la cocina, pero por la puerta del salón—. Suelta a ese pobre animal en la caja.

—¡Es mi mascota!

—Pues entonces trátalo bien y no lo pongas delante de Esme, que se asusta.

—Gracias —digo yo.

—De nada, pero hablaba del gusano.

Alex y Julieta se parten de risa y es el primero el que habla.

—Se asusta porque eres fea.

—Eres tan infantil... —le digo en tono presumido.

Él hace una pedorreta y yo pongo los ojos en blanco.

—Si vas a hacer galletas, ponles chocolate, ¿eh? —dice Julieta quitando por fin el bicho de delante de mi cara.

—No, van a ser solo galletas de mantequilla, que son las que le gustan a papá.

—Eres una pelota —sigue ella.

—Y tú eres una... una... —Estoy intentando buscar alguna palabra que le cierre la boca un rato. Y si se enfada y se va, mejor, pero no me viene ninguna a la cabeza.

—¡Soy la que te va a echar el gusano en la masa como me insultes!

Entrecierro los ojos, porque ahí me ha ganado, y sigo amasando el contenido de la fuente mientras pienso, otra vez, que tener hermanos y ser cuatrillizos es el rollo más grande del mundo.

1

Miro con atención la línea que acaba de fastidiarme la vida. Otra vez.

Negativo.

Otro negativo, otra oportunidad perdida y la presión de saber que, de momento, no puedo hacer más.

¿Pero cómo es posible?

Lo he hecho todo bien, maldita sea. Hago deporte cada mañana, cuido mi dieta, no bebo alcohol, ni refrescos y he bajado al mínimo mis niveles de estrés. Me he medicado cada día a la misma hora e, incluso, el mismo minuto. Hasta he tomado vitaminas naturales para complementar, por eso de «Si funciona, bienvenida sea». ¡Lo he hecho todo! Pero nada sirve y poco a poco veo como el sueño de mi vida va perdiendo fuerza.

Un hijo. Es todo lo que quiero y necesito para ser feliz desde hace años. ¡Un hijo! ¿Es tanto pedir? Creo que no, pero veo la forma en que los años pasan y los intentos son fallidos. Siento, imagino y casi, casi puedo ver el reloj de arena apurarse y deslizarse los últimos granos hacia la parte inferior, donde reposarán y enterrarán la posibilidad de hacer lo único que llevo soñando toda la vida: ser madre.

Quizá deba olvidarme de una vez por todas de intentarlo. Me he dejado las ilusiones, las esperanzas y, sobre todo, el dinero en intentar lograrlo, pero vuelvo a estar como al inicio. Bueno, no, como al inicio no, porque mis ahorros han volado, incluidos los diez mil euros que conseguí gracias al primer premio que mi familia y yo ganamos en una yincana de nuestro barrio, Sin Mar. Aquella vez tuvimos suerte, alguien encontró un décimo de lotería premiado y entre todos decidimos que lo mejor era organizar una yincana y que la familia que ganase las pruebas se quedara el premio.

Cuando lo conseguimos vi el cielo abierto, mi padre renunció a su parte y nos quedamos con diez mil euros por cabeza. A mi familia le dije que lo ahorraría todo para comprar una casa y agregué, además, que les asignaría un día a la semana para venir a verme y ni uno más. Sé de sobra que, aunque eso hubiera sido verdad y yo lo hubiese intentado habría sido un fracaso, porque yo a mis hermanos, mi padre y su mujer, Sara, no me los quito de encima ni con agua hirviendo. Lo tengo asumido.

Pero el caso es que ese dinero ya no está. Se me ha ido en la medicación de preparación a las inseminaciones, en las propias inseminaciones, clínicas privadas y... y el resultado siempre es el mismo: negativo.

Cojo aire con resignación y pienso, no sin esfuerzo, que quizá lo mejor es dejar de intentarlo.

O quizá... quizá deba dejar de ser tan cauta, volverme loca una noche y ver qué pasa.

¿Por qué no? Hay miles de mujeres que se quedan preñadas teniendo una noche de pasión con un tío cualquiera. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? Soy guapa, no lo digo vanagloriándome, lo digo porque es un dato objetivo: soy atractiva para el género masculino, y para el femenino también, para qué negarlo. Podría salir una noche, acercarme a algún chico guapo, llevármelo a la cama y, con un poco de suerte, conseguir mi objetivo.

Podría hacerlo y no pasaría nada... si yo fuese de otra forma. Estoy segura de que mi hermana Julieta, por ejemplo, lo haría sin vacilar. No es ella de pararse a pensar mucho las cosas. ¿Pero yo? No... yo no podría.

Como motivo principal está el hecho de que no me fío de acostarme con un tío que no conozco de nada sin protección y acabar sin embarazo, pero con una enfermedad de transmisión sexual. Y, además, es que no soporto la idea de no poder elegir ciertos genes de mi hijo o hija. Sin contar, claro, que encima el futuro padre, por obra y gracia del destino me vea embarazada, o con un bebé, haga cuentas y, por lo que sea, descubra que es padre y quiera ejercer su derecho con el bebé. Solo pensarlo me da escalofríos.

La inseminación con espermatozoides de un donante es lo más seguro. Puedo elegir los rasgos físicos básicos del donante y todo se hace de manera anónima. Mi hijo es mío y de nadie más. Es la solución perfecta.

O bueno, lo sería, si me funcionara, pero llevo tres inseminaciones, con lo que eso significa a nivel económico y emocional, porque las hormonas de las medicaciones van a volverme loca, y lo único que he conseguido es estar como al principio.

—Esmeralda, cielo —oigo que dice mi amiga tras la puerta del que es su baño—. ¿Estás bien?

Me muerdo el interior de las mejillas para no ponerme a llorar como una niña y cojo aire antes de hablar, porque no quiero que se dé cuenta de cuánto estoy sufriendo con todo esto.

—Ajá —digo—. Enseguida salgo.

—¿Ha sido...?

—Negativo —respondo.

El silencio al otro lado me hace saber que está buscando las palabras adecuadas para decirme. No ayuda el hecho de que Elizabeth, mi amiga, sea matrona y, además, madre soltera de un precioso niño de cinco años que me tiene enamorada.

La conocí no hace mucho, en realidad y de pura casualidad. Un día estaba esperando mi turno para entrar al dentista mientras leía uno de los millones de libros que tengo acerca de la maternidad, el embarazo, la lactancia y un largo etcétera. Ella llegó con su hijo, se sentó a mi lado y me preguntó de cuánto estaba. Mi cara de estupefacción le dejó claro que había metido la pata, pero aun así siguió preguntando si es que estaba buscando y documentándome mientras tanto. En otro momento habría contestado con un monosílabo, pero el hecho de que no me mirase mal por leer ese tipo de cosas antes de estar embarazada me hizo sentir... bien. No me juzgaba, o no me lo pareció, y eso fue motivo suficiente para que le explicara que sí, que estaba buscando quedarme embarazada. Ella me contó entonces que era matrona y yo me dejé llevar por mi inquietud y le hice una lista de preguntas interminables antes de que me llamara la enfermera dándome paso a la consulta. Cuando salí, tiempo después, con una muela empastada y despistada, ella me paró y me ofreció una tarjeta con su número de teléfono.

—Si necesitas ayuda o más información cuando lo consigas, o antes, llámame.

Y lo hice. Tres días después y tras mucho pensar en ello descolgué mi móvil y la llamé, no porque necesitara información, o sí, pero no solo por eso. Quería hablar con alguien de todo esto sin sentirme, de alguna manera, juzgada. Quizá me equivocaba y ella no era como yo había imaginado, y quizá yo debería haber confiado en mis hermanas, mi hermano, mi padre o incluso Sara, la mujer de este y la que se comporta como una madre diez desde que entró en nuestras vidas, a pesar de que ya somos adultos. Lo pensé, en realidad, pero podía imaginar las distintas reacciones de mi familia y no quería tener que dar más explicaciones de la cuenta. Soy una persona segura de sí misma, cuando tomo una decisión rara vez cambio de opinión, pero ellos tienen el poder de hacerme dudar. Tienen la habilidad de hacer que, de alguna forma, me sienta insegura, y no quise ni quiero arriesgarme, así que llamé a Eli, quedamos para tomar un café y antes de poder darme cuenta de lo que hacía estaba sentada frente a ella en una terraza al lado de un parque infantil mientras Óscar, su hijo, jugaba en los columpios. Eli no tardó mucho en confesar que había visto la oportunidad de conocer a alguien en la ciudad, donde era nueva, y yo me sentí tan halagada de que se fijara en mí para entablar cualquier tipo de relación que sonreí y le conté mis proyectos de futuro sin dejarme atrás ni una coma. Desde ese día ella es mi mejor amiga, mi confidente y el hombro en el que me derrumbo, en vez de hacerlo en casa.

Y no es que no quiera a mi familia, al contrario. Les quiero tanto que odiaría hacerles sufrir de alguna manera, y sé que para ellos sería demasiado trágico ver hasta qué punto me vengo abajo con este tema. Están acostumbrados a que mi hermano se lo tome todo a risa, Julieta reaccione de manera desmedida siempre y Amelia empatice hasta con las piedras. Ya hay bastantes sentimientos intensos entre nosotros como para agregar lo mío. Prefiero ahorrarles el sufrimiento y que sigan pensando que soy la

que más controlada tiene su vida. Que soy la más segura, la más altiva, la más fría y la más estable de los cuatro, aunque sea mentira.

—Esme, cariño, ¿por qué no sales? —La voz de Eli me devuelve a la realidad—. He preparado un poco de té.

Sonrío, tomo aire y me levanto pensando que, pase lo que pase, tengo que controlar mis reacciones. Eli ha visto una parte mí muy vulnerable en este tiempo, pero eso no significa que esté cómoda dejándole ver mis sentimientos. Me miro al espejo y observo mis ojos verdes. Son bastante bonitos, la verdad, y serían aún mejores si justo bajo ellos no hubiese un reguero de pecas que maquillo a conciencia cada mañana. Aun así, a estas horas del día empiezo a ver algunas sobre mi nariz y hago una mueca, casi sin pensar, en un gesto que he normalizado a base de practicarlo durante toda mi vida.

Para compensar estas malditas marcas tengo una boca grande, de labios gruesos y uniformes que resulta atractiva a la mayoría de las personas. Me agarro al lavabo y me observo con atención pensando en lo curioso que es que, de un tiempo a esta parte, cuando me miro en el espejo solo puedo imaginar si algún día tendré un hijo, o una hija, y si heredarán algunos de estos rasgos.

—¡Esme, Esme! Sal rápido que mamá ha hecho magdalenas y nos deja ponerle chocolate. ¡Pero tienes que salir ya!

Me río al oír la voz de Óscar y abro la puerta casi de un tirón, deseando ver su sonrisa para olvidar, aunque sea un poco, mi nueva decepción.

Cuando me encuentro con su sonrisa de pequeños dientes, sus ojos azules y su cara llena de pecas que, muy al contrario que a mí, a él le hacen parecer adorable, mi sonrisa se amplía todavía más.

—¿Chocolate? No podemos perdernos eso.

—Y además es Nutella, que es el mejor.

—No te voy a discutir eso.

Empezamos a caminar mientras él busca mi mano con la suya y la aprieta. Si fuera un poco más mayor, pensaría que intenta infundirme ánimos.

—¿Sabes que el chocolate hace magia?

—¿Ah sí?

—Sí. El chocolate se lleva la tristeza. —Me quedo en silencio, porque no sé qué decir y cuando entro en la cocina y veo a Eli sonreírme con cariño me doy cuenta de que le ha explicado algo a su hijo. Al menos, la parte que implica mi estado de ánimo—. Ven, ven Esme —dice el niño mientras hace que me siente en una silla y me imita poniéndose a mi lado, muy pegadito—. Ya verás, ya. Ahora mami nos da chocolate y en un ratito deja de dolerte aquí. —Toca mi pecho mientras yo hago serios esfuerzos para no echarme a llorar.

No ayuda el hecho de que vaya a tope de hormonas, claro, pero además es que Óscar tiene la habilidad de meterse bajo la piel de cualquier persona con un mínimo de sensibilidad. No es como el resto de los niños, y te juro que no es una frase dicha desde el cariño cegador. Él es distinto. Es respetuoso, educado y siempre está listo para dar su cariño a cualquiera que le dedique un poquito de tiempo. Imagino que todas las madres del mundo verán a sus hijos y pensarán que son perfectos, pero Óscar lo es de verdad. Ojalá algún día yo pueda tener uno parecido a él. O una, claro, que no es que sea tiquismiquis con el sexo de los bebés y me da lo mismo lo que venga, mientras venga.

Merendamos un poco de chocolate con magdalenas y Eli y yo, además, nos tomamos nuestros té mientras charlamos de cosas cotidianas para que Óscar no se aburra en exceso, aunque al final, cuando acaba con su parte de la merienda se va al salón a darle uso a sus juguetes.

—Eh... —Siento la mano de Eli deslizarse por encima de la mesa y agarrar la mía con fuerza—. Ya vendrá la próxima.

Me encojo de hombros y miro a mi regazo mientras frunzo el ceño.

—De momento, ni siquiera sé si habrá una próxima vez.

—¿Cómo que no?

—No tengo más dinero, Eli. —Suspiro y me paso las yemas de los dedos por los labios en un intento de calmar mi estado de ánimo—. He agotado todo lo que tenía, a nivel físico y emocional, y ya no sé si puedo o quiero intentarlo una vez más.

—Las inseminaciones no son tan fáciles como mucha gente piensa —dice ella con comprensión—. Sé que te ha supuesto un golpe muy duro todo esto, pero quizá es hora de centrarte un poco más en ti y algo menos en ese ansiado bebé.

Sonrío con sarcasmo y la miro con escepticismo.

—Creo que no tengo más remedio.

—Ya llegará, Esme. Eres muy joven. Puede que incluso conozcas al amor de tu vida y al final te llegue de una forma más tradicional. ¿Quién sabe? No te agobies porque eso no te ayudará. Eres joven, fértil y solo necesitas acertar de una vez por todas. Quizá este no sea tu camino... A lo mejor tu destino es ser madre de otra forma.

—Eres matrona —digo con una sonrisa comprensiva—. ¿No se supone que estás de parte de la ciencia y todo eso? No te pega mucho hablar de destinos.

Eli se ríe entre dientes y se encoge de hombros.

—La vida me ha enseñado que, al final, todo está enlazado de alguna forma. Creo en la ciencia y creo en el destino, entre otras muchas cosas. —Sonrío con comprensión e intento animarme con sus palabras—. Llegará, Esme. Algún día vendrás a esta casa para pedirme que me quede con tu bebé, aunque sea un par de horas. El tiempo de poder darte una ducha tranquila o dormir una siesta en condiciones.

—Bueno, ahora no duermo por el agobio que me supone todo esto, así que creo que el cambio no sería tan grande.

—Lo sería, créeme —dice riendo—. Un hijo te cambia para siempre.

Me quedo en silencio un segundo, pensando si debería realizar la pregunta que se me ha formado en la mente o, por el contrario, dejarlo correr, pero en estos meses Eli y yo hemos alcanzado tal grado de confianza que al final decido soltarlo.

—¿Te has arrepentido alguna vez? —Ella me mira y yo señalo la puerta de la cocina, hacia el salón—. ¿Has llegado a pensar que tomaste la decisión equivocada, aunque solo sea por un segundo?

—No —contesta de inmediato—. No, jamás me he arrepentido de traerlo al mundo, pero sí que me he sentido muchas veces tonta por haber confiado en alguien que nunca se mereció nada de mí.

Me quedo en silencio pensando en sus palabras. Eli no suele hablar mucho de su pasado, pero después de un tiempo me contó que el padre de Óscar era un mujeriego. Un hombre demasiado guapo para su propio bien y que encima sabía cómo usar las palabras para conseguir que cualquier mujer hiciera su voluntad. La conquistó en cuestión de días y antes de cumplir tres meses juntos ella se quedó embarazada y él se largó. De manera literal, además, porque era extranjero y lo último que supo mi amiga fue que se había largado a su país, aunque ni siquiera está segura. A veces he pensado que ojalá a mí me hubiese pasado algo así, pero de inmediato me siento culpable y mala persona, porque está claro que las circunstancias fueron distintas y sé de buena tinta que Eli lo pasó muy mal para salir adelante al principio. No tiene familia, así que se vio sola y al cargo de un bebé, intentando compaginarlo todo con su trabajo y sin conseguirlo. Acabó en el paro y trabajando en el sector privado ayudando a madres que querían parir en casa y apoyándolas en todo el proceso, aunque para el parto les exigía contar con toda la ayuda médica posible, para no correr riesgos.

La verdad es que mi amiga ha pasado por mucho y eso me da que pensar que, al final, nadie es completamente feliz. Todos tenemos sueños y necesidades de algún tipo, aunque a mí las que más me duelan sean las mías, como es lógico.

—Óscar es el mejor niño del mundo —digo al final—. El trabajo que estás haciendo con él es

maravilloso.

—Bueno, no es tanto. Él ya tiene una base perfecta —dice riendo, aunque luego se pone seria y me mira con dulzura—. Llegará pronto, cariño, tienes que tener paciencia.

—Sí, y creer en el destino, ¿no?

—¿Y por qué no? A ver, ¿quién no te dice a ti que en cualquier momento se te presenta la oportunidad de tener un hijo de alguna forma y te sale todo redondo?

—No lo creo. La verdad es que ni siquiera me gusta pensar en ello para no hacerme ilusiones. En fin... me voy, he quedado para cenar con Amelia.

—Vale, entonces no lo pienses, que ya lo hago yo por ti. Por cierto, ¿cuándo vas a presentarme a tu familia? Me siento un poco como si fuera tu amante oculta.

Me río de buena gana y me acabo mi té de un trago antes de ponerme de pie y coger mi bolso.

—Nunca.

—Pero ¿por qué?

—Porque acabarías enganchada a ellos y antes de poder darme cuenta yo me habría quedado sin amiga y tú serías alguien más a quien tendríamos que partir en partes iguales para no acabar matándonos vivos.

Eli ríe con ganas y se levanta mientras me acompaña a la salida.

—Oye, pues no estaría mal sentirme parte de una familia por una vez.

Lo dice sonriendo, pero puedo ver el pequeño halo de anhelo que hay en sus ojos. De inmediato carraspea y se centra en su hijo, que se levanta al vernos y camina hacia nosotros.

—¿Ya te vas?

—Sí cielo —digo agachándome—. Tengo que hacer muchas cosas aún.

—¿Te duele menos? —pregunta mirando el lugar de mi pecho donde está mi corazón. Sonríe y asiento.

—Mucho menos, tenías toda la razón.

—Yo no, fue mamá, que siempre tiene razón en todo.

Me río y beso sus mejillas antes de ponerme de pie y dejarlo jugando en el salón. De camino a la puerta vuelvo a pensar en lo que me ha pasado con Eli y me doy cuenta, una vez más, de que tengo demasiado miedo a mis hermanos, o más bien a lo que ellos puedan hacer.

No es que me hagan daño, o que me lleve mal con ellos, al contrario. Les adoro, de verdad, pero desde siempre me ha tocado desempeñar el papel de seria, estirada y un poco repelente. Julieta y su locura enamoran casi desde el inicio, aunque a ratos resulte cargante. Alex sabe bien cómo conseguir la atención de una mujer siendo encantador y guapo a partes iguales y Amelia es... Amelia es amor en estado puro, así que es imposible no quererla. Una parte de mí, estúpida e incoherente, piensa que, si les presento a Eli, ella se dará cuenta de que soy la peor de los cuatro y acabaré perdiéndola.

Es una tontería, lo sé y supongo que ese celo natural que siempre hay entre hermanos no ayuda, pero no puedo evitar pensarlo. Aun así, como soy una mujer de armas tomar y nunca se me ha dado bien el derrotismo, me giro en la puerta y le hablo en tono firme y sincero.

—En una semana y media hay una barbacoa familiar. Es el cumpleaños de Nate y quiero que vengas.

—¿Nate? ¿Ese no es el que te cae mal?

Frunzo el ceño porque eso no es del todo así. Nate es amigo de Diego, el novio de mi hermana Julieta. Viven juntos, es médico, pediatra para más señas, afroamericano y guapísimo, aunque tiene algo que me pone de los nervios. Acostumbra a tratarme con condescendencia, me sonrío, aunque yo le suelte borderías y no se cansa de ser amable, aunque yo, a veces, me comporte como una arpía. Dicho así parece que soy yo la que tiene el problema, pero es que la gente que no pierde los nervios con nada me hace sospechar.

—No es que me caiga mal —aclaro—. Es que su tranquilidad y que sea tan simpático conmigo hasta

cuando soy borde me sientan mal, pero es igual. Es la próxima fiesta familiar que hay y quiero que vengas. Los dos, tú y Óscar.

—Nena, si es por lo que te he dicho dentro...

—No, no es por eso. O sí, es por eso en parte, quiero que conozcas a mi familia, que vean que tengo una amiga maravillosa con un hijo más maravilloso aún y que sientas que cada vez estás menos sola.

—No hace falta que... —Eli agacha la mirada, emocionada.

—Sí, hace falta —digo en un susurro—. Hace falta porque te mereces todo lo bueno que pueda pasarte, y porque quiero que conozcas a la gente que es mi vida entera, aunque si les dices que he confesado esto te mataré y te enterraré bajo una discoteca.

—Dios, odio esos sitios —dice riendo—. Está bien, está bien. ¿Estás segura de que a Nate no le molestará que me acople a su fiesta de cumpleaños?

—¡Pero si se hará en mi casa! Esto de que vivan en un piso pequeño y no quepamos todos le viene de perlas para quitarse el marrón de organizarlo, porque se ha camelado a mis hermanas para que lo hagan por él.

—¿Y han accedido?

—Amelia es un amor y Julieta adora las fiestas. No lo ha tenido difícil.

Sonreímos y ella me confirma la asistencia, así que esta vez, sí me despido de ella y salgo de su casa pensando que ojalá no me arrepienta de dar este paso, porque conociendo a mis hermanos igual Eli se espanta y sale corriendo. ¿Y a quién le contaré yo entonces mis penas?

Decido que lo mejor que puedo hacer es poner en antecedentes a mi familia y amenazarles con envenenarlos si se les ocurre incomodar de alguna forma a mi amiga. El pensamiento me pone de tan buen humor que hago el camino de vuelta a casa con la música como a mí me gusta: a todo volumen, hasta que no pueda oír ni siquiera mis propios pensamientos.

Entro en casa y me encuentro con Sara y mi padre tirados en el sofá con un botellín de cerveza cada uno y eligiendo una peli en Netflix. A veces los miro y pienso en lo diferente que era esto hace solo un par de años. Papá vivía para trabajar y estar pendiente de nuestras necesidades. Más tarde se jubiló, le tocó un pellizco en la lotería y decidió hacer un largo crucero por el mundo. Allí conoció a Sara y su suerte volvió a aparecer. Más tarde la boda y ahora, como si fuera lo más natural del mundo, se tumban y ven películas juntos mientras él acaricia alguna parte de su anatomía y ella se debate entre prestar atención a sus caricias o a la película en cuestión. Si fuera mi hermana Julieta diría que da asco verlos, que ya tienen una edad, aunque en realidad sean bastante jóvenes. Yo, en cambio, me maravillo de que mi padre haya logrado encontrar la felicidad plena, aunque haya sido años después de criarnos y convertirnos en adultos más o menos aprovechables. Y eso que, al principio, cuando conocí a Sara, no me tomé muy bien la noticia, pero bueno, de eso hace ya un siglo. A veces, de hecho, me parece que han pasado años en vez de meses desde que Julieta salió de esta casa para ir a vivir con su novio. No he visto una mudanza más rápida en mi vida, porque él se lo pidió en nochebuena y para fin de año ya estaba allí. Claro que su cuarto sigue casi intacto y nos ha prohibido tocarlo ni convertirlo en nada. Además, se pasa los días aquí, ya sea gorroneando comida, cerveza o simplemente dando la lata, que es una cosa que se le da la mar de bien. El caso es que ahora no está, porque cuando Julieta está se nota, así que los saludo y paso a la cocina, donde Amelia se pierde entre papeles con cara de concentración y esas enormes gafas de pasta negra que suele ponerse para estos menesteres.

—Buenas tardes —me dice sonriendo cuando me ve.

—Casi noches ya. ¿Recuerdas que quedamos para cenar?

—Sí, sí. Estaba mirando esto mientras llegabas, pero ya estoy. ¿A dónde vamos?

—Si te digo la verdad, acabo de llegar de la ciudad y me conformaría con cualquier cosa en el bar de Paco.

—Por mí bien.

Sonrío, porque en realidad a ella todo le va bien siempre. Recoge toda la documentación y la mete de cualquier forma en una carpeta. Amelia es muy dulce, muy caritativa —demasiado—, muy buena y sobre todo muy caótica en los temas de documentación. Es capaz de agobiarse con una factura de la luz, pero porque odia sentarse y ocuparse de esas cosas. Yo tengo la sospecha de que se pone esas gafas tan enormes porque piensa que así ve mejor y le es imposible dormirse de aburrimiento. No sé, es solo una teoría, pero conociéndola...

—¿Adónde vais? —pregunta Alex entrando.

—¿Qué haces aquí? —pregunto yo de vuelta.

—Vivo aquí. Repito. ¿Adónde vais?

—¿Y a ti que te importa? —lanzo en modo repelente, porque él ha empezado.

—Al bar de Paco. ¿Te vienes?

Mi hermano sonrío a Amelia y yo la miro mal, porque me cansa mucho que no sea capaz de contestar una bordería más que cuando le tocan la moral en cantidades industriales, que no es el caso.

—¿Por qué lo invitas? —le pregunto.

—Pobrecillo, igual tiene hambre.

—Si tiene hambre tenemos una cocina llena de alimentos, Amelia. No era necesario invitarlo a venir con nosotras.

—¿Desde cuando no follas, Ojos verdes? —pregunta mi hermano antes de taparse los oídos de

forma infantil—. ¿Sabes qué? Olvídalo, no quiero saber eso.

—Tampoco te lo iba a contar.

—Si nos damos prisa pillamos a Julieta antes de que cierre la tienda y le decimos que se venga.

—¡Amelia! —exclamo de mala gana—. Se suponía que íbamos a cenar nosotras dos.

—Mientras más gente, mejor.

—Sí —dice Alex—. Además, así me paga los diez euros que me debe del otro día.

—Seguro que se hace la tonta —dice Amelia riendo.

Alex resopla porque sabe que tiene razón y, al final, después de discutir un poco más por nimiedades, salimos hacia el bar de Paco. Pillamos a Julieta cerrando la verja mientras Diego enfoca el móvil hacia su culo cuando se agacha. Pongo los ojos en blanco porque estos dos son incorregibles y aparco delante del coche de Diego.

—¡Buenas noches! —exclama este al vernos—. ¿Adónde vais?

—Habíamos pensado cenar algo en lo de Paco —dice Alex saliendo del coche y palmeando su brazo como todo un machote—. ¿Os apuntáis?

—Por mí sí. ¿Qué dices, pequeña? —pregunta a Julieta mientras está se endereza y nos sonrío.

—Bueno, tenemos a Marco controlado porque está trabajando en el restaurante haciendo horas extras, así que supongo que podemos. —Sonrío con sorna mirándola y negando con la cabeza y ella entrecierra los ojos—. ¿Qué?

—No, nada, que no me imaginaba nunca que te vería siendo madre, pero menos que te encontrarías al crío ya de adolescente.

Ella se ríe y se encoge de hombros, lejos de ofenderse. Hace ya tiempo que todos aceptamos que Marco, el sobrino de Diego, llegó a sus vidas para quedarse. De hecho, cumplió dieciocho años en enero y mi hermana lo pasó bastante mal pensando que quizá querría independizarse. Cuando él le aseguró que no tenía pensado moverse del piso ella volvió a dormir tranquila, y esto son palabras textuales suyas. Ya estamos en marzo y el chaval está tan adaptado al piso y a ellos como viceversa. Bueno, a ellos y a Nate, que sigue viviendo allí.

El caso es que mi hermana se ha vuelto un poco blanda y me alegro, porque en realidad jamás la había visto tan feliz como ahora, y eso que Julieta de normal es una persona que aparenta ser bastante feliz, pero ahora sus ojos brillan de una forma distinta, para mejor.

Suspira con mucho melodrama y se retira el pelo de la cara antes de hablar.

—Soy una tía mamá joven, buenorra y con un culo que te mueres. ¿A que sí? —le pregunta a Diego que asiente con una sonrisa tontorróna.

—Culazo —dice para corroborar sus palabras.

—Ya vale, joder —se queja Alex—. ¿Podemos hablar de algo que no sea el culo de mi hermana?

—Te podría hablar de sus tetas, pero dudo que el tema te guste más que este.

Mi hermano pone los ojos en blanco, mi cuñado sonrío y mi hermana se parte de risa haciendo esa aspiración que recuerda tanto a los cerditos pequeños. Yo sonrío con contención, como siempre, y comienzo a caminar hacia el bar de Paco, que está frente a la tienda de disfraces y artículos de broma que tiene mi hermana en la plaza central de Sin Mar, la urbanización en la que vivimos.

La verdad es que en voz alta no lo digo mucho, pero estoy bastante orgullosa de ver cómo encauza su vida y la lleva por el camino que quiere. Hasta hace un par de años pensé que jamás se centraría, pero debo admitir que ha cambiado mucho, al menos en lo que a estabilidad laboral se refiere. Sigue estando como una regadera, pero ahora trabaja a diario y no se inventa enfermedades raras para faltar. De hecho, casi nunca va a trabajar con resaca, lo que para ella es un logro. En esto Diego tiene mucho que ver, porque el poli es responsable y serio de naturaleza. A veces me pregunto qué demonios hacen juntos si son tan distintos, pero luego les veo mirarse, besarse o tocarse cuando creen que nadie les ve y me convenzo de que son tal para cual.

Entramos en el bar de Paco y pedimos unos bocatas, por eso de cenar sano y bajo en calorías, ya sabes.

—¿Dónde has estado esta tarde? —pregunta Amelia cuando llevamos un rato comentando nuestro día.

—Con Eli —contesto de forma escueta.

—¿Cuándo nos la vas a presentar? —pregunta Julieta—. Me parece súper fuerte que nos escondas a tu amiguita. ¿Qué pasa? ¿Es en realidad tu novia y no te atreves a salir del armario?

—No soy lesbiana, Julieta —contesto con cansancio, porque no es la primera vez que lo insinúa.

—No tienes que serlo. Puedes ser bisexual, o puedes ser una viciosilla que ha probado el morbo de montárselo con otra tía y ahora no puede dejarla.

—Pero ¿qué...?

—Yo no es por nada, pero me lo he imaginado —dice Alex—. Y me ha dado ascazo y morbo al mismo tiempo.

—Estás enfermo —contesto mirándolo mal.

—Cuéntame algo que no sepa —responde él con una sonrisa canalla.

Pongo los ojos en blanco, Amelia le llama cerdo unas cuantas veces y luego Julieta vuelve a insistir en que seguro que es eso.

—No nos hemos liado, joder —digo enfadada—. Es mi amiga, es heterosexual, como yo y lo único que existe entre nosotras es una sana amistad.

—¿Y entonces por qué no nos la presentas? —insiste Amelia.

—Podrías echarme un cable tú que eres el más centrado de todos estos —le digo a Diego.

—La verdad es que es raro. Se supone que ella es importante para ti, ¿no?

—Sí.

—Y nosotros también lo somos. —No contesto, pero da por hecho que la respuesta es afirmativa—. Entonces no comprendo qué tiene de malo que nos juntes.

—Y lo haré —digo ya desesperada.

—¿Cuándo? —pregunta Julieta buscando pillarme y que titubee, pero sonrío con altanería y la miro con frialdad.

—En el cumpleaños de Nate, la semana que viene.

—¡Anda! —dice Julieta—. Pues muy bien, así la presentas en sociedad y comprobamos si está buena.

—¿Y para qué quieres tú comprobar si está buena? —le pregunta Diego.

—Porque sigo pensando que Tempanito con un par de buenas tetas igual se derretía un poco.

Diego se ríe entre dientes, Alex lo hace con descaro, Amelia palmea mi brazo apretando los labios, como diciendo «pobrecita» y yo pongo los ojos en blanco y mojo una patata en ketchup mientras pienso en la jodida fiesta de cumpleaños. Solo espero que mi hermana Julieta no se dedique a mirarle las tetas con su descaro habitual, o peor, a querer tocárselas para convencerse de que paso tanto tiempo con ella porque me la quiero tirar.

Al final, Julieta y Diego comen y se marchan súper rápido asegurando que tienen que aprovechar los pocos días en los que Marco no está en casa, Nate hace guardia y ellos pueden practicar sexo en cualquier parte del piso. No lo han dicho con esas palabras, sino con unas mucho más fuertes, pero te haces una idea.

Nosotros tampoco tardamos demasiado. Mañana todos madrugamos y Alex está agotado, aunque no lo diga. Cuando llegamos a casa me doy cuenta de que incluso arrastra los pies.

—¿Vas bien? —le pregunto mientras subo con él las escaleras, aprovechando que Amelia se ha

sentado en el sofá para contarle a mi padre y a Sara lo que hemos cenado, lo que hemos hablado y, en definitiva, hasta las pausas que hemos hecho entre frase y frase.

—Ajá. ¿Por?

—Te veo cansado.

—Estoy muerto, pero bien.

—¿De verdad?

Alex me sonrío cuando llegamos a la planta superior y agarra mis hombros mirándome con intensidad.

—Estoy bien, Ojos verdes. Deja de preocuparte por mí. Deja de preocuparte por todo, ¿vale?

Aprieto los labios en una fina línea y él besa mi frente en un gesto que repite a menudo con nosotras tres, aunque luego haga como si no hubiera pasado nada.

—Es solo que tu trabajo exige una intensidad psicológica fuerte y no quiero que empieces a guardarte cosas o...

—Esmeralda, solo estoy cansado.

—Arrastras mucho los pies.

—Estos zapatos pesan mucho —dice riendo antes de suspirar y pasar un brazo por mis hombros mientras caminamos hacia nuestros dormitorios—. Oye, te prometo que si alguna vez me siento mal te lo diré.

—¿De verdad?

—Pues claro. ¿A quién si no voy a acudir? Si algún día le cuento a Amelia que he visto morir a alguien y estoy hecho mierda se sentirá tan mal por mí que acabará animándola yo a ella. Y si se lo cuento a Julieta igual me ofrece irnos de borrachera toda la noche. Creo que ninguna de las dos cosas me convendría demasiado.

—Ah, claro, y yo soy la aburrida —digo en tono de broma, aunque en el fondo me duele un poco que piense así de mí.

—No. Tú eres la sensata, la jefa, la que está ahí siempre, dispuesta a darnos la charla y, sobre todo, a sostenernos cuando empezamos a sentir demasiada carga encima.

—Suenas a coñazo.

—No, suena a ser una gran hermana —contesta él sonriendo—. Y algún día, eso te llevará a ser una madraza.

Abro la boca sorprendida por sus palabras, porque Alex no es de decir cosas bonitas a menudo, y me pregunto si no se habrá dado cuenta de que no estoy de ánimos. Cuando acaricia mi mejilla y me sonrío con dulzura dejo de sospecharlo y lo confirmo. Sabe que ocurre algo, así que más me vale disimular mejor, porque lo último que quiero es que alguno de mis hermanos sufra por mi causa. Aun así, le doy un abrazo y beso su mejilla mientras pienso que Alex no siempre es un completo idiota. Es un mujeriego, sí, y la mitad de las veces solo habla para protestar por algo que nosotras decimos, pero, en el fondo, a la hora de la verdad, cuando nos venimos abajo o necesitamos un abrazo sincero siempre está ahí, dispuesto a darlo.

—Gracias —susurro en su oído.

—Si alguna vez quieres hablar, estoy en la puerta de al lado.

Sonrío y me separo asintiendo, pero me giro y me meto en mi dormitorio con la seguridad de que no voy a contarle nada. Ni a él, ni a nadie de mi familia.

Cojo mi pijama, suelto mi pelo, que suelo llevar recogido en un moño siempre y voy al baño para darme una ducha rápida y desmaquillarme. Cuando por fin estoy lista Amelia se ha cansado de esperar que le abra y al parecer se ha metido en el baño de mi padre, porque cuando voy a buscarla a su dormitorio ya tiene el pijama puesto y duerme plácidamente con un libro abierto en su regazo y las enormes gafas puestas. Entro, se las quito, pongo el libro en la mesita de noche, la tapo bien y apago la

luz de la lamparita que siempre tiene prendida. Salgo encajando la puerta y me imagino, una vez más, cómo sería arropar y besar a un bebé mío antes de irme a dormir.

Me meto en mi cama y, en vez de pensar en el juicio que tengo mañana, me duermo imaginando cómo sería ese futuro bebé, cómo lo querría, cómo lo mecería, cómo lo amamantaría y cómo le haría feliz, aunque tuviera que dejarme la vida en el intento. Cuando quiero darme cuenta las lágrimas ruedan por mis mejillas y me coloco de lado mientras me tapo hasta la nariz con las sábanas y deseo en silencio que el destino exista de verdad y tenga preparado algo muy bueno para mí. Algo muy bueno en forma de bebé, a poder ser.

Me miro en el espejo y respiro hondo, porque esta semana y media ha pasado más rápido de lo que me hubiese gustado. ¿Cómo es posible que ya sea el día del cumpleaños de Nate? Dios, estoy tan nerviosa por presentar a Eli a mi familia... Ya sé que puede parecer una tontería, pero para mí no lo es. Yo estoy deseando que todos la acepten, pero al mismo tiempo que ella me siga prefiriendo a mí como amiga.

—Madre mía... Eres tan patética... —murmuro mirando a mi reflejo.

—¿Qué te queda, Esme? —pregunta Amelia al otro lado de la puerta—. Alex necesita ayuda para montar las mesas porque Julieta aún no ha llegado.

—¡Voy! —exclamo antes de acabar de maquillarme, recoger mi cabello en una coleta y salir.

Me he puesto un vaquero con los bajos rotos y un jersey verde y fino que hace juego con mis ojos. Bajo las escaleras y busco a Alex, que ya está en el jardín maldiciendo y discutiendo con mi padre.

—Si sacaras tu coche de aquí, cabríamos mejor.

—¡Si arrancara lo sacaría!

Miro la escena sin decir ni media palabra. Mi hermano invirtió su parte del premio de la yincana en comprar un clásico. No me preguntes qué marca es porque no tengo ni idea. Solo sé que es antiquísimo y que Alex le dedica casi cada minuto libre. Mi padre le ayuda y parece encantado siempre, menos cuando el coche molesta porque ocupa parte del jardín, dado que en el garaje aparcamos los que sí arrancan y se pueden mover.

—¡No me grites, Alejandro! A mí no me grites.

—Joder, si es que ya no sé cómo explicártelo.

—Alex —le digo en tono seco. Él me mira, resopla y se da la vuelta ignorando a mi padre, que suspira y me sonrío un poco.

—Te tiene más respeto a ti que a mí.

—De eso nada. Simplemente se ha cansado de discutir.

Él sonrío otra vez, se acerca a mí y besa mi mejilla.

—¿Has dormido bien?

—Sí jefe.

—Bueno... voy a ayudar a Sara con la sangría, porque esta mujer es capaz de echarle hasta zanahorias si me descuido.

Me río y le dejo marchar mientras voy a la mesa larga del fondo y decido ir poniendo servilletas de papel dobladas y encima los cubiertos de plástico. Todo muy sofisticado, como ves, pero en esta casa es que somos de acabar la barbacoa, sacar bolsas de basura y limpiar en dos minutos. Cuando acabo busco a Alex, que ya está más calmado, y le ayudo a montar las mesas plegables. Amelia va sacando sillas de todo tipo: las de la cocina, las del salón y hasta las de la playa. Con la de barbacoas que hacemos en esta familia, yo creo que nos saldría a cuenta comprar unas cuantas y meterlas en el garaje, pero mi padre se niega en rotundo a guardar más trastos, así que seguimos sacando un popurrí. Alguna vez hasta hemos sacado el sofá, lo juro.

—¡Ya está aquí lo más bonito de esta casa! —grita mi hermana Julieta justo en mi oído, haciéndome dar un salto del susto.

—¿Pero estás loca o qué? —Ella se parte de risa y se quita las gafas de sol que trae puestas.

—Ay hija, que no sabía yo que necesitabas tanta concentración hasta para montar mesas. ¡Si eso se hace con los ojitos cerrados!

—Toda la razón. —Suelto la mesa y miro a Alex para que haga lo mismo—. Toda tuya.

—Pero...

—Bocazas —dice Diego negando con la cabeza—. Venga anda, te ayudo.

—Calzonazos —dice Marco riendo.

Le miro y me sorprendo, una vez más, del cambio tan grande que ha dado en todos estos meses. Sigue siendo un poco chulo, pero es que eso es lo mínimo, porque su comportamiento ahora es responsable: trabaja en el restaurante, hace ejercicio y no se mete en líos. Siguen discutiendo en casa por tonterías, claro, pero eso es lo que pasa cuando metes en un piso a tres personas con un genio tan fuerte como el de Diego, Julieta y Marco. Los tres, cada uno en su estilo, saben bien cómo ser tercos como mulas.

—Pues ahora por listo la vas a ayudar tú, mira por dónde —dice Diego señalándolo.

—Paso.

—No, no pasas —agrega Julieta—. No pasas, porque si pasas, vas a estar cenando ensalada hasta que te salga lechuga por las orejas o gastes tu dinero en comprar otra cosa en casa.

—Tú no aguantarías tanto tiempo comiendo ensalada —dice él, pero la actitud se le ha venido abajo un poquito.

—Tu tío y yo comemos en la calle cada día y tan panchos. Te va a tocar gastar el sueldo del restaurante en comida de esa que tanto te gusta y tan gratis te sale, majo. —Marco frunce el ceño y Julieta sonrío—. ¿Qué? ¿Me ayudas o no?

El chico suspira resignado y mira a su tío negando con la cabeza.

—Te podías haber buscado a una menos bruja.

Diego se ríe por respuesta, a pesar del manotazo que se lleva por parte de Julieta y se larga a por una cerveza mientras su novia y su sobrino se ocupan de montar las mesas y Alex y yo nos dedicamos a colocar la carne al lado de la barbacoa.

—Oye, ¿y Nate? ¿Cómo es que no ha venido con ellos? Y más siendo el cumpleaños. —pregunta mi hermano.

—Viene justo a la hora de comer, está trabajando.

—Ah, vale. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Julieta ayer de pasada.

Alex se encoge de hombros y seguimos trabajando hasta que, por fin, lo colocamos todo. Ahora solo falta el cumpleaños y que lleguen el resto de invitados. Entre ellos, Eli con Óscar.

A las dos menos cuarto estoy en el salón, nerviosa y mirando a la puerta. Cuando el timbre suena, por fin, voy ansiosa a abrir y ahí están: ella con el jersey que le recomendé comprar para Nate de regalo y él con una sonrisa nerviosa mirando a los lados, intentando adivinar de dónde viene todo el ruido de la casa.

—¡Hola! Pasad, están todos en el jardín.

—¿Hay mucha gente? —pregunta el niño en tono bajo.

Miro a Eli, que sonrío y acaricia su pelo con cariño.

—Óscar está un poquito nervioso porque no está acostumbrado a fiestas tan grandes, pero ya le he explicado que no pasa nada y que aquí todos son muy buenas personas, ¿verdad?

—Verdad —digo mientras me agacho y miro al niño a esos ojos azules. Es curioso que yo odie mis pecas con toda mi alma y, sin embargo, las de Óscar, que cubren casi toda su cara, me resulten adorables—. No tienes que preocuparte por nada, de verdad.

—¿A tus hermanos les gustan los niños pequeños? —Se relame los labios y se toca la oreja con nerviosismo—. A algunas personas no les gustan. A lo mejor puedo venir cuando tenga seis y sea un poco más mayor.

Me río y lo cojo en brazos para achucharlo un poco, porque es tan tierno que dan ganas de comérselo a besos.

—Mis hermanos tienen la mentalidad de niños de tres años, así que puedes estar tranquilo.

Él ríe un poco y caminamos hacia el jardín mientras deseo en silencio que mi familia actúe de la forma más natural posible, porque conociéndolos son capaces de quedarse quietos como estatuas al verlos. O peor, arremolinarse a su alrededor y agobiarles en su intento por ser los primeros en presentarse.

Al final, hay un poco de cada cosa. Amelia y Julieta se acercan de inmediato y el resto se mantiene un poco alejado, pero sin quitarnos el ojo de encima.

—Hola chicas —digo a mis hermanas—. Ellos son Eli y Óscar. Mis mejores amigos.

El niño sonrío al sentirse dentro del saco de «mejor amigo» y yo lo dejo en el suelo para que pueda desenvolverse con más comodidad y no se sienta como un niño pequeño en brazos.

—Hola, me llamo Óscar. Feliz cumpleaños.

Mis hermanas sonrían y yo lo hago también, porque sé que el pequeño ya se las ha ganado.

—Hola, Óscar —dice Julieta—. Yo no soy la que cumple años, pero te prometo que en cuanto él llegue te llevo para que lo felicites. Me llamo Julieta y estoy encantada de conocerte.

—Y yo soy Amelia —dice mi otra hermana—. Y también estoy encantada.

—Yo también estoy encantado. Y mamá también.

Mis hermanas ríen y centran su atención en Eli, a la que zampan dos besos en las mejillas.

—Ya teníamos ganas de conocer a la mujer que ha conseguido que mi hermana salga de casa para algo que no sea trabajar —dice Julieta haciéndome poner los ojos en blanco.

—Nos ha hablado mucho de ti —tercia Amelia.

—Muchas gracias. Yo también he oído miles de historias vuestras.

—Si quedo mal en algunas no te lo creas. Tempanito me tiene un poco de pelusa desde siempre.

—¿Tempanito? —pregunta Eli mirándome.

Resoplo y simplemente tiro de ella, que apenas puede despedirse con un gesto de mis hermanas.

—Ya te dije cómo son...

—No sabía que te llamaran así.

—Solo Julieta lo hace.

Eli se ríe y niega con la cabeza mientras nos acercamos a mi padre y a Sara, que intentan prender el carbón de la barbacoa.

—Papá, Sara —digo para llamar la atención de ambos—. Os presento a Eli, mi amiga, y a Óscar, su hijo.

Ellos los saludan con amabilidad y cariño y yo sonrío, porque no esperaba menos. Mi padre hace un par de preguntas acerca de su trabajo y el tiempo que lleva en la ciudad y ella contesta aparentemente encantada. Cuando charlan un poco más la cojo del brazo y la dirijo hacia una esquina del jardín, donde Diego, Alex y Marco discuten de fútbol.

—Hola chicos —digo a modo de saludo—. Os quiero presentar a unos amigos. Ellos son Eli y Óscar.

—Tengo cinco años —aclara el pequeño, que siente la necesidad perpetua de dejar clara su edad—. Pero cuando tenga seis seré casi mayor.

—Ey, hola —dice Marco agachándose y poniéndose a su altura—. ¿Te gusta el fútbol?

—¡Sí!

—¿De qué equipo eres?

—Del que gane.

Los chicos ríen a carcajadas y Alex alza la mano para que choque los cinco.

—Tú sí que sabes, colega.

—Hola Eli —dice Diego con una sonrisa mientras le da dos besos—. Yo soy Diego, y estos dos son Marco y Alex. Disculpa sus casi insignificantes modales.

—¡Estábamos saludando al chico! —protesta Marco antes de sonreír a mi amiga—. Hola.

Solo ha dicho una palabra, pero la sonrisa de chulo y bajabragas que ha puesto para acompañar el saludo le cuesta la primera colleja del día de parte de Diego.

—Te controlas, pero ya—le advierte.

—¡Pero si no he hecho nada!

Eli se ríe despreocupada, o eso me parece a mí y besa las mejillas de un Marco que, para mi gusto, se recrea demasiado en el saludo. Después es Alex el que la saluda, también con dos besos y una sonrisa más comedida que la de Marco.

—¿Cómo estás? Ya teníamos ganas de conocerte.

—Muy bien, gracias. Yo también tenía ganas de conocer a los famosos cuatrillizos.

—No te creas mucho de lo que te haya contado Esme. En realidad, la peor siempre ha sido ella.

Mi amiga se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro. ¡Como si yo no hubiera sido siempre la modosita!

—No, la modosita ha sido siempre Amelia. Tú has sido la mandona.

Todos se ríen y yo lo miro mal, aunque acabo sonriendo también.

—Tener dotes de mando no es malo.

—Desde luego que no. Nos has mantenido firmes más de una vez. —Mira a Eli y señala a Óscar—. No te preocupes por él. Su adolescencia no se te irá de las manos mientras Ojos verdes ande cerca.

Mi amiga se ríe y yo tuerzo la boca, pero Alex se acerca y me besa la mejilla de manera sonora así que al final se me pasa un poco el enfurruñamiento.

—Bueno, hechas las presentaciones con todos. ¿Qué te apetece comer, o beber y dónde quieres sentarte? —pregunto a Eli.

—Pues me vendría bien una cerveza ahora mismo. Lo de sentarnos... tú mandas.

Sonrío y los alejo de los chicos mientras voy en busca de esa cerveza. Al final nos sentamos en una mesa junto a mis hermanas y Sara, que empiezan a disparar preguntas sin ton ni son. Estoy a punto de decirles que se controlen, pero la verdad es que mi amiga parece cómoda, así que lo dejo estar. Óscar, por su lado, ha decidido que, atendiendo a su instinto, prefiere estar con los hombres, así que ni corto ni perezoso se ha largado al rincón en el que todos hablan. Me fijo en Eli para ver qué le parece, pero ella solo parece contenida hasta que Diego sonrío al pequeño y lo alza en brazos para hacerlo partícipe de la conversación. Entonces mi amiga sonrío y se relaja contra el respaldo de la silla.

—¿Qué le queda a Nate? —pregunto pasado un rato.

—Estará al caer —responde Julieta después de mirar la hora en su reloj antiguo de bolsillo.

Encontró esa cosa en una tienda de antigüedades y no sale sin él. Si algún día, de hecho, no lleva bolsillos, se lo mete en el escote del sujetador y no tiene miramientos a la hora de sacarlo para ver la hora, cosa que pone a Diego de los nervios, la verdad.

—Pues a ver si se da prisa, que tengo hambre.

—Haz el favor de comportarte con él, ¿eh? Por lo menos hoy —me advierte ella.

—Yo siempre me comporto.

—Sí, siempre. —Mi hermana se ríe de buena gana y no sé qué me jode más, si eso, o que Amelia la imite—. ¡Pero si estás deseando que te hable para soltarle una bordería!

—Eso no siempre es así.

—Yo solo te digo que hoy es su cumpleaños y viene de trabajar, no de estar de fiesta, así que intenta entender que llegue tarde y sé amable con él. Te aseguro que lo tomará como un regalo.

—No soy una hija de puta, Julieta. Sé bien cómo tratar con mis amigos.

Mi hermana me mira con la boca abierta y yo soy consciente de que me he pasado. Estas bromas y puyas entre nosotras son normales, pero hoy, al estar al lado de Eli, me he sentido como si quisiera dejarme mal frente a ella. Una soberana estupidez, lo sé, pero mis tres hermanos y yo tenemos el don de

comportarnos como idiotas a veces. Debe ser algo genético.

—Lo siento —digo de inmediato.

—No tienes porqué —contesta ella con soltura—. Yo sé que en realidad lo que ocurre es que el doctorcito te pone.

Me río con sarcasmo y taladro a Amelia cuando se ríe y asiente.

—Yo creo que también, lo siento. Te pones borde porque es eso, o ponerte tontorróna.

—Estáis fatal.

—Lo que tú digas —dice Julieta antes de mirar a Eli—. Estás soltera, ¿no? Porque igual Nate y tú podríais quedar alguna vez. Él es doctor, pediatra además y tú matrona... piénsalo.

Me tenso un poco en la silla, porque me parece casi, casi indignante que mi hermana se dedique a buscarle citas a Nate, pero peor me parece que mi amiga se ría y se encoja de hombros.

—No me iría mal una cita con alguien mayor de cinco años, para variar. —La miro incrédula y algo cabreada, porque ella no puede tener una cita con Nate. No pegan, aunque los dos trabajen en el sector sanitario. Y además ella se merece algo más... menos... y él se merece algo más... o menos... Eli da un trago a su cerveza y me mira con una sonrisa comprensiva—. ¿Y esa cara? A ver si van a tener razón tus hermanas...

—Uy, uy, uy. Esa cara ha sido de celos total, vamos —dice Julieta.

—De eso nada —aclaro.

—¡Pero si te ha faltado tirarle de los pelos a la pobre!

—Que no.

—Cariño, ¿te gusta Nate? —pregunta Amelia desesperándome.

—Que no, joder. ¡Que a mí Nate no me gusta ni me gustará nunca!

Reconozco que mi tono de voz ha sido algo elevado y en cuestión de un minuto tengo a Óscar pegado a mis piernas.

—¿Estás bien?

—Sí cariño. —Le sonrío y beso su frente antes de subirlo a mis rodillas—. ¿Tienes hambre?

Él mira a mis hermanas muy serio y yo intento no sonreír, porque me ha salido un protector muy fiero.

—No mucha. ¿Te están diciendo cosas feas?

—No —digo en tono seguro, porque es verdad que mis hermanas son de pinchar, pero estábamos de broma, aunque a mí me moleste un poco la insistencia en el tema de Nate—. Solo bromeábamos acerca de algo.

—Nosotras queremos mucho a Esmé —dice Amelia—. Nunca le diríamos cosas feas.

—Es verdad, Óscar —sigue Julieta—. Puede que le digamos cosas que no le gustan, pero eso es normal en las familias. A veces, los mayores nos decimos cosas que molestan, porque son verdad o porque son mentira.

—Y si son verdad, ¿por qué molestan?

—Bueno... —Para mi sorpresa, Eli entra en la conversación y acaricia el pelo de su hijo antes de hablar—. A veces, si no estamos listos para oír algunas cosas, aunque sean verdades, nos molestamos.

El niño frunce el ceño y mira a su madre con la cabeza un poco torcida.

—Creo que no te entiendo.

—Ya, es que las cosas de mayores son complicadas.

—Sí. Mejor me vuelvo con los hombres.

Todas se aguantan la sonrisa y asienten en su dirección, así que Óscar corre de nuevo hacia donde están los chicos y esta vez es Alex el que se lo sube a las rodillas para hacerlo parte de la reunión.

—Solo como puntualización —digo—. A mí no me gusta Nate, y no es que no esté lista para oír ciertas cosas, es que esas cosas son mentiras. —Miro a mi amiga y la señalo con el dedo—. Y se supone

que tú tendrías que estar de mi parte.

—Solo era una broma —dice ella riendo—. Tranquila, cielo. Si dices que no te gusta, te creo.

—Yo no, pero vaya, que ya caerás por tu propio peso —dice Julieta.

Miro a Amelia, que se queda en silencio y decido que ya he tenido bastante y que necesito otra cerveza, así que me levanto para cogerla. Mala suerte es que Nate aparezca justo en ese momento y nos encontremos en el camino, así que tengo que saludarlo y, por alguna razón, siento que todos los ojos están puestos en nosotros.

—Hola, Esmé —dice él con una sonrisa amable, como siempre; besando mis mejillas con suavidad, como siempre y en un tono de voz calmado y cariñoso, como siempre.

—Hola. Feliz cumpleaños —digo con una sonrisa un poco forzada.

—Gracias. ¿Me has comprado algo?

—Sí, claro, pero no te emociones porque no es más que ropa.

—Es ropa comprada por ti. Suficiente.

Sus ojos negros me miran con intensidad y me pongo nerviosa, como siempre que hace eso. No es que odie a Nate, no es eso, de verdad, y tampoco es que me guste. Es solo que hemos llegado a un punto en el que él me mira como ningún otro hombre me ha mirado antes y yo me pongo nerviosa como nunca antes, también. Quizá es por su sonrisa, siempre amable, hasta cuando no lo merezco. O puede que sea porque, a veces, cuando todos se meten conmigo de broma, él se acerca y toca mi mano, como si intentara tranquilizarme. A lo mejor es porque alguna que otra vez roza mi espalda, o mis hombros y a mí el vello se me eriza, o porque cuando hemos bailado juntos al salir de fiesta, me olvido de la música que suena y solo puedo concentrarme en su cuerpo y sus manos tocándome, pero eso no quiere decir que me guste. A veces el cuerpo tiene reacciones químicas ante ciertas personas o situaciones. Estoy convencida de que todo lo que ocurre es que él, de alguna manera, consigue ver en mí más que el resto y eso no me gusta, me pone nerviosa y me hace sentir insegura. Si él no me mirara como si yo fuera un libro abierto ante sus ojos, yo no estaría tan a la defensiva, así que la culpa es suya.

Nate no me gusta, no le quiero y jamás me he preguntado cómo sería tenerlo desnudo sobre mí.

Y ya no diré más sobre este tema.

Al final, tanto preocuparme por si Eli no se iba a integrar bien, o por si iba a preferir a mis hermanos en vez de a mí, y resulta que la barbacoa ha ido perfecta. Ella no deja de bromear con mis hermanas, e incluso con Alex, aunque en cuanto este le ha soltado un par de piropos ha puesto pie en pared y se ha concentrado en otras personas. La entiendo, porque desconfía en exceso del género masculino y porque yo le he hablado mucho de lo mujeriego que es mi hermano. Aun así, está disfrutando, se le nota y me alegro muchísimo, porque creo que, en realidad, la amistad consiste en querer para la otra persona solo cosas buenas, y Eli se merece tener alrededor a gente que la quiera y la arrope cuando se sienta un poco sola. Sé que desde ahora tendré que compartirla con ellos y, aunque me pica un poco, reconozco que verlos juntos y darme cuenta de lo mucho que ella está disfrutando ha sido determinante para que olvide esos pequeños celos, o los dé de lado, y me centre solo en ofrecerle a mi familia y presentarle a los que serán, sin duda, grandes amigos suyos.

Además, ya llegará el día en que me eche en cara que no la dejan vivir y yo le pueda salir con un «Te lo dije».

—¡Venga Nate! ¡Sopla las velas de una vez que necesito azúcar para dejar las cervezas y pasarme a los pelotazos!

Esa ha sido mi hermana Julieta, como no podía ser de otra forma. A su lado, Marco le quita la cerveza que tiene en la mano y le pone mala cara.

—Ya no bebes más.

Mi hermana eleva las cejas y se pone las manos en la cintura. Yo estoy justo al lado de ella y creo que el resto no se ha percatado de lo ocurrido, porque siguen a lo suyo, pero no pienso moverme de aquí porque me parece que de un momento a otro van a estar discutiendo y no puedo dejar que le fastidien el día a Nate. Bastante aguanta el pobre en el piso metido con los tres. Claro que, por otro lado, podría buscarse otro piso, pero se ve que, al doctor, en el fondo, le va la marcha, porque si no yo no me explico que siga viviendo en ese piso de locos.

—Mira, niño, vamos a dejar la jerarquía clara, porque hay ratos en que se te olvida. Aquí mando yo, luego tu tío y luego, al final, tú.

—Me parece muy bien, pero ya no vas a beber más. ¿Qué quieres? ¿Acabar borracha por las esquinas?

—No voy a acabar borracha, Marco, estoy bien. —El chico pone mala cara, pero mi hermana no se amedrenta. Se acerca a él y besa su mejilla con dulzura. De no estar a su lado, no escucharía las palabras que pronuncia a continuación—. Yo no soy ella... yo nunca seré como ella.

Marco le devuelve la cerveza, agacha la mirada y asiente una sola vez antes de dirigirse hacia Diego, que desde una esquina observa la escena con gesto serio. Julieta suspira y se apoya en el respaldo de la silla antes de dejar la cerveza en la mesa.

—Eh... ¿Estás bien? —pregunto.

—Ya le has visto... A veces es tan patente el pánico que tiene a que nos convirtamos en algo parecido a su madre que me mata un poquito por dentro, porque no sé cómo explicarle que yo jamás seré como ella y que preferiría dejarme cortar un brazo antes que verle sufrir por mi culpa.

Frunzo los labios en señal de comprensión una sola vez, porque la entiendo, pero también entiendo a Marco. Hasta hace unos meses el chaval vivía en un piso de mala muerte, en el peor barrio de la ciudad y soportaba a su madre borracha, drogadicta y prostituta mientras su chulo le robaba el poco dinero que conseguía en la calle. La verdad es que cuando me paro a pensar en su vida, encuentro un avance

extraordinario no solo en su comportamiento, sino en su forma de relacionarse con la gente. Ya no parece a la defensiva todo el tiempo, al menos con nosotros, porque me consta que tiene algunos problemas para hacer amigos. Entiendo a mi hermana, de verdad, pero esto no tiene más solución que armarse de paciencia y seguir trabajando este camino.

—Está mucho mejor —le digo—. Acuérdate de cómo era al principio.

—Ya... la psicóloga está bastante contenta, y nosotros también, pero... —Suspira y se encoge de hombros—. No sé, a veces me gustaría poner las manos en su cabeza y obrar la magia de hacerle olvidar su vida entera. Al menos la parte en la que nosotros no existíamos.

Miro a mi hermana un poco sorprendida, porque no es muy dada a decir cosas tan serias y profundas. Sé que las siente, por supuesto, pero también sé que su forma de ser le impide abrirse con naturalidad. Quizá, después de todo, nosotras no seamos tan diferentes como siempre hemos pensado. A lo mejor ella también se traga gran parte de su sufrimiento diario para no ponernos mal. Al final, va a resultar que solo Amelia deja ir lo que siente con naturalidad... Tomo aire con lentitud y paso una mano por sus hombros, porque las palabras que voy a decir a continuación son serias y no quiero que su vena payasa vuelva y lo tome a broma.

—Eres una gran madre, Julieta. —Ella me mira sorprendida y yo sonrío—. Lo eres. Estás actuando como tal y tienes que saber que estoy muy, muy orgullosa de ti. Hace dos años ni siquiera podía imaginar todo lo que ibas a conseguir, pero mírate. Tienes un negocio estable que avanza por días, un novio que te adora y un sobrino que más que sobrino es hijo y que, estoy segura, daría la vida por ti. Eres muy afortunada. ¿Que a veces es complicado? Sí, claro, pero es que, si fuera siempre fácil, no valorarías todo lo que tienes tanto como deberías. Marco es un gran chico y será un gran hombre, te lo prometo, y todo gracias a Diego y a ti.

Ella me mira a los ojos un segundo antes de carraspear y mirar al frente. Puedo notar el movimiento de su garganta cuando traga saliva y, saber que la he emocionado de alguna manera me hace sentir bien, porque, aunque parezca una tontería, ser consciente de que mis hermanos sufren me hace ser más fuerte y me impulsa a querer animarme. Puede que ahora no esté en mi mejor momento, pero no puedo dejar que mi sufrimiento personal me hunda, no es justo para ellos. Ya tienen bastante y lo último que necesitan es preocuparse también por mí.

—Tú eres la mejor de todos nosotros —dice ella—. Siempre lo has sido. Tú podrías con Marco y sus miles de traumas con los ojos cerrados.

—No lo haría mejor que tú —susurro—. Estás haciéndolo muy bien, Julieta, de verdad.

Ella sonrío, me da un sonoro beso en la mejilla y se levanta para coger un refresco de la mesa de bebidas y reunirse con Marco y Diego. Puedo ver la mirada de vergüenza y alivio del chico y la sonrisa de Diego, que la besa con una dulzura que se me atraganta un poco, porque yo no tengo eso y no quiero envidiarlo, pero lo hago.

¿Cómo será tener esa sensación de amor dentro? A veces me preguntó qué se debe sentir al saber que, pase lo que pase, hay alguien dispuesto a poner los brazos para sujetarte cuando caes. Una persona que no es familia, se entiende. A veces, me pregunto qué se siente cuando un hombre te ama de la forma en que Diego ama a mi hermana, porque está claro que daría la vida por ella. Yo he tenido parejas, claro, la última además basada en un tira y afloja constante que acabó porque él aseguraba que le daba más valor a mi trabajo que a nuestra relación. Y lo más triste es que tenía toda la razón del mundo.

Quizá es que yo no sirvo para tener ese tipo de amor. Estoy casi convencida y, en parte por eso, opté por la inseminación. Tengo veintinueve años, todavía puedo tener un embarazo por el método habitual, pero es que creo que ahí fuera no existe el hombre que quiera quedarse a mi lado mucho tiempo. No el suficiente para tener un hijo y criarlo juntos, desde luego.

Resoplo un poco y cojo la cerveza que Julieta ha dejado en la mesa para dar un largo trago. Creo que mi verdadero problema es que últimamente reflexiono demasiado acerca de todo. Tal vez debería

dejar de pensar y seguir a mis impulsos por una vez en la vida. Y mis impulsos ahora mismo me dicen que lo mejor que puedo hacer es beber y pasarlo bien, o por lo menos intentarlo.

Al final Nate sopla las velas, porque si no a Julieta le va a dar algo de la impaciencia. De verdad que esta hermana mía conseguirá que en su piso se den a la tila en vena solo para intentar llevarle el ritmo sin morir en el intento. El caso es que Nate sopla no una, sino dos veces, porque Óscar se ha colocado delante de él y se ha quedado con carita de circunstancia cuando ha visto las velas apagadas.

—¿Quieres soplar? —le ha preguntado, a lo que el niño ha asentido con vigor—. Venga, pues las encendemos otra vez.

—¿Sí? ¿Y puedo pedir un deseo?

—Claro campeón, pero no lo digas en voz alta, para que se cumpla.

Hemos cantado de nuevo, Óscar ha soplado y luego ha decidido así, de la nada, que el cumpleaños se merece toda su atención, así que ha ignorado por completo al resto de hombres de la casa y se ha centrado en él, que lejos de mostrarse tirante o cansado le ha dado juego, ha bailado con él y hasta lo ha llevado colgado de su espalda como si fuera una mochila durante un ratito importante. El crío solo ha consentido despegarse un poco cuando Alex le ha metido en casa para enseñarle la colección de coches de juguete de su habitación. Y no, no lo ha hecho para distraerlo; lo ha hecho para vacilar de colección con un crío de cinco años. Mi hermano es así de infantil cuando le tocan los puñeteros coches, sea en la modalidad que sea.

Yo por mi parte me paso la tarde bebiendo bastante más de lo que acostumbro y pensando que mañana tendré que correr más kilómetros de los que son habituales en mí para expulsar tanta toxina. El deporte es fundamental en mi vida, pero además es que me ayuda a no perder la cabeza con ciertos temas, así que no puedo dejarlo.

—Ey. —Me giro y veo a Nate justo a mi lado, demasiado cerca para mi gusto—. ¿Cómo vas? —me pregunta mientras mira la copa que tengo en la mano.

—Genial, muy genial —contesto con soltura.

—Ya te veo, ya. —Se ríe un poco entre dientes y coloca una mano en mi cintura—. ¿Por qué no me ayudas con la cena? Creo que necesitas hacer algo que no sea beber durante un tiempo.

—¿Me estás diciendo que estoy borracha?

—No, por supuesto que no. Solo digo que necesito que alguien me ayude con los filetes. Tu padre se ha desentendido porque ya cocinó a la hora de comer, Julieta y Diego se están dando el lote en una esquina, Amelia no soporta ver carne cruda y Eli está entretenida charlando con Sara.

—Que te ayude Alex.

—Está jugando con Óscar al tres en raya. En el suelo. No preguntes.

Se me escapa una risa y los busco por el jardín hasta darme cuenta de que sí, están arrodillados en el suelo jugando con piedras al famoso y tradicional juego. Suspiro y voy con él hasta la barbacoa sin quejarme más.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ve poniendo pimienta extra en los filetes.

Me da el tarro de la pimienta molida y la bandeja de la carne. No tengo muchas ganas de hacer esto, pero dado lo ocupados que están todos decido que bien puedo portarme bien con él, aunque sea hoy, que para eso es su cumple.

—Por cierto, me ha encantado la camisa que me has comprado —dice mientras sopla a la barbacoa.

—Lo sé, ya me lo has dicho.

Nate se ríe entre dientes y me mira. Joder, qué guapo es. No es que me guste, conste, es que objetivamente es muy guapo. Demasiado, diría yo. Tiene esas dos arruguitas que se le forman a los lados

de la boca cuando se ríe; esos ojos negros que me recuerdan al carbón de azúcar y una boca mullida que, por alguna razón, no puedo dejar de mirar. Él se da cuenta, lo sé. Lo noto cuando se acerca y su sonrisa se amplía más.

—¿Qué miras?

—¿Eh? —pregunto volviendo mi vista a sus ojos—. Nada.

—¿Nada? Te has quedado mirando mi boca. ¿Tengo algo entre los dientes?

—No lo sé, no me he fijado.

Nate sonrío más cerca de mí y acaricia mi cintura en un movimiento rápido, como todos los que él hace. Rápido y certero, porque a mí ya se me ha oprimido el pecho de una forma que odio bastante. Puñetera química, porque no es más que eso, estoy segura.

—Estás preciosa hoy.

—¿Solo hoy? —pregunto elevando una ceja.

—Siempre, pero hoy estás especialmente guapa. O será que has bebido bastante y te encuentro más accesible.

—¿Estás diciendo que te vas a aprovechar de que voy un poco bebida para acercarte más? Eso es de ser un poco cerdo.

—No he dicho eso. Además, siempre aprovecho la mínima oportunidad para acercarme a ti.

—Porque por alguna inexplicable razón, te encanta que te dé caña.

—No es tan inexplicable, pero pronto hará dos años que nos conocemos y tú sigues haciéndote la tonta conmigo.

Miro a nuestro alrededor buscando una posible salida de urgencia, porque no estoy dispuesta a pasar por este trago. No soy tonta, sé que Nate quiere algo conmigo; seguramente un polvo, como todos. Puede que dos, o hasta tres, pero sé bien cómo es él y cómo soy yo. Al final acabará cansándose de mi frialdad, igual que le pasa al resto. Se hartará de intentar luchar contra mis muros, mi desconfianza sin motivos y mi pequeña obsesión con el trabajo y el deporte. No aguantará ser el último en mi lista y yo no puedo ofrecerle otra cosa, así que antes que cargarme esta amistad que tenemos, prefiero alejarme y hacerme la tonta, como bien dice él.

—Voy a por otra copa.

—No necesitas más copas. Necesitas escucharme.

—Ya te he escuchado bastante.

—Esmeralda, mírame. —Lo hago, porque el tono, mal que me pese, ha sido imperativo y suplicante al mismo tiempo, lo que me confunde y me hace obedecer, aunque no quiera—. ¿Qué tengo que hacer para conseguir que escuches lo que tengo que decirte? Solo eso. No quiero nada más, solo que me mires y escuches todo lo que tengo dentro.

—Nate, ¿no te das cuenta? En el momento en que eso pase, estaremos dando un paso en firme para acabar con esta amistad.

—¿Pero qué amistad? Si no dejas de vapulearme y alejarme de ti solo porque te has montado alguna idea que no alcanzo a comprender. Te pones borde, me das de lado y te piensas que así se soluciona esto, pero no es así. Acabo de cumplir treinta y cinco años y de regalo de cumpleaños quiero que hablemos sin tapujos de una vez por todas. Por favor...

Lo miro a los ojos y me lo pienso durante unos segundos, pero al final niego con la cabeza y me alejo mientras él agacha la mirada y se vuelve hacia la barbacoa, quizá para que nadie vea cómo le ha afectado mi negativa a hablar con él.

Me duele, aunque él no lo crea me duele mucho hacer esto y me molesta cargar con toda la responsabilidad. Se supone que esta amistad es cosa de dos. ¿Por qué tengo yo que estar manteniendo la línea firme siempre? ¿No se da cuenta de que, si dejamos caer las barreras y decimos ciertas cosas, podemos cargarnos el grupo entero? Porque si él me declara algún tipo de sentimiento removerá cosas en

mí que cambiarán para siempre, ya sea para bien, o para mal.

Si acepto liarme con él, como a veces me dice mi instinto, pierdo, porque sé que saldrá mal y en algún momento nos separaremos y haremos sufrir a mi familia y nuestros amigos.

Si por el contrario me niego, como he hecho ahora, él empezará a estar más distante, yo seguiré siendo borde y llegará el día en que ninguno de los dos pueda más y nos evitemos, lo que acabará con el buen rollo del grupo igualmente.

¿Entonces? ¿Cuál es la salida?

—Hola nena, ¿cómo lo llevas? —me pregunta Eli acercándose a mí.

—Muy bien. ¿Eso tiene alcohol? —pregunto yo mirando su vaso. Cuando asiente se lo quito y doy un gran trago—. ¿Cómo te lo estás pasando?

—Genial, pero... esto... quizá deberías dejar de beber un poco.

—Quizá. O quizá debería dejar de pensar en los «quizá» y beberme hasta el agua de los floreros.

Eli no contesta y yo vuelvo a beber, porque creo que es la única forma que tengo de matar este sentimiento que crece y empieza a asfixiarme con tanta fuerza que dudo que pueda respirar con normalidad en un rato si le dejo ganar la batalla.

Dos horas después todos han cenado y yo tengo una borrachera importante. Tan importante que veo a Nate bailar con Amelia y me cabreo, porque se ve que en mi intento de matar al bichito asfixiante solo he conseguido darle más fuerza y valor, lo que es sumamente peligroso, a mi modo de ver.

Cuando me doy cuenta de que estoy caminando hacia ellos —puede que de forma poco estable— me arrepiento. Quiero parar, desandar el camino y meterme en casa. Lo que tengo que hacer es darme una ducha fría y acostarme, pero no hago nada de eso, al revés. Llego a donde están y ladeo la cabeza mirándolos mal.

—¿Por qué conmigo no bailas?

Nate se para en seco y me mira elevando las cejas.

—Mmmm. ¿Recuerdas la conversación de antes?

—Perfectamente, pero eso no responde a mi pregunta. Siempre me sacas a bailar y hoy nada. ¿Qué pasa? ¿Piensas ignorarme de aquí en adelante?

Amelia abre con sorpresa sus inmensos ojos azules y se larga sin decir ni media palabra. Conociéndola como la conozco, en cuestión de segundos tendré a Julieta y puede que a Eli y Sara también observando la escena, así que cojo la mano de Nate y tiro de él con fuerza. Lo guío por el jardín lateral hacia la entrada de casa y, cuando tropiezo con el escalón de entrada del porche y él tiene que sujetarme para no caer, decido que aquí ya tenemos bastante intimidad.

—Eh, eh, Esmeralda. —Nate sujeta mi cara con ambas manos y me doy cuenta de lo grandes que son cuando siento la yema de algunos de sus dedos en mi nuca mientras sus pulgares se mantienen en mi mandíbula—. ¿Estás bien?

—No —admito—. No quiero que me ignores. Sé que soy una borde, que me porto mal y que tienes una paciencia infinita, pero aun así no quiero que me ignores.

Me avergüenzo de las lágrimas que caen de mis ojos y resbalan por mis mejillas en el mismo momento en que salen, pero por alguna estúpida razón —y por la cantidad ingente de alcohol que he bebido— no puedo parar.

—No te ignoraba. —Nate sonrío y juraría que sus ojos brillan un poco cuando se acerca a mí—. No podría ignorarte ni aunque quisiera. A veces pienso que sufro una condena por ser consciente de dónde estás siempre, hasta cuando no quiero.

—No has bailado conmigo —digo en un tono infantil que me da mucho asco.

En realidad, toda yo ahora mismo me da mucho asco, pero voy lanzada y sin frenos. Sé que me voy a

arrepentir, sé que debería callarme y, aun así, no lo consigo. Esto mío debe ser masoquismo puro y duro.

Nate sonrío, pasa las manos por mi cintura y besa la comisura de mis labios mientras yo cierro los ojos y el pulso se me acelera.

—No tenías más que pedirlo —susurra haciendo que su aliento roce mis labios—. ¿No te has dado cuenta todavía de que en cuanto tú pides algo, yo obedezco sin preguntas? Soy casi tu esclavo.

—No es verdad —murmuro mientras mis manos deciden ir por libre y aferrarse a su nuca.

Nate empieza a movernos al ritmo de una música que solo existe entre nosotros, porque en el jardín trasero lo que suena es mucho másailable.

—Lo es. Estoy convencido de que podrías pedirme la luna y me hipotecaría con algún Dios de por vida para conseguírtela.

—Nate... No puedes darme lo que yo quiero.

—¿Cómo estás tan segura, si no me lo has pedido?

—Es algo demasiado grande.

Él me mira entornando los ojos, suspira y se encoge de hombros.

—Ponme a prueba. ¿Qué puedo hacer para que seas feliz y entiendas que yo puedo ofrecértelo? Puedo dártelo, sea lo que sea. Si no lo tengo lo conseguiré, lo robaré, haré lo necesario, pero joder, dime, ¿qué necesitas?

Y entonces, las palabras impronunciables brotan en mi estómago y ascienden haciendo surf por mi torrente sanguíneo, adueñándose de la poca razón que el alcohol me deja tener y saliendo por mi boca claras, concisas y, quizá, más alto de lo que deberían.

—Un hijo. Quiero un hijo, Nate.

Cierro los ojos en cuanto me doy cuenta de lo que he dicho y hecho. Intento alejarme de Nate, pero él me retiene agarrándome por los hombros.

—Mírame —dice con voz firme. Niego con la cabeza y cierro aún más los ojos—. Esmeralda, mírame.

Tomo aire por la nariz, dándome cuenta de que estoy comportándome como una idiota. Yo no soy ninguna cobarde así que enderezo los hombros sintiendo sus manos aún sobre ellos y abro los ojos para enfrentarle. Su boca está entreabierta y su mirada es extraña; seria y penetrante, como si intentara ver a través de mí. En otro momento me habría reído, porque ahora ya no me lee tan bien como siempre y una parte de mí tiene la necesidad de reprochárselo en tono de sorna, pero la inmadura es mi hermana Julieta, no yo, y estoy borracha, pero ni así puedo tomar esa actitud.

—¿Qué? —pregunto en tono frío.

—¿Un hijo? —pregunta—. ¿Pero qué...? ¿Cómo...? ¿Un hijo mío?

Al oír la pregunta de sus labios siento cómo se me cierra el estómago. No me había dado cuenta hasta ahora de lo que he hecho, pero, por otro lado, pienso que, de perdidos, al río. No ha sido algo premeditado. No es que jamás haya pensado en la posibilidad de pedirle un hijo a Nate, por Dios, no estoy loca. O quizá sí, claro, porque es lo que acabo de hacer. Y ya no es solo eso, sino que de pronto, la idea no me parece mala. Nate tiene buenos genes, es guapo, inteligente, educado y no tiene ninguna enfermedad crónica importante, porque yo lo sabría. Es un donante perfecto y en otros países estas cosas se hacen continuamente, ¿verdad? Hay mucha gente que tiene hijos gracias a donaciones de amigos, así que no es tan descabellado. No lo es, no estoy loca; es un favor como otro cualquiera.

—Te pagaría —susurro, aunque de inmediato me doy cuenta de que igual eso no ha sonado del todo bien, así que intento explicarme—. Quiero decir que... has dicho que podría pedirte cualquier cosa y yo... yo... yo quiero un hijo. No te lo pediría si las inseminaciones hubiesen funcionado, pero es que ya van tres, y no tengo dinero, y... y...

—Esme, Esme, eh, para. —Siento sus manos apretar mis hombros con fuerza para que lo mire y cuando lo hago me encuentro con que sus ojos siguen sorprendidos, pero no se ríe de mí, ni ha salido corriendo, lo que ya es un gran paso—. ¿Te has inseminado?

—Ajá...

—¿Tres veces? —Asiento y él se relame y me suelta para pasarse las manos por la cabeza reiteradas veces. Durante un segundo pienso que seguro que le encantaría tener más pelo para poder tirarse de él, pero lo tiene rapado al uno, como mucho al dos, así que lo más que puede hacer es acariciarse la cabeza con vigor—. Por eso los cambios de humor, las ojeras, los parones en tus entrenamientos matinales...

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú que he tenido parones en mis entrenamientos?

—Julieta comentaba en casa que estabas resfriada, tenías virus y un largo etcétera. Me fijaba en ti buscando algún signo de esos supuestos virus y achacaba tus cambios de humor a eso, no a las hormonas que seguramente tendrías en el cuerpo y...

—Eso no es importante.

—¡Claro que es importante! ¡Has pasado por tres jodidas inseminaciones sin decirle nada a nadie! —Me mira muy serio, diría que incluso molesto—. ¿No se te ha pasado por la cabeza pensar que nosotros te podríamos haber facilitado la vida? —Guardo silencio y él resopla—. Joder, Esmeralda...

—¿Eso es un «No»? —Él me mira fijamente y yo, aunque tengo ganas de agachar la cabeza, la

levanto más, en actitud altiva—. Porque tienes que saber que no sería gratis. Te pagaría por tu semen y te eximiría legalmente de cualquier responsabilidad con el bebé. No tienes que preocuparte de eso. Solo harías una donación y te olvidarías del tema.

—¿Pagarme por mi semen? —Entrecierra los ojos y de inmediato los abre al tiempo que la indignación pinta su cara—. ¿Quieres comprar mi semen, inseminarte, tener un hijo mío y seguir como si nada? ¡Joder, Esmeralda! Se supone que me conoces mejor que toda esa mierda. Yo no sería capaz de desentenderme de un hijo.

—En realidad, solo sería mi hijo. Tú no aportarías más que un poco de ADN y... —Cuando su mandíbula se tensa y sus ojos me miran en modo asesino decido que igual esta no es la manera de pedirlo—. Oye, piénsatelo, ¿vale? Sería un favor de amigo. Nate, no tengo más dinero para tratamientos. No me queda nada y de esta forma la inseminación sería mucho más barata.

—Esme...

—Es lo único que deseo —digo esta vez al borde del llanto. Soy consciente de que el alcohol me hace estar más vulnerable de lo normal, porque sin estar borracha jamás me mostraría así ante él. Podría ver que estoy mal, pero no hasta qué punto—. Llevo toda la vida esperando el momento de poder ser madre. He dejado pasar oportunidades laborales realmente buenas para no atarme aún más y poder relajar mi nivel de trabajo cuando por fin tenga a mi bebé conmigo. He renunciado a comprarme una casa, invirtiendo todo mi dinero en tratamientos que me volvían loca, no solo por las hormonas, sino por el dolor, por la soledad que sentía y por el miedo a que no funcionara. He sufrido tanto que ya ni siquiera me sale ilusionarme del todo. —Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y cuando quiero darme cuenta tengo las palmas de las manos apoyadas en su pecho—. Sé que te pido mucho, que no mereces que abuse de ti de esta forma y que no te he tratado todo lo bien que mereces en estos dos años, pero también sé que eres el único con un corazón lo bastante grande como para entender lo que estoy pasando. Por favor, Nate, piénsalo. Te lo suplico...

—Esme, mi... —Nate cierra los ojos un segundo, apoya las palmas de sus manos sobre las mías y me mira con delicadeza—. Estás muy bebida... quizá mañana veas las cosas de otra forma.

—No, no. Sé muy bien lo que quiero, y sé que serías un candidato ideal.

—Esmeralda, soy afroamericano —Lo miro entrecerrando los ojos, sin entender qué tiene eso que ver—. Lo más probable es que tuvieras un hijo negro, o mulato.

Dejo ir el aire que tenía retenido dentro y separo mis manos de su pecho con brusquedad.

—¿Qué narices estás diciendo, Nate? ¿Te crees que soy una racista de mierda? Pensé que me conocías mejor.

—No, sé que no lo eres, pero una cosa es tener un amigo negro y otra un hijo. En este país todavía queda mucha gente racista. ¿Lo has pensado?

No, la verdad es que no había pensado en ello nunca, pero de todas formas me da igual. Nate es perfecto físicamente y yo jamás querría cambiarle la piel por una más clara. ¿Cómo iba a querer eso, si cuando sueño que él me toca, lo que más me gusta es imaginar cómo sería contrastar su piel oscura, del color de la canela, con la mía, blanca como la nieve? Son sueños involuntarios, cierto, y yo no siento nada por él, de verdad, pero cuando los he tenido el color de nuestras pieles jamás ha sido un problema, sino todo lo contrario.

—Sería mi sangre, mi hijo. El color ni siquiera me importa. Por mí, como si viene amarillo.

Me callo y no le digo que creo que un hijo suyo sería una preciosidad, porque tampoco consiste en hacerle la pelota o que piense cosas que no son.

—Esme...

—Sé que esto es fuerte, pero no te lo pediría si no lo deseara.

—O si no estuvieras borracha.

Cierro los ojos intentando controlar mi indignación, pero reconozco que cuando hablo, no lo he

conseguido del todo.

—Mis deseos son los mismos siempre, solo que ahora los expreso con más facilidad.

—¡Chicos! —Nos sobresaltamos al oír la voz de Diego acercándose. En cuanto aparece por el jardín nos sonríe—. No es por nada, pero Julieta os está buscando y está convencida de que estáis echando un polvo en cualquier parte, así que, si no queréis ser el centro de atención, salid y haced como si nada. —Se fija en mi cara y frunce el ceño antes de mirar a Nate—. ¿Todo bien?

—Sí, claro, ¿por? —pregunta este.

Él vuelve a mirarme bastante sorprendido y no caigo en la cuenta del porqué, hasta que siento la humedad de mis mejillas. Agacho la cara y me seco las lágrimas con avidez, aunque sé que ya es tarde.

—Ahora vamos. —Oigo que dice Nate.

Diego no habla, no sé si asiente porque sigo mirando al suelo, pero pasados unos segundos Nate coge mi brazo con tanta delicadeza que me duele, porque sé que va a decirme algo que no va a gustarme. Sé que intentará convencerme de que esto no es una buena idea. Me dirá que debería esperar primero al amor de mi vida, casarme y tener hijos; seguir los pasos lógicos y normales como cualquier persona, pero es que yo no puedo esperar más. Llevo veintinueve años esperando y tengo muy claras mis ideas. Si él se niega, tocará volver a ahorrar, trabajar más horas e intentar una nueva inseminación cuanto antes.

Así pues, cojo una gran bocanada de aire y comienzo a caminar, deshaciéndome de su agarre, pero solo me dura dos o tres pasos porque siento sus brazos rodearme la cintura y sus manos enlazarse en mi estómago. Cierro los ojos y procuro no pensar en lo bien que huele. Nate siempre huele así: a cítricos, a apetecible; a lo que deberían oler los hogares perfectos.

—Déjame —le pido en tono bajo.

Siento sus labios en mi oído y tiemblo, porque no quiero que se acerque tanto y me haga añorar algo que no puede ser. Él no me gusta, él no me puede gustar porque si permito que esto que siento salga a la luz, acabaré todavía más destrozada de lo que ya lo estoy. Dejaré de lado mis objetivos y, al final, saldrá mal. Él se dará cuenta del fraude que soy en realidad y acabará alejándose, como todos.

—Mañana —susurra en mi oído mientras sus manos me aprietan más en el estómago y me pegan a su cuerpo, hasta el punto en el que siento su pecho entero en mi espalda—. Si mañana sigues pensando lo mismo, búscame.

—No me lo darás.

—Búscame —dice con voz ronca antes de soltar su agarre, pasar por mi lado y salir al jardín.

Miro su espalda y dejo ir el aire a trompicones. ¿Eso quiere decir que hay alguna posibilidad...? A lo mejor, después de todo, se está pensando ayudarme. Nate es médico, un hombre objetivo del lado de la ciencia y entenderá que darme un poco de semen no está relacionado con convertirse en padre. Puede hacer la donación y seguir como siempre, aunque esté viendo a mi hijo crecer. Sería un gran amigo para él, como Einar, por ejemplo, aunque ahora no esté en el país. Sería algo así como... su tío. La biología en realidad no es lo que hace que un padre y un hijo se reconozcan como tal. Para eso hace falta educar, criar y estar presente de manera constante teniendo claro que, por encima de todo, está él o ella. Yo no le exigiría eso jamás, y él tiene la capacidad de dármele, porque su corazón es demasiado grande para su propio bien, como ya he pensado más de una vez. Y sí, una pequeña parte de mí siente que soy un poco hija de puta con él y que no debería pedirle algo así, pero la verdad es que la esperanza aplasta ese sentimiento a pasos agigantados. Egoísta o no, es así como me siento.

Salgo al jardín y me encuentro con que mis hermanas, Eli y Sara me miran sospechando algo. Por suerte ninguna dice nada, y eso en Julieta es un milagro, pero Diego camina hacia ella y la morrea de una forma un tanto descarada, así que pasa de mi cara de inmediato. Yo creo que es para echarme una mano. Y porque le gusta demasiado morrearla, también.

—Joder, es como vivir con adolescentes —dice Marco a mi lado frunciendo el ceño.

Sonrío y paso un brazo por sus hombros. Él se tensa, pero no se aparta, lo que ya es mucho, teniendo

en cuenta que estos gestos eran impensables hace meses.

—Ni ellos son adultos al uso, ni tú un adolescente común.

—¿En qué nos convierte eso? —pregunta él con una sonrisa incrédula.

Lo pienso un momento, pero no mucho, porque las palabras acuden a mi boca de inmediato.

—En la familia perfecta, supongo.

Marco me mira a los ojos y por un segundo puedo ver sin tapujos la ilusión que le ha hecho mi comentario. Todavía necesita mucha reafirmación y creo que en la familia todos estamos encantados de dársela a diario. Le diré tantas veces como haga falta que no tiene que preocuparse de nada, porque con nosotros está en casa y a salvo. Solo espero que él sepa y pueda creer en nosotros siempre. Sobre todo, en Diego y Julieta.

—¿Estás bien? —me pregunta entonces.

—Claro que sí.

—Has llorado.

—Bah, estoy un poco borracha.

—Sí, eso también —dice sonriendo, aunque de manera tensa—, pero si has llorado, borracha o no, es porque no estás bien.

—No es nada importante —le aseguro.

—Si tiene que ver con Nate, puedo darle una paliza —contesta con una calma que me hace reír—. Puedo hacerlo, de verdad. Por ti lo haría.

—Te lo agradezco, pero no será necesario porque Nate es un ángel.

—El ofrecimiento sigue en pie para él y para quien tú quieras.

—Preferiría que no hablaras de dar palizas.

Marco suspira con tanto melodrama que me hace reír.

—Julieta y mi tío también se pasan la vida diciéndome esa mierda. No soy violento —aclara—, pero algunas veces hay que hacerse respetar.

Si fuera otro le diría que habla como un energúmeno, pero en Marco no suena así. Sé que en realidad solo ha pegado cuando ha intentado defenderse en las peleas en las que se veía envuelto hasta hace unos meses. No es un ángel, me queda claro, pero también intento pensar que hay más fachada en sus palabras que otra cosa.

—Eres un amor —digo antes de besar su mejilla de manera sonora.

—¿Quieres hacer lo mismo, pero de frente?

—Se acabó —La mano de Diego se planta entre nosotros y lo coge de la capucha de la sudadera que lleva puesta mientras lo aleja de mí—. Te advertí que nada de ligar con mujeres de la familia.

—¡Venga tío! La tenía a punto, joder.

Se me sale una carcajada mientras niego con la cabeza y me giro para buscar otra cerveza. Es entonces cuando veo a Nate mirándome. No sonrío, pero tampoco parece molesto. Solo... me mira, como si intentara descifrarme. No puedo evitar pensar que quizá está dándose cuenta de que, aunque me lee mejor que mucha gente, no ha podido llegar del todo hasta mí. Y eso, que a él le reventará un poco, porque le gustaba sentir que era más transparente para él que para el resto, a mí me encanta. Me encanta porque en el fondo le he demostrado que ni él, ni nadie, me conocen como de verdad soy. O no, eso no sería del todo correcto porque yo soy como me muestro. Lo acertado sería decir que nadie sabe que, además de todo lo que se ve, hay una parte vulnerable y ansiosa que guardo dentro, bien protegida de todo el mundo porque pienso que, si no pueden soportar mi actitud un poco fría, recta y calculada, no se merecen conocer a la Esmeralda sensible, ansiosa y llena de sueños un poco locos e imposibles.

—En algún momento tendrás que hablar con alguien. —Me sobresalto al oír a Alex justo a mi lado. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no le he visto caminar hacia mí. Le miro y elevo una ceja, pero él se ríe, porque mi actitud no le frena lo más mínimo—. Nate, tú, vuestra escapada, su cara seria y

tus ojos enrojecidos. No soy idiota, Ojos verdes. Ninguno en esta casa lo somos, pero se nos da muy bien hacérselo.

—Yo no...

—Sigo diciéndote lo mismo de siempre, y espero que alguna vez te des cuenta de que es verdad y no son palabras vacías. Si me necesitas, estoy en la puerta de al lado.

Besa mi mejilla y se va con Óscar, que lo reclama para jugar de nuevo al tres en raya.

Tomo aire con lentitud, disimulo y decido que esta fiesta ya está durando más de lo que debería. Además, empieza a dolerme la cabeza, así que supongo que debo ser de las pocas personas que empiezan a tener resaca cuando aún no han acabado de beber.

Localizo a Eli hablando con Sara y decido que son el frente más seguro, así que me uno a ellas y empiezo a rezar en silencio para que esta fiesta acabe de una vez y poder meditar acerca de todo lo ocurrido con calma. Sobre todo, necesito que el efecto de la bebida pase para mirarme al espejo y preguntarme si voy a tener los ovarios necesarios para buscar a Nate o no.

6

Nate

Llego a casa en silencio y me doy cuenta de que llevo así la última parte de la noche. Sé bien, además, que Diego, Julieta y Marco son conscientes de mi cambio de humor, pero milagrosamente ninguno de ellos ha dicho nada, lo que es de agradecer, porque ahora mismo ni siquiera sé si soy capaz de conectar mis pensamientos con mis palabras, así que prefiero seguir calladito.

Entramos en el piso y me voy derecho hacia mi dormitorio. Sé que aquí dentro van a respetarme, porque desde que Julieta vino a vivir a esta casa impuse la norma de que ninguno molestara a los demás cuando están en sus habitaciones. Entre ellos tres no se respetan ni un poquito, pero a mí, de momento, me dejan tranquilo casi siempre. Casi, porque alguna vez se les olvida, pero estoy seguro de que esta noche entenderán que no estoy para hablar con nadie.

O no, quizá no entiendan nada, claro, porque desde sus puntos de vista lo único que he hecho ha sido salir del jardín trasero con Esmeralda unos minutos y volver después, con cara de idiota con toda probabilidad, mientras ella aún tenía los ojos rojos... Estoy seguro de que han sacado muchas conclusiones de eso, pero me apuesto el cuello a que ninguna se acerca a la realidad.

Me desvisto intentando aclarar el revoltijo de pensamientos que se cruzan en mi mente, salgo cuando dejo de oír ruido fuera y entro al baño para lavarme los dientes y darme una ducha rápida. Me pongo un bóxer, me meto en la cama mirando al techo y me doy cuenta de que ninguna de estas acciones ha servido de nada, porque sigo sin saber qué pensar, qué decir o qué hacer.

Un hijo... Esmeralda quiere un hijo, y lo quiere con tanta fuerza que se ha dejado ver ante mí vulnerable y necesitada. En otra eso no sería tan raro, pero en ella... es un gran dato a tener en cuenta. Ha pasado por tres inseminaciones, cada una de ellas con su medicación y su subidón de hormonas; ha pasado por ello sola y lo peor es que de no ser porque ya no tiene dinero, seguiría intentándolo.

En situaciones como esta me enfado con ella por ser así. ¿Por qué no puede apoyarse en la gente que la quiere? ¿Por qué no puede apoyarse en mí? Si me lo hubiese contado yo la habría ayudado. Sé bien que se habrá informado de todo y habrá leído medio millón de libros, la conozco, aunque ella piense que no tanto, pero podría haber estado a su lado. La habría acompañado al médico y... Cierro los ojos y me sonrío con ironía. ¿A quién quiero engañar? No habría hecho nada de eso porque no habría estado de acuerdo en que se inseminara. No porque crea que no puede ser madre, al revés; estoy convencido de que sería y será la mejor madre del mundo, pero yo jamás habría estado de acuerdo con que la mujer de mi vida tuviera un hijo de otro. Un donante, sí, que no tiene cara, ni presencia de ningún tipo, pero aun así es un hombre en el mundo que ha podido tener la suerte de dejar embarazada a la que yo, en mi mente, considero mi mujer. ¿Cómo iba a estar de acuerdo con algo así? Es imposible.

Y ahora, de la nada, la vida me da un revés y pone frente a mí todo lo que llevo queriendo dos años, de la manera más caótica posible.

Ella no quiere tener un hijo conmigo. Quiere mi semen, mi semilla para inseminarse y tener su tan deseado bebé. De ser otra, ni siquiera tendría que pensármelo porque, aunque respeto y admiro a quien sea capaz de donar algo tan íntimo, no soy ese tipo de persona. Yo no podría ver a mi hijo crecer con ella y desentenderme de mi responsabilidad. Más que eso, yo no podría vivir negado de la oportunidad de ser padre de un niño, pero si ese niño es también de Esmeralda, es que tendrían que matarme para quitarme el derecho a ejercer como padre.

El problema es que le he dicho que, si mañana está sobria, me busque. El problema, es que yo deseo que me busque, porque, aunque suene patético, me hace ilusión que me lo haya pedido a mí y no a otro. Y

también porque sé que ella siente algo por mí, aunque sea mínimo. No digo que sea amor eterno, quizá solo se trata de atracción, pero la siente y yo lo noto. Lo llevo notando dos años. Cuando me acerco a ella se pone nerviosa, pero no solo eso; si la ignoro un poco más y me acerco a otras, incluyendo a sus hermanas, se pone tan celosa que le resulta imposible ocultarlo. Lo cubre de mala leche y soberbia, pero no son más que celos y, aunque esto que voy a decir suene a capullo, me encanta verla así. Adoro ver hasta qué punto le molesta que toque a otra mujer. Sus ojos se vuelven más fríos todavía, su perfecta boca se aprieta en un mohín que me pasaría la vida mordiendo y sus hombros se enderezan, como si estuviera preparándose para la batalla. Se muestra borde, orgullosa y letal, pero para mí es adorable, porque todo eso lo provocho yo. Estoy seguro, tan seguro de eso como de que me llamo Nathaniel Morgan y llevo enamorado de ella lo que a ratos me parece una eternidad.

Un hijo... ¿Y cómo sería? No tendría sus ojos verdes, porque sacaría mi tono de piel y los ojos oscuros, o al menos eso es lo más probable, pero también existe la posibilidad de que sea mulato, o mulata, y tenga los ojos de su madre... Cuando me descubro sonriendo cambio de tercio y me centro en otra cosa que no sea fantasear con el bebé que, de momento, no existe. Lo que sí existe es un problema de comunicación, está claro, porque yo tengo treinta y cinco años, estoy enamorado hasta las trancas de ella y podría tener un hijo suyo, sin dudarle mucho, además. Hace mucho que pasé la etapa de la alergia al compromiso. Estoy enamorado de ella, quiero estar con ella, quiero tener una familia con ella y no hay ni una mínima duda en nada de eso.

Ahora bien, no voy a darle mi semen, ni a vendérselo, ni a alquilárselo, ni a cualquier otra cosa que se le ocurra para luego desentenderme de nuestro bebé. Si accedo, será poniendo las cartas sobre la mesa y dejándole claro que yo seré su padre y eso no es de discusión. Tendré todas las responsabilidades y todos los derechos, además de la custodia compartida, si es que no quiere estar conmigo. Esto último le acarreará graves problemas, lo sé, pero me da igual. Vamos al cincuenta por ciento y esas condiciones son inamovibles. Por otro lado, puedo ser flexible en cuanto a decidir el nombre de nuestros hijos, si es que nos lanzamos.

—Joder, eres un capullo —digo riéndome y frotándome la cara con vigor—. Ya estás pensando en los nombres y ni siquiera sabes si ella accederá a tus reglas.

Todo esto es tan caótico, tan intenso y tan desconcertante que no se me ocurre qué más pensar. Quizá porque me sorprende lo claro que lo tengo todo, a pesar de lo inesperado de la situación. Es verdad que en la vida me habría imaginado verme así, pero ahora que ella me lo ha dicho... no sé, es como si algo dentro de mí me urgiera para aceptar. Como si en realidad fuera la oportunidad perfecta para luchar por ella y nuestro futuro bebé. Por mi familia...

Y hablando de familia... ¿Qué pensarán Diego y Einar de esto? Porque a mi familia biológica no pienso decirles nada de momento. No si no quiero que mi madre se presente aquí dispuesta a conocer a su futura nuera y madre de sus nietos. Capaz es, no creas. Lo mejor es mantenerlos a ellos fuera de esto y pedir el consejo de los que considero hermanos.

Miro el reloj y me doy cuenta de que ya es tardísimo. No quiero despertar a nadie así que decido dormir un par de horas y esperar a que amanezca. El problema es que estoy tan emocionado, confuso, asustado y alterado que me es imposible pegar ojo y a las siete en punto decido que ya puedo despertar al menos a Diego. Ha dormido las horas justas para aguantar el resto del día si toma bastante café, así que salgo de la cama, me pongo un pantalón de deporte y voy derecho a su habitación. No me molesto en llamar y rompo mi propia norma porque sé que estarán durmiendo a pierna suelta. Al abrir corroboro mi teoría: mi amigo duerme mirando al techo mientras Julieta descansa con la mejilla apoyada en su torso. Siento una pequeña punzada de envidia, pero me alegra tanto verles felices y juntos que se me pasa enseguida.

—Tenemos que hablar —le digo a mi amigo acercándome a su lado de la cama y tirando de su pelo.

—¿Qué...? —Julieta se remueve y me mira con los ojos entrecerrados—. Duérmete, Nate, sea la

hora que sea nos falta un rato para resucitar.

—A ti puede, pero a él no.

—Venga ya... —masculla Diego intentando darme la espalda.

—Te lo digo en serio, tío, levanta porque esto no puede esperar.

—Vete, vete y haz que se calle —murmura Julieta mientras se aleja de su cuerpo y le empuja con suavidad.

Diego no protesta más, pero sale de la cama en pelotas. Cierro los ojos con fuerza mientras se pone un pantalón y hago una mueca porque ya me podía haber avisado, pero desde que está con esta chica se ha vuelto mucho más desinhibido, para desgracia mía, porque encima de verlo desnudo, alguna que otra vez he tenido que pasar por el bochorno de encontrarlos en preliminares en algún rincón de la casa. Nada demasiado fuerte, pero lo bastante para que Julieta soltara una carcajada, Diego una maldición y yo perdiera los papeles gritándoles, lo que es raro porque yo no grito nunca, o casi nunca, así que imagina hasta qué punto me cabrean cuando se ponen en ese plan.

—¡Eh! —dice Julieta cuando ya vamos saliendo—. Si es algo de mi Tempanito, quiero saberlo antes o después.

—Tranquila fiera —le digo—. Tu hermana no es tan imprescindible en mi vida.

Ella suelta una carcajada y no me extraña, porque la mentira ha sido tan evidente como ridícula.

—Si no me haces una taza enorme de café, olvídate de que pueda hablar contigo como una persona normal —murmura mi amigo mientras se dirige a la cocina.

Accedo a preparar el café, pero yo no lo tomo porque es lo último que necesito en estos momentos. Unos minutos después le doy su taza y me siento junto a él en la pequeña mesa de la cocina.

—No te puedes ni imaginar lo que pasó anoche.

—¿Te tiraste a Tempanito?

—No, y deja de llamarla así. Su nombre es Esmeralda.

—Perdone usted la ofensa —dice en tono irónico.

Chasqueo la lengua y lo dejo estar mientras él da un sorbo, pero como sigue sin hablar, decido soltarle de sopetón el *quid* de la cuestión y ver cómo reacciona.

—Esme quiere tener un hijo mío.

Hay que ver lo curiosas que son algunas palabras, que logran el efecto del café por triplicado, porque mi amigo ha pasado de tener los ojos medio cerrados a tenerlos tan abiertos que temo que se le resequen.

—¿Perdón?

—Como lo oyes. Y ahora que estás despierto, deja que te cuente toda la historia.

A continuación, se lo cuento todo, lo que ella me confesó, lo que yo le dije y que no puede contárselo a nadie porque su familia no tiene ni idea de que ya ha pasado por tres inseminaciones. No puedo evitar sentirme un poco traidor con Esmeralda, pero es que de verdad necesito el buen consejo de mi amigo y esto es algo demasiado grande como para lanzarme sin tener en cuenta antes, al menos, las posibles opiniones desde fuera, aunque luego no haga ni caso.

—Joder.

—Fuerte, ¿no?

—Joder.

—Diego, me encantaría que dijeras algo más.

—Sí, perdona... —Resopla y se pasa las manos por la cara, frotándose los ojos—. Pues es que... joder. —Pongo mala cara y vuelve a resoplar—. Lo siento, ¿vale? Es que es muy fuerte.

—Sí, lo sé.

—¿Y tú... qué piensas? Quiero decir, ¿le darías tu semen?

—Bueno, yo tengo varias condiciones en mente, pero lo importante no es eso, sino el hecho de

hacerlo o no. ¿Crees que sería una locura muy grande?

—¿Tener un hijo con ella?

—Sí.

—Bueno, a ver, no sé... En realidad, siempre he confiado en que acabarías con ella. Yo soy del bando que apuesta por ti. Supongo que esto es como adelantar un par de pasos, o un millón...

—¿Bando de los que apuestan por mí?

—Sí, en contra tienes a Alex y a mi suegro. A favor a todos los demás, así que puedes darte por contento.

—¿Qué...? ¿Hay apuestas sobre Esmeralda y sobre mí?

—No, sobre ella no. Hay apuestas sobre si vas a ser capaz de conquistarla o no.

—¡Es lo mismo!

—No lo es. Nosotros valoramos tus dotes de Don Juan y...

—Oh, joder, sois unos capullos.

—¡Eh!

—Es la verdad, desde que Einar se fue, en esta casa no queda más cordura que la mía.

—Einar... buena idea.

—¿Qué?

—Que esto merece que lo llames y nos dé su opinión.

Lo miro con seriedad y después vuelvo a fijar la vista en mi reloj. En Nueva York será de madrugada y es probable que Einar esté dormido, pero también es cierto que la situación lo requiere así que voy a por mí portátil y vuelvo a la cocina para cerrar la puerta y hacer la videollamada. Nos cuesta un par de intentos y varios mensajes al móvil que conteste, y cuando lo hace no parece estar muy de buenas.

—Hasta huevos. ¡Hasta huevos de llamadas tarde estoy! ¿Se ha muerto alguien? —pregunta de malas maneras. Diego y yo no contestamos, pero negamos con la cabeza mirando a la pantalla—. Capullos. ¡Malditos capullos!

—Pues de eso va la cosa —dice Diego—. De lo que sale de los capullos y preña.

—¿Eh?

—Joder, Diego —le digo medio ofendido—. Desde que estás con Julieta tienes unas salidas muy de su estilo que no sé si me gustan.

Él se encoge de hombros y sonrío, como si encima le hiciera gracia. Tomo aire, miro a Einar que, a su vez, nos mira sin entender y con cara de sueño, y empiezo a relatar otra vez todo lo que sucedió anoche. Él cada vez se incorpora más en la cama, hasta que llega un punto en el que está sentado y mantiene el móvil entre sus manos enfocándose en primer plano y dejándonos claro que está flipando mucho.

—¿Qué hago? —pregunto al final.

—Oh... ¿Tú quieres ser padre?

—Yo con ella quiero ser de todo. Padre, amante, amigo, marido y lo que me pida.

—Vaya calzonazos. —Diego y yo nos giramos hacia la puerta y fruncimos el ceño, porque la voz que ha sonado viene de justo detrás. Me levanto y abro de un tirón, descubriendo a un Marco que se tambalea al perder el apoyo de la puerta—. Ey, buenos días.

—¿Estabas espiándonos?

—No, me he levantado a mear y he visto que tu puerta estaba abierta y no estabas. Después, de vuelta a mi cuarto, me he dado cuenta de que esta puerta estaba cerrada.

—¿Y?

—Y nunca la cerramos.

—¿Y?

—Pues que me he dicho: seguro que están hablando de algo interesante. ¡Y no me equivocaba! Oye, Nate, si tú no quieres preñarla, a mí no me importa hacerle el favor.

—Shhhhh. —Le doy un tirón a su camiseta y lo meto en la cocina antes de cerrar la puerta—. Cierra el pico, porque nadie puede saber esto.

Marco mira a su tío, luego al portátil y por último a mí, elevando una ceja y poniendo esa sonrisita de chulo que me enerva como pocas cosas.

—Pues para ser un secreto, ya se sabe hasta en Nueva York.

—Ahí te ha pillado —dice su tío.

Tomo aire y cierro los ojos porque esto se está complicando por momentos. Joder, si Esmeralda supiera que, en esta casa, menos su hermana ya sabe todo el mundo lo suyo... Si es que no me extraña que no me contara nada ni a mí, ni a nadie. En esta familia los secretos no existen ni aunque te empeñes en mantenerlos.

—¡Me pido padrino! —grita Einar de pronto.

Lo miro frunciendo el ceño, igual que Diego y Marco.

—¿Qué? —pregunto.

—Si hay bebé. Me pido padrino. Ser padrino es molón.

—Einar tú ni siquiera eres creyente —dice entonces Diego.

—Pero soy buen partido. Vikingo padrino. —Sonríe con tanta naturalidad que no me queda otra más que reírme y bufar un poco, porque estos cabrones están muy mal de la cabeza, pero yo no podría vivir sin ellos.

—Vale, que sí, que tú padrino —le digo al final—. Pero, ¿qué me dices del consejo?

—Ella es la mujer de tus sueños. Si yo tuviera una mujer de mis sueños, tendría muchos hijos con ella sin problema.

—Pero esta situación es... rara. No es la normal.

—Bueno... —Marco interviene y se encoge de hombros con naturalidad antes de seguir hablando—. ¿Desde cuando en esta casa ni en la familia de Esmeralda hay algo normal? Quiero decir que fíjate en mi tío: acabó con una chica que es todo lo contrario a él y cuidando de su sobrino adolescente, del que no supo nada hasta que se plantó en su restaurante un buen día dispuesto a joderle la vida. Tú eres de Nueva York, pero estás aquí, haciendo de pediatra en una clínica privada. Einar es de Islandia, vivía aquí porque vino en busca de un amor que se fue a la mierda y ahora está en Nueva York, dejándose mimar por tu familia y trabajando, y Esme... bueno, en esa familia la normalidad no se estila desde nunca. No sé... tal como yo lo veo, lo raro sería que vuestra historia fuera normal y sencilla. Al menos de esta forma te estás asegurando una anécdota de puta madre para tu futuro hijo.

—Ibas de lujo hasta que has metido las palabrotas —le dice Diego.

—Pues no te veo hacerlo mucho mejor que yo, ¿eh? —responde Marco.

—Tengo que volver a ver peli padrino —dice Einar saltándose palabras, como siempre, porque desde que se fue a Nueva York se come todavía más.

Yo los miro a los tres y resoplo, porque en una cosa tiene razón Marco y es que, en esta casa, lo normal no se estila.

Desayuno con ellos y me paso el día nervioso, esperando un mensaje, una llamada o la visita de Esmeralda para volver a hablar del tema. Ella no da señales de vida y por la noche, cuando vuelvo a meterme en la cama, estoy tan tentado de llamarla y escribirle que desconecto mi teléfono y se lo llevo a Diego, haciéndole jurar que me lo tirará por el váter antes que dármele, por muy cabezón que me ponga. Él me lo jura por su placa y yo me acuesto agotado por no haber dormido apenas en las últimas cuarenta y ocho horas y rezando para que ella contacte conmigo mañana.

Tres días. Han pasado tres días desde la fiesta y todavía no sé cómo hacer frente al ridículo tan espantoso que hice. Por suerte, Nate debe haber achacado mi comportamiento a la bebida, porque tampoco ha dado señales de vida. Claro que dejó bien claro que tenía que buscarlo yo...

Y lo peor de todo es que vivo preguntándome si él hablaba en serio o no. ¿Por qué me dijo que lo buscara? ¿Porque está dispuesto a ayudarme? ¿O porque piensa sentarme y darme la charla dado que no he confiado a nadie mi secreto? La ansiedad está pudiendo conmigo y no solo por eso. Eli no deja de pedirme que vaya a su casa y le cuente de qué hablamos Nate y yo cuando desaparecimos, y yo no hago más que darle largas, lo que hace que me sienta mal, porque es la única amiga que tengo aparte de mis hermanas y no quiero empezar a ocultarle cosas también. Tengo que hacer acopio de valentía e ir a verla. Quizá después de contárselo todo pueda aclararme un poco con sus consejos. Después de todo, ella es madre y ha sufrido conmigo cada uno de los fracasos con las inseminaciones. Las noches de llanto desenfrenado en su casa, porque en la mía no me atrevo a desahogarme por si irrumpen en mi habitación sin avisar; los temblores descontrolados por culpa de la ansiedad cuando no conseguía dominarme y pensar en frío, convenciéndome de que no era el fin del mundo; los estallidos de mal humor por culpa de las hormonas y un sinfín de cosas más. Si lo ha soportado todo y no ha salido corriendo, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Porque eres patética... —susurro en voz baja, aunque de inmediato me reprendo.

No soy patética. Puede que se me fuera un poco la mano con Nate y puede que dejara ver más de lo recomendado mi desesperación, pero eso no me convierte en alguien digno de lástima. Dios, espero que Nate no me tenga lástima, porque podría arrancarle los huevos solo por eso. Aunque conociéndole como le conozco... deshecho esa idea, porque sé que Nate me conoce bastante bien. Además, sospecho que cortaría mi intento de castración por lo sano y sin alzar la voz, a su estilo. No por nada llevo dos años siendo borde con él y viéndole aguantar con estoicidad y una sonrisa. Mi hermana Julieta dice que se merece una estatua en Sin Mar y otra en Nueva York, por lo menos, de lo que me aguanta. Yo creo que no es para tanto... Es verdad que, a veces, cuando salimos de fiesta todos juntos y él me echa un piropo, elevo una ceja y le miro como si ya lo supiera y no necesitara sus palabras. Y sí, a veces, cuando se acerca a mí para conversar me muestro distante, lo que es un error, porque eso solo le anima para acercarse más. A ratos pienso que tiene una vena masoquista que le hace acercarse a mí incluso cuando no lo merezco.

Tampoco es que haya sido una hija de puta, porque lo considero mi amigo y en este tiempo hemos tenido muchas conversaciones normales e, incluso, íntimas una vez superados el momento «bordería para empezar». O sea, yo le suelto alguna de las mías, él sonrío, sigue insistiendo y al final acabamos hablando de su trabajo, el mío o cualquier cosa de interés que pase en nuestras vidas.

Somos amigos, estoy segura. Muy buenos amigos, además. Tenemos rutinas, costumbres y temas que nos gusta hablar juntos mientras el resto se aburre como una ostra. Por ejemplo, a los dos nos encanta leer, ya sea revistas y libros relacionados con nuestra profesión, o libros de otro género, pasando por novelas más ligeras. A veces, si tenemos algún debate acerca de alguna investigación en medicina nos dejan solos, alegando que somos unos aburridos. Sé bien lo que es estar a solas con Nate, pero siempre siendo yo y manteniendo una parte oculta, aunque me quedara la sensación de que no servía de mucho.

Hasta hoy, tenía el consuelo de saber que no había podido averiguar esto, que mi secreto seguía siendo algo mío y solo mío. Bueno, de Eli también, pero ella no contaba porque ni siquiera conocía a mi familia.

Y hablando de eso... ¿Qué le habrá parecido?

—Oh, mierda —murmuro cuando me doy cuenta de que es posible que mi amiga esté intentando localizarme para darme sus impresiones.

O peor, a lo mejor se piensa que me ha sentado mal algo de su comportamiento en el cumpleaños y por eso me distancio. Chasqueo la lengua y cojo mi móvil pensando que por cosas como esta Julieta me llama «Tempanito». No es de extrañar, porque entiendo que desde fuera mi comportamiento se puede atribuir a mi frialdad. Le mando un mensaje prometiéndole ir esta noche a cenar y adjunto el emoticono de un corazón, suponiendo que así verá que no hay de qué preocuparse, pero de inmediato recibo una respuesta.

Eli: ¿Has usado un emoticono? ¿Tú? ¿Y encima un corazón? ¿Qué demonios está pasando contigo, Esme? Tú no eres de mandar emoticonos.

Bufo y me retrepo en la silla de mi oficina mirando al techo. Vale, vale que no soy demasiado explícita por mensajes, pero tampoco es que no los use nunca. Sí lo hago. A Julieta le pongo un montón la carita roja de enfado, y al resto les pongo el pulgar hacia arriba cuando me informan de algo. Lo que no voy a hacer es lo mismo que hace Amelia, que hasta para dar los buenos días agrega la cara esa del besito guiñando el ojo. No le veo sentido. Yo no llego al trabajo dando besos y guiñando el ojo a mis compañeros y no entiendo qué finalidad tiene, pero cuando intento explicárselo a mi familia, amigos o la propia Eli, se ríen y me dicen que ese pensamiento es muy mío. De no ser porque me importa bastante poco lo que piensen de ese tema, hasta me ofendería. Al final le contesto a mi amiga que no me pasa nada, que todo está perfecto y que nos vemos esta noche y guardo el móvil en mi bolso, donde yo no pueda verlo ni tener la tentación de mirar cada dos minutos si Nate me ha mandado un mensaje o me ha llamado.

Dios, ojalá me mandara un mensaje, aunque fuera con emoticonos de besos y guiños de ojos... O mejor, podría mandarme una de esas palabras raras de significado extenso que tanto me gustan, aunque no se lo diga. Hace ya tiempo iniciamos una especie de juego en el que él me manda una palabra rara en español o cualquier otro idioma. Yo busco el significado, sonrío y me pienso durante minutos, horas o días otra para contestarle. Es un juego extraño, lo sé, pero también sé que a los dos nos divierte, aunque en persona nunca hayamos hablado de ello. Creo que en el fondo Nate tiene miedo de que le suelte una bordería con respecto a esto. Y ahora... me gustaría tanto que él tomara la iniciativa de hablar conmigo, como casi siempre, que a ratos hasta me enfado con él, por dejarme con este marrón, si bien de inmediato me doy cuenta de lo ilógico del pensamiento, así que tomo aire y me obligo a calmarme.

El día en el trabajo pasa sin pena ni gloria. Mis compañeros me hablan, pero no estoy concentrada al cien por cien, lo que empeora mi humor, así que intentan minimizar el contacto. Mi jefe, como casi siempre, no ha aparecido más que para gritar un par de órdenes y volver a largarse y yo me he limitado a ponerme al día con el papeleo.

No puedo quejarme de mi trabajo, la verdad. Estoy en un bufete en el que me valoran bastante. Hago lo que me gusta y el horario obligatorio no es un infierno, como pasa en otros sitios. Claro que de poco sirve, porque yo igualmente solía quedarme para hacer horas extras. Digo solía, porque desde que empecé a inseminarme me paso las horas muertas paseando, en casa de Eli o en el hospital, mientras mi familia cree que estoy en la oficina. No me extraña que piensen que tengo un problema de obsesión con el trabajo. Más que nada porque, como digo, al principio era cierto, pero eso ya no pasará más. Estoy centrada en mi futuro, en el bebé que quiero tener y en concienciarme de que va a necesitar muchas horas al día. Incluso ya he pensado en todas las posibilidades que tengo para trabajar a media jornada y estar con él o ella el resto del día. Sé que no debería hacer tantas cábalas cuando el bebé aún ni siquiera existe, pero no puedo evitarlo.

Cuando salgo voy derecha a casa de Eli y la encuentro acostando a Óscar, que se restriega los ojos a causa del sueño, pero aun así me pide un cuento.

—Solo uno, porfa...

—Está bien. ¿Cuál quieres?

—Ratatouille y el recetario mágico.

—No —digo sonriendo—. Hemos dicho solo uno.

Saco los dos libros de la estantería y los miro sin poder evitar una sonrisa. Óscar tiene un montón de libros de todo tipo, pero al final, siempre acaba pidiendo que le lean algo relacionado con la cocina. Si su obsesión no cambia será un gran chef, aunque solo sea porque, cuando se haga adulto, habrá conseguido memorizar un número ingente de recetas.

—Mmmm el primero. ¡No, no! Mejor el recetario. Ya casi me sé de memoria la receta del gazpacho.

—¿Y por qué te la quieres saber de memoria, si de todas formas puedes mirar la receta cuando quieras?

—Pero, ¿y si quiero hacer gazpacho un día que esté fuera de casa?

Me aguanto la risa y las ganas de decirle que, si se le antoja hacer gazpacho una tarde en el parque, por ejemplo, el problema no será no tener la receta, sino no tener los ingredientes. En vez de aclarárselo, cojo el recetario mágico, un libro recomendado para niños a partir de ocho años pero que Óscar maneja con soltura y me siento en la cama, a su lado.

—Está bien. Vamos a leer de nuevo la receta.

—La leemos tres veces, Esme. Tres la receta y tres la preparación.

Me río y asiento, accediendo porque en realidad es solo una página. Le leo los ingredientes uno por uno mientras él los repite y luego le leo la preparación poniendo voz suave, como si de verdad estuviera leyéndole un cuento. Cuando acabo, en vez de protestar, me pide un beso y cierra los ojos mientras se pone de lado.

Salgo de la habitación un poquito más enamorada de él, porque es imposible no estarlo, y un poquito más acongojada por no tener algo así cada noche en mi propia casa. Bueno, en la casa que tendría que buscar, aunque fuera de alquiler, porque si me quedo en la de mi familia tendríamos de todo por las noches, menos tranquilidad.

—¿Quieres un té? —pregunta Eli cuando me reúno con ella en el salón.

—Mejor agua a secas. No necesito ningún excitante, por mínimo que sea.

—Los tengo sin teína.

—Perfecto, entonces.

—¿Has cenado? —pregunta mientras se adentra en la cocina y yo la sigo.

El piso es pequeño, en realidad, así que no tengo que moverme ni hablar muy alto para que me oiga.

—No, pero no tengo hambre.

—Te preparo algo rápido de cena y luego el té —dice ella resuelta.

Sonrío y cierro los ojos apoyando la espalda en el sofá y pensando que es agradable que otra haga de madre para mí. Mis hermanos siempre dicen que soy como su madre, que no dejo de mandar y organizarlo todo. Y sí, tienen razón, y también es verdad que no puedo evitarlo y hasta disfruto. Pero de vez en cuando, que alguien me haga la cena y se preocupe de que yo descanse es muy, muy agradable, no lo puedo negar.

Apenas unos minutos después Eli aparece en el salón con una bandeja que contiene una tortilla francesa, un vaso de agua y una tetera hirviendo con dos tazas vacías.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto—. ¿Has traído muchas vidas al mundo?

—Ha sido tranquilo, la verdad, pero no estás aquí para preguntarme por mi trabajo.

—¿Ah no?

—No.

—¿Y entonces, por qué estoy aquí?

Ella sonrío y se sienta a mi lado palmeando mi rodilla y mirándome con cariño.

—Come —dice señalando la bandeja mientras ella se sirve un té en una de las tazas. Le obedezco y cuando tengo la boca llena me habla de nuevo—. ¿Qué pasó con Nate, Esmeralda? Y no me digas que nada, porque me lo tomaría como un insulto a nuestra amistad.

No cambio el gesto de la cara, porque no me sorprende que vaya directa al grano. Eli no es mujer de andarse por las ramas y como yo tampoco soy así, decido contárselo sin titubear ni ponerme remolona.

—Pasó que hice el ridículo más grande de toda mi vida.

—No sería para tanto.

Sonrío por respuesta sin despegar los labios, me meto un trozo nuevo de tortilla en la boca y cuando ya lo he tragado comienzo a hablar. No la miro, porque me avergüenza en lo más hondo confesar hasta qué punto dejé ver mi desesperación. Tampoco me detengo, porque pienso que estas cosas hay que vomitarlas de corrido. Es algo que he aprendido interrogando delincuentes. Al final, todos prefieren soltar la historia de carrerilla para no tener que volver a repetirla. Como si se murieran de ganas de quitársela de encima cuanto antes.

Mi amiga no hace ningún amago de interrumpirme, y solo cuando he acabado me atrevo a mirarla para comprobar que, en efecto, se ha quedado pasmada.

—Joder...

—Sí, lo sé.

—Bueno... —Da un sorbo a su taza y sube las rodillas al sofá para abrazárselas después de descalzarse—. ¿Y qué piensas ahora de tu petición?

—¿Eso es todo lo que tienes que preguntar?

—Sí, o sea... ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes con eso? ¿Sigues pensando que es buena idea?

—No, no es una buena idea. —Resoplo y me tiro hacia atrás en el sofá—. O quizá sí... —susurro—. No lo sé, Eli, estoy tan confundida... Y tampoco sé si él está esperando algún tipo de señal por mi parte.

—Hombre, yo creo que eso es bastante evidente, ¿no?

—Quizá él también iba borracho.

—Bueno, yo le conocí el sábado, pero no me pareció que estuviese muy bebido. Lo que sí vi fue que después de vuestra desaparición estuvo como apagado toda la noche.

—Estaría flipando.

—Seguro. —Se le escapa una risa incrédula y niega con la cabeza—. Dios, Esme... No esperaba que hicieras algo así, la verdad.

—Ya, supongo que es algo muy impropio en mí. El dejarme llevar, arrastrarme y eso.

—No creo que te hayas arrastrado, pero en lo de dejarte llevar... sí, ahí tienes razón. —Me quedo en silencio y ella sigue después de unos segundos—. Quizá eso sea una señal.

—¿El qué? —pregunto mirándola con interés.

—Bueno... Siempre me dices que Nate y tú os lleváis bien cuando conseguís superar el saludo inicial. Ese en el que tú te muestras fría y a él le da igual. —Asiento, sin entender por dónde va y ella sigue—. A lo mejor que fueras capaz de confesarle algo tan importante para ti es una señal de que deberías pensártelo, ahora que ya has tirado la primera piedra.

—¿Crees que debería buscarle?

—La cuestión no es esa, Esmeralda. La cuestión es si estás dispuesta a tener un hijo suyo.

—Yo quiero un hijo, solo eso.

—No sería solo eso. Mira, no conozco a Nate en realidad, pero me has hablado de él lo bastante como para saber que no es el típico tío que se desentiende de sus responsabilidades.

—Es que esto no sería una responsabilidad. Él solo me vendería un poco de semen y...

—¿Crees que se conformaría? ¿Que se olvidaría de su hijo a pesar de estar viéndolo crecer a diario? Es amigo de la familia. Es casi como familia, según me has contado. No sería una situación fácil, ni cómoda.

—Ya, pero...

—Por no hablar del tema de la raza.

—¿Qué demonios pasa con la raza? ¿Por qué le dais tanta importancia? Él también me lo mencionó.

—A ver, Esme, relájate. Piensa un poco que tendrías un bebé mulato y en tu círculo inmediato está él. ¿Crees que tu hijo no ataría cabos rápidamente? En cuanto tuviera uso de razón se preguntaría por qué Nate lo trata como si no fueran familia cuando en realidad es su padre.

—Yo le explicaría con objetividad que...

—La objetividad no existe para los críos, Esme. Ellos quieren saberlo todo y aunque les cuentes la verdad, necesitan poder entenderlo, y no siempre es fácil. —Aprieta los labios y señala en dirección al cuarto de Óscar—. ¿Quieres saber cuántas veces me ha preguntado por su padre? Dos —dice sin darme tiempo a contestar—. Una cuando era tan pequeño que seguramente se le olvidó al rato, y la otra cuando ya tenía casi cuatro años. Le expliqué que él se fue y que no sabía dónde estaba y fue duro.

—Pero dejó de preguntar...

—Dejó de preguntar por ese padre, para empezar a preguntar por posibles candidatos. A veces me pregunta por qué no puede tener un papá, aunque no sea de su sangre. Uno que nos quiera a los dos. Otras, se conforma con decirme que a lo mejor su padre vuelve un día. Ya no pregunta por él, pero me hace saber que necesita una figura paterna. —Eli coge aire y sigue, aunque sé que todo esto no es fácil para ella—. Mi situación ya es lo bastante complicada, y la tuya sería la misma si te quedaras embarazada de una inseminación, o al menos parecida, pero Esme, si Nate te da su semen, las respuestas se complicarán muchísimo. No bastará con que se lo expliques porque él mirará a su padre y se hará un millón de preguntas.

—Quizá necesitará más reafirmación, sí, pero tampoco tiene por qué ser un trauma, Eli. Podemos explicárselo los dos y Nate puede ser algo así como su tío... Además, tanto si es niño como si es niña no estaría solo. Tendría a mis hermanos, a mi padre, a Sara, a Diego y a un montón de gente dispuesta a quererle con locura. En algún punto lo entendería. ¿Qué pasa si no con los niños de madres lesbianas? ¿O padres gays?

—Pasa que es probable que no tengan que ver a sus padres o madres biológicos casi a diario. —Se incorpora y me sirve un té, ahora que he acabado de cenar. Me tiende la taza y me sonrío—. No quiero desanimarte, ¿de acuerdo? Solo quiero que pienses bien lo que haces. Toma una decisión con la cabeza fría, Esme, porque el camino que elijas, será el que tengas que recorrer mucho tiempo y una vez lo comiences no habrá vuelta atrás.

Asiento, porque sé que tiene razón y le prometo pensar en ello a fondo. Sé que le he dado un millón de vueltas, pero es verdad que la mayoría de veces las ganas de ser madre me pueden y acabo casi convencida de ceder al impulso de llamar a Nate y volver a pedirle que me ayude a tener un hijo.

Unos días más, en unos días más, sabré qué hacer con todo este lío. Mientras tanto solo tengo que evitar a Nate, y dado que él no ha dado señales de vida, no va a ser una tarea difícil.

Sin embargo, mi plan se tuerce una hora después, cuando ya estoy en casa desvistiéndome para meterme en la cama y recibo un whatsapp de Nate que me pone el corazón en la garganta. Lo abro con pulso tembloroso y leo.

Nate: De los indígenas yaganes de Tierra del Fuego: Mamihlapinatapai.

Contengo la respiración, copio la palabra y abro el navegador a toda prisa para buscar su significado. ¿Tenía que hablarme dando comienzo a este juego estúpido? ¿No podía simplemente decirme qué quiere? En este momento, no me viene bien ponerme a buscar y...

—Oh, joder. —murmuro cuando leo la definición.

«Una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambas desean pero que ninguna se anima a iniciar»

Cierro los ojos bufando. Me río. Dejo escapar un par de lágrimas y me tumbo en la cama mirando al

techo y pensando qué demonios hacer ahora.

Nate

Soy imbécil. Soy tan imbécil que, a pesar de saber que su ausencia todos estos días quiere decir algo, le he escrito. Cuando hago estas cosas me odio un poquito, pero luego pienso que se trata de Esmeralda y es probable que esté dando infinitas vueltas a la cabeza, valorando opciones e intentando tomar una decisión, y me dan ganas de darle un empujoncito.

No sé si esto del mensaje lo ha sido, pero sé que estoy pasando la semana más estresante de toda mi vida por culpa de este tema. Necesito que lo aclaremos, para bien o para mal. No podemos estar así y olvidarnos de lo que ha pasado. O bueno, diré que yo no puedo, porque algo me dice que ella sí sería capaz de tomar la decisión de hacer como si nada. Menuda es mi chica cuando dice de ponerse orgullosa y testaruda...

Sigo mirando la pantalla del móvil como un idiota. Ella está en línea. ¿Por qué no contesta, si está en línea? Ha tenido tiempo más que suficiente de buscar la palabra en google y, aun así, nada. A lo mejor está buscando otra para contestarme, pero no sé por qué lo dudo. La conozco y sé que no está para jueguecitos.

Frunzo el ceño cuando los gritos me sacan de mis pensamientos y miro mal hacia la puerta, porque estoy hasta los huevos de que cada día tengamos circo por algo. Salgo de la habitación muy a mi pesar, porque sé que lo que sea va a salpicarme, y me encuentro con Julieta y Marco en el pasillo mientras la primera mira al chico muy enfadada y él hace ver que está arrepentido. El problema es que ya conocemos a Marco y sabemos detectar cuándo el arrepentimiento es real y cuándo no. Y no sé lo que ha hecho, pero sé que le da lo mismo lo que Julieta le diga.

—A ver, ¿qué pasa ahora?

—Ven, ven —dice ella mientras agarra mi mano y me arrastra hacia el dormitorio del chico—. ¡Huele!

La obedezco y de inmediato me llega el olor a tabaco. Chasqueo la lengua y miro mal a Marco, que se encoge de hombros y mira hacia otro lado, como si todo esto no fuera con él.

—Marco, ¿has fumado aquí?

—El «aquí» sobra, Nate —dice Julieta—. ¡No debería haber fumado ni aquí ni en ninguna parte porque me juró que lo iba a dejar!

—Y lo voy a dejar —asegura el chico.

—¿Cuándo? —le reclama ella.

—Joder, dame un poco de cancha, ¿no? Fumo muy poco y siempre fuera de casa.

—Siempre no, porque el cuarto huele a tabaco —digo metiéndome.

—Ya podías echarme una mano, ¿no? —Suspira resignado y mira a Julieta—. No volverá a pasar.

—¿No volverá a pasar, o harás lo posible para que pase y yo no te pille? —El silencio del chico la enerva tanto que los dos agachamos la cabeza. Él porque va a caerle una bronca y yo porque no quiero pillar de refilón—. ¡Es que me parece increíble que estés dispuesto a matarte lentamente con el jodido tabaco! Te hacía más listo. ¡Mucho más!

—Apenas fumo.

—¡Que me da igual! Si vuelvo a oler a tabaco aquí dentro le prendo fuego al cuarto entero.

—Igual la amenaza se te está yendo de las manos —le dice Marco con suavidad—. Si lo quemas, luego tendrás que comprarlo todo de nuevo.

—¡Que te calles! —Se tapa los ojos y coge aire con fuerza. Cuando vuelve a mirarnos señala a

Marco con fiereza, y puede que sea bastante pequeña pero los dos le tenemos el máximo respeto solo por la cara de asesina que muestra—. Desde hoy y hasta dentro de dos semanas te toca limpiar el polvo, fregar el suelo y hacer la colada.

—¡Venga ya! ¡Yo no soy un puto esclavo!

—Tú eres lo que yo te diga, que para eso soy la que paga tus facturas junto a tu tío. ¿Estamos? —

Marco no contesta, pero la mira mal, lo que la cabrea más—. ¿Estamos o no estamos?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Marco resopla, pateo el suelo y se mete las manos en los bolsillos apretando la mandíbula, pero al final masculla las palabras.

—Sí, jefa.

—Sí, adorada y preciosa jefa. Dilo.

—Ni de puta coña.

—Pues te alargó otra semana el castigo.

—¿Cómo puedes ser tan sádica, joder?

—Dilo.

El chico me mira, pero alzo las manos en señal de «*Stop*» porque yo ya me he enfrentado alguna vez a Julieta y tengo muy claro que meterme me pondrá en su lista negra. Cosa que no me apetece lo más mínimo, sobre todo por si al final tengo que jugar alguna carta con ella para que me ayude a conquistar a su hermana.

—Sí, adorada y preciosa jefa —masculla Marco al final.

—Mierda, lo tenía que haber grabado. Ahora tu tío no me creerá cuando venga de trabajar y le cuente que te tengo controladito.

—Es que no me tienes controladito.

—¡A callar ya! Ahora te vas a encerrar en este cuarto y vas a ocupar tu tiempo libre en mirar porno por internet, masturbarte como un enfermo y leer comics, que es lo que hacen los chicos de dieciocho años, en vez de fumar como un macarra de poca monta.

Sale del dormitorio con la espalda tan erguida que me río, porque a pesar de lo bajita que es tiene una presencia que impone más que la de cualquier otra. Miro a Marco y señalo la ventana del dormitorio.

—Airea esto un poco y deja de meterte en problemas.

—Venga, tío, esto no son problemas de verdad. —Suspira y se pasa las manos por el pelo—. Algunas veces me parece que se le olvida toda la mierda que hemos pasado. ¡Aquello sí que eran problemas! Esto no es más que una tontería.

—Se preocupa por tu salud. Eso no es ninguna tontería.

—Lo voy a dejar, ¿vale? Tampoco fumo tanto. Solo cuando estoy más nervioso...

—No necesitas que te dé la charla de médico acerca de lo que el tabaco puede hacerle a tu cuerpo, ¿verdad?

—Soy hijo de una puta, borracha y yonqui —contesta él con una sonrisa fría—. Es probable que creciera en un vientre contaminado al máximo, así que creo que el tabaco no me matará.

Podría entrarle al trapo y contestarle mal, pero sé que esto no es más que un ramalazo del Marco antiguo. El que vivía a la defensiva y tenía malas palabras para todo el mundo. Además, Julieta ya le ha dicho todo lo que le tenía que decir y lo mejor que yo puedo hacer es dejarlo tranquilo. Aun así, antes de irme del dormitorio menciono mis últimas palabras.

—Eres hijo de una puta, borracha y yonqui, y sobrino de un policía respetuoso, nieto de los dueños de un restaurante humilde en el que trabajan a destajo y haces las veces de hijastro de una mujer que puede parecer un poco loca, pero mataría por ti. Tuviste una infancia de mierda, pero no vas a poder jugar esa carta cada vez que te cabrees para siempre. Buenas noches.

Salgo del dormitorio cerrando la puerta con suavidad y cuando paso por la puerta del cuarto de Diego y Julieta la veo mirándome fijamente.

—Gracias —susurra en un tono tan bajo que casi tengo que leerlo de sus labios.

Le sonrío guiñándole un ojo y me meto en mi dormitorio. En cuanto la puerta se cierra recuerdo mi espera y cojo el móvil a toda prisa. Tengo una notificación de whatsapp y, me pongo tan nervioso, que me obligo a coger aire y soltarlo con lentitud antes de abrirlo, maldiciéndome un poco por comportarme como un adolescente hormonado esperando respuesta de la chica de sus sueños para ir al baile de fin de curso.

Esme: No se aplica a nosotros. No nos estamos mirando.

Dejo ir el aire en medio de una risa seca, porque ya debí imaginar que iba a salirme con algo así. Me fijo en que hace solo un minuto que me mandó el mensaje, así que decido esperar un par más y no dejarle ver hasta qué punto estoy ansioso por tener cualquier tipo de contacto con ella. Cuando creo que ha pasado tiempo suficiente le escribo.

Nate: Porque eres un poco cobarde... pero no pasa nada, cielo. A mí me gustas igual.

Es una respuesta arriesgada, lo sé, pero no veo de qué manera podemos llegar al tema que de verdad nos importa a los dos, y me niego a ser un completo arrastrado. No voy a ser yo quien lo saque, así que la otra opción es presionarla. Conociéndola como la conozco eso bastará para que salte contra mí. Cuando recibo su respuesta y la leo, casi sonrío asignándome un pequeño triunfo.

Esme: Tenemos que hablar.

Nate: Tenemos.

Me pinzo el labio esperando su respuesta, porque sé que no podremos tratarnos con normalidad hasta que nos veamos y hablemos de esto, pero cuando me escribe diciendo que no puede hasta el fin de semana resoplo y me cabreo. Yo no quiero esperar al fin de semana y, desde luego, no quiero acatar lo que ella me diga así, sin más. Sé que es probable que esté viviendo uno de los mayores dilemas de su vida, pero yo también y esto lo empezó ella, así que le contesto lo único que puedo.

Nate: Sabes mi teléfono, la dirección de mi trabajo y la de casa. No voy a llamarte ni escribirte más, Esmeralda. Esto ya es cosa tuya.

Ella no me contesta, pero tampoco lo esperaba así que suelto el teléfono y me concentro en mirar al techo intentando adivinar qué demonios va a pasar ahora.

Los días pasan con normalidad, o más bien debería decir con fingida normalidad. Esmeralda no llama, el fin de semana llega, mis nervios se ponen a flor de piel y el domingo, cuando Diego me dice que vamos a comer todos juntos en Corleone, el restaurante de su familia, me niego y alego estar agotado después de haber hecho guardia. Es cierto, pero también es cierto que otras muchas veces he hecho el esfuerzo de ir a los planes de domingo solo para verla.

Por lo general el grupo se reúne todas las semanas; en verano puede caer incluso en día de diario, pero todavía estamos en primavera y lo normal es vernos a partir del jueves, así que cuando llega el lunes sé que mis esperanzas de que ella me busque se reducen.

Lo peor de esto, sin ninguna duda, es pensar que con cada día que pasa y ella no se decide ni me dice nada, la oportunidad de que esto salga adelante mengua. Tengo pánico de que acabe por extinguirse y perderla, y es ese pánico el que me hace coger el móvil cientos de veces cada día, pero luego recuerdo que esto es algo que tiene que decidir ella. Es un tema muy importante y, aunque me duela, entiendo que para ella no es lo mismo que para mí. Yo estoy enamorado como un imbécil y tener un hijo con ella es algo que, una vez planteado, me hace bastante ilusión, aunque sea de esta forma tan... especial. En cambio, Esmeralda no está enamorada de mí, aunque es evidente que se siente atraída. Tenemos una química sexual inmensa pero no sé nada acerca de sus sentimientos, así que tengo que comprender que

para ella sea algo más complicado. Lo único que puedo hacer es seguir armándome de paciencia y desear con fervor que al final me busque.

Abril llega y trae consigo algo más de calor y algo menos de paciencia para mí, pero no importa, todavía puedo esperar por ella. Maldita sea, por ella podría esperar un siglo entero, pero Diego y Einar no dejan de preguntarme qué pasa con el tema del bebé. ¡Hasta Marco me ha preguntado! Y me siento como un fracasado diciéndoles que debió ser algo de aquella noche, porque no ha dicho nada más.

—Tal vez deberías dejar de esquivar todas las reuniones —me dice Diego una noche mientras estamos en el sofá viendo una peli.

Julieta y Marco ya duermen así que podemos hablar con calma. Me pienso un segundo mentirle y decirle que no la esquivo, pero ni mi amigo es idiota, ni yo tengo ganas de seguir jugando a ocultar lo que siento y me pasa.

—¿Y de qué valdría?

—No lo sé con exactitud, pero al menos ella se daría cuenta de que no te escondes.

—Ya... —Me río con sequedad y niego con la cabeza mirando a mi cerveza—. Creo que a ella le da igual que me esconda o no.

—No te creas. Pregunta por ti cada vez que nos juntamos y no estás.

—¿Sí? —Reconozco que el tono igual me ha salido demasiado ansioso.

—Sí —dice Diego sonriendo—. Además, Julieta dice que está muy rara, que apenas habla y que ni siquiera está tan pendiente de ellos como antes. ¿Te acuerdas cuando tuvo gripe hace un par de semanas? —Asiento y él sigue—. Pues no le dio ninguna charla acerca de no abrigarse, no tomar las medicinas a su hora y no meterse en cama.

Es cierto que Julieta ha pasado por una gripe un poco dura, porque le ha afectado al estómago, pero aun así se ha empeñado en ir a trabajar. Marco y Diego se han turnado para acompañarla en la tienda y me consta que ha estado más tiempo sentada en el almacén que atendiendo a la gente, así que el hecho de que Esmeralda no se haya preocupado en exceso dándole la charla e intentando hacer el papel de madre es raro. Muy raro.

—¿Tu chica no sospecha nada? —le pregunto.

—Por supuesto que sí —dice bufando—, pero hasta ahora me las he ingeniado para librarme de sus preguntas comprometidas. —Me sonrío de medio lado y habla antes de dar un sorbo a su botellín de cerveza—. Sexo. Un montón de sexo. Pero muchísimo.

—Vale, me queda claro.

—Pues eso. —Se ríe entre dientes y suspira—. De todas formas, en algún momento tendré que confesar. Lo sabes, ¿no?

—Más te vale guardar silencio. No te corresponde hablar de esto con nadie, y menos con ella.

—Es mi novia, mi futura mujer, la madre de mis hijos y la madrastra de Chucky. Se merece mi respeto y mi confianza solo por lo que aguanta en esta casa.

—Yo sí que aguanto, y no te veo preocuparte tanto.

—Tú no me haces cosas casi ilegales con la lengua en...

—Imbécil —le digo riéndome e interrumpiéndole para que no siga—. En serio... intenta guardar el secreto, ¿vale?

—Sabes que haré todo lo posible, pero entiende también que no me gusta tener secretos con Julieta.

Asiento porque en eso tiene razón, pero aun así sé que se va a buscar la forma de no contarle nada de esto, al menos por el momento. Me acabo el botellín y me voy a la cama. La noche es larga, porque no dejo de imaginarme a Esmeralda reuniendo el dinero para inseminarse otra vez y no tener que recurrir a mí. O peor, enamorándose de algún imbécil y quedándose embarazada de él. O peor, no quedándose

embarazada de nadie por orgullo y siendo infeliz. Dios, no sé cuál de las opciones me deprime más.

Y, por si fuera poco, se ve que mi amigo ha llegado al dormitorio con ganas de fiesta, porque los gemidos de Julieta son inconfundibles.

—El día menos pensado me largo... —susurro mientras me levanto en busca de mis auriculares.

Me los pongo a todo volumen y me meto en la cama intentando obviar lo que ocurre a escasos metros de mí.

Estoy en el hospital pasando consulta con mis pequeños pacientes cuando la enfermera me avisa de que fuera hay alguien sin cita. No es nada raro, porque muchas veces las madres traen de urgencia a los niños y se esperan a que tenga un hueco para verlos.

—Dile que espere un poco. Tendré un hueco dentro de media hora si ningún niño se pone a vomitar aquí o hacer alguna de las suyas.

Patricia, la enfermera, sonrío con amabilidad y sale cerrando la puerta. Yo sigo haciendo mi ronda, intentando que los niños no lloren nada más verme y regalando piruletas después de revisiones fáciles y otras un poco más complicadas. Cuando encuentro un hueco aviso a la enfermera para que dé paso a la madre que está esperando.

El problema es que la madre no es madre. No todavía, al menos, y espero que no esté en proceso de serlo porque no quiero tener que partírla la cara al gilipollas que haya osado preñarla, aunque haya sido a través de una inseminación.

—Hola... —dice ella en un tono al que no estoy acostumbrado.

Ella tampoco, a juzgar por lo incómoda que se la ve.

—Hola... —Ladeo la cabeza e intento averiguar qué va a pasar—. Reconozco que no te esperaba por aquí...

—Ya, bueno, lo que pasa es creo que después de dos años conociéndonos, ha llegado el momento de hacerte una visita en tu lugar de trabajo.

Me paso la lengua por los labios e intento mantener la calma.

—¿Y eso? ¿Necesitas un pediatra?

—No, Nate. Te necesito a ti.

Intento que mi cara no refleje lo que he sentido al oírla pronunciar esas palabras. Lo que no puedo garantizar es que el sonido de los latidos descontrolados de mi corazón no acabe llegando a sus oídos y delatándome.

Ya estoy aquí.

No me ha costado tanto, en realidad. Casi un mes y tres vueltas al hospital con el coche. Si he aparcado ha sido porque un matrimonio me lleva observando desde que he llegado y temo que avisen a seguridad de que una perturbada no deja de dar vueltas reduciendo la velocidad en la puerta y acelerando después como si huyera de las llamas del infierno.

Encontrar su consulta con las indicaciones que me han dado en recepción no ha sido difícil. He llegado a una zona acristalada y aislada del resto, donde madres y niños esperan ver al doctor Nathaniel Morgan. No sé si se me escapa la risa al ver el nombre completo en la placa junto a la puerta o al imaginarme la cara de horror que debió poner Nate la primera vez que lo vio, más que nada porque odia que lo llamen así. Por un momento hasta me planteo la posibilidad de entrar y hacer un chiste de eso, pero luego recuerdo la razón por la que estoy aquí y la risa se me corta en seco.

No voy a dudar más, eso lo sé porque he meditado esto tan a fondo que he llegado a pensar que no me quedaría ni una neurona en su sitio. Tengo que hacer esto, enfrentarme a él y hablar del tema de una vez. La consulta no es el mejor lugar, estoy de acuerdo, pero espero que vea que hago un esfuerzo por acercarme a él, dado que no se ha dignado a aparecer por ninguna de las quedadas que el grupo ha hecho. Ni para comer, ni para ir al cine, ni para salir una noche de copas. Nada. Y lo peor no es eso, lo peor, sin duda, ha sido el sentimiento de culpabilidad que oprimía mi garganta cada vez que llegaba al punto de encuentro y me daba cuenta de que él no estaba por mi culpa; por mi cobardía al retrasar lo inevitable.

Me lo dejó claro en su mensaje: no daría señales hasta que yo lo buscara. Para no faltar a la verdad admitiré que no pensé que se lo tomaría tan en serio, pero Nate no es hombre de andarse con medias tintas.

Además, aunque odie reconocerlo, le he echado de menos todos y cada uno de los días que no le he visto. Sé que soy borde con él, y fría, y estirada, y adopto esa pose de «Reina del hielo» que me ha hecho ganar el mote de Tempanito a pulso. Lo sé, pero también sé que él sabía capear todo eso y ahora, de alguna forma, siento que se ha cansado de hacerlo... Y te parecerá una tontería, pero el solo pensamiento hace que apriete los puños y se me forme un nudo en la garganta. Eso me ha llevado a pensar en más de una ocasión que lo está haciendo a conciencia para joderme, para que le eche de menos y me arrastre, pero sé que Nate no es así. Él no es un hombre vengativo ni va por la vida haciendo desplantes para obtener lo que quiere. Simple y llanamente me dejó claro que la pelota estaba en mi tejado y se retiró para que pudiera pensar con calma. A veces, que sea tan caballero hasta me molesta, porque me hubiese gustado que me presionara más, pero reconozco que solo lo pienso porque así me habría puesto mucho más fácil todo esto y sé que es por eso por lo que no lo ha hecho. Quiere que lo medite a fondo y sea consciente de la decisión que tome sin presiones de ningún tipo por su parte, porque así luego no podré atribuirle las culpas de mi decisión final.

Aviso a la enfermera que sale de la consulta de que me gustaría hablar con el doctor y, aunque me sonrío, lo hace con falsedad, asegurándome que sin cita no puede atenderme. La miro y me doy cuenta de que es muy guapa: rubia natural, de ojos castaños, con cuerpo uniforme y alta. Me pregunto si Nate habrá tenido algo con ella y cuando noto el pinchazo de los celos agujerearme el estómago olvido el pensamiento, porque es algo que ni me va, ni me viene. Insisto en que es algo urgente y agradezco que no sea demasiado testaruda y vuelva a entrar en la consulta para preguntarle a Nate. Me hubiese gustado darle mi nombre, porque estoy segura de que así él me haría un hueco, pero decido que lo intentaré si vuelve con otra negativa. Por suerte, cuando regresa me dice que, si estoy dispuesta a esperar, podrá

recibirme unos minutos. Asiento con una sonrisa amable, pero fría, y me siento mientras miro a las madres congregadas con sus hijos.

Reconozco que este no es el sitio en el que más cómoda me siento, dadas las circunstancias, pero todo sea por dejar claras mis intenciones.

El tiempo pasa lento y me doy cuenta de que me estoy obsesionando viendo pasar el segundero de un reloj de pared que hay justo frente a mí. Por un momento casi puedo sentir que es el símbolo del tiempo que corre en mi contra. Como ese reloj de arena que poseo en mi interior, agotando los granos y dejándome claro que, cada día que pasa, es una oportunidad perdida para conseguir lo que tanto deseo. Estoy un poco más lejos de mi sueño y un poco más cerca de acabar sola en una casa llena de gatos. No tengo nada en contra de los gatos, pero los prefiero bien lejos de mí.

—¿Perdone?

Parpadeo y miro a la rubia pechugona porque, aunque antes lo haya pensado solo un segundo, ahora que se ha agachado para que su cara quede a mi altura me doy cuenta de que sí, es pechugona, y me pregunto por qué los uniformes de enfermeras en este hospital tienen tanto escote.

—¿Sí?

—El doctor tiene un hueco para verla ahora.

Asiento y me levanto enganchándome el bolso en el hombro y pensando, mientras camino hacia la puerta, que estoy envejeciendo más hoy a causa de los nervios que en los veintinueve años que llevo respirando.

Lo primero que me impacta cuando entro en la consulta es lo jodidamente guapo que está Nate con la bata blanca. La lleva abotonada, pero por arriba asoma el cuello de la camisa que le compré para su cumpleaños y eso, que puede parecer una tontería, me hace sentir un poquito mejor. Aparte de eso lleva el estetoscopio colgado del cuello y me fijo en que de un extremo cae un pequeño oso de peluche que probablemente sirva para calmar a sus pacientes. En su bata, tres chapas de colorines e ilustraciones de animalitos adornan su bolsillo. Trago saliva, porque creo que jamás he sentido tanto deseo por él como en este momento. Siempre me ha molestado esta química que fluye entre nosotros, pero es que verlo vestido así tiene un efecto devastador en mí, lo que me hace pensar que quizá estoy un poco enferma. Miro a un lado intentando controlarme, pero entonces veo los dos corchos cargados de dibujos infantiles que adornan la pared en la que está la camilla médica y siento que me desarmo un poquito más.

Al final, mi única opción es centrarme en sus ojos y no apartar la mirada de ahí.

—Hola... —digo intentando, en vano, que no se note lo trastornada que me siento.

—Hola... —Nate ladea la cabeza y me mira con esa intensidad que acostumbra—. Reconozco que no te esperaba por aquí...

—Ya, bueno, lo que pasa es que creo que después de dos años conociéndonos, ha llegado el momento de hacerte una visita en tu lugar de trabajo.

Él se pasa la lengua por los labios y yo intento por todos los medios no bajar la mirada. No puedo. No lo voy a hacer. No lo haré.

Lo he hecho.

Mierda.

—¿Y eso? ¿Necesitas un pediatra?

—No, Nate. Te necesito a ti.

Alzo la vista al frente, a sus ojos de nuevo y soy consciente de que mis palabras pueden ser llevadas a equivocación, porque estaba distraída pensando en... otras cosas. Pero no, yo lo que quería decir es que le necesito para hablar acerca de lo que tenemos pendiente, y espero que él lo entienda, porque es un chico listo. Quiero decir, es médico, para eso hace falta ser listo e intuitivo y...

—A mí me tienes desde hace tanto, que ya ni siquiera recuerdo cuándo me di cuenta de ello.

Bien. Al parecer sí que vamos a hablar claro de todo. No es este tema el que yo quería tratar, pero

supongo que es necesario si queremos llegar a lo que de verdad importa.

—No me refería a... —Trago saliva y él sonrío, lo que me enerva—. ¿Disfrutas viéndome así?

—Así, ¿cómo?

—Nerviosa.

—No diré que no me divierta. Llevo un mes esperando verte, así que supongo que tengo derecho a alegrarme de que al menos no vengas en tu actitud habitual. —Alzo la barbilla en defensa y él sonrío más—. Ah, ahí está... Mi preciosa reina de hielo.

—No vengo a que me dediques cumplidos, Nathaniel. —Soy consciente de lo pronto que se corta su sonrisa y sonrío de vuelta, pagada de mí misma—. Bonita placa, por cierto.

Sé que hace un rato pensé que no utilizaría eso para ponerle contra las cuerdas, pero tampoco voy a aguantar que él me ponga a mí. Entiendo que lleva casi un mes esperando que dé señales de vida, pero no por eso voy a tomar la actitud de un animal herido y acorralado. Eso nunca ha ido conmigo y dudo que alguna vez lo haga. Sobria, al menos.

—Mira que he intentado que la quiten, pero ni puto caso —dice resignado antes de sonreír de manera sencilla, rodear la mesa y acercarse a mí—. Estás guapa, cariño. Muy guapa.

No sé qué es peor, si tenerlo tras la mesa, siendo certero en sus comentarios punzantes, o que se acerque y roce su piel con la mía, usando además apelativos cariñosos que sabe que me ponen nerviosa, porque no me gustan. No entiendo la necesidad de llamar a alguien con un sobrenombre.

—Tú me ves con buenos ojos.

—Los mejores.

—Esa es mi camisa —digo centrando mi vista en su cuello cuando está a unos centímetros de mí.

En realidad, no sé por qué lo digo, y mucho menos por qué utilizo un tono tan altanero. Nate sonrío, se acerca y besa mis mejillas rozando de manera peligrosa las comisuras de mi boca, como siempre.

—Si quieres, te la doy ahora mismo.

—¿Y te quedarías desnudo?

—Tengo la bata, ¿no? ¿O es que me estás imaginando desnudo, Esmeralda?

Carraspeo, porque esto está llegando demasiado lejos y empujo su torso con cuidado para que se aleje y deje correr el aire entre los dos, que falta nos hace.

—Estoy aquí para hablar de cosas importantes.

—Hablar de toda la ropa que nos sobra me parece importante, pero como quieras.

Le empujo con suavidad cuando vuelve a acercarse y tomo asiento frente a su escritorio. No sé qué hace él, porque ha quedado a mi espalda, pero pocos segundos después lo veo rodear de nuevo el escritorio y sentarse.

—Tú dirás.

—Vengo a hablar de la petición que te hice el día de tu cumpleaños. —Él guarda silencio y yo lo tomo como una señal para seguir—. Sé que me dijiste que si al día siguiente pensaba lo mismo te buscara, y si no lo he hecho es porque, en frío, ni yo misma sabía lo que quería.

—Quieres un hijo.

—Sí, eso seguro —admito—, pero no estaba segura de si era buena idea pedírtelo a ti o no.

—¿Dejé de ser un buen candidato por algo especial?

—No, Nate, no dejaste de ser un buen candidato. —Suspiro, porque entiendo su actitud defensiva, pero así no vamos a llegar a ningún sitio. Hago amago de hablar de nuevo, pero él me corta.

—Sigue, prometo no interrumpirte más.

Su tono se ha suavizado y sé que intenta ser paciente. Es algo a lo que está acostumbrado así que no le costará mucho, o eso espero. Hago acopio de valor y empiezo a hablar sin mucho control, o al menos me parece que no lo tengo.

—He estado pensando en la forma de redactar un documento legal y válido, pero en España la ley no

contempla este tipo de contratos. En realidad, si tenemos un bebé juntos por muchos contratos que firmemos, puedes reclamarme en cualquier momento ejercer tus derechos como padre y yo tendría que acatarlos, o viceversa. Podría obligarte a admitir tu responsabilidad y tendrías que hacerlo. Por supuesto, jamás haría algo así. Quiero que sepas que podemos hacer un contrato si te quedas más tranquilo, pero a mí me basta con acordarlo verbalmente. Confío en ti y en tu palabra, Nate, y cuando el bebé nazca solo tendrías que rellenar la documentación para renunciar a él o ella y...

—Para. —Nate parece molesto, pero no sé por qué, así que decido callarme y escucharle—. Salgo en una hora. Espérame, iremos a cenar y hablaremos de todo esto con calma.

Me pongo nerviosa, aunque desde fuera no se me nota. Intento calmarlo, porque sé que no es un tema fácil, pero en cuanto empiezo a hablar noto cómo se tensa más, y no lo entiendo.

—De verdad, Nate, yo lo último que quiero es que tú te hagas cargo de mi bebé y...

—Tengo pacientes esperando, Esmeralda. Espérame fuera o dime qué día te viene bien quedar y hablar esto en un sitio más tranquilo.

Trago saliva, porque odio que me ponga contra las cuerdas, pero sobre todo porque odio ver su gesto serio. ¿Qué he dicho que le ha sentado tan mal? No lo entiendo, y no entenderlo me genera ansiedad. No puedo esperar más, eso lo tengo claro, así que asiento y me levanto con fingida tranquilidad, porque estoy muy lejos de sentirme calmada.

—Te esperaré en la cafetería del hospital. —Él asiente una sola vez y clava la vista en la documentación que tiene frente a sí.

Mi tiempo aquí se ha acabado y cuando salgo y veo a la rubia sonreírme con falsedad otra vez la odio y me odio, porque siento que está juzgándome, a pesar de no saber qué ha pasado ahí dentro, y porque siento que estoy sufriendo una grave paranoia, y no sé cómo controlarme.

Nate aparece en la cafetería algo más de una hora después. No está dicharachero, más bien diría que sigue serio, pero ni siquiera así su carácter elegante y caballero se resiente. Retira mi silla en cuanto hago amago de levantarme y coloca una mano en mi espalda mientras me guía hacia la puerta sin decir ni una palabra.

—¿Has traído tu coche? —me pregunta una vez fuera.

—Sí.

—Iremos en el mío, luego te traigo si te parece bien.

—Puedo ir en el mío a donde me digas.

Su mandíbula se aprieta y estoy tentada de decirle que me voy con él, pero es que no entiendo por qué parece tan molesto, así que me mantengo en mis trece. Él asiente una sola vez y me da la dirección de un restaurante que no he pisado en mi vida.

Entro en mi coche, activo el GPS y pongo la música a todo volumen para intentar soltar tensiones. Está claro que algo de lo que he dicho le ha sentado mal, pero no alcanzo a entender qué ha sido exactamente. Después de todo, no le he dicho nada que no hubiéramos hablado ya la noche de su cumpleaños.

—Cálmate —susurro para mí misma—. Sea lo que sea llegaréis a un acuerdo.

Cuando llego al aparcamiento del restaurante he conseguido, al menos, bajar el nudo de mi garganta y convencerme de que Nate solo está impresionado porque el tema es fuerte, pero seguro que ya se le ha pasado.

Él me está esperando en la puerta y cuando me sonrío siento que algo se aligera en mi interior. No quiero sentir alivio, porque eso sería señal de que me afecta más de lo que quiero, pero tampoco sé cómo evitarlo.

—¿Tienes hambre? —me pregunta mientras rodea mi cintura con un brazo.

—No mucha, la verdad.

—Aquí hacen el mejor coulant de chocolate que hayas probado en tu vida.

—Bueno, la adicta al chocolate es Julieta. Yo soy más de...

—Fruta —dice él por mí. Cuando le sonrío me corresponde con una sonrisa aún más amplia—. Lo sé, sé que eres más adicta al azúcar natural que te da la fruta, pero de todas formas creo que te encantará el postre.

—Me pongo en tus manos.

—Ya quisiera yo... —dice él riéndose entre dientes.

Pongo los ojos en blanco y cuando llegamos a una mesa un poco apartada del resto me sorprende, porque el sitio está lleno y la mesa tiene el cartel de «Reservado». Nate retira mi silla para que pueda sentarme y cuando está frente a mí le sonrío.

—¿Has conseguido reservar con tan poca antelación?

—Vengo a menudo. Está cerca del trabajo y se come muy bien.

—¿Y traes aquí a otras mujeres? —Nate eleva las cejas y atrapa su labio inferior con los dientes, dándose por cazado. Me río, pero algo dentro de mí se remueve, otra vez, al imaginarle con otras mujeres aquí—. Tú, a lo calladito, eres casi más mujeriego que Alex.

—Para ser más mujeriego que Alex hay que estudiar una carrera y hacer como cuatro másteres especializados en conquistar mujeres, y no es lo mío.

—¿Ah no?

Él se ríe y niega con la cabeza.

—No se me da mal cuando son citas esporádicas, pero cuando se trata de conseguir a la chica que quiero hay algo que hago como el culo, porque no lo consigo.

Frunzo los labios, intuyendo que se refiere a mí y miro la carta mientras carraspeo.

—¿Cuándo hablaremos de lo importante?

—Cuando comamos, no sea que se te acabe de cortar el apetito.

—¿Por qué...? —Él se pone a mirar su carta y yo frunzo el ceño—. A veces me caes mal, Nathaniel, muy mal.

—Algún día te haré pagar las dos veces que me has llamado por mi nombre completo hoy.

—¿Ah sí? ¿Vas a castigarme?

Él me sonrío de medio lado, me mira de arriba abajo, o más bien hasta la cintura, que es lo que deja ver la mesa, y vuelve hacia arriba deteniéndose en mis pechos más de lo necesario. Me pongo un poco nerviosa, pero disimulo bien.

—Se me ocurren cosas muy creativas... —susurra sonriendo—. Igual cuando acabe ni siquiera lo consideras un castigo.

Pongo los ojos en blanco, bufo y me contengo al máximo para no carraspear haciéndole ver lo que me han afectado esas palabras.

—Voy a querer ensalada César. No me fío de comer algo más complicado y que no sepan cocinarlo bien. Sé que has traído aquí a otras mujeres, pero me vas a permitir que dude mucho de sus papilas gustativas —digo en tono borde.

Él se ríe entre dientes, asiente y llama al camarero soltando un suspiro de resignación que me molesta un poco, pero como el tema se ha acabado y, además, le he soltado una de las mías para dejarle claro que no va a pasarse la noche avasallándome, me doy por contenta y me concentro en la carta, aunque solo sea para no tener que admitir que, cuando me sonrío de esa forma tan sabionda y sexi, me derrito un poquito.

Nate

Estamos en medio de la cena hablando de todo y nada a la vez. Todo, porque cualquier cosa que salga de su boca para mí es el mundo y nada, porque no disfruta de esto tanto como yo quiero. Aun así, no me rindo. No puedo. No ahora que ha llegado el momento de tomar decisiones en conjunto.

Esmeralda mueve su ensalada con impaciencia y mira mi plato con deseo. Y es curioso, porque si mirase más arriba, a mis ojos, vería también mi deseo, pero por ella. Siempre por ella.

Está preciosa, eso no es ninguna novedad porque siempre lo está, pero hoy, además, está vulnerable, aunque intente disimular, y eso siempre le da un toque mágico. Son tan pocas las veces en las que puedo vislumbrar a la mujer que hay tras esos ojos verdes como el jade y fríos como el hielo que, cuando el milagro se obra, parezco un paleta maravillado en su primera visita a la ciudad. Lleva el pelo recogido, como siempre. Ya ni sé las veces que he fantaseado con pasar mi mano por su nuca, enterrar los dedos en su melena y forzar las gomas que lo mantienen recogido. Y si de confesar se trata, tampoco puedo hacer recuento de las veces que he imaginado ese pelo castaño con hebras doradas esparcido en mi cama, o sobre mi pecho, o molestando en su frente mientras el agua de la ducha cae incesante por su cuerpo y yo me hundo en ella una y otra vez.

—¿Está bueno? —pregunta mirando mi plato.

He pedido tataki de atún con ajoblanco porque me gusta, pero sobre todo porque sé que le encanta. Un cabrón, sí, ya, pero es que, si ella puede tentarme y llevarme al límite con su postura, su forma de ser y sus palabras, yo puedo hacerlo con otras cosas, como pedir comidas que le gustan para provocar su deseo.

—¿Quieres?

—No, gracias. La ensalada está bien, también.

—Me alegro.

Esme frunce los labios y me mira a los ojos con determinación. Aquí viene otra embestida, lo sé, la conozco y, como todavía no creo que sea el momento, alzo la mano y llamo al camarero. Pido un coulant y dos cucharillas, aunque ya sospecho que ella no piensa siquiera en probarlo. Cuando nos lo traen está tan tensa que casi me avergüenzo de hacerla esperar, pero es que yo también estoy nervioso por abordar el tema y estoy haciendo acopio de valor.

Ella no puede avasallarme, eso lo tengo claro. No se lo voy a permitir. Esta tarde cuando me dijo que yo tendría que firmar un documento de renuncia al bebé cuando este naciera me puse enfermo. Yo no voy a firmar ningún maldito documento porque no pienso renunciar a nada. Ni al futuro bebé, ni a ella. Ahora solo falta que lo entienda, claro.

Ella sabe disimular su nerviosismo y yo cada vez sé menos de disimular este amor que se me atraganta solo con mirarla.

Acabamos el postre, no sé ni cómo, pero lo acabamos. Esmeralda envara su espalda aún más y me mira con determinación. «Se acabaron los juegos» pienso, porque es lo que ella me está queriendo decir. Y tiene razón, ya no podemos jugar más y es hora de hablar de esto largo y tendido.

—Antes de nada, quiero que entiendas una cosa —le digo abordando el tema, por fin—. Estoy dispuesto a tener un hijo contigo. —Su sonrisa emerge tan rápido que siento que algo florece dentro de mí. Una lástima que esté medio convencido de que ahora ese algo se apagará—. Pero tengo condiciones, Esmeralda.

—¿Condiciones? —Parece sorprendida pero no enfadada. No todavía—. ¿Cuáles?

Pienso largo y tendido sobre todo lo que he meditado a lo largo de este mes que hemos estado sin vernos. Echarla de menos hasta el punto de haber preferido perder un brazo que no verla más ha tenido algo bueno, y es que no me he dejado viciar por este amor tan tóxico que siento. No es normal, yo creo que no es normal lo que me pasa por mucho que Diego me jure que sí, que ese es el amor bueno; el que duele y llena a partes iguales. El problema es que el mío solo duele.

Lo importante, de todos modos, ni siquiera es mi amor. Lo importante es el bebé que vamos a tener si llegamos a un acuerdo. Desde el primer momento tuve claro que no quería desentenderme. Que si lo hacía era porque quisiera un hijo y decidiera que ella era la candidata ideal.

Menuda gilipollez, ¿no? Preguntarme a mí mismo si la mujer de mi vida era la candidata ideal para madre de mis hijos... Pero lo hice, me lo pregunté y me sorprendí al vacilar. No porque tenga dudas de la capacidad de Esmeralda; al contrario. Sé que al aceptar esto me embarco en algo que no podremos deshacer con un «Lo siento, pero prefiero no seguir». Ya no habrá marcha atrás y nuestros caminos estarán ligados siempre, aunque nosotros no seamos pareja. Habrá un ser humano dependiendo de nosotros y de nuestra relación, y no quiero ni pensar lo que llegaría a pasar si ella no quisiera estar conmigo, pero sí con otro. Mi hijo o hija se criaría la mayor parte del tiempo con un hombre que no soy yo y eso me consumiría. Me envenenaría y acabaría como mi hermano, que está divorciado y tiene un hijo pequeño al que apenas ve. No quiero ser así, no quiero vivir amargado y trabajando horas de más para no pensar que la vida me ha jodido por todas partes.

Le he dado tantas vueltas que he llegado a pensar verdaderas locuras, o absurdecas, pero al final, creo que he conseguido dar con algo que nos hará felices a los dos, si es que consigo convencerla.

—Tendré un hijo contigo, que no es lo mismo que darte mi semen para que tú tengas un hijo sola.

Esmeralda recibe mis palabras, las mastica, las asimila como puede y niega con la cabeza.

—Eso no es lo que yo quiero. No lo entiendes, Nate. Yo quiero ser madre soltera. No quiero tener nada que ver con el padre de la criatura.

—Me parece bien y lo respeto. Yo quiero ser padre de tu hijo y quiero tener que ver todo contigo.

—No puedes obligarme a estar contigo —dice de malas.

—No, pero tú tampoco puedes obligarme a renunciar a mi hijo.

Ella cierra los ojos y aprieta la mandíbula. Sé que está llevándose un duro golpe y una parte de mí, una muy grande, además, quiere levantarse de la silla, ir hacia dónde está y acunarla prometiéndole que todo irá bien, pero ni Esmeralda quiere esas promesas ahora mismo, ni yo puedo dejarle ver que por dentro me siento tan frágil o más que ella.

—¿Y qué pretendes? ¿Que seamos como un matrimonio divorciado? ¿Que hagamos rodar a nuestro bebé como si fuera una pelota? Además, no tienes tiempo para cuidar de él.

—O ella.

—O ella —admite tajante—. Trabajas un montón de horas, haces guardias y...

—Trabajo las horas necesarias, igual que tú. Llegado el momento seré yo quien decida cómo me las ingenio para compatibilizar mi faceta de padre con la laboral.

—¿Qué quieres? ¿La jodida custodia compartida?

—No. —Niego con la cabeza y sonrío—. Yo quiero el paquete completo: tú, yo y nuestro bebé. Una casa con una puta valla blanca. Un césped que cortar los domingos después de hacerte el amor y dejarte en la cama agotada y con una sonrisa satisfecha. Muebles pegajosos por culpa de los dedos llenos de mermelada o chocolate de nuestro hijo o hija. Juguetes que se claven en las plantas de mis pies cuando camine por el pasillo somnoliento, haciéndome maldecir, pero con una sonrisa torcida en la boca. Quiero aprender a hacer coletas si es una niña y jugar al fútbol si es niño. O al revés, qué más da. Lo quiero todo, si tú lo quieres conmigo, pero no quieres, y ese es el problema. ¿O no?

Ella me mira con los ojos abiertos de par en par; esos ojos que son capaces de absorberme si no me ando listo. Al final, tras unos segundos que a mí me parecen una eternidad niega con la cabeza y hace

amago de hablar, pero necesita dos intentos para que le salga la voz.

—No puedo.

—No quieres —contraataco.

—Nate, no... no es que no quiera. O sí. Es que... es que yo tenía mis planes hechos. No puedes llegar y obligarme a tomar esa decisión.

—Ni puedo, ni quiero obligarte. Quiero que tú lo quieras, pero si no es así, entonces sí, quiero la custodia compartida.

—Me estás poniendo entre la espada y la pared.

—No, te estoy dando mis opciones, igual que tú me das las tuyas.

—¿Y qué hacemos si no se parecen en nada?

—Llegar a un acuerdo o seguir como hasta ahora.

—O ahorro, me hago otra inseminación y te quedas sin nada.

—Si te doy mi semen como si no fuera más que semilla sin raíces, tampoco tendré nada.

Ella vuelve a apretar la mandíbula y mira abajo. Lo siento. De verdad siento hacerle esto, pero no puedo darle algo tan grande porque sé que no sería capaz de mantenerme al margen. Prefiero darle una verdad que le duela ahora, antes que una mentira que la haga infeliz toda la vida.

Nos quedamos un rato en silencio, ella bebiendo de su vino, pensando, supongo. Yo bebiendo del mío, mirándola, sin más. La noche está yendo mejor de lo que pensaba, porque estaba convencido de que llegados a este punto ya se habría ido. Por eso intenté que viniera conmigo en mi coche; era una forma absurda de tenerla atada a este restaurante hasta que los dos nos marcháramos. También se puede decir que era una forma de acorralarla, pero es que creo que no ha nacido el hombre que sea capaz de arrinconar a la reina de hielo.

Estoy tranquilo, sé que voy a perder mucho, pero, de alguna forma, necesitaba hacer esto. Quiero que todo quede claro para no tener que darle más vueltas a la cabeza. Quiero que esto pase, aunque lleguen problemas peores, da igual, pero necesito algo nuevo para taladrar mi mente o acabaré agotado y aburrido de mí mismo, y sería triste, porque tengo que convivir conmigo durante mucho tiempo aún, o eso espero.

—¿Y si acepto? —pregunta ella en un tono tan bajo que me incorporo hacia delante para oírla mejor—. Si digo que sí... ¿qué?

—¿Qué sí quieres la custodia compartida? ¿O que sí a todo lo demás?

—Custodia —dice en tono firme, aunque aún bajo, y es que presiento que cada letra le arde en la garganta antes de pronunciarla.

—Si dices que sí, nos pondríamos manos a la obra y tendríamos lo que dure el embarazo para arreglar la documentación legal y dejarlo todo claro y firmado de mutuo acuerdo.

—¿Permitirías que me encargara yo de la documentación?

—Por supuesto.

—¿Sin preguntas? ¿Te fías sin más?

—Me fio, pero además sé leer y te gustará saber que hasta le echo un ojo a los términos y condiciones de todas las mierdas que instalo en mi ordenador.

Ella bufa y hace amago de sonreír, pero el tema es demasiado serio y cuando parece recordarlo vuelve a envararse.

—Tengo que pensarlo.

—Lo entiendo —digo asintiendo—. Te vuelvo a decir lo mismo: sabes dónde vivo, mi número de teléfono y dónde trabajo.

—Si al final digo que sí ¿Cuándo...? Ya sabes.

—¿Cuándo...?

—¿Cuando me darás tu semen? Iremos a mi clínica para la inseminación y... —La forma en que la

miro la detiene y eleva las cejas—. ¿No te parece bien?

—Hay algo más —digo en tono firme. En realidad, no es premeditado, es que creo que estoy tan rígido que es inevitable que mi voz me delate—. Quiero ofrecerte algo.

—¿Algo como tu semen? —pregunta en susurros mirando a la mesa más cercana, aunque en realidad está lo bastante alejada como para que no nos oigan ni aunque hable en tono normal.

—Te has hecho tres inseminaciones, con todo lo que eso conlleva. Hacerte otra significaría volver a tratamientos, hormonas, pinchazos y demás. —Ella asiente y yo también—. No hay necesidad, Esmeralda.

—¿Cómo que...?

Su boca forma un perfecto círculo y exhala un «Oh» que me tensa de pies a cabeza. Toma aire y de un segundo a otro me lanza la mirada más fría que le he visto en dos años, que ya es decir. Y lo peor no es eso, lo peor es que la veo tan condenadamente preciosa así, regia, altiva y fría, que siento dolor en mis manos por no poder tocarla y picor en mis labios por no poder acercarme y mordisquear su boca hasta que su mirada helada se vaya, sus ojos se cierren y me regalé una sonrisa que pueda comerme y llevarme a casa.

—¿Sexo? ¿Eso es todo lo que quieres?

—No, no es todo lo que quiero. Y aunque te lo parezca, no estoy diciendo esto de una manera sucia.

—Permite que lo dude. ¿Acaso no has insinuado que podemos hacerlo por el método tradicional?

—Sí, lo he insinuado y ahora te lo digo con claridad. Podemos hacer a nuestro bebé sin necesidad de que pases por ese calvario.

—No es para tanto —dice, aunque no suena convencida del todo.

—Una noche, Esmeralda.

—No soy una puta que contratas para una noche de placer y cumplir fantasías.

No sé qué me ofende más, si que piense que yo pretendo comprar su sexo o que imagine que la quiero para cumplir fantasías que, conociéndola, serán atroces.

—Ni tú eres una puta, ni yo un bastardo pretendiendo aprovecharse. No te estoy pidiendo que te entregues a mí sin que yo dé nada a cambio.

—Entonces, ¿qué? ¿Echamos un polvo impersonal o cómo va esto?

—Esto no va ni siquiera de polvos. No mientras lo hagas parecer algo asqueroso, Esmeralda. —La miro bastante enfadado, pero ella no agacha la mirada. Ella nunca agacharía la mirada y por eso la quiero todavía más—. Esto va de ti, de mí y de tus sueños, que ahora son míos también. Una puta noche, salir a cenar, a bailar, acabar en tu casa, o en la mía, hacer el amor, follarnos y volver a hacer el amor para crear vida. ¿En serio te parece una tortura tan grande?

—Tú quieres acostarte conmigo.

—Como no te imaginas, pero nunca lo haré si tienes una mínima duda, eso tenlo claro también.

—Estás haciéndolo todo demasiado complicado.

—Porque tú quieres hacerlo demasiado fácil. Demasiado frío. Demasiado impersonal.

—Quiero que sea lo más rápido y limpio posible.

—Te aseguro, nena, que conmigo no será ni rápido, ni limpio.

Esmeralda gime de frustración y yo cierro los ojos, porque hasta eso me gusta y no sé cómo demonios soporto no besarla de una vez.

—Y si no me quedo a la primera, ¿qué? —vuelve a preguntar en modo ataque.

—Para entonces quizá seas tú la que estés deseando repetir.

—Te vendes demasiado caro, Nathaniel.

—No me vendo. Ni siquiera me atribuyo el mérito. Si consigo tenerte desnuda y en mi cama, o en la tuya, o en un descampado, en un baño, en una alfombra o en un jodido bar, estaré deseando darte placer de tantas formas para grabarme a fuego tu cara cuando te corres, gimes o gritas, que dudo mucho que pudiera quedar saciado hasta haberte arrancado un número indecente de orgasmos.

Ella traga saliva, mira de nuevo a la mesa de al lado y da un trago a su copa de vino. La misma copa que ha estado llena hasta ahora porque se ha negado a beber más de dos sorbos.

Soy muy consciente de que si se tratara de otra mujer no sería capaz de hablar así, pero es que ella no es otra. Ella es.... Ella. ¡Es ella! La única capaz de volverme tan loco que no me importa hablarle de mi ansiedad, mis deseos y mi amor, aunque me lo tire a la cara una y otra vez.

¿Y qué se piensa? ¿Que yo no saldré mal parado de esto? Es probable que, si acepta, me toque vivir del recuerdo de esa unión toda la jodida vida. Es probable que, desde ese mismo momento, cada mujer que me folle tenga su cara y es casi seguro que, cuando acabe, me buscaré la manera de largarme, como hasta ahora, o hacer que se larguen para no enfrentarme a la realidad. Y entonces, en la soledad de mi cuarto, con unas sábanas oliendo a sexo, pero no al suyo; a perfume desconocido y a la soledad a la que no consigo acostumbrarme, cerraré los ojos y me maldeciré por seguir queriéndola. Peor aún, cerraré los ojos, la veré con nuestro hijo o hija en brazos y sentiré que el destino, los Dioses o los putos astros me están robando lo único que yo quiero y querré toda mi vida, que es quererla.

—Yo tengo que... tengo que pensarlo. No puedo tomar una decisión ahora.

—¿Significa eso que tampoco te niegas en rotundo?

Ella balbucea un par de sílabas inconexas, se levanta y me mira una última vez antes de salir.

—Esto se nos está yendo de las manos...

—Esto se nos fue de las manos el día de mi cumpleaños. Ahora solo nos queda buscar una solución.

—Si no hago lo que quieres, me quedo sin mi sueño. ¿Esa es tu solución? A mí me suena a chantaje.

Sale del restaurante y yo saco a toda prisa un billete que cubre de sobra los gastos de la cena y lo dejo sobre la mesa antes de salir tras ella. Cuando la alcanzo en el aparcamiento hablo a su espalda, sabiendo que se parará y me escuchará. O eso espero, al menos.

—Te equivocas, Esmeralda —digo suspirando con resignación—. Los donantes de semen no se acaban. Si no estás dispuesta a estar conmigo una noche, si tan repulsiva te resulta la idea, entonces ahorra y hazte una cuarta inseminación. Incluso podría prestarte el dinero.

Ella se queda helada en el sitio y esta vez soy yo el que camina con lentitud para colocarme frente a ella.

—No... no lo harías.

—Lo haría, porque te quiero. ¿Eso quieres? ¿Otra inseminación? Es tuya. Te presto el dinero mañana mismo, si quieres.

—Pero entonces... ¿Por qué me has puesto todas esas condiciones? Si te da igual que me insemine y...

—No, nena, no me da igual. Me mataría saber que estoy pagando a algún gilipollas para que insemine a la que considero mi mujer aquí dentro —digo señalando mi corazón—. No estoy intentando dominarte, obligarte o dejarte sin ninguna opción ni salida.

—No lo entiendo...

—Yo quiero darte todo eso que te he dicho y más, y aun si no quieres, quiero darte un hijo, aunque sea con una custodia compartida y tengas que verme toda la vida. Quieres ser madre soltera, y lo respeto, pero te ofrezco una figura paterna, alguien a quien contarle que el bebé ha pasado mala noche y se preocupe como solo un padre lo hace. Alguien que esté contigo cuando dé sus primeros pasos, grabándoos a los dos y sonriendo al otro lado de la cámara. Alguien que va a quererlo de manera incondicional. Yo quiero ser testigo de su vida y de la tuya y ofreceros solo cosas buenas. ¿No lo quieres? Bien, estás en tu derecho, pero tengo una mínima esperanza puesta en que ahora que te he dado otra idea, otra forma de hacer las cosas, vas a pensarlo. Si no por ti, por el bebé que pronto crecerá en tu vientre, sea mío o de otro.

—Tú siempre haces lo mismo... —dice sin poder evitar que sus ojos se vuelvan acuosos—. Es una táctica que dominas a la perfección. Primero me haces vivir todo lo que tú quieres y cuando me tienes al

límite, das un paso atrás y me dejas con el marrón. ¡Es muy injusto!

—¿Por qué? ¿Porque te he dado algo en lo que pensar?

—¡Porque estás poniendo mi vida patas arriba sin ningún derecho!

—No estoy haciendo nada, salvo atender a mis sentimientos, igual que tú atiendes a los tuyos. Te lo dije antes y te lo repito de nuevo: tú expones lo que quieres y yo también. Puede que ganes tú. Puede que gane yo. Y puede, si mis plegarias son oídas, que ganemos los dos.

—Esto no se va a arreglar rezando.

Me encojo de hombros y la miro sonriendo, aunque sé que no es una sonrisa que llegue a mis ojos.

—Es lo único que tengo ahora mismo. No tienes un marrón, Esmeralda, tienes todo el poder, y no te imaginas lo aterrador que resulta. Buenas noches.

Me doy la vuelta y me meto en mi coche antes de volverme y suplicarle que no me pida el dinero para la inseminación. No tenía pensado ofrecérselo, la verdad, pero una vez dicho me ha parecido... lógico. De una manera enrevesada, sí, pero lógico, al fin y al cabo. Yo no quiero ser quien la ate y no quiero que tome una decisión que luego pueda achacar a que la presioné. Quiero que piense en lo que le ofrezco y si no le interesa... bueno, si no le interesa, estoy perdido.

Suspiro y me llevo una mano al cuello, masajeándolo para que el nudo baje y me deje respirar mejor, pero algo me dice que me enfrento a otra noche eterna.

Llevo diez minutos conduciendo y mis manos aún tiemblan tanto que me aferro al volante con toda la fuerza que tengo. Me concentro en respirar y vuelvo a mirar el *display* de la música para comprobar que ya va al volumen máximo. Necesito hacer algo, pensar, ir a algún sitio en el que todo esté en silencio, incluso mi mente.

Conduzco durante más de una hora y cuando los ojos empiezan a escocerme por el cansancio me dirijo a casa, porque la idea de pasar antes por la de Eli queda descartada, dado que ella ya estará durmiendo y no quiero preocuparla o despertar al niño. Aparco en el jardín y, al entrar, me encuentro con Alex dormido en el sofá. Me acerco a él sonriendo y pensando que, si las mujeres del mundo lo vieran ahora, su imagen de mujeriego empedernido quedaría a la altura del betún. Para empezar en la mesa hay una botella vacía de batido de chocolate, porque tiene una adicción importante que no consigue superar. En una de sus manos hay un chupa chups a punto de caer al suelo y a su lado descansa una bolsa con más chucherías. Mi pequeño gran hombre... pienso mientras se lo quito todo y acaricio sus mejillas para que despierte.

No puedo evitar imaginarme qué pensarán las mujeres que se acuesten con él. ¿De verdad son capaces de creer que es un capullo? Bueno, supongo que sí porque lo es, eso sin duda. O no, en realidad no tanto, porque él siempre deja claro a todos sus ligues que su relación de máxima duración ha sido de dos meses, y porque apenas se veían. No promete amor eterno ni flores a la hora de recogerlas en casa, pero me consta que ninguna tiene quejas sobre sus dotes amorosas en la cama. Es un dato que me da repelús, pero que todos en esta casa conocemos.

Retiro el pelo de su flequillo y pienso en lo parecido que es físicamente a Amelia. Son los únicos que tienen rasgos en común, como el color de ojos azul claro, el pelo prácticamente negro y los labios mullidos. No me extraña que caigan ante sus pies sin mucho esfuerzo porque es muy guapo, pero me resulta difícil imaginarle en plan depredador cuando lo veo así, durmiendo, empachado de chuches y con esa carita de niño bueno que nunca nos ha engañado.

—Eh... —Palmeo con más ganas sus mejillas hasta que entreabre los ojos y me mira—. Hola.

—Hola —murmura irguiéndose—. ¿Qué hora es? Estaba viendo una peli buenísima.

Miro a la tele, donde solo echan un programa sobre subastas de garajes y me río.

—No lo dudo, pero creo que eso fue hace ya mucho.

Él hace una mueca y se sienta del todo frotándose los ojos.

—¿Tú de dónde vienes? ¿Estás bien?

—Sí, claro. Estuve... por ahí. Venga, levántate y metete en la cama.

Me pongo en pie yo también y comienzo a caminar, porque no quiero que me haga preguntas de ningún tipo. Ahora mismo estoy tan sensible que sería capaz de contárselo todo con lágrimas incluidas, y no estoy muy por la labor. Mis hermanos no pueden cambiar la imagen que tienen de mí. Ellos piensan que soy un tempanito de hielo porque yo así lo he querido. Necesito que me vean fuerte, irrompible, para que sepan que pase lo que pase yo siempre voy a mantenerme entera para ellos.

Quizá sea una mierda de teoría, porque al final es como si ninguno me conociera como de verdad soy, pero no puedo permitir que ellos vean fragilidad en mí porque sé que eso les haría daño. Y aunque sean unos mequetrefes y maldiga contra ellos varias veces al cabo del día, son mis mequetrefes, y les adoro.

Me desmaquillo, me suelto el pelo y me pongo un pijama pensando en todo lo acontecido esta noche. Bueno, pensando... más bien intentando hacer un esfuerzo por encajarlo todo en mi mente, aunque

supongo que todo está más que claro. Tengo la opción de volver a pasar por una inseminación para tener un hijo como yo pensaba que quería tenerlo. Y tengo la opción de tener un hijo con Nate, con todo lo que eso implica.

Si me hubiesen preguntado hace dos meses, la respuesta habría sido rotunda y clara: una inseminación de un donante anónimo.

Ahora, en cambio... No lo sé. Y no lo sé porque él ha conseguido que todo se me revuelva por dentro y piense, aunque sea por una vez, en cómo sería tener un hijo que a su vez tuviera un padre.

Me he llenado la boca diciendo que quería ser madre soltera porque así todas las decisiones eran mías, y sí, es cierto. ¿Pero es eso justo para el bebé? No lo parece y, cuanto más lo pienso, más creo que algo ha fallado mucho en mi manera de actuar hasta el momento.

He querido tener un hijo porque es mi deseo desde hace tanto que no puedo ni recordarlo, y quiero lo mejor para él, eso está claro, pero tengo que pensar en que una figura paterna siempre es un plus, y si encima ese padre es Nate es como... como... como tener claro que sería el mejor padre de este jodido mundo. Es indiscutible. Sé bien cómo se entrega a todo lo que hace con amor y pasión. El problema no es ese, el problema es que otra de mis razones para tenerlo sola era que estaba y estoy convencida de que nadie puede soportar a mi lado X tiempo sin acabar rindiéndose o cansándose de luchar contra estas murallas que alzo cada mañana. Como si me maquillara y me pusiera la armadura de una forma tan natural que ya no me sale no hacerlo.

Me meto en la cama. ¿Desde cuándo esta cama es tan grande? Las lágrimas se me saltan, pero me niego a dejarlas salir. No ahora, no es el momento. Necesito mantenerme fría para pensar en ello.

¿Por dónde iba? Ah, sí, contaba que pienso que nadie puede aguantarme a largo plazo, y es verdad. La opción de hacer esto como una familia feliz no es viable, no funcionará y al final nos llenaremos tanto de rencores que acabaremos jodiendo a nuestro bebé y haciéndole pasar un calvario. No podemos exponerle a eso. Si acepto, la única opción es hacerlo como dos amigos con custodia compartida. Pierdo la mitad de los días con mi hijo o hija, pero él o ella gana un padre. Y visto así, me siento la mujer más egoísta del mundo, porque he pensado solo en mí, en lo que yo quería y necesitaba, en mis ansias de ser el centro del universo para alguien, aunque ese alguien naciera de mí. He pensado tanto en mí que he olvidado que esa personita necesitará amor de más gente, protección, palabras de consuelo y consejos. Y sí, están mi padre y mi hermano, incluso Diego, que sería su tío, pero ninguno sería su padre y eso siempre haría que mi pequeño o pequeña sintiera un vacío en su corazón. Lo sé porque yo he echado mucho de menos tener una madre, aunque no fuera necesariamente la mía. Está muerta, se quedó en la camilla del quirófano el día que nosotros nacimos, así que es imposible que la eche de menos. Pero sí recuerdo mi niñez y esos momentos en los que, en las fiestas de final de curso, solo estaba papá animándonos. Y era un gran animador, pero el resto de amigos de clase también tenían a su madre y nosotros no. Recuerdo las preguntas que le hacía a mi padre acerca de encontrar otra mamá, o comprarla en el súper. ¿Por qué no se podía? Elegiríamos una guapa y que nos cayera bien y nos la llevaríamos a casa, pero él sonreía con tristeza y decía que no era tan sencillo y que él ya nos quería por dos. No lo dudo, pero por más que a él le doliera, no era suficiente. No en algunos momentos.

Tuvimos una infancia feliz, eso sin duda, pero siempre nos faltó esa figura. Quizá por eso mi hermana Julieta jugaba a disfrazarse y hacerse pasar por otras personas, Alex trepaba a los árboles y se hacía el héroe para cualquier chica del barrio y Amelia se pinzaba el labio con fuerza para no llorar cuando le preguntaban dónde estaba su mamá en el parque infantil. Secuelas. No las vimos, no las entendimos, pero estaban ahí.

¿Quiero hacerle eso a un hijo mío? Peor aún. ¿Quiero hacérselo cuando sé que hay un hombre bueno, decente, cariñoso, amable, educado, inteligente y guapísimo dispuesto a ser un buen padre? Y sí, soy consciente de que lo de ser guapísimo no parece una cualidad importante, pero créeme, lo es.

Me tapo hasta la barbilla, aunque ya no haga frío, pero es que las lágrimas se me quieren salir y

temo que el mundo las vea, aunque mi cuarto esté a oscuras y vacío. No sé lo que quiero, o sí, lo sé, pero me da miedo y eso es casi peor.

Hay tantas preguntas sin respuestas...

¿Qué pasará si Nate se enamora de otra en un futuro? ¿Tendré que vivir odiando a otra mujer solo por ser capaz de coger lo que yo desprecio? Porque la odiaría, estoy segura. De hecho, ya la odio. No existe, no ha llegado aún pero ya me quema su futura presencia. Peor todavía, ¿y si tienen más hijos? ¿Dónde queda el nuestro? ¿Relegado a un lado? Eso sí que me da miedo y es algo que Nate no habrá pensado. O sí, conociéndole, lo habrá pensado y tendrá asumido que los querrá por igual, y lo peor, es que es probable que tenga razón porque no le veo capaz de alejarse de sus amigos, cuanto menos de un hijo.

Las horas pasan, mis ojos pesan, pero no puedo dormir. Tengo demasiado en lo que pensar, demasiado que decidir, demasiado que asimilar.

—Entramos y ya está, joder, qué de tonterías.

Frunzo el ceño y me siento en la cama de golpe justo cuando la puerta se abre y aparecen tres pares de ojos mirándome con curiosidad.

—Pero mira que eres patoso, de verdad —protesta Amelia mirando a Alex—. ¡Te dije que no te agarraras a la manilla de la puerta!

—¿Qué...? ¿Qué hacéis aquí? —pregunto intentando que mi voz no suene tomada.

La habitación sigue en penumbras y, aunque pueden ver mi silueta, porque en el pasillo hay luz, espero que no se fijen en mis ojos rojos. Me concentro en Julieta, que me mira con cara de circunstancias, y paso de la sorpresa a la preocupación.

—Todo bien, todo bien —dice ella cuando ve que me voy a bajar de la cama.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —prendo la luz del flexo de mi mesilla de noche y los miro.

—Pues es que... —Julieta se retuerce las manos y me mira con una cara de niña buena que me recuerda a cuando hacía alguna trastada de pequeña y no quería que se lo contara a nuestro padre—. He tenido una pesadilla.

—¿Una...? —Parpadeo e intento entenderla—. ¿Y has venido por una pesadilla?

—Sí. Es que... mandé un whatsapp a Alex para contarle que había tenido una pesadilla súper gorda. Con gusanos asesinos y arañas que me taladraban la piel y... él me recordó que cuando tenemos una pesadilla lo mejor es que estemos juntos, por si se le transmite a otro de nosotros por este vínculo de cuatrillizos que tenemos, aunque luego nunca funcione, pero si se pasa de una mente a otra y luego se hace realidad, ¿qué? Al principio le dije que es un imbécil, porque un poquito lo es, pero luego he pensado «A ver si estoy yo aquí tan tranquila y hay una tropa de gusanos asesinos de camino a mi casa», porque esta sigue siendo mi casa, aunque yo ya no viva aquí, a ver qué os creéis, puedo venir cuando quiera, que lo dice papá. Y entonces me he cogido las llaves de mi coche y me he venido. Y aquí estoy, para decirte que he tenido una pesadilla y que tengas cuidado con los gusanos.

—Y las arañas —dice Amelia muy seria.

—Eso. —Julieta asiente con vigor—. Y las arañas.

No es que no esté acostumbrada a las diatribas de mi hermana, pero sé que todo esto no va de pesadillas, ni de gusanos, ni de arañas. Esto va de hermanos que te ven rara y se van de la lengua por la cara. Miro a Alex, que agacha la cabeza y se rasca la nuca en un gesto que le hace parecer todavía más culpable.

—¿Podemos subirnos en la cama ya? —pregunta Amelia—. El suelo está frío.

—Frio que te cagas —dice Julieta para dejarlo todavía más claro.

Me río, porque estos tres son unos tarados, pero es que al mismo tiempo encuentran la fórmula para resultar adorables siempre. Alzo la colcha para dejar claro que la veda está abierta y no tardan ni dos segundos en saltar sobre mí y pelearse por el sitio del medio, porque los dos que queden a los extremos

sufren la posibilidad de acabar en el suelo, que no sería la primera vez.

Es cierto que, desde siempre, cuando alguno de nosotros tenía una pesadilla acababa despertando al resto para que durmiéramos juntos. Siempre nos decían que, al ser cuatrillizos, teníamos que tener un vínculo especial, pero la verdad es que ninguno de nosotros notó nada fuera de lo normal. Creo que nuestro vínculo es igual de fuerte que el de cualquier par de hermanos. Si Alex se ha dado cuenta de que algo pasa conmigo es porque lleva mosqueado varios días y me habrá visto la cara un poco descompuesta, no porque haya algún lazo mágico que nos una, aunque Amelia esté convencida de que sí.

—Que se jodan los gusanos —dice Alex cuando por fin nos acoplamos.

Le ha tocado estar en un extremo porque el lugar del centro lo ha ganado Amelia, así que al otro lado está Julieta.

—Que se jodan bien jodidos —contesta ella riéndose.

—Eso, que les den —agrega Amelia.

—¿Por qué no dices tacos como nosotros? —pregunta Alex—. Nos haces quedar como el culo.

—No hay que ser tan vulgar para dejar clara una postura.

—Ni hi qui sir tin vilgir piri dijir cliri ini pistiri —dice Julieta con voz aññada riéndose de ella, lo que le vale una patada de Amelia, que es muy dulce, pero da unas patadas que alucinas.

—Vamos a dormir, por favor —digo en tono serio, aunque es inevitable que se me salga una sonrisa—. Ha sido una noche muy larga.

Todos se quedan en silencio y yo cierro los ojos, pensando que en el fondo soy muy afortunada de tenerles en mi vida. Al menos lo pienso hasta que Alex abre la boca.

—Sabes que pase lo que pase, puedes contárnoslo.

—No querrá —dice Julieta de inmediato—. Ella no confía en nosotros.

Por un momento pienso que Amelia me defenderá, como siempre, pero en esta ocasión guarda silencio y, aunque lo disimule bien, eso se me clava en el corazón, porque parecen... heridos.

Hasta ahora he pensado que se metían conmigo por mi frialdad, pero no les afectaba en lo más mínimo, pero hoy, después de ver que mi hermana Julieta es capaz de salir de la cama, coger el coche y conducir en pijama hasta venir a casa solo para dormir conmigo, y que mi hermano Alex es capaz de avisarlas intuyendo que algo pasa, pienso si no me habré pasado de lista al quitarles el derecho de conocerme al cien por cien. O no, conocerme me conocen, porque saben que me guardo mucho, pero no conocen qué es lo que guardo con tanto celo.

Al final, siento que los diques que me tienen contenida desde hace casi treinta años se resquebrajan y, antes de poder darme cuenta, estoy temblando, sollozando y cerrando los ojos con fuerza, porque no quiero verles, pero sí que ellos vean que no, no estoy bien, y que les necesito, pero no sé cómo abrir el camino para que lleguen hasta mí.

—No llores, Esme, que lloro yo —dice Amelia con la voz ya tomada, y cuando la escucho sorber sé que ha arrancado.

Abro los ojos intentando controlarme para consolarla, pero entonces veo que Julieta también llora y hasta Alex se ha emocionado. Tienen casi treinta años, pero están asustados viendo que me vengo abajo, que me rompo y no sé hacer más para ser feliz o llegar a una decisión que es vital en mi vida. Esto es lo que menos quería yo en la vida; hacerles partícipes de mi sufrimiento.

Y luego, por otro lado, está la calma que lo inunda todo al darme cuenta de que yo no tenía ningún derecho a negarles esta visión. La felicidad, aunque suene mal, al saber que sufren conmigo, porque me quieren y no quieren verme mal. El alivio de tener la certeza, ahora sí, de que yo soy una más para ellos y de que puede que no tengamos un lazo mágico, pero durante nueve meses compartimos el cuerpo y el sonido de los latidos del corazón de mi madre y eso por fuerza una.

Puede que yo sea la fría, la mujer de hielo y la que nunca se viene abajo para la gente de la calle, pero ha llegado la hora de dejar de serlo para la gente que siempre está ahí, hasta cuando yo me retraigo

y me niego a dejarles entrar.

—Mi vida se ha ido a la mierda —sollozo entre hipidos mientras ellos me miran muy serios.

—Dejad de llorar —Dice Alex muy enfadado—. O dejáis de llorar, o me pongo a dar pellizcos. ¿No veis que si lloráis vosotras ella llora más y a mí me jodéis vivo?

Julieta le suelta una pedorreta, Amelia otra patada y a mí se me sale la risa, porque esto, en realidad, es un poco surrealista.

—Hay algo que quiero contaros —les digo al cabo de unos segundos—. Algo importante para mí. Algo que me está consumiendo y no quiero guardarme más.

Ellos me miran con una mezcla de miedo y sorpresa que me llega al corazón. Miedo, porque no están acostumbrados a verme así. Sorpresa, porque estoy segura de que nunca pensaron que llegaría a confiar en ellos.

Y no es fácil, y me cuesta, pero a veces una tiene que hacer lo correcto. Y lo correcto ahora es confiar de una vez por todas en estos tres idiotas a los que quiero más que a mi propia vida.

Todavía no he conseguido empezar a hablar, pero lo haré. Sé que tengo que hacerlo. Mis hermanos me miran expectantes, con toda probabilidad están haciendo mil cábalas para intentar comprender qué puede tenerme tan mal. O a lo mejor solo intentan asimilar que estoy llorando, porque eso ya es mucho para ellos.

Frunzo el ceño y me regaño a mí misma. No debería pensar de ellos así: son fuertes, han podido con muchas cosas a lo largo de sus vidas y van a poder con esto. Además, si sufren o no, ya da lo mismo, porque no puedo guardarme esto más tiempo.

—No sé bien por dónde empezar —digo con la voz tomada acomodándome sobre el cabecero.

Julieta y Amelia se han sentado en los pies de la cama, con las piernas cruzadas y la mirada más viva que nunca. Alex, por su lado, se ha quedado a mi lado, sujetando mi mano y apretándola cada vez que mi pecho tiembla.

—¿Es por un chico? —pregunta Amelia—. Si es por un chico, seguro que Alex le da una paliza.

Sonrío y niego con la cabeza al tiempo que mi hermano asiente con vigor. Me giro y acaricio su mejilla con cariño.

—No hará falta. No es por un chico. O sí, pero eso solo es la guinda del pastel. —Tomo aire y lo suelto de golpe, porque por más que pienso, no encuentro las palabras exactas para hacerlo de otra forma—. Me he inseminado tres veces para ser madre, y ninguna de ellas lo he conseguido. Soy fértil, pero por alguna estúpida razón no me quedo embarazada. He gastado mis ahorros y mi parte del premio de la yincana que ganamos en medicamentos e inseminaciones y no han servido de nada. —La voz me tiembla y miro a mis manos, porque no quiero ver sus caras ahora—. Nadie sabía nada de esto, excepto Eli, que al ser matrona me ha ayudado a entender ciertas cosas, sobre todo a nivel psicológico. Hasta el día de la barbacoa que hicimos para el cumpleaños de Nate no tenía dinero, ni esperanzas casi, porque la desazón me está pudiendo y...

Me muerdo los labios para que mi voz deje de romperse y me limpio las lágrimas que siguen cayendo, de forma más lenta ahora, pero sin detenerse.

—¿Has...? —Julieta parece sin habla, lo que es como un milagro—. ¿Has pasado por todo eso sola?

—Tenía a Eli.

—Y a nosotros —dice frunciendo el ceño—. ¿En qué momento pensaste que no íbamos a entenderte o apoyarte?

—No es eso. —Pero conforme lo digo me doy cuenta de que sí, en parte es eso.

Pensé que intentarían convencerme de hacer las cosas de la manera correcta. Pareja, noviazgo, boda, hijos. No me dio por imaginar que ellos me apoyarían sin más, y debería haberles dado más crédito, porque eso solo dice de mí que esta desconfianza que siento hacia casi todo el mundo acabará por volverme una amargada.

—Da igual —dice Alex interviniendo—. Lo importante es que ahora nos lo has contado y te vamos a ayudar, ¿me oyes? —Sujeta mi cara entre sus manos y me obliga a mirarle—. ¿Me oyes, Ojos verdes? No vas a volver a pasar por eso sola. Si quieres ser madre por ese medio, te ayudaremos a pagarte otra inseminación y estaremos cuidando de ti para que esta vez funcione.

—Claro que sí —interviene Amelia—. Nos ocuparemos de hacer tu parte en casa. Tú solo tendrás que estar en el sofá reposando para que la cosa cuaje.

—Haremos un bote. Diego y yo tenemos ahorrado un poco porque queríamos hacer un viaje con Chuki en algún momento, pero lo aplazaremos encantados de la vida si es por algo así.

—No, no —digo negando con la cabeza—. No hace falta. Si el caso es que... que la historia no acaba ahí.

Ellos me miran en silencio otra vez y yo intento no dudar. Les cuento todo lo ocurrido desde la barbacoa con tantos detalles que, a veces, hasta me ruborizo. Bueno, no les digo que el corazón se me acelera al punto de amenazar con salirse por mi boca cuando Nate me habla de orgasmos, casas de vallas blancas y sexo en la ducha, entre otras cosas, pero creo que eso lo intuyen sin necesidad de detalles. Cuando acabo todos sonrían, hasta Alex.

—Ay, qué ganas tenía de que se lanzara por fin —dice Julieta—. ¡Nate es tan perfecto para ti! Y ahora que tendréis un bebé seréis una familia perfecta y...

—No. —Niego con la cabeza y sollozo otra vez, porque sé que van a echarme la bronca cuando sepan lo que viene ahora—. Le he dicho que no, y que está utilizando el chantaje para tener sexo conmigo.

—¿Pero que...? —Amelia frunce el ceño y luego niega con la cabeza con vehemencia—. ¡Nate jamás haría eso! Está loco por ti, Esme, lo único que quiere es que le des la oportunidad de demostrarte cómo seríais juntos. No creo que él te haya propuesto hacerlo de forma natural solo para acostarse contigo.

—Yo tampoco —dice Alex—. Y mira que yo he llegado a inventarme barbaridades para abrir unas piernas, pero jamás diría algo así, ni me echaría encima el marrón de tener un hijo solo por un polvo, Esme. Es demasiado retorcido y Nate es nuestro amigo.

—Lo sé... —Suspiro y me froto los ojos—. Sobre todo, porque cuando se lo dije me ofreció el dinero para otra inseminación.

—¿Qué? —pregunta Julieta—. Este tío es tonto, de verdad.

—No, no lo es —digo riéndome un poco—. Es maravilloso. —El labio me tiembla y vuelvo a llorar otra vez—. Es tan maravilloso que sé que si me acuesto con él acabaré jodiéndolo todo y haciéndole daño, porque yo no sé hacer funcionar una relación. Soy demasiado desconfiada, demasiado fría, demasiado arisca y...

—Espera, espera, espera —me corta Amelia—. ¿Todo esto es porque crees que él se cansará de todos tus muros? —Asiento y ella eleva las cejas, sorprendida—. Lleva dos años aguantando tus borderías, puyas e idas de olla, que las tienes, aunque sea a tu estilo. ¿Te crees que cualquiera es capaz de estar así dos jodidos años? Por Dios, si hasta yo he tenido ganas de mandarte a la mierda alguna vez y el pobre lo único que hace es sonreír y dejarlo correr. Si alguien puede entenderte como hombre y pareja, ese es Nate.

—Hazle caso —dice Julieta—. ¿No ves que ha dicho hasta tacos? Y eso en Amelia es muy raro. Además, que Nate pierde el culo contigo. Si el pobre ya no sabe lo que hacer para conseguir que le des una oportunidad.

—Y luego está el hecho de que te ofrezca el dinero para la inseminación —dice Alex para rematar—. Si de verdad fuera un cabrón, no te daría más opciones. Está exponiéndose a lo peor que puede pasarle a un hombre, y es que la tía de la que te enamoras se vaya con otro que ni siquiera existe, porque ese semen vete tú a saber de quién es, si te vas a una clínica. Y para rematar tienes que pensar en la posibilidad de que tu hijo tenga un padre. Sé que te da miedo, que prefieres una custodia solo para ti, porque así lo haces todo a tu manera, pero es que las cosas no son así, y la crianza de un hijo es muy difícil, Esmeralda.

—Que me lo digan a mí, con lo que estoy pasando con Marco, y eso que ya lo he encontrado criado —dice Julieta—. Mira, Tempanito, nosotros crecimos sin madre y aquí estamos: sanos, fuertes y tarados, pero no tanto como para acabar encerrados. No te digo que lo vayas a hacer mal tú sola, pero sí que sería más fácil con Nate. El bebé tendría un padre y tú alguien a quien le importarían todos los problemas relacionados con un hijo tanto como a ti. Compartir las alegrías no te apetece, pero te aseguro que

compartir los malos momentos te hará sentir muy agradecida.

—Y que tienes pediatra gratis. —Amelia se encoge de hombros y sonrío—. Que parece que no, pero es otra ventaja.

—O sea, que vosotros lo tenéis claro... —les digo.

—Sí, creo que sí —responde Alex—, pero eres tú la que tiene que pensar en lo que quiere y necesita. Nosotros vamos a estar aquí decididas lo que decididas.

Las chicas asienten y yo me quedo en silencio pensando en nuestra conversación. Pasado un rato, en vez de dormir, mis hermanos se ponen de acuerdo sin palabras y empiezan a recordarme todos los momentos en los que Nate se ha comportado conmigo como un caballero y yo como una arpía. Lo hacen riéndose, no para que me sienta mal. Y la verdad es que lo agradezco, porque me sirve para ver de sopetón hasta qué punto le he tratado de manera reprobable a veces. Y ahí seguía y sigue él, fuerte como una roca, sin inmutarse y sin dejarse avasallar.

Y lo peor es que cuando pienso en pasar la vida a su lado... ni siquiera suena mal, más bien al contrario. No puedo negar que tenemos una química bestial. Él dice estar enamorado de mí y yo... yo tengo miedo hasta de imaginar un beso suyo, por si no me recupero en la vida de lo que me provoque.

Además, con él puedo ser yo. La yo más salvaje, la más fría, la más antipática y la que lo mira por encima del hombro, aunque no lleve tacones y él me saque una cabeza. Puedo ser una perra y, aun así, sonrío y me mira como si fuera preciosa y perfecta, y yo me desarmo. Y no me gusta. No me gusta porque me hace sentir frágil, débil, pequeña y porque cuando hace eso, yo quiero abrazarlo, pegar mi nariz a su pecho y esperar que el olor a cítricos llegue, porque Nate siempre huele a algo especial. Algo como limones del Caribe y él, que da como resultado el mejor olor del mundo.

Tal vez debería dejar de ser una cobarde, decírselo y afrontar lo que venga. Y si nos espera una vida juntos, bien. Y si nos espera un calvario, pero acabamos juntos, bien. Y si nos esperan caminos separados bien también, porque tendré un puñal sangrando dentro, pero empiezo a pensar que la sensación no será muy distinta de la que tengo ahora.

Todo esto lo pienso ahora que es de noche, yo estoy en mi cama, a salvo y segura, y él en la suya, durmiendo o pensando en mí, o en nuestro hijo, o en mi hijo nada más, porque si me insemino, solo será mío.

Inseminarme... Solo pensar en la palabra hace que el cuerpo me pida un suspiro. Ya no parece la mejor idea del mundo, ni tiene tantas caras bonitas como yo le pinté. Ahora parece una cabezonería; un no querer dar mi brazo a torcer y no decirle a Nate y al resto que tenían razón, que lo mejor era hacerlo con él y la idea ni siquiera fue mía.

Pienso en cómo me he puesto cuando me lo ha dicho. Me he enfadado, me he sentido indignada y herida en mi orgullo, pero no por él, sino por mí. Por este deseo que ha estado toda la noche en la boca de mi estómago, queriendo dejar de lado esta máscara que no me trae más que problemas y decirle que sí, que quiero un hijo suyo, que podíamos empezar esta misma noche porque ya no aguanto más imaginar cómo será su cuerpo desnudo.

Que hace casi un año que lo vi en bañador y casi hago cruces en el calendario para que el calor llegue y me deje contemplarle de nuevo.

Así de mal y bien estoy.

—¿Qué vas a hacer?

Miro a mi lado, a Alex, mientras nuestras hermanas nos observan expectantes.

—No lo sé, pero necesito esta noche para pensarlo.

—Tu piensa —dice Amelia tumbándose en su sitio de nuevo mientras Julieta la imita—. Nosotros nos quedamos aquí, protegiéndote para que puedas darle tantas vueltas como quieras sin sentirte sola.

Alex y Julieta asienten con solemnidad y es esta última la que pasa un brazo por mi barriga y deja la mano ahí, como si ya hubiera algo. El gesto se me empieza a atragantar, y cuando Amelia y Alex se unen

no puedo más que enlazar mis dedos con los de ellos y pensar en la suerte que tiene mi futuro bebé por tener a estos tres para brindarle apoyo, protección y consuelo durante toda su vida.

La noche es larga, mis hermanos consiguen dormir, pero yo creo que solo lo hago un par de ratos. En total, si he dormido tres horas, ya ha sido mucho. Menos mal que es sábado y no tengo que trabajar, porque hoy hasta las moscas del despacho sabrían que me pasa algo por la cara que tengo.

Miro mi móvil para ver si Nate me ha escrito, pero solo son las ocho así que no me sorprende no encontrar nada. Además, él dejó bien claro que desde ahora todo recae en mí.

He pensado mucho, quizá demasiado y cuando entro en el baño y me miro en el espejo me encuentro con un montón de ojeras y una idea clara.

—Voy a tener un hijo con Nathaniel Morgan.

Decirlo en voz alta, aunque haya sido entre susurros y para mí misma me ha provocado tal temblor de piernas que he tenido que sentarme en el váter. Estoy mareada, tengo ganas de vomitar y sé que mi cara está blanca como el papel, pero, aun así, elijo tener un hijo con él.

En cuanto a lo de estar juntos... No. Eso no. O sí. No lo sé. De momento, lo único que sé es que quiero que mi hijo tenga un padre, y que ese padre sea él, porque estoy convencida de que lo adorará hasta límites infinitos. Si tengo que pasar por una custodia compartida, bienvenida sea, porque solo servirá para que nuestro fruto sepa que le queremos en la misma medida los dos.

Si, por el contrario, en algún momento consigo romper estas barreras que aún se alzan, aunque yo no quiera, quizá podamos darnos una oportunidad... A lo mejor, después de todo, podemos estar juntos. Pero yo antes necesito hacer esto como mujer y madre. No puedo empezar a mezclarlo todo ya porque entonces acabaré agobiada antes de empezar.

Bajo a la cocina, me hago una taza bien grande de café y salgo al jardín trasero con mi móvil en la mano. Mi padre y Sara estarán a punto de bajar y mis hermanos irán resucitando en algún momento, así que tengo que aprovechar a base de bien estos momentos.

Podría ponerme a darle vueltas a lo mismo otra vez, pero en vez de eso, llamo por teléfono a Eli e insisto un par de veces, hasta que lo coge y le cuento de carrerilla y casi sin respirar todo lo acontecido desde ayer. Al final le lanzo mi decisión y sé que sueno firme, aunque por dentro tengo dudas, por si ella piensa que es una locura.

Después de todo, mis hermanos conocen a Nate, le quieren y les cuesta más ser objetivos, pero ella es mi amiga, una mujer madura y, además, madre soltera. Va a decirme la verdad de lo que piensa de esto, y a lo mejor no le gusta que haya llegado a esta conclusión y...

—Creo que es lo mejor que puedes hacer —dice.

Sonríe. No la veo, pero sé que sonríe y me imagino sus ojos azules empequeñeciéndose con ese gesto.

—¿Sí?

—Ya te lo dije, Esmé, la decisión siempre será tuya, pero contar con el apoyo de un hombre, de un padre, que además es buena persona y está loco por ti, es mucho más sencillo.

—A mí me parece lo más complicado que he hecho en mi vida.

—Bueno, el amor es difícil...

—Esto no se trata de amor —digo—. Se trata de ser padres.

—En algún momento tendrás que asumir lo que sientes por él.

—Sí, puede, pero de momento con asumir que vamos a acostarnos y tener un hijo juntos, me vale.

Eli se ríe y oigo a Óscar de fondo, dándole los buenos días y pidiendo cereales de chocolate para desayunar.

—Tienes razón, eso ya es un gran paso. ¿Cuándo se lo dirás a él?

—Hoy, supongo... O mañana. Quizá debería meditarlo más tiempo y...

—Déjate de chorradas, Esmeralda. Llama a ese pobre hombre y dile que quieres meterte en su cama y quedarte preñada. Creo que eres de las pocas afortunadas que podrá decir esa frase a alguien que no es más que un amigo sin que éste salga corriendo.

Me río y le doy la razón, aunque con la boca pequeña. Colgamos, porque el pequeño chef ha decidido que puede prepararse él solito el desayuno y ha derramado la leche, y me siento en los escalones que dan al césped con una sonrisa que no sabría interpretar. Nerviosa. Sincera. Expectante. Ilusionada. Temerosa. ¿Enamorada...?

Me pinzo el labio inferior y me obligo a dejar de pensar en ello. Lo que hago, por el contrario, es coger el móvil y buscar en mi carpeta de Pinterest alguna de esas palabras que tengo guardadas y que tan bien me van en nuestro juego. La encuentro rápido, porque la he mirado y leído muchas veces, así que descargo la imagen y la adjunto en un whatsapp para Nate.

Esme: Pistantrofobia.

La envío sin pensar más y me quedo pensando en el significado: «*Miedo a confiar en las personas debido a experiencias negativas del pasado*».

Sé que él no es como los demás, igual que sé que este mensaje le hará darse cuenta de que esta vez no voy a necesitar un mes para pensar en ello.

Dos minutos después recibo un mensaje suyo que hace que me lleve la mano al pecho, intentando sostener desde fuera mi corazón para que no se altere tanto, aunque sea imposible.

Una palabra, solo una palabra.

Nate: Sempiterno.

Sé muy bien lo que significa, y por esos mis ojos se llenan de lágrimas contenidas, pero aun así abro el navegador y escribo la palabra para leer la definición.

«*Que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin*».

Le contesto antes de limpiarme las mejillas, porque no puedo esperar tanto.

Esme: Necesito verte.

Su respuesta es inmediata.

Nate: Voy a por ti.

Eso es todo lo que necesita para que yo salte tan rápido de mi sitio que el café se derrame. Doy un sorbo, me quemo, pero no me importa. Entro en casa, dejo la taza en la mesa y subo las escaleras a toda prisa. En mi cama, mis hermanos siguen sin resucitar, pero ni siquiera me importa hacer ruido al abrir el armario y buscar a la desesperada algo que ponerme. Elijo un vaquero y un jersey fino, porque los días ya son cálidos. Me meto en el baño para darme una ducha y maquillarme. Necesito tapar estas pecas, mis ojeras y hacer que mi cara vuelva a tener color, aunque sea a base de ponerme kilos de colorete.

Necesito, necesito...

Mierda, necesito calmarme. Todo va a ir bien, es Nate, solo es Nate.

Respiro, o lo intento. Me meto en la ducha y procuro que mi estado de nervios no acabe en infarto antes de poder verle.

Cuando bajo las escaleras, solo media hora después, me encuentro con mis hermanos sentados en el sofá, con tazas de café, los ojos hinchados y una sonrisita escrutadora dedicada a Nate, que ya está aquí. ¡Ya está aquí! ¿Cómo demonios ha conseguido vestirse y venir en solo media hora? Y encima está guapísimo, el condenado. Lleva un pantalón chino negro, una camisa de cuadros y un brillo en la mirada que me pone más nerviosa aún.

—Cariño, mira, ha venido Nate a desayunar.

Miro a mi padre y a Sara, que me sonrían, como si todo fuera normal, como siempre. Sé incluso que están esperando mi puya para él, pero a mí solo me sale acercarme y sonreírle de manera tímida.

—En realidad, papá, nosotros desayunamos fuera.

Mi padre mira a Nate, luego a mí, y cuando un «Oh» se forma en su cara mira a Sara y nos señala.

—¿Tú sabías algo?

—No amor.

—Pues yo quiero una explicación.

—Pues tendrá que esperar, porque yo quiero que me ayudes con el coche —dice Alex echándome una mano.

—Y yo que me ayudes con la lista de la compra —sigue Amelia.

—Y yo quiero... una cerveza. ¿Me la traes, porfi?

—¡No vas a beber cerveza a estas horas de la mañana! —le grita mi padre a Julieta.

Me río un poco, porque sé que al final ella es la que ha conseguido desviar su atención de nosotros, y hago una señal a Nate para que salgamos de casa de una vez.

En cuanto la puerta se cierra a nuestras espaldas me pinzo el labio con los dientes y deseo con todas mis fuerzas que esto salga bien.

Está guapísimo. No puedo dejar de pensarlo porque él parece embellecer más con el paso de los malditos minutos. ¿Cómo es posible? Yo no dejo de desear poder mirarme en un espejo para cerciorarme de que mi maquillaje sigue en su sitio.

Entramos en su coche, pone la radio y arranca el motor con suavidad. Lo miro a conciencia preguntándome cuándo llegará el momento de soltar mi decisión. Sé que él también está expectante, pero este no me parece el mejor sitio para hablarlo, así que dejo que conduzca con tranquilidad y decido iniciar una conversación trivial.

—¿Cómo has conseguido llegar tan rápido?

Nate sonrío y se encoge de hombros con naturalidad.

—Estaba desayunando y leyendo el periódico cuando me mandaste el mensaje.

—¿Vestido?

Él eleva una ceja y me mira de soslayo mientras una sonrisa egocéntrica se forma en su cara. Pongo los ojos en blanco, aunque no me vea y procuro no sonreír para no subirle más el ego.

—Vestido, sí. Intento no pasear desnudo por casa. Más que nada porque vivo con tu hermana, mi mejor amigo y Chuki.

—Marco mejora por días.

—Sí, pero vivir con él no es el paraíso todavía, la verdad. —Suspira y se frota la nuca con vigor en un gesto que se me antoja de lo más masculino, lo que solo demuestra que tengo un grave problema de obsesión con este hombre—. Claro que, al menos, ya no trae mujeres a casa.

—Dirás chicas.

—No, digo mujeres. Mujeres que le pueden sacar quince años con tranquilidad.

Me sorprende un poco, porque Julieta no me ha dicho nada de la edad de las mujeres con las que sale Marco. Solo sé que le caen mal todas.

—¿Lo has visto alguna vez con mujeres de mi edad? Aparte de aquella que encontraste en casa cuando Diego y Julieta fueron a Italia —pregunto con curiosidad.

—No, no las he visto, pero sé que vienen a casa y tiene una buena vida sexual, aunque preferiría vivir en la inopia.

—Mmmm. Quizá debería dejarle claro que no tiene posibilidades conmigo, por más que lo intente.

—No, quizá no. Deberías —contesta en tono seco.

No sé si es porque imaginarlo le pone celoso, o porque no quiere que me acerque al chico, pero en cualquier caso le replico de mal humor.

—No me des órdenes.

—No podría ni aunque quisiera, pero de todas formas deberías dejarle claro que no tiene ninguna posibilidad contigo.

Me quedo en silencio unos segundos, pensando que sí, esto parecen celos, y por alguna extraña razón me siento tentada de provocarlo un poco.

—Una lástima que no tenga unos añitos más, porque es guapísimo.

Nate frunce el ceño y yo hago verdaderos esfuerzos para no sonreír, pero no me sale y él se da cuenta, así que acaba riéndose entre dientes.

—No sabía que eres de las que disfruta poniendo celoso a un hombre.

—Y no lo hago.

—¿Y qué ha sido esa insinuación?

—No ha sido ninguna insinuación. Marco es muy guapo y si fuera mayor seguro que le miraría con otros ojos.

—¡Pero si está escuálido! —contesta riéndose—. Y no será porque no come, porque arrasa con lo que pillas en casa y en el restaurante.

—De escuálido nada, que para la edad que tiene está bastante fuerte, aunque sea delgado. Además, es muy alto.

—Esta conversación se acaba aquí.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que resaltes más cualidades tuyas! —exclama de una manera muy teatrera, supongo que intentando disimular que en realidad sí le molesta que lo haga—. En cambio, puedes decir todo lo bueno que se te ocurra de mí.

Me quedo en silencio solo para provocarle, porque me gusta mucho esta vena suya. Por lo general Nate es como yo: seguro de sí mismo y con una autoestima bastante buena en lo que a su físico se refiere. Por eso, ver cómo me pide, aunque sea entre bromas que le alabe me sorprende. Al final, sonrío y le contesto con un halago bonito, pero no excesivo, porque tampoco quiero que piense cosas erróneas, como que intento seducirle o algo por el estilo. No es eso. Es... otra cosa.

—Tienes unas manos muy bonitas.

Él sonrío y me mira relajando los hombros.

—¿Solo las manos?

—No vayas de sobrado tampoco, Nathaniel.

—Deja de llamarme por mi nombre completo, Esmeralda, te lo advierto. No lo has hecho en dos años y no voy a permitir que empieces ahora.

—Lo siento, lo siento —digo riéndome—. No volverá a pasar.

—Mentira.

—Sí, la verdad es que es probable que pase. Me gusta demasiado pincharte. Además, la culpa es tuya por tenerlo en la placa de la consulta.

—Intenté librarme, te lo he dicho, pero los de arriba son firmes con eso.

—¿Y son firmes con otros temas?

Nate frunce el ceño y no me extraña, porque no tendrá ni idea de por dónde voy, pero yo sí la tengo. Patricia, la enfermera que conocí en su consulta y que se ha aparecido en mis pensamientos más veces de las que me gusta admitir. No entiendo por qué motivo, la verdad, porque la chica fue amable y simpática sin más, como con el resto de pacientes, pero hubo algo que no me gustó. Será mi ojo de abogada, que suele prejuzgar a la gente a veces. No digo que acierte siempre, pero sí más veces de las que me gustaría.

—¿Perdón?

—No, nada —rectifico—. Solo me preguntaba si son estrictos con las normas de la empresa.

—Bastante, sí —responde confuso—. ¿A dónde te apetece ir?

Agradezco el cambio de tema, porque mi mente ya es bastante confusa como para seguir por esos derroteros.

—Bueno, tú has desayunado, pero yo no he comido nada. ¿Te importa que paremos en algún sitio?

—Eso está hecho. ¿Te apetece algo especial?

—Me vale cualquier cosa.

—Entonces deja que te lleve a un sitio que me encanta.

Asiento y me quedo en silencio, mirando por la ventanilla y concentrándome en la carretera. En realidad, no sé si voy a ser capaz de comer algo, pero tengo que intentarlo. No puedo pasarme todo el día sin comer solo porque esté nerviosa.

Además, en algún sitio tendré que hablarle de mi decisión y el coche no me parece la opción más adecuada. No por falta de ganas, pero es que no sé cómo va a reaccionar y valoro mucho mi vida como

para acabar teniendo un accidente por culpa de los nervios de ambos.

Nate conduce en silencio y, si no fuera porque de vez en cuando sus dedos tamborilean en el volante, pensaría que está de lo más calmado.

Me fijo en su barba de apenas días y me doy cuenta de que Nate no es de esos hombres que necesiten una barba para ser más atractivos. Esto no es ninguna mentira; desde que la barba se empezó a llevar los hombres son mucho más atractivos, o será que a mí me gustan desde siempre, pero a él no le hace falta. Es guapo sin ella y lo que tiene ahora es poco más que una sombra. Puedo ver sus mejillas y me sorprende sentir el deseo repentino de pasar las yemas de mis dedos por ellas para averiguar si pincha o, por el contrario, es suave.

Me pinzo el labio porque eso no va a pasar y me recuerdo a mí misma que he decidido tener un hijo con él por el medio natural, que tendremos sexo, pero que eso no significa que nosotros vayamos a ser una pareja. De momento, no somos más que amigos intentando llegar a una meta. Una meta que necesita sexo para ser alcanzada, pero no es más que eso y él lo entenderá, estoy segura.

Salimos de la ciudad, me pregunto a dónde iremos y, por suerte, no tardo en averiguarlo, porque media hora después entramos en un barrio que no conozco más que de oídas. Nate aparca frente a una fachada de ladrillos rojos y me mira sonriendo.

—Ven, vamos. Siempre he querido traerte aquí.

Sonrío, pero lo cierto es que el sitio no parece demasiado bonito. Tampoco está destartalado. No es más que una fachada con dos candelabros de hierro forjado, uno a cada lado de la puerta.

Nate rodea el coche, agarra mi mano y procuro no comportarme como una idiota ante la sensación de tener sus dedos entrelazados con los míos.

Entramos y me encuentro con un recibidor pequeño, un mostrador al fondo de madera robusta y una chica rubia y menuda que nos sonrío como si nos conociera; como si fuéramos amigos. Miro a Nate y me doy cuenta de que él sonrío de la misma manera.

—¡Hola! —Ella sale de detrás del mostrador y se acerca para darle dos besos—. ¿Cómo estás? Hace semanas que no vienes.

—He estado ocupado. Lily, te presento a Esmeralda.

La chica repara en mí y por un momento me tenso, porque no sé cómo tomarme el hecho de que se conozcan. Tampoco sé cómo tomarme que yo nunca haya sido celosa y con Nate todo lo que tenga que ver con otras me moleste. Además, que, si quiere, puede estar con ella, porque nosotros no somos nada...

Bueno, no, eso no es así. Podrá estar con la que quiera cuando hayamos conseguido concebir, porque yo no voy a permitir que se esté acostando con otras al mismo tiempo que conmigo, por el motivo que sea, y ese tema tendrá que quedar claro, pero por el momento me centro en su mano, que aprieta la mía y en Lily, que me sonrío con amabilidad.

—Encantada.

—Igualmente —contesto con una sonrisa profesional.

—¿Está mi sitio favorito libre? —le pregunta Nate.

—Creo que sí, pero han entrado un par de parejas, así que no sabría decirte.

Nate asiente, charla con ella un poco más y luego, por fin, abre la puerta que da a... ¿Una escalera?

—¿Adónde me has traído? —le pregunto a Nate mientras él sonrío y tira de mi mano.

—A un rincón donde la magia aún existe. —Mi mirada escéptica le hace sonreír aún más—. Vas a tener que confiar en mí. Si no te gusta, la próxima vez eliges tú el sitio.

No contesto porque estoy demasiado centrada en la barandilla de hierro forjado. Sus barrotes se curvan y hacen dibujos extravagantes que se enlazan formando un diseño perfecto. Es raro, pero bonito, y cuando llego abajo me doy cuenta de que solo es la punta del iceberg.

Me quedo parada en el sitio mientras Nate suelta mi mano y posa la suya en mi cintura, pegándome a su costado.

—¿Te gusta? —pregunta entre susurros.

—Es un bosque... —murmuro antes de mirarlo sonriendo—. ¿Un bosque en un edificio?

Nate sonrío y besa mi frente con una lentitud que me eriza. Cuando nos despegamos vuelvo a fijar mi mirada en lo que tengo ante mí. Árboles de troncos gruesos ocupando la estancia mientras las raíces se entremezclan entre sí. Miro al techo y me doy cuenta de que está agujereado a conciencia para dejar paso a sus ramas. Me pregunto qué habrá arriba, pero al ver la escalera del fondo me doy cuenta de que el edificio entero debe formar parte de este extraño restaurante.

No hay mesas, pero sí maderas horizontales clavadas en los propios árboles. Al fondo hay una barra de madera con taburetes y camareros trabajando. De la parte de arriba cuelgan ramas de varios tipos de árboles y plantas que caen desde el techo.

Rocas sobresaliendo de las paredes, hadas de tamaño casi real en los rincones en diferentes poses y otras pequeñas colgando de los farolillos de hierro que han puesto en los árboles, dando al lugar una luz amarillenta y misteriosa. También hay algún duende, pero todo está tan lleno de naturaleza contrahecha y natural que intento adaptarme a lo que veo con rapidez y no perderme ningún detalle.

Esto es inmenso y... mágico. Parece una escena sacada de una película y me pregunto cómo llegaría Nate aquí, porque está claro que la clientela es exclusiva. No está anunciado en carteles, no he oído nunca hablar de este sitio porque me acordaría por lo singular que es. No hay cola en la puerta y ni siquiera tiene nombre, porque según me cuenta Nate cada quien lo llama como le apetece.

Le sigo hacia el fondo y me quedo maravillada cuando, en un lateral, pegada a la pared, veo una fuente con peces de colores y agua cayendo desde una cascada que emerge de la pared. Mediré un metro, pero ha conseguido que quiera ser más pequeña para poder entrar y darme un baño.

Llegamos, al fin, al fondo. Nate descorre una cortinilla de cuentas de madera y entramos en un espacio de aproximadamente dos metros de ancho, no más. Es estrecho porque está rodeado de árboles que se entrecruzan arriba formando un techo verde natural del que cuelgan mariposas contrahechas, farolillos y una hadita pequeña sonriendo y apuntando con su varita hacia el suelo, donde hay una manta, cojines esparcidos sobre ella y un tronco cortado con una altura de medio metro a modo de mesa. Y eso es todo.

—Es... perfecto —susurro mirando a Nate.

—Dame tu móvil. —Frunzo el ceño, pero obedezco. Él lo apaga, luego saca el suyo y hace lo mismo. Me los ofrece para que los guarde en mi bolso y cuando lo hago sonrío y acaricia mi mejilla—. Aquí no importa el móvil, ni la hora, ni el tiempo que pasa o se para, ni las tareas pendientes. Aquí solo importamos tú, yo y lo que queramos hacer de nosotros.

No me quejo, porque el lugar invita justo a hacer lo que él ha dicho, así que dejo el bolso a un lado y me siento en la manta mientras él hace lo mismo. Cuando le veo soltar los cordones de sus zapatos me pinzo el labio, porque no sé si eso es demasiado, pero como el experto es él intento que mi parte más seria no me gane la partida y le imito, descalzándome y cruzando las piernas justo cuando un chico entra y nos ofrece la carta de bebidas y comidas. No hace falta que nos deje a solas porque de inmediato decido lo que quiero. Pido un batido de fresa y un crepe de dulce de leche. Nate sonrío y pide un batido de vainilla.

—¿Dulce de leche? —pregunta cuando el camarero se ha ido—. ¿Nada de fruta?

—Me siento golosa.

Él me observa con un brillo que me pone nerviosa, pero le aguanto la mirada, obligándome a no bajar los ojos ante el reto que puedo ver en los suyos. Además, dado todo lo que va a pasar entre nosotros, esquivar esta química y tensión no sirve de nada. Ya no quiero luchar más contra ella, no quiero esconderme ni ponerme caretas que no van a servirme de nada ahora.

—Puedes ponerte tan golosa como quieras, nena. No voy a quejarme.

—¿Tú no quieres comer?

—No tengo mucha hambre, pero no me negaré si me ofreces un poco para probarlo.

Sonrío y asiento mientras él se mueve y se pone aún más cerca de mí.

—¿Cómo conociste este sitio?

—Me trajo una compañera del hospital hace un tiempo.

—¿Compañera?

—Sí, pero no es lo que piensas —dice sonriendo.

—¿Es la que estaba el otro día trabajando contigo? ¿Patricia?

—¿Cómo sabes su nombre?

—Tenía una placa en el uniforme.

Nate asiente con naturalidad, pero yo me tenso entera, porque de repente este sitio es pequeño, asfixiante y, además, no quiero estar aquí si él ya ha estado antes con una mujer.

—Sí, fue con Patricia. Vinimos, comimos chocolate y me habló de los problemas que tenía con su novio. La aconsejé, seguimos comiendo, nos tomamos un café, hablamos de pacientes y anécdotas del trabajo y volvimos cada uno a nuestra casa.

Nate sonrío, pero yo no, porque me da rabia que detecte con tanta facilidad mi molestia, así que decido revelarme un poquito.

—Tampoco me hacía falta tanta información.

—Sí, te hacía, y no pasa nada, porque si tú me dijeras que has venido a un sitio como este con algún tío que significó algo para ti me volvería un poco loco.

—¿Solo un poco? —pregunto elevando una ceja.

—Me volvería muy loco —admite sonriendo—. De todas formas, no estamos hablando de mí, sino de ti y esa vena celosa que estás sacando últimamente.

—Yo no estoy sacando ninguna vena.

—¿No? ¿Y que pasó en mi cumpleaños, cuando interrumpiste mi baile con Amelia?

—No habías bailado conmigo. Parecía que yo tuviera la lepra.

Nate se ríe y niega con la cabeza.

—Un día de estos vas a volverme loco de verdad.

No contesto y agradezco en silencio que el camarero entre con nuestros pedidos justo en este instante. Miro mi plato con hambre, porque tiene una pinta tremenda, y eso que el batido por sí solo ya llama la atención. Cuento de manera rápida las calorías que voy a meterme en el cuerpo y calculo las horas que tendré que correr mañana para quemar este extra. Nate coge mi tenedor, lo moja en la nata y me lo ofrece con naturalidad.

—Olvídate de las calorías. Mañana si quieres vamos a correr juntos...

Agradezco no estar bebiendo nada, porque me habría atragantado. Será que, desde hace días, la palabra «correr» en boca de Nate suena de todo menos decente. Seré muy infantil, o puede que él lo haga a conciencia para tentarme.

Abro la boca y acepto la nata que me ofrece antes de coger el tenedor de su mano y cortar un poco de crepe.

—Ten, te doy esto y luego, si quieres más, pides uno.

Nate ríe entre dientes, pero abre la boca y deja que le meta un trozo dentro. Y no sé si es la forma en la que cierra los labios alrededor del tenedor, o su mirada fija en la mía, o su mano rodeando mi muñeca, pero el caso es que mi pulso se acelera y él, que ha debido notararlo en sus dedos, sonrío pagado de sí mismo mientras yo pienso que voy a tenerlo complicado para salir de aquí sin sentir que se apodera de cada parte de mí sin siquiera tocarme.

—Casi tan delicioso como tú —responde después de tragar.

Le aguanto la mirada, sonrío un poco para no quedar como una niña inocente y ruborizada, pero luego clavo la vista en mi plato y pienso que así va a ser muy complicado limitarme a tener sexo sin

sentimientos con Nate.

Y lo peor es que no sé si eso me disgusta más que me alegra, o me alegra más que disgusta.

El crepe ya es cosa del pasado. Ha desaparecido en mi boca ante su mirada fija, que a veces me hace sentir incómoda y otras, excitada. Negarlo no tiene sentido, no soy una cobarde; no solía serlo al menos. Y el caso es que estar con él ahora es distinto. Ya no somos solo amigos, eso es una absurdez y no voy a obligarme a creer una mentira autoimpuesta. Pero entonces, ¿qué somos? Amantes tampoco, todavía no y, aunque vayamos a serlo, solo será puntual, con el único fin de procrear. Parece una tontería, pero se han firmado matrimonios con menos y eso da miedo.

Yo no soy así. No pretendo vivir entre el sí y el no, porque esto va a volverme loca. No soy una persona insegura, no soy partidaria de hacer locuras, ni de ser irresponsable o impulsiva, pero cuando él me mira solo puedo pensar en una fuga, en perdernos del mundo y que sea lo que tenga que ser. En huir de aquí, de Sin Mar, de mi familia, de nuestros amigos y hasta de mí; de la persona que soy con todos menos con él. Quiero coger mi esencia, ésta que aflora cuando estamos a solas y correr con él para que nada nos pueda alcanzar.

—Deja de mirarme así —dice con voz ronca.

Intento hablar, pero no puedo. Ni hablar, ni dejar de mirarle. Sé que estoy jugando con fuego, porque él ha empezado a desviar sus ojos de los míos a mi boca. Tenemos que hablar. Tengo que explicarle lo que he decidido, pero es que ahora no me salen las palabras, ni siquiera pienso en ello tanto como debería, porque tengo una meta que parece que se me olvida en cuanto me quedo a solas con él. Como si esto no fuera premeditado; como si pudiéramos disfrutar sin más, sin pensar en el futuro y sin saber cuándo vamos a acabar desnudos y entregados al sexo.

No será así en nuestro caso y, aunque no lo admitiré en voz alta nunca, me resulta triste. Nos regiremos por un calendario de ovulación que me indicará cuándo es el mejor momento para concebir; lo haremos en la postura más acertada para ayudar a la fecundación y luego él se retirará y yo me quedaré mirando al techo, con las piernas erguidas y estiradas, preguntándome si eso de verdad funciona y deseando tener un bebé, cuando quizá, en realidad, debería pensar que solo quiero otro orgasmo. A lo mejor ni siquiera tengo un orgasmo y... No, espera, es Nate, no va a permitir que me quede sin orgasmo. Puede que aún no me haya acostado con él, pero no lo necesito para saber que no saldré de la cama sin uno auestas.

—Esmeralda, joder...

Salgo de mi mente cuando la yema de su dedo índice acaricia mi mandíbula, que se aprieta de manera irremediable con su contacto, tensándose. Nate sonrío, como si hubiese esperado eso, pero no se retira y yo tampoco hago amago de alejarme.

—He decidido que sí —susurro entonces para intentar desviarle, pero solo consigo que sus ojos brillen y su mano entera toque la piel del lateral de mi cuello mientras las puntas de sus dedos rozan mi nuca.

—Lo sé —responde con una sonrisa dulce.

—¿Lo sabes? ¿Cómo...?

—Estás aquí —dice como si esa fuera la respuesta a todo—. Estás aquí, a solas conmigo, mirándome fijamente, intentando sacarte los miedos de encima, como si no fueran más que un jersey feo o que te pica. No eres una cobarde, pero de no haber querido seguir adelante, me lo habrías dicho nada más subir al coche.

—No tiene sentido.

—Lo tiene. Te resulta mucho más fácil darme desplantes que abrirte un poquito a mí. Por eso estás

callada, temblando un minuto y mirándome con deseo al siguiente. Ni siquiera tú sabes lo que quieres, pero sabes que quieres que sea conmigo.

—Eres un prepotente y...

—No —Nate se acerca en un rápido movimiento y apoya la frente en la mía—. Si fuera un prepotente no me habría pasado la noche cagado de miedo pensando en la posibilidad de que te negaras a intentarlo. No habría amanecido a las seis de la mañana harto de dar vueltas y no me habría sentado en la mesa de la cocina mirando el móvil fijamente y rezando para que me llamaras. Y soy un hombre de ciencias, Esmeralda, yo no rezo nunca.

Sonrío y cierro los ojos mientras él roza su nariz con la mía.

—Es una locura —consigo decir.

—Sí, lo sé.

Su aliento roza mis labios y me muerdo el inferior mientras mi mano sube y se agarra a su muñeca. Esta vez soy yo la que nota su pulso acelerado y no puedo evitar que algo parecido al orgullo pasee por mis venas, porque es una reacción que he provocado yo.

—Solo será para concebir. Luego compartiremos la custodia. No estaremos juntos. No podemos.

—Sí podemos, pero no voy a convencerte de todo el mismo día, ya lo irás viendo.

—No lo creo.

—Vale.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

—Nate.

—Voy a besarte. —Sus dedos masajean mi nuca y él suspira—. Voy a besarte porque no puedo esperar más. Retírate si quieres y no insistiré.

Me quedo inmóvil, no porque haya decidido que quiero, que sí, pero es que tampoco puedo reaccionar, porque Nate va a besarme y yo, de pronto, me doy cuenta de que lo deseo demasiado como para poder resistirme. Lo deseo más de las que podré reconocer nunca para mantener viva mi imagen de indiferente con él. Y va a pasar, ahora mismo va a pasar y no puedo pensar en otra cosa que no sea lo correcto que todo parece, y lo incorrecto que debería parecer.

Sus labios llegan a los míos y me parece sentir un calambre, por eso saco la lengua en un acto reflejo de refrescármelos. Nate lo interpreta como un avance y abre sus labios mientras su propia lengua acaricia los míos. Es real, intenso, decidido, pero sin avasallar. Es... No me salen las palabras para describirlo, y por eso sé que es perfecto.

Por un momento incluso pierdo la capacidad de razonar. Pierdo el norte de tal forma que no sabría asegurar si seguimos en este sitio tan mágico o estamos en su casa, en la mía, en el coche. ¿Qué más da? Sus labios están en los míos, su lengua baila con la mía y creo que he gemido en alto, porque Nate ha empujado mi cuerpo con suavidad y me ha tumbado en la manta mientras se apoya sobre mi cuerpo con delicadeza. Es pesado pero firme y, por un momento, mientras su boca devora la mía y sus manos se posan en el suelo, a ambos lados de mi cara para no aplastarme, deseo que se olvide de eso y lo haga. Que me cubra con su cuerpo y me haga sentir a salvo, no sé de qué. Que me dé la seguridad que, al parecer, pierdo cuando consigue bajar mis defensas. Quiero que me quite la ropa y entre en mí, no porque desee un bebé, sino porque le deseo. Le deseo tanto que mis pechos duelen y mi bajo vientre se alza buscando algún tipo de fricción.

Es cuando él gime en mi boca cuando despierto de esta especie de nebulosa que me mantiene alejada de la realidad. Estamos en un bar, joder, por muy bonito que sea, es un bar y ni siquiera hay puerta más allá de la cortinilla de cuentas de madera. Tengo intención de alejar a Nate de mi cuerpo, pero, como siempre, no hace falta porque él solo se arrodilla y se sienta en el extremo opuesto, lo que no es mucho, dado lo reducido del lugar. Alza las manos en señal de paz, abre la boca para decir algo, pero acaba

encogiendo las piernas y apoyando los codos en las rodillas, mientras su cara se entierra entre sus manos.

—Lo siento. De verdad lo siento.

—No has hecho nada malo —le digo, porque no me gusta que se sienta tan mal cuando ha sido tan... bueno.

—Lo siento, pero no por lo que piensas. —Me mira y le veo negar con la cabeza un poco y encogerse de hombros—. Lo siento por no sentirlo. Lo siento por no tener ni una pizca de remordimientos. Lo siento por estar deseando repetir, aunque no quieras.

—Yo no... No es que no quiera. —Suspiro y bebo un poco del resto de batido que me queda—. Es que tenemos mucho que hablar. Esto nuestro no va a ser así, Nate... Solo será sexo.

—Voy al baño. Ahora hablamos.

Se levanta y sale mientras yo me quedo aturdida, intentando pensar en lo que ha pasado, pero sin poder darle una explicación lógica. Un segundo nos mirábamos y al siguiente nos besábamos, o más bien nos comíamos sin que nos importara que el camarero pudiera pillarnos. Como dos adolescentes sin ningún control sobre sus actos. No es así como quiero que sea esto y él lo sabe, estoy segura. De hecho, es probable que por eso haya salido. Casi puedo imaginarlo en el baño echándose agua en el cuello y la cara e intentando enfriarse.

Cuando vuelve y veo sus cejas mojadas casi sonrío pagada de mí misma. El problema es que algo dentro de mí me reclama que haya acertado. Quizá porque en el fondo no quiero que él se frene, o que se aleje de mí.

Dios, soy tan complicada que no sé cómo demonios considera siquiera la idea de tener un hijo conmigo.

—Tenemos que hablar —le digo en tono firme, solo porque sentirme tan dubitativa me repulsa.

—Sí —dice él sin más—. Sí, hablemos.

—Respecto a mi decisión... lo haremos solo para procrear. Sé que ya te lo he dicho, pero creo que después de lo que ha pasado lo mejor es dejarlo claro. Yo no quiero tener una relación contigo, ni con nadie. Quiero concentrarme en conseguir ser madre y nada más.

—Lo sé —responde después de dar un sorbo a su batido—. Sé que ahora mismo crees que es imposible que podamos llegar a tener una relación, pero tú tienes que saber que yo estaré dispuesto a ir más allá siempre.

—No quiero que me agobies con eso.

—No lo haré. Me conoces y sabes que no intentaré amargarte la vida con este tema. Yo solo quiero que nos concentremos en tener un bebé ahora mismo. El resto ya se irá viendo.

—Es que no hay nada que ver.

—Vale. —Que me dé la razón, pero sonría de esa forma, tan pagado de sí mismo, me saca de mis casillas. Aun así, hago un enorme esfuerzo de contención y me concentro en el tema que nos ha traído aquí.

—Tengo una aplicación en el móvil que me informa de cuáles son mis días más fértiles. No es difícil de averiguar, de todas formas, porque yo misma detecto en mi cuerpo cuándo estoy ovulando, así que te avisaré y... bueno, ya sabes.

—¿Solo una vez?

—No. Lo haremos tantas como puedas en ese espacio de días.

—Puedo muchas, te lo aseguro. Y quiero todavía más.

—Entonces acabaremos por conocer bien el cuerpo del otro, supongo. —Nate sonrío y yo, aunque intente no hacerlo, acabo imitándolo—. Otra cosa. Esto es sexo. Solo sexo. Nada de romanticismo y nada de cargarnos nuestro objetivo perdiéndonos en detalles sin importancia.

Él eleva las cejas y una sonrisa segura se forma en sus labios. Esa misma sonrisa que siempre precede a una escena en la que acabaré contra las cuerdas.

—Por detalles sin importancia, te refieres, por ejemplo, a que no puedo comprarte flores. ¿Me equivoco?

—Exacto. No puedes.

—Y no puedo encender velas.

—Ni una.

—Nada de música romántica.

—Ni siquiera una canción.

—Y por supuesto, tengo terminantemente prohibido decir cosas románticas en tu oído mientras empujo dentro de ti.

Trago saliva y estiro el cuello, como si así mi postura fuese a detenerle de decir esas cosas cuando, en realidad, sé bien que pocas cosas detienen a Nate de decir lo que quiere.

—Eso queda descartado, sí.

—Pues tenemos un problema, porque hay mínimo dos cosas de todo eso que no pienso eliminar de mi lista de imprescindibles.

—Esto no se trata de que tú tengas imprescindibles. Aquí las normas las pongo yo.

Él sonrío, ladea la cabeza y niega con la cabeza.

—Lo siento, nena, pero no. Aquí los dos vamos a crear vida y los dos tenemos los mismos derechos. No quiero recordar la vez que engendré a mi hijo como si no fuera más que un polvo con una desconocida de la calle.

—Es lo mejor. Algo rápido, limpio y sin rodeos. Podremos repetir tantas veces como quieras.

—El problema es que yo prefiero follarte lento, sucio y dando todos los rodeos del mundo. —Me mira de arriba abajo y trago saliva, aunque de forma disimulada—. De hecho, se me ocurren así, a bote pronto, tres lugares de tu cuerpo en los que quiero dar muchos, muchos rodeos.

—Nathaniel...

—Esmeralda... —Él se echa hacia delante y puedo ver el brillo de determinación de sus ojos—. Esto va así: tú pones tus normas, yo las mías e intentamos por todos los medios llegar a un acuerdo favorable para los dos.

—¿Te das cuenta de que puedo cansarme de esto en cualquier momento y mandarte a la mierda?

—Por supuesto, eres libre. ¿Te das cuenta tú de que no vas a mangonearme solo porque tienes la certeza de que estoy profundamente enamorado de ti? De hecho, ¿te has parado a pensar alguna vez si esa idea me hace feliz? Porque te aseguro que no entraba en mis planes enamorarme, pero así están las cosas y soy lo bastante hombre como para asumir lo que siento y vivir con ello. Si tú no puedes hacerlo, no es mi problema, ni tengo por qué pagarlo.

Lo miro con la boca abierta, sin poder creerme que se haya puesto en ese plan. A ver, en realidad sí puedo creerlo porque él nunca ha sido de callarse nada. Es el típico tío que puede mandarte a la mierda de una forma tan educada que, cuando acaba, incluso te sientes tentada de darle las gracias.

Con todo, la certeza de que no le haga feliz estar enamorado de mí... duele. Es inexplicable, porque yo no quiero tener nada con él, y me siento como una egoísta al desear que no pueda vivir sin mí. Dios, soy tan mala persona...

—Yo no tengo nada que asumir. —digo con un hilo de voz.

Lo sé, es una defensa muy triste, pero es la única que se me ocurre ahora mismo.

Él sonrío sin despegar los labios, asiente una sola vez y suspira con cansancio, como si estuviera sacando toda la paciencia del mundo conmigo. Y no entiendo por qué. O bueno, quizá un poco sí, pero de todas formas pienso ponerlo difícil antes de ceder. Ya es una cuestión de orgullo.

—Nos dejaremos llevar por lo que surja y encenderé velas. Eliminamos las flores y la música.

Me lo pienso unos momentos y me imagino su cuarto lleno de velas. Que eliminemos la música está bien, porque además estando mi hermana, Diego y Marco por el piso prefiero no llamar demasiado la

atención. Es un buen trato, lo sé y tengo que aceptar, pero aun así tardo un poquito más de lo necesario, solo para que se ponga ansioso esperando mi respuesta. Y lo consigo, aunque casi no se nota porque Nate sabe bien cómo manejarse. Sin embargo, cuando asiento su sonrisa es tan grande que me siento mal por portarme así.

Lo peor de todo es que ni siquiera lo hago a conciencia. O sea, en el acto sí pienso en hacer estas cosas para sacarlo de quicio y ponerlo nervioso, pero luego, cuando lo pienso en frío, me doy cuenta de que no es lo que quiero. No quiero que él sufra pensando en mi amor, ni que espere por mí para siempre, ni que...

Mierda. ¿A quién pretendo engañar?

¡Sí quiero que me espere para siempre! Y reconocerlo me hace quedar como una pardilla, pero aun así lo deseo. Es más, deseo que no conozca nunca a una mujer de la que pueda enamorarse. Deseo que no tenga más hijos que éste que estamos buscando. Deseo que nunca pueda desengancharse de mí y que siempre le resbale esta mala leche innata que brota de mí a veces, porque eso es señal de que puede aguantar lo que sea a mi lado, aunque suene mal. Deseo que llegue el día de mi ovulación y, aunque en gran parte es por estar más cerca de mi meta, hay algo dentro de mí que se remueve ansioso cuando se imagina a Nate desnudo, sobre mí, o debajo, o detrás. ¿Qué más da? Solo quiero que gima en mi oído y pierda el control conmigo tanto como yo lo pierdo con él, aunque intente hacerle creer que no. Esa parte es la que me da más miedo, porque es la que puede meterme en un grave problema si la dejo ganar.

No puedo permitirme ceder ante esos deseos. Tengo que mantenerme fuerte y recordar que podemos tener un hijo como amigos, pero no podemos ser nada más, porque saldría mal, seguro. Si ya se lo pongo difícil como amiga, imagina cómo sería estar conmigo. Acabaría por convertirse en un infierno. Intentaría hacerme cambiar para que no me mostrara tan arisca a veces y yo no se lo permitiría. Sin contar con el hecho de que yo en la cama suelo resultar un fiasco. Mi estudiada contención no me permite disfrutar del todo del acto en sí y, aunque he alcanzado el orgasmo muchas veces con anteriores parejas, he sido consciente de que no he dado el cien por cien. Me he mostrado fría, levemente desinteresada y altanera en muchas ocasiones. Además, ellos no han tenido problemas en decírmelo, lo que me ha hecho sentir muy mal, aunque fuese verdad.

¿Cómo voy a querer todo eso con Nate? Es imposible. Lo último que quiero es que se aleje de mí, y si le doy una oportunidad como pareja, es lo que acabará pasando, así que me concentro en este pensamiento y me pongo a contarle la lista de posturas más favorables para la fecundación.

Además, aunque me duela pensarlo, estoy segura de que en cuanto él se dé cuenta de que el sexo conmigo no es nada del otro mundo, su amor menguará. Y eso es lo que quiero. Me duele, sí, pero aun así es lo que quiero y es lo mejor para los dos.

Nate

Seis horas, cuarenta y dos minutos y veinticuatro segundos. Ése es el tiempo que llevo con ella encerrado en este sitio. No sé si estoy más loco por contar el tiempo o porque estoy deseando que este día no acabe nunca.

Ella ha ido al baño y yo no dejo de pensar en nuestro beso, en cómo son sus ojos vistos a un centímetro de distancia. La he tenido pegada a mí, he mordido su boca, he enredado mi lengua en la suya y lo único en lo que podía pensar era que parecía poco. Con ella todo parece poco e insuficiente. Necesito una eternidad para empacharme de Esmeralda y tengo la sensación de que ni siquiera así lo conseguiría.

Es tan fría, tan estirada, tan rígida... pero tan vulnerable cuando consigo que pase de ese punto en el que olvida que tiene que mantenerse erguida como una reina de hielo ante mí, su pobre súbdito. No es que me dé méritos ni sea un egocéntrico que piense que solo yo logro eso, pero me gusta pensar que poca gente puede acercarse tanto como para ver todo lo que hay detrás de tanta pose. Poca gente puede conseguir romper a patadas esa barrera, o derribarla a besos, que también vale. Y entonces ella se derrite, gime en mi boca y se agarra a mí como si tuviera tan pocas ganas como yo de salir de aquí. Me desea, lo sé, pero también sé que va a ponérmelo difícil. No está acostumbrada a dejarse llevar y, además, no se siente cómoda sabiendo que la quiero, pero eso no me importa. Yo asumo mis sentimientos y con eso tengo bastante. No puedo intentar suavizar el efecto que eso tiene sobre ella; tendrá que asumirlo antes o después.

Cuando regresa trae el maquillaje retocado y sonrío un poco, porque ni siquiera me he dado cuenta de que llevaba con ella su pequeño bolso.

—Te has dejado un pelo fuera de sitio —le digo con algo de ironía.

Ella me mira elevando una ceja, se vuelve a descalzar y se sienta, lo que me hace sentir alivio, aunque no lo demuestre. Eso quiere decir que todavía no se ha agotado nuestro tiempo juntos, y es raro porque ya me ha dado todas las pautas con respecto a la creación de nuestro bebé.

Me ha contado las posturas que utilizaremos, todas mortalmente aburridas.

Me ha dicho más o menos qué días ovulará para que intente estar libre y cuando le he propuesto hacerlo en mi despacho me ha mirado mal, lo que me ha dado risa, porque, en realidad, una consulta de pediatra es un buen sitio para concebir. A ella no le ha hecho gracia mi teoría, pero me da igual.

Me ha dejado muy claro que todo será frío, impersonal y rápido.

También me ha dicho algo acerca del tiempo que tenemos que esperar entre polvo y polvo.

Ha seguido hablando, pero después de eso ya no he oído mucho más. No quiero ser insensible así que prefiero no decirle que no voy a acatar ninguna de esas mierdas. Lo haremos en sus días de ovulación, vale, pero no será ni en su cuarto, con sus hermanos al lado, ni en el mío, con Diego, Julieta y Marco al otro extremo del pasillo. Puede parecer que eso nos deja con pocas opciones, pero no es así. Ya tengo en mente algo, aunque a ella no se lo diré para que no se niegue en rotundo desde el primer momento. Con Esmeralda las cosas son así: o damos los pasos como ella quiere o empieza a caminar hacia atrás. Las explicaciones no le sirven de nada, así que no pienso darlas. Llegado el momento actuaré y que sea lo que tenga que ser.

Además, ella me conoce, sabe que no voy a permitir que las cosas sean así. No soy partidario de hacer siempre lo que yo quiero, pero tampoco de hacer lo que ella dicta. Puede que me sienta suyo por completo, que sea mi dueña, pero no me manda. No lo hará nunca y eso es lo genial de nosotros. A mí no

puede mangonearme, yo no le tengo miedo y eso, que tan mal le parece, es lo que nos salvará durante toda nuestra vida. Ella intentará avasallarme, yo no me dejaré, me iré al otro extremo y, al final, llegaremos a un acuerdo satisfactorio para los dos.

Sé que tiene miedo porque sus anteriores parejas la han acusado de ser fría, de no tener sentimientos y darle más valor al trabajo, pero esos inútiles no sabían lo que ella necesitaba. Gilipollas con el ego herido y cagados de miedo ante el reto que supone una mujer que no se achanta ante nadie. Que sabe lo que quiere y lucha por ello sin que nadie le diga cómo tiene que hacer las cosas. ¿Cómo no van a asustarse? Sentirse inferior es una putada, pero muchos «machos» sufren de más si encima se ven por debajo de una mujer. Sus relaciones estaban abocadas al fracaso, no porque ella sea decidida, fuerte, fría, cabezona y una trabajadora nata, no. Estaban abocadas al fracaso porque ellos eran los incorrectos. No puedes fiarte de una pareja que a la mínima de cambio te ataca para hacerte saber que el problema de la relación es tuyo.

Sé que ella no es perfecta, pero es así y si no la pueden aceptar el problema no es suyo, sino de ellos.

No me quejo, conste, sus pérdidas han resultado ser mis ganancias y ahora por fin tengo la oportunidad de conquistarla. Preferiría que no cargara con tanto escepticismo con respecto a nuestra relación, pero supongo que así el reto será más interesante.

Quizá lo que digo suena mal. A lo mejor está pareciendo que creo que tengo el poder de hacerla caer y no es eso. Sé que es difícil, mucho, además tengo miedo, pero no soy una persona que se deje dominar por ese sentimiento en particular.

El miedo no es algo malo. El miedo, bien manejado, es un impulso para hacer las cosas que parecen inalcanzables. En nombre del miedo se han ganado tantas batallas que son incontables. Además, si no tuviera miedo de luchar, de quererla, de tenerla, de perderla... entonces no la querría como se merece, ¿no?

—Estás muy pensativo —me dice devolviéndome al presente.

Sé que durante todo este tiempo la he mirado a los ojos casi sin pestañear, pero ella ni siquiera está ruborizada. Joder, es que es perfecta.

—Mirarte me corta el habla.

—Eso ha sido muy cursi.

—Puede, sí. —Sonríe y le guiña un ojo—. Pero también es la verdad.

—Quizá deberíamos irnos ya.

—Espera un poco. ¿Tienes algo que hacer? —Ella niega con la cabeza—. ¿Entonces?

—Ya lo hemos hablado todo.

—Sí, y ahora podemos disfrutar de nosotros y de este sitio sabiendo que las cartas están boca arriba.

Ella asiente, pero está tensa. Suspira y se apoya en uno de los árboles con cuidado mientras mira hacia arriba, a la pequeña hada que cuelga justo encima de nosotros, apuntándonos con su varita.

—¿Creíste alguna vez en hadas, duendes o seres del estilo? —pregunta de pronto.

—No. ¿Tú sí?

—Hubo un tiempo en que Amelia se empeñó en jurar que nuestro césped estaba lleno de duendes y hadas. Nunca la creí, pero ella llegó a llorar cuando mi padre cortaba el césped porque estaba convencida de que cometía una masacre. —Sonríe y puedo ver el amor que siente por su hermana, pese a lo distintas que son—. Siempre me reí de ella por creer en todo eso, pero ahora me arrepiento.

—¿Por qué? ¿Crees en eso ahora, Esme?

—No. —Se ríe y niega con la cabeza—. Qué va, pero ahora pienso que el que yo no lo creyera no me daba ningún derecho a reírme de ella. Quizá debería haberle dado más alas.

—Créeme, nena, Amelia no necesita más alas. Es probable que todavía crea en esas cosas.

—Creo que sí, aunque no lo confesaré jamás —contesta riéndose, aunque acto seguido se queda en

silencio y pensativa.

—¿Todo bien? —pregunto con suavidad.

Ella se encoge de hombros y sé que piensa si contarme lo que sea que ronde su cabeza o no, pero al final suspira, como dándose por vencida y habla.

—No quiero ser una madre fría —dice mirando el té que se pidió hace un rato—. Me da miedo no impulsar a nuestro hijo o hija a cumplir sus sueños solo por no entender sus gustos o su forma de ser.

Me muevo por la estancia y voy a su lado. La hago retirarse del árbol, apoyo yo la espalda y tiro de su brazo para que se siente entre mis piernas y apoye su espalda en mi pecho. Al principio se muestra reticente, pero cuando le sonrío con tranquilidad traga saliva y lo hace con movimientos bruscos, eso sí, como si fuera un mal necesario para tener esta conversación.

En cuanto apoya su cabeza en mi pecho giro la cara para rozar su sien con mis labios.

—Serás una gran madre. Te has criado con una niña un poco loca, otra más pendiente de sus fantasías que de la vida real y un chico que aprovechaba la mínima para cabrearte. ¿De verdad crees que no vas a poder con uno nuestro?

Paso las manos por su vientre y me sorprendo cuando sus dedos se enlazan con los míos y juntos apretamos la zona, abrazando su tripa, acariciando al bebé que todavía no existe.

—¿No tienes miedo, Nate? —pregunta en susurros.

La miro y me doy cuenta de que sus ojos se han cerrado. Preguntarlo le habrá costado un mundo, sobre todo porque sé que ella sí que está asustada y me está dejando verlo. Es un regalo tan grande que me siento incapaz de mentirle, aunque sea para infundirle confianza, así que digo la verdad esperando que lo valore tanto como yo.

—Estoy aterrorizado. —Ella abre los ojos y gira su cara para mirarme. Yo aprovecho para seguir hablando y mirándola de frente—. Y, aun así, estoy convencido de que lo haremos bien.

—No puedes estar convencido. A lo mejor estamos cometiendo el error más grande del mundo.

—El error más grande del mundo sería no hacerlo, Esme. Vamos a tener un bebé y vamos a hacerlo bien, ya verás. Confía en mí.

Por un momento pienso que va a decirme que no, que no confía en mí y que el hecho de prometérselo no es bastante, porque no está segura de poder hacerlo, pero para mi sorpresa ella asiente y cierra los ojos aspirando mi aroma y acariciando mi mejilla con las yemas de sus dedos.

Es en estos momentos cuando quiero zarandearla un poco y hacerle ver que me quiere. Es en estos segundos cuando deseo con fervor que todo salga bien y pueda admitir lo que siente por mí sin más impedimentos. Que entienda que nada juega en nuestra contra, y todo a favor.

Paciencia. Sé que tengo que tener paciencia y, por suerte, voy sobrado de ella, pero eso no quiere decir que esta noche, cuando esté en mi cama, probablemente masturbándome y pensando en ella, la eche de menos como si llevara siglos sin verla. Eso no quiere decir que una parte de mí no me arañe por dentro cada vez que ella camina hacia mí y luego se aleja.

Como era de esperar, el momento dura hasta que ella carraspea, abre los ojos y mira al frente, pero al menos no se separa, lo que ya es una victoria.

—¿Cómo será? —pregunta tan bajo que me cuesta oírlo y entenderla.

—Perfecto, o perfecta. Moreno o morena, y... ¿Sabes manejar un pelo rizado a lo afro? Porque es probable que lo tenga así. —Esme ríe y yo la imito—. Es verdad. ¿Por qué crees que me rapo?

—He visto fotos tuyas de pequeño y no era para tanto. Eras muy guapo.

—¿Era?

—Ajá.

—¿Ya no?

Ella sonrío y me mira con frialdad estudiada.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Necesita que alguien alabe su belleza? ¿Acaso tiene problemas de

autoestima?

—Nada más lejos, querida, pero estaría bien que me dijeras algo como... no sé... —Acerco mis labios a su oído y sonrío—. ¿Qué tal un «Me muero por tenerte dentro»? —Ella intenta reírse con sequedad, pero no le sale y yo sigo—. También puedes probar con algo como «No dejo de imaginarte desnudo». Hasta me vendría bien que me dijeras que te mueres por correrte con mis manos, mi boca o mi...

—Esta conversación se acaba aquí. —Se despega de mí mientras yo me río entre dientes y ella resopla, irritada—. Eres un demonio, Nathaniel.

—No lo sabes bien, cariño —contesto, ignorando que ha vuelto a llamarme por mi nombre completo.

De hecho, aunque parezca patético, el nombre que tan poco me ha gustado toda la vida está empezando a cobrar un sentido nuevo en sus labios. Y es que en su boca todo suena mejor. Será que lo usa cuando se siente vulnerable para tomar distancias y eso hace que yo no deje de imaginarme qué saldrá de esa boquita en cuanto estemos desnudos y sudorosos. ¿Conseguiré que me susurre guarradas? No la imagino, pero para todo hay una primera vez, ¿no?

Me relamo y procuro desviar mis pensamientos hacia algo que me haga mantenerme más sereno, porque una erección no me ayudará en nada ahora.

—¿Cómo lo harás para librarte del trabajo los días de ovulación? —pregunto cambiando de tema mientras ella se sienta en el otro extremo del círculo.

—Voy a descontar esa semana de mis vacaciones. Quiero estar tranquila y relajarme lo más que pueda para que la fecundación sea efectiva.

—No lo llames fecundación, Esmé. Sueno raro y frío.

—Eres médico, Nate. Pediatra, además. Estás más que habituado a estas palabras y sabes lo que quiero decir.

—Lo sé, lo sé, pero no te cuesta tanto llamarlo... no sé... ¿Concepción?

—Eso me recuerda a la virgen María, y yo no soy virgen, Nate.

Me entra la risa y me apoyo en el árbol de nuevo, mirándola y negando con la cabeza.

—No, desde luego. Si tú hubieras sido la virgen María nadie le habría tosido a Jesucristo. Menuda estás hecha. —Ella me mira mal y yo sonrío más—. Es un piropo. Serás una mamá osa.

—Una madre coñazo, ¿no? Como dicen mis hermanos.

—Una madre perfecta. Tus hermanos deberían ocuparse de sus problemas. Además, no has visto cómo se pone Julieta si cree que Marco tiene problemas. Tu hermana puede estar como una cabra, pero te aseguro que cuando saca el instinto materno da miedo.

—Sí, lo sé. Se ha encariñado mucho con él.

—Se ha encariñado al punto de comprarle pasteles y regañarnos a Diego o a mí si nos los comemos y no le dejamos ninguno al chico. Y claro, él va paseándose por el piso como el gallo del corral.

Esmé se ríe y el ambiente se vuelve a relajarse.

No volvemos a hablar de nuestros planes, pero yo sí pienso en ellos, porque si ella va a coger esa semana de vacaciones yo quiero hacer lo mismo y estoy deseando llegar mañana a la clínica para dejar claro que es vital que me las concedan. Bendita aplicación del móvil que le hace saber los días de ovulación, porque de otra manera iríamos a lo loco.

Salimos de aquí dos horas más tarde. Pagamos a medias y nos despedimos del camarero, que se queda encantado con su propina y con que hayamos pasado prácticamente el día entero aquí.

Llevo a Esmé a casa y, aunque lo deseo, no la beso al despedirme de ella. Eso sí, le hago prometer que estaremos en contacto. Ella me jura que sí, que nos veremos en estos días y yo me voy a casa con la sensación de estar flotando y deseando que llegue de una vez la semana de vacaciones. La semana en que por fin pueda tenerla desnuda. La semana en la que podré conocer su cuerpo y no solo las partes que no

se ven. Sueño con deshacer esos moños que siempre lleva, porque me vuelve loco que se haga una coleta incluso para bañarse en la piscina o en la playa. Me muero por ver todo ese pelo derramado sobre mi cuerpo, o en el colchón, o en mis manos... Quiero lavárselo y secárselo después mientras ella se deja mimar y su cuerpo desnudo se prepara para un nuevo asalto. Quiero entrar en ella tantas veces que, a ratos, creo que es un milagro que no viva con una erección permanente, aunque casi.

—A buenas horas llegas —dice Julieta nada más verme entrar en casa.

Está en el sofá tirada con Diego y Marco, viendo una peli y con el regazo lleno de chucherías y palomitas.

—Buenas noches.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Diego.

—Pues bien, ¿no ves cómo viene? —responde Julieta—. Mira que cara de tonto enamorado.

—Mal, tío, mal —interviene Marco negando con la cabeza—. Me la has robado a las malas.

—¿Qué te he robado, si puede saberse?

—A Esme. Y encima vas a hacerle un bombo. Te odio un poco.

Me fijo en Julieta y luego miro mal a Marco y a Diego.

—Lo de guardar secretos como que no, ¿no?

—Yo no tengo secretos con mis chicos, al revés que ellos, que ya lo sabían y no me dijeron nada. — Dice Julieta mientras Diego y Marco bajan la mirada y ella los mira mal a conciencia para luego señalarme con un dedo—. Me parece feísimo que no me dijeras nada a mí. ¡Hasta Einar lo sabe!

—No me correspondía a mí.

—Ya, ya, claro. —Suspira con mucho melodrama y le da volumen a la tele—. No os merecéis ni que os mire.

—¿Quieres otra coca cola? —pregunta Marco para bajarle el cabreo.

—Sí, venga, y un masajito en los pies.

—Eso que lo haga tu novio.

—Lo harás tú —dice Diego—. Yo le masajearé otras zonas luego.

—¡No! —Marco se tapa los oídos y los mira mal—. Nada de insinuaciones sexuales delante de mí. ¡Lo prometisteis, joder!

—¡Que no digas tacos! —gritan Julieta y Diego al mismo tiempo mientras Marco resopla y protesta.

Yo sonrío y me voy al dormitorio porque hoy, por primera vez, sus escenas familiares no me dan envidia. Hoy solo puedo pensar en ese bebé que Esme y yo tendremos. En que pronto, nosotros tendremos nuestras propias escenas íntimas y familiares.

Me tumbo en la cama antes de ducharme, abro el navegador de mi móvil y busco entre mis palabras guardadas. Encuentro la que quiero y se la mando con una sonrisa.

Nate: Del coreano «Nunchi».

Leo el significado una vez más y me quedo conforme: «*La capacidad de leer el estado emocional de otras personas*».

Su respuesta tarda un poco en llegar.

Esme: Del filipino «Gigil».

Busco rápido la definición y sonrío cuando la leo: «*El impulso de pellizcar algo que es insoportablemente tierno*».

Pongo un brazo tras mi cabeza y le contesto.

Nate: Cuando quieras.

Su respuesta no se hace de rogar.

Esme: En dos semanas. Hasta hartarme.

Estoy tentado de ponerle que yo también haré muchas cosas con ella, pero dudo que me harte nunca. Sin embargo, sé que eso hará que se retraiga, así que le digo que estoy deseándolo y le doy las buenas

noches.

Me doy una ducha, me pongo el pijama y me meto en la cama con una sonrisa de idiota en la cara que, intuyo, me va a durar días.

Han pasado dos días desde que estuve con Nate en aquel sitio tan mágico y, aunque quisiera, no podría negarme a mí misma que le echo de menos. Es una tontería, solo han sido dos días y otras veces hemos pasado mucho más tiempo sin vernos. Sin ir más lejos, no hace tanto pasamos un mes sin vernos, aunque eso no suele ser lo usual... Pero el caso es que, lógico o no, le extraño.

Esta vez la culpa de que no nos hayamos visto no ha sido mía, ni suya en realidad. Ha estado haciendo guardia y el poco tiempo libre que ha tenido lo ha ocupado en dormir y descansar. Lo entiendo y no se lo reprocho, más que nada porque no tengo ningún derecho. Sé que él piensa que ahora somos algo así como una pareja, pero no es cierto y, si quiero que me crea cuando le digo que esto nuestro no puede ser, lo mejor que puedo hacer es no buscarle o dejarle ver que, cuando no está, siento que me falta algo importante. No importante e imprescindible, como el corazón, pero sí como las gafas para quien sufre miopía. Que no se muere nadie por no ver bien, pero ver el mundo distorsionado no es lo mismo. Pues así le echo de menos, como si su presencia pusiera nitidez a mi vida, lo que es una tontería, y cursi, e imposible, pero no puedo obligarme a sentirme de otra forma. No creas que no lo he intentado.

En este momento estoy en la tienda de Julieta con Eli y Amelia, que tiene un rato libre. Soy consciente de que ya estoy compartiendo a mi amiga con mis hermanas, pero ahora no me molesta tanto. Curioso como en pocas semanas cambian las cosas, ¿no?

Ahora, mis hermanas saben lo que ocurre conmigo y están siendo un gran apoyo, la verdad. Tanto que, a ratos, me agobian con sus preguntas, pero como sé que lo hacen con buena intención no digo nada.

El motivo de estar aquí, y no en un sitio más cómodo para charlar, como por ejemplo el bar de Paco, que está justo enfrente, es que Julieta tiene que trabajar y nos ha jurado que si nos vamos a tomar un café sin ella nos pierde el habla. Además, Óscar ha flipado desde que entramos en la tienda y está tan distraído mirando artículos de broma, disfraces y ojos de cristal que no ha protestado una sola vez por todo el tiempo que llevamos aquí, que es bastante, la verdad.

—Ya huele a verano —dice Amelia.

Sonrío porque es verdad, son las ocho de la tarde, pero el tiempo primaveral se nota mucho y los días ya son bastante más largos. Julieta, en cambio, frunce el ceño.

—Ya estamos. ¿Y a qué huele el verano, a ver?

—Pues no sé... A sol, a césped mojado, a baños en la piscina de plástico, barbacoas al aire libre hasta altas horas de la noche, cervezas fresquitas, helados y...

—Sí que huele a cosas, sí —dice Julieta interrumpiéndola—. A veces me pregunto cómo serías tú con un par de rayas en el cuerpo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vives en un mundo de fantasía y color que...

—Yo creo que es por las hierbas esas que se toma —digo pinchando.

He descubierto que meterme en estos piques, en vez de cortarlos de raíz como solía hacer, no es malo. Antes me metía, pero siempre era para ordenarles callar o dar la razón a alguien y acabar con la discusión. Ahora es Eli la que tendrá que acabar con esto, lo veo venir, y eso me hace sentir... libre. Como si la cadena que yo misma me até alrededor del cuerpo se hubiera soltado y yo ya no tuviera la obligación de ser siempre la responsable, mandona y seca de los hermanos. Seguiré siendo la menos caótica, eso seguro, y también la más fría y puede que artificial, pero ahora, al menos, puedo bromear con ellos en ciertos momentos sin sentirme ridícula, y eso ya es mucho.

Creo que en el fondo contarles lo ocurrido este tiempo ha sido una liberación tan grande que he

perdido la venda que tenía en los ojos y me impedía ver que, aunque sean un poco inmaduros o siempre estén con grescas varias, son mis hermanos, me adoran y solo quieren mi felicidad. Me ha costado llegar a este punto, pero no sabes lo feliz que soy de estar por fin en él.

—Si es que las tilas esas tienen que llevar algo que le hacen flipar, si no, no se explica la cursilería de esta niña —sigue Julieta.

—No soy cursi —se defiende Amelia—. Que no sea una cínica como Tempanito o una loca de remate como tú no significa que sea cursi.

—Haya paz, chicas —dice Eli—. La verdad es que yo estoy de acuerdo con Amelia. El verano es mi época favorita del año.

—Eso sí —admite Julieta—. Y las cervecitas al salir del trabajo molan muchísimo.

—Y el helado con caramelo después de cenar —dice Óscar metiéndose en la conversación—. Eso me encanta.

—Ah, pues yo hago unos helados riquísimos —dice Amelia—. Les pongo peta zetas, porque me encantan.

—¡A mí también! ¿Me das la receta?

Me río, porque cualquier niño pediría una invitación, pero este se conforma con tener la receta para hacerlo en su casa.

—Mejor. Un día, cuando sea verano, lo haremos juntos. ¿Quieres? —El niño asiente con vigor y Amelia sonríe—. Pues ya tenemos nuestro primer plan de verano.

—Buah, ojalá fuera verano ya.

Nos reímos y seguimos charlando un poco hasta que la puerta se abre y entra Alex. Trae unos vaqueros rotos, una camiseta blanca básica, una cazadora vaquera, también con descosidos y una piruleta en la boca. Es raro que lo diga yo, pero mi hermano es asquerosamente guapo y atractivo. Tiene algo que incita a mirarle de forma constante y casi involuntaria. No me extraña que conozca los cuerpos desnudos de media ciudad. A la otra media la tiene en lista de espera.

—Buenas tardes, chicas. Papá me dijo que estaríais aquí. —Nos da a todas un beso en la mejilla hasta que llega a Eli, que se lleva uno en cada lado—. Esta sí que es una agradable sorpresa. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contesta ella con una sonrisa—. ¿Y tú?

—Ahora que te he visto, mucho mejor.

Eli pone los ojos en blanco y se centra en nosotras.

—¿Este chico siempre ha sido así de arrogante?

—De chico nada, que tengo veintinueve años ya.

Mi amiga se ríe y palmea su brazo con actitud maternal.

—Cierto, ya eres todo un hombretón. ¿Está rica, la piruleta? —pregunta con ironía.

—Riquísima. —Se la saca de la boca y se la pone delante de la cara—. ¿Quieres?

—No, gracias. Yo esas cosas ya las reservo para mi hijo.

—Yo sí quiero, ¿tienes más? —pregunta Óscar.

—Mmmmmm a ver, a ver... —se rebusca en los bolsillos, saca una de su cazadora y la hace girar mientras el niño sonríe—. ¿La quieres?

—¡Sí!

—Entonces tienes que ganártela. A ver, cántame una buena canción.

—No me sé canciones enteras —dice él con una carita tan adorable que creo que todas coreamos un «ohhh»—. Pero te puedo decir que las piruletas tienen mucho azúcar y eso no es sano.

—Vaya. Supongo que entonces no la quieres. Me la tendré que comer yo, y no tengo muchas ganas, pero...

—Sí, sí la quiero —dice el niño asintiendo con rapidez—. Te puedo contar una receta, ¿quieres?

—Solo si yo puedo elegirla.

—Vale.

—A ver, ¿cómo se hacen los macarrones con tomate?

—¡Eso es demasiado fácil! Pregúntame una más difícil.

—¡Oye! Los macarrones con tomate son difíciles.

—Para él sí —digo yo—. Siempre los deja duros.

El niño se ríe, encantado de ser el centro de atención y se pone a contarle a Alex cuánto tiempo tiene que cocer la pasta para que no quede dura. Mi hermano pone cara seria y asiente como si estuvieran explicándole algo de suma importancia y Eli no puede evitar reírse y mirarle un poco embobada. Me pondría en alerta si fuese otra chica, porque sé que mi hermano no quiere nada serio, pero también sé que mi amiga es más que consciente de eso y que no va a dejarse llevar por una noche de lujuria. Y lo sé, más que nada, porque me confesó hace tiempo que desde que Óscar nació no ha estado con ningún hombre. Yo que pensaba que era un caso aparte por tener sexo muy de vez en cuando, descubrí que lo mío es normal al lado de lo suyo.

Sé que Alex la habría metido en su cama encantado, pero no tiene posibilidad, por suerte, porque no quiero que lo de ellos salga mal y quedarme sin amiga. Y cuando de Alex y sus líos de faldas se trata, la cosa siempre suele acabar mal.

Al final llega la hora de Julieta de cerrar la tienda y decidimos tomarnos unas cañas en lo de Paco, por eso de celebrar que ya mismo llega el verano. A nosotros cualquier excusa nos vale. Me pido un zumo, porque estoy evitando el alcohol para tener el cuerpo a punto y limpio para la fecundación. Pienso en Nate y en lo mal que le sienta esa palabra; incluso en su sugerencia de cambiarla por «Concepción». Sonrío y miro mi móvil con disimulo, pero él no me ha escrito y aunque no quiera reconocerlo, eso pica, porque quiero que esté pendiente de mí. Ilógico, cuando debería estar agradecida de que no haga de esto un mundo, pero estoy aprendiendo a marchas forzadas que en mi cabeza hay muchas cosas que no conectan con las otras muchas que hay en mi corazón.

Llevamos ya media hora sentados cuando la puerta del bar se abre y aparecen Diego, Marco y Nate. El corazón me salta un poco dentro del pecho y me obligo a convencerme de que es porque no lo esperaba, pero lo cierto es que en parte ha sido porque Nate está guapísimo, con su pantalón de vestir negro, su camisa celeste y un poco más de barba de lo habitual.

Él viene directo hacia mí y besa mi frente ante la mirada de todos con tal ternura que, de haber sido otro tipo de mujer, me habría ruborizado de pies a cabeza.

—¿Qué tal? —me pregunta sentándose a mi lado.

—Bien. ¿Cómo es que habéis venido?

—Julieta avisó a Diego de que cenaríais algo rápido aquí y decidió apuntarse. Luego el chico dijo que él también venía y yo no quería quedarme solo en el piso.

—Ajá.

—Y, además, sabía que tú estabas aquí y quería verte. —Le sonrío, pero no contesto y él pasa un brazo por el respaldo de mi silla—. ¿Cómo va esa planificación? —pregunta entre susurros.

—Bien —le contesto mientras el resto hace ver que no nos presta atención, cuando en realidad sí lo hacen—. Luego hablamos.

Él asiente y señala la puerta.

—Traigo mi coche, así que no tengo prisa por volver.

Esa respuesta hace que tenga ganas de sonreír todavía más, pero me contengo. Me integro en la conversación con mis hermanos y él hace lo propio, discutiendo con los chicos acerca de un partido de fútbol.

—¿Sabéis quién falta aquí? —pregunta Julieta de pronto. Todos nos quedamos en silencio y ella sigue—. Einar.

Asentimos de inmediato y a la vez, porque es verdad que, aunque ya hace meses que se fue, su ausencia se nota mucho.

—¿Y si le llamamos? —pregunta Diego.

—Mejor no, estará trabajando —responde Nate.

Todos estamos de acuerdo y desechamos la idea, pero la verdad es que nos acordamos mucho de él. Sobre todo, Diego, Nate y Julieta, que son quienes estuvieron siempre más cercanos.

—Además, si todo va bien yo le veré dentro de poco —dice Nate.

Eso hace que todos centremos nuestra atención en él, sobre todo yo, que no sé a qué se refiere.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Bueno, supongo que debería ir a ver a mi familia en breve. Ya hace más de un año que no les veo y al final en navidad no pude ir.

—¿Te vas a Nueva York?

—A ver a mi familia —me dice él con mucha calma mirándome a los ojos—. Y no sé cuándo.

—Pero...

Nate se levanta y tira de mi mano, porque estamos siendo el centro de atención y lo sé, pero no puedo ocultar la confusión que sus palabras me generan. ¿Cómo que se va a Nueva York? ¿Y qué pasa con nuestros planes? ¿Dónde deja eso a nuestro futuro bebé? Ni siquiera existe y él ya está desentendiéndose y...

—Eh. —Nate me coge por las mejillas en cuanto salimos del bar y me hace mirarle—. ¿Qué ocurre?

—No me habías dicho nada de Nueva York.

—Cariño, mi familia vive allí, es normal que quiera visitarles.

—Pero... ¿cuándo?

—No lo sé, en verano, supongo.

—Pero, ¿y si estamos buscando un bebé? No puedes irte de pronto y...

—No, no me iré de pronto. Si para este verano estás embarazada te aseguro que no hará falta que vaya, porque ellos vendrán aquí a conocer a la madre del futuro bebé Morgan. —Sonríe y besa mi nariz, haciendo que me percate de que la tengo arrugada—. Y si no lo estás, iré cuando no estés ovulando, o vendrás conmigo, o...

—Yo no tengo nada que hacer allí —le digo en tono borde.

—¿No te gustaría viajar conmigo?

—A Nueva York a conocer a tu familia, no.

—Eres un encanto —dice riéndose entre dientes y besando mis labios de forma breve y descarada.

—No me beses aquí. ¿No ves que nos estarán espionando por la cristalera?

—Lo sé, pero dado que todos saben lo que nos traemos entre manos, dudo que un beso les espante.

—Da igual. No me beses frente a nadie. De hecho, no deberías besarme a no ser que estemos metidos de lleno en...

—Concepción —me advierte mientras yo resoplo y se me escapa una sonrisa—. Mucho mejor... —Sus brazos me rodean y sus manos se enlazan en la parte baja de mi espalda mientras nuestros pechos se rozan—. Te prometo que cada decisión que yo tome de aquí en adelante estará muy meditada y siempre os tendré en cuenta al bebé y a ti.

—Me basta con que cuentes con el bebé, aunque aún no exista.

—Contaré con los dos, aunque te moleste.

—No es que me moleste, Nate, es que...

No puedo terminar de hablar porque sus labios vuelven a estar sobre los míos. Y aunque le he dicho por activa y por pasiva que no me bese en público, y aunque le he puesto mi tono más serio, él vuelve a hacer lo que le da la gana. No me obliga a corresponderle el beso, claro, pero... ¿Acaso podría negarme? Es imposible resistirse a este tipo de besos. Suaves pero demandantes, pasionales pero

románticos, sucios y dulces al mismo tiempo. Al final, me rindo a la evidencia de mi cuerpo, que me traiciona de la peor manera cuando de mostrarme fuerte y alejada de Nate se trata. Alzo mis brazos y acaricio su nuca mientras enlazo mis dedos en ella. Él aprovecha para abrazarme más fuerte y, aunque su erección me sorprende, porque apenas hemos empezado a tocarnos, no puedo negar que algo se despierta dentro de mí. Algo primitivo que me exige que acabe con esta tensión de una vez.

—No sabes lo largos que son los días desde que espero que podamos estar a solas y desnudos — murmura él en mi boca.

—Nate... —Juraría que su nombre ha sonado en medio de un quejido de impaciencia—. Ya queda menos...

—¿Tienes ganas?

Podría mentir y decirle que no, que para mí esto no es más que un mal necesario para obtener el fin que quiero, pero es que... Dios, sería tan mentirosa. Nunca he sido una mentirosa, ni una cobarde, así que asiento mientras nuestras narices se rozan y cuando su sonrisa se expande algo se aprieta en mi estómago. Algo que me pide que me adueñe de ella, de él por completo, porque no puedo soportar la idea de que esa sonrisa vaya dirigida a alguien que no sea yo ni ahora, ni nunca.

—¿Sabes las ganas que tengo de tener tu pelo suelto en mis manos? Y saber cómo es tu cuerpo desnudo, y...

—Ya me has visto antes en bikini. Es casi lo mismo —le digo solo para que deje de trastornarme obligándome a imaginar escenas subidas de tono.

—No es lo mismo, nena. Tú también me has visto en bañador y, aun así, puede que te lleves una sorpresa cuando me veas desnudo.

De inmediato pienso en el tamaño de su entrepierna, primero porque Julieta lleva dos años dando la lata con que seguro que es enorme y segundo porque la siento pegada a mi estómago. Es imposible no hacerlo. Nate se ríe entre dientes y yo frunzo el ceño.

—¿Qué? —pregunto de mala uva.

—Nada, que creo que cuando he hablado de sorpresas te has puesto a pensar en algo muy específico.

—Porque es probable que hables de algo específico.

—Sí, pero no de mi polla.

—¡Nate! —Intento retirarme de él—. ¿Tienes que ser tan vulgar?

—Es que odio a la gente que no llama a esa parte en concreto por su nombre.

—Pene es su nombre y no suena tan mal.

—No voy a decirte guarradas utilizando la palabra «pene». Eso baja la lívido a cualquiera.

—A ti no, seguro. A ti nada puede bajarte la lívido.

—Nada que esté relacionado contigo, eso por descontado.

Intento estar molesta, porque me incomoda que sea tan directo y tan... sexual, pero es que no puedo, porque en el fondo, muy, muy, muy en el fondo, me encanta. Me encanta que sea dulce y cerdo al mismo tiempo cuando se pone caliente y me encanta que esté dispuesto a no darme la razón en nada, pero menos en la cama, porque esta lucha de poder, me guste o no, me excita sobremanera y él lo sabe y lo disfruta tanto como yo.

Por respuesta le beso de vuelta, y parece tan encantado que baja sus manos a mi trasero y me aprieta más contra él. Gimo en su boca y no sé qué hubiera pasado de no ser porque varios carraspeos nos sacan de nuestro trance.

Miramos a un lado y vemos a mis hermanos, Eli, el pequeño Óscar, Diego y Marco observándonos con diferentes tipos de sonrisas.

¿Cuándo demonios han salido del restaurante? Se supone que deberíamos haber oído el sonido de la puerta, ¿no?

Nate sigue con las manos en mi culo y yo no sé qué decir, la verdad. Una cosa es que nos mirasen

desde dentro y otra que los tengamos justo al lado haciendo de público. Al final, es Julieta la que habla, rompiendo la tensión del momento.

—Tienes que prometerme que en cuanto te lo tires, por fin, vas a medirle el extintor y decirme cómo de grande es.

—¡Julieta, joder! —exclama Diego enfadado—. Se acabó, nos vamos a casa.

—¡Pero si no he dicho nada!

—Te has pasado un huevo —le dice Marco—. Anda, vamos, que yo creo que esta noche no vas a catar ni el extintor de mi tío. Y no me quejo, porque así me dejáis dormir de una jodida vez.

—¡Dejad de decir palabrotas! —exclama Eli mirando a Óscar, pero el niño está entretenido observándonos a nosotros y haciendo la pregunta del millón después.

—Mamá, ¿qué es un extintor?

Alex y Amelia estallan en carcajadas, yo me ruborizo por primera vez en mi vida estando con un hombre y Nate ríe entre dientes y pega sus labios a mi oído izquierdo.

—Mejor me voy, ¿no? —Asiento, sin poder hablar aún mientras Óscar me mira fijamente esperando su respuesta. Nate vuelve a reírse y aprieta mi cintura—. Piénsalo bien, así ensayas para cuando tengamos el nuestro. Buenas noches, mamá osa.

Y con las mismas se va y me deja con el marrón de explicarle al niño qué es un extintor y por qué yo debería medir el de Nate. Trago saliva y estoy a punto de hablar cuando mi hermano se me adelanta.

—Oye, colega. ¡Mira lo que he encontrado!

Se saca tres piruletas más de su bolsillo mientras yo pienso que Alex tiene un serio problema de adicción a las chucherías, pero como el niño ha centrado toda su atención en él voy a dejar el sermón para otro día. Poco después nos despedimos de Eli y me voy a casa junto a Amelia y Alex, que no hacen una sola pregunta al respecto. Imagino que se dan cuenta de que estoy un poco saturada.

Llego a casa, me ducho, me pongo el pijama y me meto en la cama. Miro al techo, pienso en el beso de Nate y deseo en silencio que el tiempo pase y lleguen los días de ovulación. Y lo peor, es que ya no lo deseo solo por concebir. Ahora, gran parte de mi impaciencia se debe a que no sé si puedo esperar con mucha calma conocer el cuerpo desnudo de Nate, tenerlo dentro de mí y hacer el amor con él...

—No, hacer el amor, no —susurro—. Solo vais a follar. Algo rápido y certero para... —Chasqueo la lengua y niego con la cabeza—. A la mierda, mañana volveré a engañarme a mí misma de nuevo.

Y con esas, decido imaginar cómo de intensos, lentos, calientes y sudorosos podríamos ponernos Nate y yo si dispusiéramos de una cama y una noche completa ahora mismo.

—¿Has echado el biquini? —pregunta Amelia mientras bajo las escaleras de casa.

—Que sí, pesada —respondo con tono cansino.

—Pero si no pisarán ni el spa —dice Julieta—, seguro que no salen ni de la habitación de hotel.

—Mierda, Esme, te he imaginado follando y me ha dado asco. Eres mi hermana, entiéndelo —dice Alex poniendo mala cara.

Resoplo y me arrepiento de haberles contado que Nate me ha convencido para pasar esta semana fuera. ¡Como si no tuviera yo bastante con los nervios! Han pasado algo más de dos semanas desde que decidimos hacer esto, mañana empieza mi ciclo de ovulación y cuando se lo dije a Nate insistió en que debíamos irnos lejos de nuestras casas para estar tranquilos y juntos todos estos días. A más práctica, más posibilidades de acertar y en eso no puedo quitarle razón. Además, que él también haya pedido una semana de vacaciones me hace sentir bien, no sé, es como si me confirmara, una vez más, que está volcado en esto al cien por cien. No es que necesite pruebas, pero no está de más verlo tan ilusionado como lo estoy yo, aunque a él se le nota bastante más.

El problema es que desde que les dije a mis hermanos que me iría una semana entera con Nate han empezado a darme la lata. Amelia intentó meterme velas aromáticas en la maleta, Julieta eligió ropa interior digna de una prostituta de lujo y Alex condones, porque el pobre bajo presión funciona como el culo y no se acordó de que para poder concebir un hijo lo primero que hay que eliminar es el uso del condón. No me reí mucho de él porque en cuanto se lo dije se puso rojo como un tomate y admitió que solo quería ayudar. Julieta le llamó tonto, Amelia le besó la mejilla y yo sonreí, porque sé que el hecho de que nos aguante a las tres ya es de mención especial. Eso sí, al final cambió su plan de darme condones por el de darme chucherías y llevo dos bolsillos llenos de todo tipo de gominolas, chupa chups y piruletas.

—Y acuérdate de lo que decía aquella revista que te leí —sigue Amelia—. Cuando acabéis te das la vuelta y apoyas las piernas en el cabecero, así el semen llega antes.

—Eso es una gilipollez —dice Julieta—. Además, seguro que con la tranca que tiene Nate eso llega en medio segundo. Es como meter penalti; mucho más fácil porque la portería te queda más cerca.

Alex y Amelia se echan a reír y yo abro la puerta de casa con el bochorno del siglo encima.

—¿Pero es que ni siquiera vas a despedirte de nosotros? —pregunta mi padre mientras entra en el salón acompañado por Sara.

—Ay, mierda —mascullo.

La semana pasada a Amelia se le escapó que a Julieta se le había escapado todo lo mío con Sara. Supongo que a Sara se le escapó con mi padre porque aquella misma noche los dos me abordaron en el dormitorio y no salieron hasta que lo confesé todo, aunque en la versión más *light* posible. Mi padre no aprueba que Nate y yo hagamos esto sin ser pareja y dice que él se quiere aprovechar de mí. He intentado explicarle por activa y por pasiva que no es así y que es una decisión conjunta, pero el pobre bastante tiene con asimilar que vaya a irme una semana entera a intentar quedarme embarazada de un amigo al que él también tiene cariño. O tenía, al menos, porque desde que se enteró de todo mira al pobre Nate como si fuera un bárbaro dispuesto a quitarle la virginidad a su niña inocente.

Le entiendo, de verdad, pero me parece que la vena sobreprotectora se le está inflando demasiado ya.

—Pasadlo bien, cariño —dice Sara abrazándome mientras mi padre frunce el ceño.

—Y si se propasa, me lo dices, que ya me encargaré yo de él.

—Papá, van a hacer un bebé. ¡Tienen que proponerse los dos y mucho!

—Julieta hoy no, por favor. Bastante tengo con saber que voy a ser abuelo. —Frunce el ceño de nuevo y mira a Sara—. Soy demasiado joven para ser abuelo.

—Serás un abuelo guapo y sexi.

—Y gruñón —dice Alex.

—Una joyita, vaya —sigue Julieta.

—Ya está bien —interviene Amelia—. Dejad de meteros con él. Tenéis que entender que esto es un cambio muy grande para toda la familia.

—Eh... ¿Hola? —pregunto—. Sigo aquí, ¿sabéis? Y dado que soy yo la que está buscando este bebé, me gustaría que dejarais de hablar en plural.

—Es que tu bebé ya es cosa de todos —dice Alex—. Si hubieras nacido huérfana no tendrías este problema, pero no es así, lo siento.

—Yo el día del parto me pido estar dentro —sigue Julieta—. A mí me la refanfinfla lo que opine Nate. Aviso.

—¡Y yo! —exclama Amelia.

De pronto todos están peleándose por ver quién entrará más tiempo a la sala de partos conmigo y yo cojo la maleta, abro la puerta y me voy dando un portazo, no porque esté cabreada, sino porque me agobia y crea mucha presión que ya estén dando por hecho que vayamos a tener un bebé. ¿No se dan cuenta de que ya he tenido tres intentos fallidos con inseminaciones? No soy estéril, lo sé, pero también sé que algo tiene que andar mal conmigo para no conseguir un embarazo con tanta facilidad como cualquier otra persona. Eli asegura que es porque no consigo relajarme, pero eso es algo que no va a cambiar esta vez. De hecho, yo diría que empeora, porque solo imaginar todo lo que haré con Nate me hace sentir cualquier cosa, menos relajación.

Y hablando del rey de Roma... acaba de aparcar su coche frente a mi jardín delantero. Cuando se baja con un pantalón vaquero, una camiseta de manga larga y una chaqueta de cuero encima casi se me sale un suspiro de admiración. Él, que es consciente del repaso que acabo de darle, sonrío pagado de sí mismo y se acerca para coger mi maleta.

—¡Solo una! —exclama mientras sonrío—. Pensé que viajarías con un montón más.

—Bueno... he supuesto que no vamos a salir mucho del hotel, así que no he echado mucha ropa. Además, me dijiste que solo llevara mudas cómodas, porque no iba a necesitar nada más.

Carraspeo mientras él sonrío, porque esto de hablar de nuestra desnudez a mí me cuesta un poco más que a él, que no tiene ningún problema en recordarme que voy a pasar sin ropa la mayor parte del tiempo.

—Cierto, pero no pensé que me harías caso. —Subimos al coche y cuando nos abrochamos el cinturón nos miramos fijamente. Él sonrío y acaricia mi mejilla con el dorso de sus dedos—. ¿Lista?

—Eso creo —contesto con amabilidad, porque he decidido que estos días lo mejor es dejar un poco mi frialdad de lado. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que... bueno, eso—. Solo necesito parar en el súper de Chinlú para comprar agua. ¿El hotel queda lejos?

—A unas tres horas, así que coge también algo de picotear —dice mientras arranca y salimos.

—¿Tres horas? ¿No está en la ciudad? —Él guarda silencio y yo insisto—. ¿Nate?

—No vamos a un hotel —dice al fin.

—¿Perdón?

—No vamos a un hotel exactamente. Yo nunca dije que iríamos a uno, cariño.

—Pero...

—Un amigo del hospital tiene una cabaña a las afueras. Está dentro del bosque y todo lo que hay en kilómetros a la redonda son árboles. Pensé que estaríamos más tranquilos allí.

Lo miro con la boca abierta, porque no había esperado eso, pero bien pensado... es buena idea. Me imagino que será una cabaña pequeña de esas que usa la gente para desconectar y creo que nos vendrá

bien. Además, mientras menos gente tengamos alrededor, mejor, así podemos centrarnos más en nuestro propósito.

—Suenan bien.

—¿En serio? ¿No vas a quejarte? —pregunta algo sorprendido.

—No, claro que no —Sonríe un poco y me encojo de hombros—. Dado el acierto que tuviste llevándome a aquel bar tan maravilloso, creo que puedo fiarme de ti.

—Eso siempre —contesta mientras apoya una mano en mi muslo y lo aprieta—. Si quieres compramos las provisiones en lo de Chinlú, aunque creo que sería mejor hacer una compra grande en el pueblo que hay justo antes de adentrarse en el bosque. Sobre todo, si compramos productos frescos.

—Por mí perfecto.

Nate sonrío y me doy cuenta de lo feliz que parece. Me gusta verle así... me gusta verle, en realidad, sin más. Mirarle cuando conduce con la camiseta arremangada, mientras sus músculos se tensan y tararea las canciones que van saliendo en la radio, aunque no se sepa las letras.

La verdad es que estar a su lado es fácil. Cuando estoy con él, siento que no tengo que preocuparme por ser yo misma, aunque resulte cargante o borde a veces. Está tan seguro de poder manejar mi forma de ser y acoplarse a mí que, cuando estamos solos, me siento... libre. Como si todo fuera posible; como si él y yo lo pudiéramos todo. Es una idiotez, lo sé y me lo repito más veces de las que puedas imaginar, pero, aun así, a veces, el pensamiento se cuele con rapidez en mi mente y se apodera de todo.

El camino se nos hace un poco largo, pero no nos faltan temas de conversación, ni tampoco otros un poco subidos de tono. A medida que nos acercamos a nuestro destino, sin embargo, me voy volviendo más y más reservada. No es que quiera cerrarme en banda, ni mucho menos, es que estoy tan nerviosa que apenas sé de qué hablar y es algo que he experimentado muy pocas veces.

A lo largo de mi vida me he visto sometida a distintos momentos de presión extrema, pero en ninguno he sentido mis manos temblar como ahora. Voy haciendo respiraciones disimuladas para no dejarle ver a Nate hasta qué punto me siento vulnerable con todo este tema.

La verdad es que no entiendo en qué momento nos hemos ido transformando estos días hasta ser casi inseparables. Nuestras discusiones ya son mínimas, aunque yo sí tengo alguna que otra salida borde, pero lo mejor y lo peor de todo es que hemos descubierto lo que, al parecer, él ya sabía, y es que encajamos a la perfección.

Nos gustan cosas parecidas, poseemos la misma ideología política y religiosa y tenemos ideas casi exactas con respecto a la crianza y educación de los niños, así que supongo que ha sido todo este cúmulo lo que me ha hecho llegar al punto de desear su presencia. Sé que, si yo quisiera, comenzaríamos una relación hoy mismo, y aunque he pensado en ello largo y tendido sigo creyendo que es un error. O no. Yo que sé. ¡Si es que estoy hecha un lío!

—Aquí podremos comprar todo lo necesario —dice él mientras toma un desvío hacia un supermercado que hay a las afueras de un pueblo muy pequeño.

Bajamos del coche y cargamos el carro de la compra de comida ecológica en su mayoría, pues he dado mucho la lata a Nate con que necesito tener mi cuerpo limpio para que la fecundación sea efectiva.

—Lo único que necesitas para eso es quitarte la ropa y dejarme hacer, nena, pero como tú quieras. —Pongo los ojos en blanco y le miro mal cuando coge una botella de vino—. Brindaremos esta noche y mañana tiraremos el resto de la botella y beberemos solo agua, ¿de acuerdo?

Durante un segundo me siento tentada de negarme, pero sé que lo hace con toda su buena intención y, además, me apetece mucho tomar una copa de vino con él. Solo una. Asiento y cuando me dedica esa sonrisa tan amplia y sincera me derrito un poquito. Luego me maldigo, me doy la vuelta y voy a buscar mi sección favorita: la frutería.

Adoro comer fruta de todo tipo, así que, en cuanto me veo frente al estante, no me corto y echo uvas, fresas, kiwis, manzanas, plátanos y una sandía que tiene una pinta exquisita, pese a que la temporada solo está comenzando. Cuando Nate me encuentra he cargado tantas bolsas que no puede evitar reírse y cogerlas de mis manos.

—No me puedo imaginar lo que ha sido tu casa siempre con una adicta al chocolate como Julieta y una a la fruta como tú.

—Y no olvides la adicción de Amelia y Alex a la chuchería. Son unos golosos de campeonato, sobre todo él. Pobre papá, que no tenía sueldo bastante para tantos vicios.

Reímos y lo cargamos todo antes de ir a la caja para pagar. Colocamos los alimentos en la cinta y me fijo en que Nate centra su vista en el estante que hay justo sobre esta. Elevo las cejas cuando me doy cuenta de que se trata de preservativos y lo miro con una sonrisita.

—No los necesitamos —susurro.

—Esos no, pero eso... —Señala un bote de lubricante y lo coge guiñándome un ojo—. No está de más.

—No se aconsejan a no ser que estén hechos de agua en su mayoría y...

—Vale, vale —Nate vuelve a dejar el bote en el estante y se ríe entre dientes—. Ya me aseguraré de que lubriques más que de sobra.

Pongo los ojos en blanco mientras la cajera pasa los alimentos por la cinta y nos mira de reajo. Bueno, para ser justas, lo mira a él de reajo. La chica no pasará de los dieciocho años, es rubia, tiene unos ojos azules bastante bonitos y unos labios apetecibles. Nate le sonrío mientras le pide unas bolsas de plástico y ella se deshace en amabilidad con él.

—¿Venís de vacaciones? —le pregunta mientras yo me pongo a meter las cosas en las bolsas con ritmo constante.

—Sí, tenemos una cabaña a las afueras.

—Oh, qué bien. ¿Te gusta esta zona?

—Sí, nos gusta bastante.

—En el centro del pueblo hay un pub que se pone bastante bien por las noches, aunque aún no sea verano. Si algún día quieres bajar...

—Eh... —Nate sonrío y niega con la cabeza—. Gracias, pero venimos buscando tranquilidad.

—Como quieras.

No sé qué me jode más, si el hecho de que la tipa invite solo a Nate, como si yo no existiera, o que él le siga sonriendo con tanta amabilidad. ¿No ve que se le está ofreciendo de mala manera? Intento controlarme y pensar que no es más que una niñata, pero es que esa niñata ha intentado ligar con mi hombre. Bueno, no es mi hombre, pero vamos juntos y lo que ha hecho ha sido algo muy feo y maleducado.

Nate es ajeno a todo, al parecer. Ni se da cuenta de que esta tía está deseando tener algo con él, ni se da cuenta de que yo estoy a nada de rechinar los dientes, sobre todo cuando ella le da el cambio, el ticket y un papelito que nada tiene que ver con nuestra compra.

—Te he apuntado mi teléfono... por si te animas a salir y no encuentras el pub, ya sabes...

Me quedo mirándola con la boca abierta mientras sostengo en una mano una bolsa de zanahorias y en la otra la bolsa medio llena. ¿Pero esta puta de qué va? No, es que vale que yo tengo un autocontrol envidiable, pero joder, eso se llama ser una buscona. ¿Acaso no ve que él viene conmigo? ¿O es que él le ha dedicado algún gesto que le haya hecho pensar que...?

—Te lo agradezco, pero mi esposa y yo solo queremos disfrutar de unos días de soledad, buena comida y mejor sexo. —Nate le devuelve el papelito mientras la chica lo mira decepcionada, viene hacia donde estoy y acaba de llenar las bolsas en unos segundos—. Vamos, nena.

No me he dado cuenta de que seguía mirando fijamente a la rubia de las narices y, aunque me

avergüenza un poco reconocer que me queman los celos, intento recomponerme y hacer ver que no pasa nada. Después de todo él ha actuado como todo un caballero y yo no debería sentir que algo me quema las entrañas. No debería, pero lo siento.

Salimos del supermercado, metemos las cosas en el maletero y cuando cojo el carro para devolverlo a su sitio Nate se me adelanta y pone una mano en la mía.

—Eh, mírame. —No lo hago, pero él pone una mano bajo mi barbilla y alza mi cara para que nuestros ojos se crucen—. Te quiero.

—Nate... —gimo en un quejido.

Trago saliva, porque es la primera vez que me dice esas dos palabras. O sea, sé que está enamorado de mí porque me lo ha dicho por activa y por pasiva, pero hasta ahora, no había pronunciado las dos palabras que hacen que todo sea más rotundo. Más real.

—Te quiero y me importan una mierda todas las chicas que intenten ligar conmigo. Primero, porque ni esa, ni ninguna otra te llega a la altura de los tobillos y segundo porque no tengo necesidad de buscar nada más fuera de esto —dice mientras nos señala—. No ahora que por fin voy a tenerte.

—Nosotros no tenemos nada —musito—. Si quisieras, podrías...

—No te equivoques, Esmeralda. Nosotros tenemos algo y es algo enorme, además. Entiendo que no hayas llegado al mismo punto que yo todavía, pero por lo menos no faltes el respeto a mis sentimientos, porque yo sí lo tengo claro.

Me gustaría poder rebatir algo de lo que ha dicho, pero la verdad es que tiene razón en todo, así que me limito a asentir y acercarme para besar su mejilla. Nate desvía su cara y hace que nuestros labios se rocen mientras me abraza y el carro de la compra se me escapa, porque casi por inercia he alzado mis brazos hasta rodear sus hombros.

—Nate... —Rozo nuestras narices y suspiro.

Quisiera decirle tantas cosas... pero no puedo, no siento que sea correcto y sé que si las digo me arrepentiré. Él parece entenderme, como siempre, así que solo pellizca mi trasero y se despega de mí con una pequeña sonrisa.

—Ve a recoger el carro antes de que tu amiga salga y nos diga algo.

Resoplo intentado ocultar una sonrisa, le hago caso y lo devuelvo mientras él arranca el coche.

Conduce durante quince minutos más o menos entre árboles frondosos y caminos estrechos y aparca frente a una casita de madera de dos plantas. Me bajo deseando conocerlo todo, porque este sitio es genial. Está en medio de la arboleda y mire a donde mire todo lo que veo es un paisaje verde cargado de aire puro. Tomo una respiración profunda y le sonrío a Nate, que se acerca con un par de bolsas y la llave de la casa.

—Haz un *tour* mientras yo meto la compra y las maletas.

No me lo tiene que decir dos veces. Le dejo descargándolo todo mientras me adentro en un precioso salón con un sofá de tres plazas, una alfombra inmensa de pelo largo y una chimenea de piedra y madera en la que ya hay un montón de leña preparada para ser quemada. La decoración es rústica pero no está sobrecargada. Las vigas del techo de madera son una pasada y el suelo de parqué es tan bonito que decido descalzarme porque no quiero arañarlo o ensuciarlo con mis zapatos. Camino por un pasillo y entro en una cocina no muy grande pero sí dotada de todo lo necesario para cocinar y comer en la pequeña isleta que hay en el centro. Entro en el baño y descubro una ducha enorme con una de esas placas colgando del techo para expulsar agua haciendo el efecto de la lluvia, además de la columna con hidromasaje que hay en la parte frontal. Hay un lavabo con dos senos y en un extremo una bañera con patas que estoy deseando estrenar. ¡Ahora entiendo por qué Nate me aconsejó echar sales de baño, si tenía! Aunque hubiese imaginado que habría una bañera nunca pensé que fuera... así. Por si fuera poco, en el extremo opuesto a esta hay un espejo que ocupa un metro de ancho y llega desde el suelo hasta el techo. Enfoca a la bañera y, aunque intento no hacerlo, no puedo dejar de imaginarnos a Nate y a mí aquí,

desnudos y... Bien, necesito salir de aquí.

Subo las escaleras, porque la parte inferior no tiene nada más y me doy cuenta de que hay solo tres puertas. Una pertenece a un dormitorio con dos camas y un armario empotrado, la otra da acceso a un pequeño baño con un wc, un lavabo y un mueble de esquinera con toallas, y la última y más impresionante es la que da pie al dormitorio principal. Este tiene una cama con nórdico blanco, a juego con los cojines. El suelo, el cabecero, el techo, las paredes... todo está recubierto de madera, pero lejos de dar un aspecto cargado parece acogedor, y eso que es bastante amplio. Tiene chimenea propia, una alfombra grande frente a esta, una televisión y una puerta ancha que imagino que da a la terraza que se ve desde fuera. Alzo la persiana y me maravillo con las vistas. Hay una mesa y cuatro sillas de mimbre con cojines de aspecto cómodo y unas escaleras que van a la parte trasera de la casa. Cuando me asomo a la barandilla no puedo evitar que mis ojos se centren en las escaleras de piedra que bajan a lo que, desde ya, bautizo como «El oasis». Hay un jacuzzi incrustado en el suelo con borde de piedras, plantas y farolillos iluminando el camino y la estancia. Es totalmente y privado y sé, porque lo sé, que no pasarán ni veinticuatro horas antes de que Nate y yo hagamos el amor ahí.

—¿Te gusta?

Me sobresalto al oír su voz en mi espalda. ¿Cómo ha conseguido ser tan sigiloso? Estoy a punto de preguntarle algo, lo que sea, pero sus manos rodean mi cintura y su barbilla se apoya en mi hombro.

—Es una maravilla —respondo.

—Y es toda nuestra durante una semana. —Besa mi cuello y muerde mi oreja con suavidad—. Dime que no soy el único que ha ido imaginando todos los sitios en los que vamos a hacer el amor, por favor.

Podría decirle que yo no lo he imaginado; que esto solo lo hacemos con una finalidad muy clara, pero la verdad es que estaría mintiendo como una descarada. Y como ya he dicho otras veces, ni soy una mentirosa, ni soy una cobarde, así que alzo mi mano para acariciar su mejilla y asiento justo antes de señalar el jacuzzi.

—Quiero hacerlo allí, de noche y con los farolillos alumbrándonos.

Nate asiente gimiendo en mi oído y yo me muerdo el labio, porque creo que no puedo esperar ni dos minutos más para arrancarle la ropa y empezar con lo que hemos venido a hacer aquí.

Nate

Ella sigue agarrada a la barandilla de madera mirando hacia el jacuzzi y acariciando mi mejilla mientras sus caderas se pegan a mí y su pecho se expande con cada pequeño suspiro que le arrancan mis leves caricias.

Todavía no puedo creerme que haya llegado el momento y, aunque parezca patético, rezo oraciones que ni siquiera me sé pidiendo en silencio que ella no se dé cuenta de que mis manos tiemblan y no es por ansiedad, sino por nervios.

Sé que Esmeralda ve en mí a un hombre seguro, decidido y lanzado. Sé que es lo que ve porque es así como soy con todo el mundo... menos con ella. O debería decir que no puedo ser así con ella cuando suspira y decide que va a dejarme ver su interior en toda su gloria, y no hablo solo de su desnudez. Entonces mi seguridad se sienta a mirarme en una esquina, riéndose de mí y retándome con la mirada. Mi determinación no desaparece, pero porque llevo tanto tiempo soñando con esto que no me perdonaría en la vida dar un solo paso atrás.

—Vamos dentro —susurro en su oído mientras mis manos acarician sus costados y rozan sus pechos.

Ella asiente, se gira y me besa los labios antes de contonearse hacia el interior de una forma tan majestuosa que a punto estoy de caer de rodillas como un simple súbdito. Mi preciosa reina de hielo...

Cuando sus pies tocan la alfombra del centro de la habitación yo solo he conseguido llegar al marco de la puerta. La miro sin perder detalle de su cuerpo, su cara y su postura firme, pero relajada. Su pelo sigue recogido en un moño y estoy empezando a odiarme por no habérselo soltado ya. Sus ojos están plagados de dudas que puede ocultar a todos, menos a mí, pero aun así alza la cabeza y hace que su barbilla sobresalga orgullosa, solemne, desafiante. Como si quisiera hacerme saber que me tiene en su poder. Y joder, es que es así. Me quito la chaqueta y la dejo en el suelo pensando que muy pronto nuestras ropas estarán desperdigadas por toda la habitación. No quiero que la deje ordenada en el diván, ni a los pies de la cama. Quiero que sus bragas cuelguen del poste de la cama y mis vaqueros estén tan cerca de la chimenea que, de estar encendida, arderían. Quiero ver su sujetador sobre el suelo de madera mañana cuando despierte, porque así me daré cuenta de que no es un sueño. De que la desnudé, le hice el amor, me la follé, dejé que me hiciera el amor y me folló de tantas formas que ni ganas nos quedaron de recoger nuestras prendas.

—Te advierto de que no soy buena en la cama —me dice ella con seriedad.

Sonrío con dulzura y me acerco a ella sin vacilar más. Sé que, a pesar de todo, se siente insegura. Me ha dicho de muchas maneras durante este tiempo que no debería hacerme ilusiones porque ella en la cama es fría y no sabe cómo hacer disfrutar a un hombre. Las primeras veces me lo tomaba casi a risa, pensando que no era más que un pequeño complejo pero, cuando me di cuenta de hasta qué punto ella cree que es nefasta para las relaciones íntimas, odié a cada hombre de su vida que le recriminó no satisfacerlos. No digo que yo vaya a ser mejor, pero al menos tengo claro que si algo no funciona es porque yo no lo he intentado con todas las ganas. Sé que ella es difícil, no me engaño. Es complicada, enrevesada y odia decir lo que piensa, así que entiendo que esos hombres acabaran sintiéndose avasallados, y los pobres inútiles en vez de admitir que se sentían poca cosa al lado de alguien tan imponente, decidían culparla y darle la vuelta a la tortilla para mantener sus egos limpios. Quizá porque hay hombres que prefieren salir de una cama con orgullo que con el recuerdo de un buen polvo auestas. En el fondo agradezco que en su vida haya tenido que lidiar con ese tipo de impresentables, porque así mi propio ego se inflará cuando consiga demostrarle que no solo es buena en esto del sexo, sino que, para

mí, es la mejor.

—Hacemos una cosa —murmuro en sus labios—. Tú te vas quitando las horquillas del pelo, porque no quiero darte tirones, y yo me deshago de toda esta ropa.

—Los tirones no son un problema, así que tranquilo. Adelante, cumple tu fantasía...

Sonrío y recuerdo la noche que le confesé por mensajes que soñaba con ver su pelo suelto.

—Joder, es que no sé cómo has conseguido mantenerlo oculto de mí dos años.

—No lo he tenido oculto, simplemente peinado.

—Lo puedes llevar peinado y suelto desde hoy.

—O puedes dejar de darme órdenes y disfrutar de lo que te doy por voluntad propia.

Me río entre dientes, la beso y le desabrocho el botón del pantalón con rapidez. Lo bajo hasta sus muslos junto a sus braguitas y me ocupo de subir su jersey. Ella se separa de mí y se lo saca de un tirón para seguir quitándose horquillas del pelo mientras yo muerdo su mandíbula y desabrocho su sujetador. Al tiempo que le bajo los tirantes por los hombros, su melena cae como un tsunami sobre su piel y las yemas de mis dedos. La alzo por las caderas y la tumbo sobre la cama para recrearme con la imagen que tanto he soñado. Hebras doradas y castañas se esparcen por sus hombros y la funda blanca del nórdico y yo siento que acabaré haciéndome daño con mi propio pantalón si no me lo quito de una vez y libero mi erección. Aun así, me ocupo de desvestirla primero a ella por completo. En cuanto su braguita sale por sus tobillos la miro y me maravillo con su cuerpo. Tan pálido, de pezones pequeños y rosados, erizados en este momento mientras su estómago se mueve al ritmo de su respiración nerviosa, aunque quiera ocultarlo. Su cintura estrecha. Sus caderas perfectas. Sus piernas largas. Sus venas azuladas marcándose en la curva de sus pechos y sus labios rojos de tanto como se los muerde a la espera de que yo hable, me mueva o haga cualquier cosa. Y lo haría, de verdad, le diría que es la mujer más perfecta que he visto en toda mi vida, pero es que las jodidas palabras parecen atascadas en mi garganta.

Esmeralda parece darse cuenta de que me he quedado en *shock*, porque se arrodilla en la cama y estira los brazos hacia mí. En este momento, me siento como si no fuera más que un pobre marinero atraído por cantos de sirenas. Trago saliva, me quito la camiseta y me acerco a ella. Cuando su mano se posa en mi pecho la mía lo hace en la curva de su cadera, abarcando su trasero apretándola contra mí. Su frente toca la mía y sus labios muerden mi barbilla antes de apoderarse de mi boca. Gimo y la abrazo mientras me dejo caer en la cama y separo sus piernas para colarme en el centro.

—Quítatelo todo —me pide ella en cuanto logramos acoplarnos.

Asiento y salgo de la cama de un salto. Me quito el pantalón a tirones, junto con el bóxer y no me percató de su mirada sorprendida hasta que vuelvo a estar entre sus piernas, rozándola en su centro con mi erección.

—¿Qué? —pregunto mientras beso su boca entreabierta.

—Es... grande. —Carraspea y se relame los labios—. Es muy grande.

La miro un poco sorprendido y acabo riéndome, porque nunca pensé que me dejaría ver su asombro con tanta claridad.

—Puedes con ella, nena.

—Eso espero —musita—. Tenemos que estar en esta postura todo el tiempo —dice mientras sus piernas se enroscan en mis caderas—. Penétrame.

Niego con la cabeza y beso sus labios antes de resbalar por su cuerpo un poco y mordisquear su pezón derecho.

—Esto no ha hecho más que empezar, Esmeralda.

Ella no protesta, pero tampoco hace nada por darme la razón. Está tensa, lo sé. Noto su nerviosismo y creo que casi puedo oír su pulso latir desenfrenado, pero no haré esto rápido y en una sola postura. Llevo dos jodidos años esperando poder repasarla entera con mis manos, mi nariz, mis besos, mi lengua, mi saliva... Esto no empezará y acabará con la maldita postura del misionero. No sin que antes me haya

saciado de su cuerpo y haya conseguido que ella se abandone al placer sin reparos.

Sus pezones responden a mi boca más que su cerebro, eso está claro, y la piel erizada de su estómago cuando desciendo con mi lengua me indica que voy por buen camino. Su entrepierna es suave, húmeda, cerrada y abierta al mismo tiempo. Sus piernas luchan por mantenerse tensas, pero al primer lengüetazo se dejan caer en el colchón. Mis dedos la encuentran, la penetran y la hacen gemir de verdad. Nada de suaves jadeos en voz baja, no, esta vez ha sido un gemido alto y claro y si con mis siguientes movimientos no consigo que su espalda se arquee y desee correrse en mi boca, entonces me bajo de esta cama y me quito el rango de hombre capaz de complacer a una mujer.

Pero lo consigo, vaya si lo consigo... Ella se arquea, aprieta en cada uno de sus puños un cojín y se muerde el labio mientras su respiración se entrecorta y su cuerpo se tensa. La punta de mi lengua hace movimientos circulares en su clítoris y sé que lo he conseguido cuando una de sus manos suelta el cojín y se aferra a mi nuca.

—¡Nate! —grita antes de que su cara se alce buscando mi mirada.

Nuestros ojos se encuentran. Los suyos nublados de placer. Los míos por encima de su entrepierna mientras mis labios besan con suavidad su clítoris. Ella está preciosa, caliente, mojada y acaba de tener un orgasmo gracias a mí... Podría decir que no pido más, pero es que sí pido. Quiero más, quiero sus piernas enredadas en mis caderas y colarme en lo más hondo de su ser, no solo físicamente.

Subo por su cuerpo, enmarco su rostro entre mis manos y la hago girar para que quede sobre mi cuerpo.

—Fóllame, Esmeralda. Móntame y lleva el ritmo que necesites.

Ella parece sorprendida y, por un momento, hasta sopesa negarse, lo sé, la conozco demasiado, pero, por suerte, al final gana su deseo y después de acariciar su entrada con mi glande y volverme loco se apoya sobre mi erección y se deja caer poco a poco, clavándose en mí de todas las formas posibles.

Me aferro a sus muslos con fuerza y cuando ella se deja caer gimiendo y echando la cabeza hacia atrás a mí se me escapa un jadeo ronco y gutural, no por el placer físico, sino porque es ella... Esmeralda. La única mujer que me ha hecho pensar, sin querer, que mi vida sin ella es posible, pero carece de tantos sentidos que ni siquiera se cuantifican porque ella es todo. Luz y oscuridad. Dulce y salado. Blanco y negro. Cordura y locura. Cielo e infierno. Los extremos se fusionan de tal manera que a veces creo que acabaré por volverme loco.

—Nate —gime mientras se mueve haciendo círculos para adaptarse a mí.

—Ven aquí. —Tiro de sus manos y acaricio su espalda mientras sus pechos se pegan a mi torso y sus caderas obran magia sobre mí—. Así, joder, así.

—¿Te gusta de verdad?

Abro los ojos y me encuentro con su mirada verde, su pelo enmarcando su cara y sus labios hinchados y enrojecidos. Por un momento he pensado que solo lo pregunta para saber si tiene que cambiar algo, pero ahora que la miro sé que de verdad quiere darme placer. Está... vulnerable, y es algo a lo que ni ella ni yo estamos acostumbrados.

—Me encanta, nena. —Gimo y alzo mis caderas clavándome más en ella—. Así, hazme tuyo. Más tuyo todavía.

—Nathaniel.

—Joder, me encanta que digas mi nombre entero.

—No es verdad —jadea ella en mi boca.

—Lo es cuando me estás follando y llevándome a la puta locura.

Esme se ríe entre jadeos y se alza de nuevo para tener más movilidad. Mis manos van a sus pechos y por un momento me quedo maravillado con el contraste de nuestras pieles. Ella tan pálida, yo tan moreno y, sin embargo, siento que hasta nuestros tonos encajan a la perfección.

Me fijo en una gota de sudor que resbala por su canalillo y me alzo para atraparla con mi lengua.

Ella enlaza los brazos alrededor de mi cuello y yo me agarro a su culo para moverla con más rapidez. Estamos cerca, lo noto y sé que si no cambio ya de postura se pondrá tensa. Además, tenemos una semana entera para probar mil cosas así que me tumbo arrastrándola conmigo, la hago girar en la cama y me cuelo entre sus piernas, penetrándola de una estocada y haciendo para que rodee mi cintura en vez de mis caderas y así tener más profundidad. Esme gime sin control y repite mi nombre una y otra vez, volviéndome loco. Yo estoy tan ido que ya ni siquiera puedo pensar en nada que no sea correrme en su interior y el momento está tan, tan cerca, que acaricio su clítoris intensificando las caricias y en cuanto siento que su orgasmo se desencadena me desplomo sobre ella y embisto una última vez para quedarme quieto en lo más profundo de su ser y correrme sintiendo un placer mezclado con algo... primitivo. El sentimiento de pensar que la estoy dejando embarazada, aunque no sea en este polvo en el que se quede, da igual. Es la sensación más plena, la de saber que no hay barreras, que ahora somos uno y que separarnos ya no es una opción, por cabezona que se ponga.

—Te quiero —jadeo en su oído con la poca fuerza que me queda.

Ella gime bajito y busca mi boca para besarme con tanta ternura que mi pulso, en vez de relajarse, se acelera más. No me devuelve esas dos palabras, pero no me importa, porque, aunque ni siquiera ella se haya dado cuenta, yo sé que ya las siente.

—No puedo... —susurra como si leyera mi mente.

—No te preocupes. —Beso su mandíbula y sonrío para quitarle importancia—. Algún día me las dirás, estoy seguro.

—Nate...

—Un día dejarás de correr y, lo que es más importante, me pedirás que me quede a tu lado. Solo eso, que me quede. Y ese día, Esmeralda, será el más feliz de mi vida.

Ella cierra los ojos y no contesta, yo beso su nariz y hago amago de salir de su cuerpo, pero Esme se tensa y me para negando con la cabeza.

—Espera.

—¿No decías que querías alzar las piernas y...?

—Aún no. Es cosa de los dos y si funciona, quiero que estemos aquí por igual.

Es lo más parecido a una declaración que he tenido hasta el momento así que sonrío, entierro la cara en su cuello y aspiro el aroma que desprende a sudor y sexo mientras cojo sus piernas y las elevo bien pegadas a mi cuerpo para que no tenga que hacer tanto esfuerzo.

Y así, meciéndonos con suavidad y pensando en un futuro bebé, en repetir cuanto antes, en lo bien que sabe su piel desnuda y en lo jodidamente guapa que está recién follada, se nos va lo que parecen minutos, pero igual han sido horas. ¿Quién sabe? Y lo más importante: ¿A quién le importa?

Sonrí con la mejilla apoyada en el colchón, boca abajo, mientras noto los labios de Nate en mi espalda. Se ha empeñado en contarme las pecas del cuerpo, como si eso fuera posible y, aunque ha empezado señalándolas con sus dedos, pronto los ha sustituido por los labios. Sospecho además que ya no besa solo donde mi piel está marcada, sino que está buscando una ronda más.

—Estoy rendida —murmuro.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Noto su sonrisa en el centro de mi columna y no puedo evitar reírme un poco—. Te hacía más resistente, abogada.

—Soy muy resistente, doctor, pero usted sabe bien cómo agotar a una mujer.

Oigo su sexi risa y me muerdo el labio inferior, porque aún no puedo creerme que estemos así. Ni siquiera sé la hora que es, pero estoy segura de que no falta mucho para que amanezca. Hemos hecho el amor dos veces desde que llegamos, sin contar con los juegos preliminares, a los que Nate es casi adicto. No me quejo, conste, pero el sueño empieza a poder conmigo y, además, teniendo en cuenta que hace mucho que no practico sexo, me siento irritada e incómoda. No voy a contar ya que el tamaño de la entrepierna de Nate no ayuda en nada con esto último.

La verdad es que nuestra primera vez fue muy distinta a como la imaginaba. Si bien es cierto que no conseguí relajarme del todo, también lo es que él se mostró implacable en cuanto a intentarlo una segunda al poco tiempo. No dejó de abrazarme, besarme y susurrarme palabras románticas y guarras al mismo tiempo. Acabe tan caliente que incluso creo que le murmuré unas cuantas de vuelta. Y digo creo, porque con él todo es tan intenso que ahora, en frío, me cuesta recordar cada parte con detalle.

Lo único que sé con certeza es que ha conseguido que por muchos momentos me olvide de cuál es el motivo por el que estamos aquí, y eso me parece bien y mal a partes iguales. Bien, porque estoy disfrutando muchísimo y mal, porque quizá debería centrarme aún más en descansar para que mi cuerpo empiece a crear vida con tranquilidad. Frunzo el ceño ante el pensamiento, porque eso, de pronto, no me parece divertido, ni me apetece. No quiero dormir y pasarme horas con las piernas en alto esperando que su esperma haga el trabajo y, desde luego, no quiero hacerlo solo una vez al día por miedo a que su semen pierda fuerza. Quiero que nos pasemos toda la semana desnudos y que lo hagamos cuanto más, mejor. Y si pienso eso después de solo unas horas, no quiero ni imaginar lo que llegaré a pensar el domingo cuando volvamos.

—Eh... —Su voz me trae de vuelta, me gira y se cuela entre mis piernas para mirarme a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—No, nada no. Estabas bien y de pronto te has tensado. ¿He tocado o besado algo que te incomodara?

—No, no. —Relamo mis labios y sonrío un poco—. Solo pensaba en nuestra vuelta.

—Para eso faltan siete días. ¿Tan pronto quieres librarte de mí?

—Al contrario —susurro mirando su boca y pasando la yema de mis dedos por ella. No quiero centrarme en sus ojos, porque sé que acabo de admitir que no quiero que esto se acabe nunca y él querrá hablarlo. Y yo no soy una cobarde, pero tampoco tonta. No quiero tocar ese tema ahora mismo, así que al final beso su mentón y hablo en su oído—. Me apetece bastante probar la ducha con efecto lluvia. ¿Te apuntas?

—Si algún día en toda nuestra vida digo que no a una pregunta así, márame.

Me río y cuando quiero darme cuenta voy en volandas hacia el cuarto de baño. Nate abre el grifo

haciendo que el agua salga por arriba directamente y no puedo evitar gritar al sentirla helada en mi piel. Él se ríe, pero empieza a girar manivelas a toda prisa mientras yo intento salir de la ducha y me lo impide sujetándome por la cintura.

—Venga, cobarde, el agua fría reactiva la sangre.

—¡No, no, no, no! —digo protestando y castañeando los dientes—. ¡Dios! Es como nieve directa en mi cuerpo.

—Exagerada... —Me pega a la pared y me besa con tanta pasión que casi acabo olvidando el frío que tengo. Casi—. Piensa que así practicamos para cuando lo hagamos en el jacuzzi, que será muy pronto.

—En el jacuzzi primero programaremos el agua.

Él se limita a sonreír y besar mi nariz mientras sus dedos acarician mi frente, mi nariz y mis mejillas hasta llegar a mis ojos. Al principio frunzo el ceño, porque es una caricia extraña. Luego me doy cuenta de que en realidad está quitando los restos de maquillaje y ahora puede ver mi cara pecosa. Dos años ocultándole todas estas marquitas que me ponen de los nervios, y acabo de mostrárselas de la peor manera posible, porque me juego el cuello a que el rímel también se está corriendo por mis mejillas.

—Preciosa...—susurra antes de besarme acariciando mis dos mejillas—. Como si algún jodido Dios te hubiese pintado una a una las pecas justas para ser más perfecta todavía.

—Son odiosas, demasiadas y...

No puedo seguir hablando porque su boca arrasa con la mía y, cuando quiero darme cuenta, vuelvo a estar en el centro de la ducha, esta vez con agua caliente cayendo sobre nuestros cuerpos. Nate se despega de mí lo justo para que el agua caiga ahora desde todo el techo e incluso desde el frontal. Es como estar en medio de una tormenta y sonrío en su boca, porque me encanta. Me encanta que siempre parezca saber lo que quiero o me gustaría. Me separo de él y beso su cuello, sonriendo cuando noto su erección en mi estómago.

—Incansable...—murmuro en su hombro.

—Ignórala —susurra él de vuelta mientras enreda las manos en mi pelo—. Deja que te lo lave.

Asiento y le sonrío besándolo antes de separarme de su cuerpo y empezar a arrodillarme.

—Puedes lavarlo luego.

—Esme... ¿Vas a...? Joder, sí —gime cuando me llevo su erección a la boca—. Sí, nena, sí.

—Parece que tenías ganas, ¿eh?

Nate me dedica una risa entrecortada y acaricia mis mejillas mientras yo intento esforzarme al máximo para darle placer. La verdad es que por lo general no disfruto demasiado del sexo oral, pero con él todo es tan distinto que... no sé, parece bonito. Parece correcto. Con él todo lo primitivo, romántico, natural y perverso parece correcto y todavía no sé si eso es bueno o malo.

Me aferro a sus muslos al principio e intento no mirarle, porque a pesar de todo estoy pasando vergüenza, pero cuando le oigo gemir y noto cómo se corta el agua sé que él quiere verme bien, así que alzo los ojos y beso su glándula mientras le sonrío un poco.

—¿Sabes que esta era una de mis mayores fantasías contigo? —pregunta mientras empuja su erección más adentro en mi boca. Niego con la cabeza y me concentro en chuparle—. No dejaba de imaginar cómo sería mirarte mientras me comías la polla. Así, suave... hasta el fondo. —Gime cuando hace tope en el fondo de mi garganta y cierro los ojos, porque sus palabras me encienden y avergüenzan al mismo tiempo—. No, Esmeralda, mírame, por lo que más quieras, no me prives de tus ojos ahora.

Lo hago, porque a pesar de que Nate es muy dulce consigue que su tono divague entre el imperativo y la súplica siempre, y no sé cómo resistirme a eso. Ni siquiera sé cómo demonios consigue hacer eso. Le chupo, le acaricio y hasta clavo mis uñas en su trasero intentando devolverle, aunque sea, un poco de todo el placer que él me ha dado a mí en estas horas. Nate jadea cada vez más y cuando pienso que va a llegar al orgasmo me coge de los hombros y me sube, poniéndome de pie y cogiéndome en brazos luego.

Me apoya en la pared y acaricia mi entrepierna con premura.

—Estoy lista —jadeo.

Y es sorprendente, pero cierto, porque nunca antes me había excitado tanto practicándole sexo oral a un hombre, pero con él todo es... distinto. Nate consigue que me sienta poderosa, bella y experta en temas amorios. A veces quiero recordar que no soy buena en esto, pero luego él me mira, o gime en mi oído y lo olvido, creyendo que sí lo soy, porque él está aquí, visiblemente afectado por lo que le he hecho y sé que disfruta. Nate no me engañaría jamás, pero además es que no puede evitar que su cuerpo reaccione a mis caricias y eso me hace sentir tan bien que no sé cómo gestionarlo.

Me penetra con suavidad y me aferro a sus hombros mientras sus caderas se mueven dentro de mí. Intento ayudarlo moviendo las mías, pero él me frena en seco sujetándome de los muslos y mirándome a los ojos.

—Solo siénteme. Solo eso.

Asiento cerrando los ojos y apoyo la nuca en la pared mientras él entra y sale de mi cuerpo. Me sorprende pensar que estaba dispuesta a dejar que se corriera en mi boca, en mi pecho o donde él quisiera. No por el acto tan íntimo que sería, que también, sino porque se supone que estamos aquí para que siempre acabe en mi interior e intentar que pueda tener un bebé. Una vez más pienso que igual estoy perdiendo mi objetivo de vista, e intento sentirme mal, casi me lo impongo, pero luego él me baja al suelo, me da la vuelta y aplasta mi pecho contra los azulejos susurrando todo tipo de perversiones en mi oído, me penetra desde atrás y... ¿Cómo voy a sentirme mal así, si todo lo que puedo pensar es que no quiero que esto termine en la vida?

Nuestros gemidos se entremezclan y sé que está cerca, por eso yo misma cojo su mano y la llevo a mi clítoris. Podría hacerlo yo, pero sé que quiere conseguir que llegue al orgasmo con sus propios medios y para ser sincera, yo también prefiero que sea él quien lo consiga. Nate muerde mi cuello y yo me deshago en sus manos. Grito mi orgasmo y no he acabado de tener espasmos cuando él gime en mi oído.

—Me corro, cariño, joder... —Se entierra todo lo que puede en mi cuerpo y estalla derramándose en mi interior.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, buscando el hueco de su hombro para sentirlo más cerca de mí. Él se da cuenta y deja de pegarme a la pared para rodear mi cintura con sus brazos y besar mi cuello con suavidad.

—Nate...

—¿Mmmm?

No sé qué quiero decirle, la verdad, solo sé que necesito decir su nombre y constatar que es él quien está aquí conmigo. Por suerte, parece entender que no voy a decir nada, así que se limita a abrazarme hasta que mi piel se eriza. Sale de mi cuerpo para abrir el agua caliente y, en cuanto se despega de mí, siento que me falta algo, lo que es una estupidez, pero es que cuando él está dentro de mí me siento tan completa, tan llena y tan dichosa que me da rabia que se aleje, aunque solo sea unos centímetros.

—Y ahora, sí, voy a cumplir con mi otra fantasía.

—¿Ya? Joder, ni siquiera tú puedes... —Me callo cuando le veo coger el champú de la repisa y asiento—. Quieres lavarme el pelo.

—Porfi... —dice con voz aniñada.

Pongo los ojos en blanco, porque parece mentira que el hombre que ahora dice cosas dulces y pone cara de no haber roto un plato en su vida sea el mismo que hace diez minutos me empotraba contra los azulejos. Me giro y dejo caer todo mi pelo por mi espalda para disfrutar de sus manos. Para mi sorpresa lo hace bastante bien y hasta masajea mi cuero cabelludo.

—¿A cuantas mujeres le has lavado el pelo?

—A ti nada más, celosilla —dice en tono burlón.

—Me da igual. Solo era una pregunta para hablar de algo.

—Ya... —Nate se ríe y empieza a aclarar mi cabello—. En realidad, en casa de mis padres había un perro, y alguna vez he tenido que lavar el pelo a Diego o a Einar después de una borrachera, pero ninguna de esas veces ha sido tan agradable como esta.

—Espera, espera. —Me giro riéndome y lo miro a los ojos—. ¿Has lavado el pelo a Einar y Diego? ¿Solo el pelo?

—Sí, listilla, solo el pelo y en el lavabo. No he frotado sus espaldas así que deja de imaginar escenitas subidas de tono entre nosotros.

—No he hecho eso.

—Y tanto que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque has puesto cara de viciosa.

—¿Qué...? ¡Yo no tengo cara de viciosa!

Nate se ríe esquivando el empujón que pretendía darle y me coge de los brazos besándome con fuerza.

—Desde luego que la tienes, y hace solo unos minutos que me la dedicabas sin ningún tipo de pudor.

—De eso nada.

—¿Y decías que eras fría en el sexo? —pregunta él ignorándome—. ¿Qué es para ti ser caliente, entonces?

Me río, porque es imposible que me tome a mal sus palabras cuando sé que solo quiere ser jugueteón y, de paso, sacar algún tipo de información de mi pasado.

—Para que lo sepas, contigo es distinto —digo en tono presumido, aunque en cuanto acabo de pronunciar la frase sé que para él significará mucho. Pienso durante un segundo si debería callarme o ser sincera, y como hemos quedado muchas veces ya en que no soy una mentirosa, sigo—. Antes no conseguía disfrutar del todo, ni relajarme. Era como si... como si no pudiera ser yo. O sí, era yo, porque me mantenía un poco impasible y fría. Supongo que es ahora cuando no parezco yo, ¿no? Es raro y complicado.

—O quizá esta es tu verdadera tú —susurra él pasando las manos por mi espalda y peinando mis mechones mojados—. A lo mejor solo necesitabas confianza para soltarte y mostrarte tal como eres de verdad.

—No soy una mujer dulce, Nate, no te engañes.

—No eres una mujer dulce por lo general y en el exterior, pero en la intimidad... Eres como morder un terrón de azúcar, Esmeralda.

—¡De eso nada! —exclamo haciéndome la ofendida para no dejarle ver que sus palabras me han calado hondo y me han encantado—. Soy una mujer fuerte, luchadora, que no se achanta ante nada y...

—Y que disfruta como una loca cuando cierto doctor negro la folla a base de bien.

—Dios mío, eres tan vulgar a veces...

—A ti te encanta que lo sea.

—Es como si te saliera una rama bipolar. Un minuto eres el encantador, educado y formal doctor Morgan y al siguiente pareces un perverso insaciable.

—Soy encantador, educado, formal, un perverso e insaciable, así que no puedo poner ninguna pega a lo que has dicho. —Me río, aunque no quiera y cojo el gel de baño.

—Eres un sabelotodo. Me toca enjabonarte, y más te vale no tomarte esto como un inicio de otra ronda, porque no puedo más.

—Ajá.

—Te lo digo en serio. Y tú tampoco puedes más.

—No hables por mí, preciosa.

—Presuntuoso...

—Te quiero —dice él besando y mordiendo mis labios—. Te quiero más que a mi vida, Esmeralda.

Sus palabras me descolocan, no porque me pillen de sorpresa, porque ya me lo dijo la primera vez que lo hicimos e incluso antes de eso ya sabía que estaba enamorado de mí. No es eso, es que... es que no parece importarle que yo aún no sea capaz de decirle esas mismas palabras. ¡Por Dios! Hasta hace unos días ni siquiera había pensado que de verdad pudiéramos iniciar una relación, y ahora... no sé, ahora todo es distinto. Cada vez puedo negarme menos que esto me gusta, que podría acostumbrarme a estar con él y que parecemos encajar de maravilla también en el sexo. Pero es que si sale mal...

—Nate... —comienzo a decir.

—No digas nada —dice en tono serio—. Si vas a decirme que no me quieres, mejor no digas nada, ¿vale? Puedo con eso, pero no sé si puedo con que me rechaces.

—No te rechazo... —murmuro antes de saber lo que estoy diciendo—. Es que... es que para mí es complicado.

—Lo sé, por eso prefiero que no digas nada, pero tampoco me prives a mí de decirte lo que siento. ¿O te molesta?

—No, no me molesta. Me... gusta, aunque sea egoísta. —Hago acopio de valor y le miro a los ojos—. Sé que no debería disfrutar sabiendo que me quieres tanto, pero una parte de mí se siente muy orgullosa de haber conseguido que alguien como tú esté enamorado de mí.

Nate sonrío y me abraza besando mi pelo.

—Si tú quisieras, podrías poner de rodillas a cada hombre de este maldito mundo.

—No quiero poner de rodillas a ningún hombre, ni siquiera a ti. —Beso su mejilla y paso mis manos jabonosas por su espalda—. No te quiero de rodillas, sino de pie, a mi lado.

Él asiente y besa mi frente mientras los dos nos mecemos al compás de una música que no existe.

—Mi preciosa reina de hielo... tan fuerte y frágil a la vez —susurra en mi oído justo antes de sacarme de la ducha, envolverse en una toalla y sentarme sobre el mármol del lavabo.

No digo nada, no puedo y, además, estoy disfrutando demasiado de sus atenciones, así que en los siguientes minutos le miro secarse a toda prisa y luego le permito que desenrede mi pelo, lo peine e incluso lo seque con el secador en silencio. Cuando acaba me lleva en brazos a la cama, me mete bajo el nórdico y me llena de caricias y palabras preciosas que atesoraré siempre en mi recuerdo.

En algún momento me doy cuenta de que está amaneciendo, cierro los ojos rendida y sonrío casi por inercia. Es entonces cuando me parece oír su voz en la lejanía, apagada por Morfeo, que ya me lleva en sus brazos y no me deja prestarle toda mi atención.

—Algún día, me pedirás que me quede contigo siempre. Algún día...

Tres días de después de nuestra llegada hemos conseguido, no solo trasladarnos del dormitorio al salón, sino dar un pequeño paseo por el bosque y todo. Y sí, vale que ha durado como veinte minutos, pero dado nuestro historial desde que llegamos ha sido todo un logro.

Ahora estamos en la alfombra tirados frente a la chimenea porque, aunque sea primavera, aquí de noche hace bastante frío. Estamos comiendo unas verduras y patatas asadas acompañadas de zumo de naranja natural. Para otro puede que sea una cena aburrida, pero a mí me encanta y que él la disfrute tanto como yo me gusta aún más. Nate me está hablando de los casos que más le han dolido hasta el momento en su profesión. Niños que murieron o que padecieron y padecen enfermedades crónicas y un montón de historias que me hacen pensar que yo jamás podría dedicarme a la medicina, y menos cuando de niños se trata.

—Es que, no sé... ¿Llegas a acostumbrarte alguna vez?

—No —contesta de inmediato—. No. Creo que el día que me levante acostumbrado a ver morir a un niño, será el día que deba cambiar de profesión.

Asiento, porque le entiendo. El día que yo deje de enervarme con las injusticias de este mundo y me dedique solo a rellenar papeleo, como tantos otros compañeros, también será el día que pensaré en dejarlo de lado, porque ya habré abandonado lo más importante de mi carrera: la vocación. En su caso sé que es lo mismo, así que no hace falta ni siquiera que me explique por qué piensa de esa forma.

En realidad, cuando de Nate se trata no hace falta que me explique nada, ni viceversa, porque nos entendemos tan bien que asusta un poco. Es cierto que ya éramos amigos, pero quizá mis puyas y esa barrera que alzaba constantemente no me permitían ver hasta qué punto parecíamos estar hechos el uno para el otro.

Lo sé, que esté pensando esto solo tres días después de estar con él en esta cabaña es aterrador, pero supongo que estos sentimientos no son nuevos. Solo estoy dejándolos salir ahora, porque resistirme ya parece absurdo. No cuando es evidente que juntos podemos ser geniales.

A él no le digo nada de todo lo que pienso porque no sé si cuando regresemos a Sin Mar y a la ciudad volveré a cambiar de parecer. Igual el entorno me está afectando, no lo creo, pero si es así no quiero tener que pasar por quitarle la ilusión que yo misma le doy. Sé que nota cambios, que se ha dado cuenta de que ya no reniego cuando habla de un futuro juntos, pero siento que sabe muy bien dónde está la línea y, aunque la roza a menudo con sus palabras, procura no pasarse, quizá porque teme que yo acabe estallándole en la cara.

—¿Piensas en nuestro bebé? —me pregunta de pronto mientras deja su tenedor en la mesa y se retrepa, apoyando la espalda en la parte baja del sofá.

—¿Ahora? No.

—No, no me refiero a ahora. En general... ¿Piensas en él o en ella?

—Sí, claro.

Él sonrío y asiente mientras mira el fuego arder y yo dejo mis cubiertos y me siento a su lado. Nate enlaza nuestros dedos y juguetea con ellos mientras sigue hablando.

—Pero... ¿piensas en él o ella como en una persona, o solo como algo que deseas? —Lo miro sin entender e intenta explicarse—. Me imagino jugando con él o ella, y hasta cambiándole los pañales —confiesa—. A veces, cuando estoy solo, me gusta pensar en cómo serán sus ojos, por si tenemos suerte y tiene mi tono de piel y tus ojos. Sería genial, ¿verdad?

—Sí. —Sonrío, hipnotizada por sus palabras—. Y aunque no tenga mis ojos, será precioso, o

preciosa.

—¿Qué crees que será?

—No lo sé. No tengo ninguna preferencia. ¿Y tú?

—Tampoco. Tengo un hermano y una hermana y con los dos me he llevado siempre igual de bien.

Nos quedamos en silencio un momento, sonriéndonos y acariciándonos las manos. En realidad, me derrito mucho cuando él habla de nuestro hipotético bebé. Sé que todavía no existe, o puede que con mucha suerte su vida esté empezando a gestarse ahora, pero para mí ya es una posibilidad real y, aunque he intentado no emocionarme de más, no he podido evitarlo. Tengo muchas esperanzas puestas en esto, en Nate y en mí. Sé que he cometido un suicidio emocional porque si algo sale mal voy a sufrir mucho, pero no puedo evitarlo. No sé cómo hacerlo, y tampoco sé si quiero, llegados a este punto.

—A veces paso por tiendas de bebés y me paro a mirar ropita, o incluso carritos y cunas —confieso. Me avergüenzo y miro a nuestras manos para no ver su cara—. Hasta he leído un montón acerca de cólicos del lactante, formas de dar el pecho y muchísimas cosas más. Sé que no debería hacer nada de eso hasta que el bebé exista y sea una posibilidad real, pero no puedo remediarlo.

Nate se ríe entre dientes y pone un dedo bajo mi barbilla para que le mire.

—Quédate aquí.

—Pero...

—Shhh, ya vengo.

Se levanta y le veo subir las escaleras a toda prisa. No puedo negar que me hubiese gustado que me dijera que no estoy loca, o que lo que hago es normal, aunque no lo sea. Supongo que el hecho de que no me haya juzgado de manera abierta ya es mucho, pero aun así...

Cuando vuelve un par de minutos después jadea un poco, lo que me hace fruncir el ceño. Bueno, eso, y que trae un paquetito en las manos.

—¿Qué es? —pregunto.

—La prueba de que yo te gano por mucho. Toma. —Cojo la cajita blanca y empiezo a soltar el lazo mientras él se sienta a mi lado y pasa un brazo por mis hombros. Está tenso, puedo notarlo y justo antes de abrir las solapas de la caja me para y me mira a los ojos—. Yo solo... —Niega con la cabeza y sonrío relamiéndose los labios—. Ábrelo, mejor.

Está muy raro y nervioso, pero no imagino bien por qué. Abro la caja de una vez y me quedo a cuadros cuando veo el interior. Meto la mano intentando que no me tiemble, todo hay que decirlo, y saco unos preciosos patucos con pompones rosas y verdes. Abro la boca para decir algo, pero las lágrimas me ganan la partida y las acabo derramando mientras abrazo a Nate. Puede que él no entienda bien lo que este gesto significa para mí, pero es la confirmación de que estamos en esto juntos, de que él desea esto tanto como yo. Es la prueba real y tangible de que lo que haremos será para siempre y nos unirá de por vida, para bien o para mal.

—Me encantan.

—Son hechos a mano y tenía miedo de que me tomaras por loco, pero es que... —Sonríe y apoya su frente en la mía—. Hay una recepcionista en el hospital que... —Se ríe con timidez y me cuesta la vida no comérmelo a besos, porque ahora mismo es muy, muy adorable—. Ella hace punto y esas cosas y yo... le pedí que hiciera unos patucos para mí, porque estaba intentando ser papá y... —Coge aire y me mira a los ojos por primera vez—. ¿Es muy patético?

Niego con la cabeza mientras las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas. Él las besa y acaricia mis labios con los suyos.

—Eres tan increíble...

—Te quiero, Esmeralda. Te quiero.

—Nate —sollozo y él me abraza con fuerza.

—No pasa nada —susurra en mi oído—. No pasa nada, mi vida. Todavía tengo amor de sobra para

los dos.

Intento parar mis lágrimas y explicarle que cada día que pasa las dudas menguan, pero la verdad es que no puedo. Quizá es que llevo demasiado tiempo intentando aparentar fortaleza frente a él y estoy harta. A lo mejor es que me he dado cuenta de que nadie, nunca, será capaz de ver a través de mí con tanta claridad como Nathaniel Morgan. Y puede que eso sea lo que yo quiero, que lo esté viendo claro por primera vez y eso me aterrorice.

Los sentimientos son tantos, tan confusos y tan intensos que opto por guardar silencio y rogar en mi interior que Nate no se sienta ofendido o vacío solo porque yo aún no puedo estar a su altura en cuanto a sentimientos se refiere. ¡O sí! Quizá sí lo estoy, lo que es peor, porque entonces estoy siendo cobarde, y siempre me he jactado de no serlo, así que encima de todo tengo el orgullo herido. Tomo aire con fuerza y me obligo a dejar de pensarlo ahora, porque no quiero estropear este momento, así que me separo de él, le beso y empiezo a sacarle la camiseta que lleva puesta.

—Hora del postre, doctor Morgan. Tenemos mucho trabajo que hacer para que esos patucos estén algún día puestos en los pies de un bebé nuestro.

Él besa mis labios y permite que le desnude con una sonrisa.

—¿Te he confesado alguna vez lo cachondo que me pone que tomes el control?

—Varios cientos de veces en estos días.

—No está de más repetirlo.

Nos reímos y empezamos a jugar a tentándonos, acercándonos y alejándonos, jugando con nuestros cuerpos y tomando casi a broma el inicio del sexo, pero pronto todo cambia y los jadeos lo inundan todo hasta que nuestros cuerpos caen rendidos y solo quedan las brasas del fuego y las perlas de sudor que resbalan por nuestra piel, demostrando que, una vez más, hemos conseguido superarnos.

A la altura del viernes ya no queda fruta, lo que, según Nate, es imposible, teniendo en cuenta que me llevé media frutería del súper.

—No contaba con que tú me robaras la mitad, más o menos.

—Dios, hemos acabado hasta con la sandía —dice sonriendo.

—Podemos acercarnos al pueblo y comprar un poco, al menos para hoy y mañana.

—Sí, vale, así cogemos algo de pescado fresco para comer, ¿quieres?

Asiento y subo a vestirme, porque mi indumentaria en estos días, menos cuando hemos salido, ha consistido en camisetas de Nate y braguitas, y si él se daba cuenta de que llevaba puestas éstas última me las quitaba sin ningún tipo de remordimiento.

Me pongo un pantalón negro y una blusa de rayas marineras y voy al baño a peinarme y maquillarme mientras él se viste. No pasan ni cinco minutos antes de que aparezca detrás de mí y me mire a través del espejo.

—No entiendo por qué te empeñas en tapar tus pecas y recoger tu pelo. —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Debería ser pecado, te lo digo en serio.

Sonrío y me giro mientras me pongo una horquilla en el pelo sin mirar, porque gracias a la costumbre ya no me supone ningún esfuerzo.

—Piensa que así es mejor para ti. Solo tú disfrutas de la Esme pecosa y de pelo suelto y desordenado.

—Eso me gusta —admite pegándose a él y mordisqueando mis labios—. Uno rapidito...

No es una pregunta, pero aun así me niego riendo y me deshago de sus brazos.

—Ni hablar. Primero bajamos al súper y cuando volvamos, con calma, lo hacemos tantas veces como quieras.

—Siempre dices que lo haremos tantas veces como yo quiera, pero luego te cansas en nada.

—¡No es verdad! Lo que pasa es que tú eres una especie de adicto sexual.

—Si de adicciones se trata, creo que es de las mejores, así que no deberías quejarte.

Me río y pongo los ojos en blanco. Salgo del baño y cuando llego al coche todavía viene detrás de mí protestando.

—¿Y en el coche? En el coche no lo hemos probado.

—Cierto. —Me giro y señalo el jacuzzi exterior—. Y ese tampoco, así que esta noche tú, yo y una botella de... ¿Hay vino sin alcohol?

—Si lo hay no pienso tomarlo. —Me río y hundo los hombros, porque con este hombre es imposible. Al final él sonrío y me abre la puerta del copiloto para que suba—. Podemos comprar una botella de Champán, ya sabes, para niños y...

—Oh, cállate. Solo quería poner un detalle romántico a nuestra cita de esta noche.

—Si no podemos beber alcohol será mejor que el detalle romántico consista en que me esperes desnuda en el borde del jacuzzi y me ruegues que te folle hasta dejarte sin sentido.

—Eso no va a pasar, primero porque moriría de frío en el borde del jacuzzi.

—Cobarde...

—Y segundo —digo en tono pretencioso, porque no me ha dejado acabar— porque estoy segura de que lo pida yo o no, vas a follarme hasta dejarme sin sentido.

Nate me mira sorprendido y se echa a reír mientras me besa.

—Ya puedes decir la palabra follarse sin que te parezca vulgar. Doy gracias al cielo porque, por un momento, pensé que estaba con Amelia.

—Si de verdad se te ocurre pensar en alguna de mis hermanas mientras estás conmigo, tu hombría va a sufrir mucho, te lo prometo.

Él se ríe de buena gana mientras da la vuelta al coche y se sube tras el volante, asegurando que era broma y que jamás en la vida ha imaginado a ninguna de mis hermanas en situación comprometida.

—Y tengo mérito, porque a Julieta la he visto en situaciones del todo comprometidas.

—Julieta no tiene vergüenza, eso ya lo sabemos.

Nos pasamos el camino hacia el pueblo riéndonos de esas situaciones y reconozco que no me queda más que admitir que, al menos, mi hermana sabe tomarse con filosofía estas cosas, porque estoy segura de que, si Nate llega a encontrar en su casa a Amelia medio desnuda, la cosa habría sido distinta. Más que nada porque habría tenido que atenderla cuando a ella le diera un infarto.

Llegamos al supermercado y reconozco que nada más entrar miro a la caja, pero mi amiga la rubia no está, lo que es de agradecer porque si el primer día ya me sentí celosa, ahora después de todo lo que ha pasado entre nosotros podría arrastrarla de los pelos si se atreviera a intentar ligar con él de nuevo.

Bueno, vale, reconozco que igual eso es exagerado, pero es probable que se hubiese llevado más de una mirada helada y alguna frase cargada de veneno, y no me apetece, la verdad.

Nate sonrío a mi lado y sospecho que es porque se ha dado cuenta de mi alivio instantáneo. Nos vamos derechos a la fruta y mientras yo me quedo decidiendo cuales nos llevamos él me avisa de que va a la pescadería para coger algo fresco. Asiento y quince minutos después, cuando he conseguido no llevarme media frutería, voy a buscarlo. Mala suerte es que la que atiende en la pescadería hoy sea mi amiguita.

De pronto mi buen humor se esfuma y me acerco a ellos como si me hubiesen puesto cadenas en los tobillos.

—¿Ya estás lista? —me pregunta Nate en cuanto me ve, tirando de mi mano y pegándose a su cuerpo.

Me besa en los labios y me siento un poco culpable por ser tan transparente. Sé que no le gusta que me sienta insegura, pero a mí me gusta menos y aquí estoy, así que...

La rubia sonrío, me mira con suficiencia y yo me siento... bien. Es extraño, pero ahora que ella me

mira con ojos fríos y la espalda erguida me ha recordado que no es la única aquí que puede tomar una postura intimidante y, teniendo en cuenta que el hombre al que quiere meter entre sus piernas es mío, en el sentido romántico de la palabra, no debería subirse tanto a la parra.

—Lista para volver a casa, amor. Aquí hace calor y la ropa empieza a molestarme otra vez.

Nate me mira con intensidad en vez de divertido, que es como yo pensé que lo haría. Se acerca a mi boca y creo que su lengua se enreda con la mía mucho antes de que nuestros labios se rocen. Podría decir que nos morreamos, pero eso ni siquiera empieza a definirlo. Nos poseemos las bocas de una forma que, de haber estado en otro sitio y con otro hombre, me habría avergonzado profundamente. Cuando logramos separarnos él besa mi nariz y se separa lo justo para mirarme con intensidad.

—Tardo menos de tres minutos en comprar el pescado y pagarlo todo, te lo prometo.

Le sonrío con descaro y, en vez de quedarme aquí para darle la satisfacción a la rubia de verme celosa, cojo el carro de la compra y me aseguro de contonear mis caderas hacia la caja.

Sé que mi método ha funcionado cuando oigo a la chica preguntarle a Nate si quiere algo más en un tono tan frío como el hielo. Sonrío pagada de mí misma, pensando que solo he necesitado un pequeño numerito propio de adolescentes para que se dé cuenta que Nate no está disponible y pienso, sin poder remediarlo, en lo mucho que han cambiado las cosas en cinco días, porque, aunque parezca una tontería, este episodio ha servido para demostrarme a mí misma que la Esmeralda que llegó aquí hace una semana no tiene nada que ver con la que soy ahora. Todavía soy celosa, eso es inevitable, pero creo que ahora puedo vivir sin atormentarme pensando en todas las mujeres del mundo a las que Nate podría mirar.

Ahora, aunque a mí misma me parezca mentira, creo en él, en su amor y en que esto, sea lo que sea, es de verdad. No somos dos jóvenes pasando el tiempo, sino dos adultos formando una familia y, aunque esa certeza me asusta, también me hace muy feliz, porque al final puede que esté consiguiendo todo lo que he deseado en secreto siempre.

A lo mejor, después de todo, sí hay un futuro para Nate y para mí, y el mero pensamiento hace que sonría todo el camino de vuelta.

21

Nate

Al final no solo estrenamos el jacuzzi, sino que repetimos a pesar de que Esme juró y perjuró que prefería esperar al día siguiente, o al menos a que amaneciera. Reconozco que convencerla para que nos metiéramos de madrugada no fue una buena idea. Yo imaginaba las estrellas, la luna y los farolillos alumbrando nuestros cuerpos y eso pasó, pero también hacía un aire helado que nos obligó a ponernos creativos y no pararnos ni un segundo para no tener demasiado frío. Con todo, entre uno y otro conseguimos aguantar dentro del agua como dos campeones. Eso sí, hoy Esme ha amanecido con la voz tomada y yo me siento un poco culpable, porque ella ya me avisó de que acabaría cogiendo una gripe si no entraba en casa.

—Déjalo ya —me dice mientras guarda su ropa en la maleta—. Estoy bien.

—Estás un poco ronca.

—Tú que eres médico deberías decirme que tener la voz tomada no es sinónimo de estar enferma.

—Y tú que eras la que insistía en que acabarías por ponerte mala deberías decirme eso de «Te lo dije» y regodearte bastante.

Ella suelta la ropa y viene hacia la cama, donde estoy sentado mirándola. Se monta sobre mis muslos y rodea mis hombros mientras yo pienso en lo mucho que ha cambiado en estos días. Ahora me busca a menudo para darme caricias, besos o simplemente estar cerca de mí. Hasta juraría que actúa y parece una mujer enamorada, quizá porque lo está. No es que quiera vanagloriarme de nada, pero siempre he tenido la seguridad de que Esme también siente algo por mí; algo que se niega a sí misma por miedo a cualquier idea que se le haya metido en la cabeza. Estar aquí una semana juntos y solos ha hecho que ella baje las barreras y me permita entrar en su mundo. Antes era transparente para mí porque siempre he creído entenderla, pero ahora me doy cuenta de que había cosas en las que estaba equivocado. Ahora por fin creo que lo sé todo sobre ella. Sé, por ejemplo, que tiene pánico de no poder concebir el bebé que tanto deseamos, igual que sé que ha rechazado un ascenso en el bufete en el que trabaja solo para poder tener más tiempo libre cuando consiga ser madre. Su deseo de conseguirlo es tal que ya está retocando su presente para acomodarlo a su futuro y, aunque me encantaría tener la seguridad de que esto va a funcionar, la verdad es que no lo sé.

No quiero ser pesimista, pero después de tres inseminaciones fallidas no sé lo que podemos esperar, y no porque Esme tenga algún tipo de problema, porque no es así y me ha mostrado cada analítica y prueba que se hizo al respecto para constatar que es completamente fértil. El problema es que no consigue relajarse, o no lo conseguía al menos, porque en los últimos días he visto cómo disfrutaba de mis caricias y, aunque la mayor parte de las veces nos quedábamos pegados y meciéndonos un ratito cuando acabábamos de hacer el amor, ha habido varias en las que nos hemos separado y se ha ido a la ducha como si nada, sin pensar en poner posturas absurdas para ayudar a que el semen llegue antes a su destino.

Y estoy feliz, no puedo negarlo, pero también asustado, porque no sé qué va a pasar a partir de mañana, cuando llegemos a casa. Esto ha sido increíble para mí y sé que ella lo ha disfrutado mucho, pero yo quiero irme de aquí con la certeza de que somos una pareja y, de momento, lo único que ella ha admitido, es que quiere seguir teniendo sexo conmigo hasta que le venga el periodo, si es que tenemos mala suerte y le viene. No me puedo quejar, la verdad, porque la Esme del pasado solo me habría permitido estar con ella en los días de ovulación, pero por otra parte es inevitable querer más de ella.

Yo lo quiero todo, ella lo sabe y, aunque sé que se siente mal cada vez que le digo cuánto la quiero,

también sé que no va a mentirme y devolverme esas palabras solo para complacerme. Se lo agradezco, la verdad, porque prefiero que vaya de frente con sus sentimientos, pero eso no quiere decir que no duela.

—¿Estás bien? —pregunta mirándome con dulzura.

Esa dulzura que ni ella misma cree tener y que yo he podido saborear y disfrutar en forma de caricias, gemidos y orgasmos.

—Estoy bien. Es solo que voy a echar de menos esto. Tenerte a un palmo de distancia, poder besarte cuando quiera y... no sé, vivir a tu lado.

Esme asiente, entendiendo mis palabras y, cuando pienso que va a volver a guardar silencio, como casi siempre que la conversación se torna sentimental, habla.

—Yo también. La verdad es que la idea de volver a la casa de mi padre con mis hermanos es un poco deprimente. —Sonríe y se pinza el labio inferior—. Me gusta más estar contigo.

Intento no alterarme demasiado para que no note cuánto me han gustado sus palabras, por si se asusta y se retracta, pero luego pienso que no, que ella no es así. Puede que esté un poco negada a sentir y que tenga algunas razones que no comprendo para no hacer avanzar lo nuestro, pero jamás se asustaría al ver lo que yo siento. No lo ha hecho en toda la semana y dudo que empiece ahora. La beso y me convengo de que debo pedirle de una vez por todas que establezcamos una relación seria, que no volvamos a casa sin definir lo nuestro, pero me debato entre el miedo y la prudencia tanto que, al final, ella se separa de mí y me quita la camiseta.

—Y esto sí que voy a echarlo de menos. Quitarte la ropa en cualquier momento y a cualquier hora... —Pasa las manos por mi torso en dirección a mi bragueta y gimo cuando me acaricia sobre el pantalón—. La próxima vez que vengamos deberíamos establecer una norma de nudismo.

—¿Vendremos otra vez? —pregunto mientras ella sola se quita su blusa y me mira con esos ojos verdes que un día me dejarán en nada—. ¿Querrás repetir?

—De no estar a más de tres horas de casa, te pediría que nos quedáramos aquí —dice besándome.

La miro a los ojos y puedo ver que ella misma se ha sorprendido de lo que ha dicho, porque ha sido algo muy próximo a una declaración. Ahora mismo los dos queremos hacer el amor, así que lo dejo pasar, acabo de desnudarla y nos entregamos al placer del sexo demostrando que podemos estar en desacuerdo en muchas, muchas cosas, pero esta, en concreto, funciona a las mil maravillas entre nosotros.

Cuando acabamos y nos tumbamos abrazados, desnudos y jadeantes beso su frente y lanzo las palabras, preso de la relajación total que siento y sin activar antes un filtro mental.

—Si viviéramos juntos, no tendríamos que venir aquí para nada. Nos tendríamos a diario y cada noche.

Ella alza la cabeza, me mira y besa mis labios con tanta dulzura que me duele, porque sé que no va a contestar, pero una cosa es aceptarlo y otra que no me mate un poquito por dentro cada vez que me rechaza, porque esto en el fondo no es más que rechazo. Por las razones que sean, pero lo es.

—Nate, cariño... —susurra en mis labios.

—Olvídalo. —Le sonrío, beso su oído y cierro los ojos dispuesto a inventar una excusa para no tener que oír cómo reniega de mi propuesta—. Vamos a dormir, mi vida, mañana el día es largo.

—No he acabado de hacer la maleta.

—La haremos por la mañana.

Ella asiente, se acurruca contra mi cuerpo y no hablamos más. No sé si podré dormir esta noche pensando que es la última con ella, pero sé que, pase lo que pase, no puedo dejarle ver ahora lo mucho que me duele que no me quiera a su lado. Eso solo la pondría a la defensiva, así que mi única opción es hacer ver que no pasa nada, una vez más, e intentar fingir que no me rompe el corazón un poquito cada vez que se aleja de mí en los momentos claves.

Y ojalá algún día pueda hacerle entender que no va a sufrir menos por no entregarse. Que esto nuestro es tan grande, que nada va a librarla de sufrir, pero si me lo permite, puedo hacer que hasta el

dolor merezca la pena.

Solo necesito que me lo permita.

—Tú dirás lo que quieras, pero llevas dos días seria y diría que hasta triste —dice Amelia tumbada a mi lado en la cama—. No me acabo de creer que lo hayas pasado tan bien como dices.

—Lo he pasado genial —repito por millonésima vez.

Estamos a martes por la noche, volvimos el domingo de la casa del bosque y desde entonces no he visto a Nate. En teoría quedamos en vernos más, pero ayer yo estuve todo el día trabajando y asimilando lo que pasó la semana pasada, pensando mucho en lo que quiero y necesito ahora y en lo mucho que mis planes han cambiado en solo siete días. Bueno, mis planes llevan cambiando semanas, pero han sido los días en la cabaña con Nate los que me han hecho abrir los ojos de una vez. Quiero estar con él, quiero dormir a su lado cada maldita noche y no dar vueltas y vueltas en mi colchón echándole de menos. Quiero que me diga otra vez que me quiere y, de una vez por todas, devolverle esas mismas palabras. Quiero mirarlo a los ojos y confesarle que estoy enamorada de él, que la revelación me llegó durante nuestra última noche en la cabaña, cuando él me insinuó que podríamos vivir juntos y a mí me pareció la idea más maravillosa del mundo. Estuve a nada de decírselo en el momento, pero él cambió de tema y yo pensé que lo mejor era meditar a fondo sobre ello y asegurarme de que de verdad quería una relación. De mi amor por él no tenía que asegurarme, ese me quedó claro, por fin, después de tanto tiempo dudando, pero de alguna forma llegué a pensar que quizá todos aquellos días alejados del mundo me habían hecho vivir en una burbuja donde los sentimientos se intensifican y, al volver, yo sería la de antes de nuevo.

Bien, eso no ha sido así. Al volver lo único que queda de la Esmeralda de antes es el deseo de ser madre, que permanece intacto o incluso crece por días, pero el resto ha cambiado y se ha transformado. Ahora sé que quiero tener una relación con él. Ya no hay dudas, solo deseo. Deseo de comprar una casa con valla blanca, como él mismo dijo que quería y de... no sé, de hacer barbacoas los domingos, salir a correr juntos a diario, mirar tiendas de bebés agarrados de la mano, esperando el momento de poder comprar cositas para el nuestro, decorar su habitación, y la nuestra, ver películas tirados en el sofá y hacer el amor en la ducha cada día, entre otras muchísimas cosas.

Quiero todo eso y más, pero llevo dos días sin verle y él no parece muy dispuesto a intentarlo tampoco. No sé qué pasa, pero está poco hablador, contesta a mis mensajes de juegos de palabras, pero no me pincha como solía hacer. Es como si él hubiese decidido alejarse, y no lo entiendo.

Al final, después de mucho darle vueltas acabo contándoselo todo a Amelia, que espera impaciente algún tipo de confesión. Cuando por fin me desahogo me mira con sus enormes y preciosos ojos azules y me da un toque de atención en el hombro.

—Ese hombre está loco por ti desde hace tanto que ya no lo recuerdo, ¿y tú dudas? ¿De verdad? No te entiendo, Esmé, te juro que no te entiendo.

—Pero no es el mismo...

—Se ha pasado siete días pegado a ti y ahora no te tiene. Te ha dicho por activa y por pasiva que te quiere y no sabe cómo demostrarte que es verdad. El pobre solo estará dándote espacio y pensando que no quiere presionarte por si lo mandas a freír espárragos ahora que habéis vuelto a la normalidad.

—Yo le dejé claro que podíamos seguir teniendo sexo.

—A lo mejor ya no le vale solo con el sexo —dice Alex entrando. Le miro mal, porque se suponía que debía estar en su habitación durmiendo, pero a él le da lo mismo y se sienta en mi cama mirándome con diversión—. Hablas muy alto, Ojos verdes. Me extrañaría que papá no se haya enterado de todo.

—De eso nada, lo que pasa es que tú eres un cotilla y siempre tienes la oreja puesta —le reclama Amelia.

—Eso también —admite—. Sea como sea, creo que necesitas un punto de vista masculino para aclararte.

—Sí, pero no sé si el tuyo... —digo sin querer ofenderle, pero sin faltar a la verdad—. Eres un mujeriego, Alex, tu relación más larga duró dos meses.

—¿Y qué? Eso no significa que no entienda cómo funciona la mente de Nate. De hecho, para mí es muy fácil.

—¿Ah sí?

—Sí, él quiere todo lo contrario de lo que quiero yo. Casa grande con jardín, niños, barbacoas, paseítos agarrados de la mano... ese tipo de mierdas. Si además te lo ha dicho ya infinidad de veces, es normal que quiera darte unos días para que lo pienses. A lo mejor hasta está jugando la carta de distanciarse para que le echés de menos. Yo lo haría.

—Él no es tan retorcido —dice Amelia—. Yo creo que solo tiene miedo de que tú recules.

—No quiero recular.

—Pues díselo. —Alex se encoge de hombros y señala la puerta de mi dormitorio—. ¿Qué haces aquí? Ve a su casa y cuéntale todo esto a él.

—Quizá debería esperar a una ocasión más especial. No sé, preparar una cena y...

—Lleva dos putos años esperando por ti —dice Alex—. Creo que llegados a este punto cualquier día, cualquier hora y cualquier momento será especial para él.

—Estoy de acuerdo —contesta Amelia—. Esto va a sonar raro, pero deberías hacer caso de Alex. Tienes que ir y decirle todo esto.

—Pero estará dormido...

—No creo que le moleste que le despiertes —dice mi hermana con una sonrisa enigmática—. Quizá, hasta podrías avisar a Julieta para que te abra la puerta y así llegar hasta su dormitorio de sorpresa.

—Sí, pero si le pillas masturbándose no te enfades. —Alex me mira con cara de póker—. Después de una semana de mucho sexo, ese pobre vivirá con la polla en la mano.

—Dios mío, qué cerdo eres —dice Amelia.

—¿Por decir polla o porque he hecho que te imagines a Nate dándole al manubrio?

Amelia le insulta, bueno, le dice «idiota» que es el mayor insulto que Amelia puede dedicar. Yo pongo los ojos en blanco y lejos de ofenderme me río. Al final, pasados unos segundos, los dos me miran expectantes, esperando que tome una decisión.

—No soy una cobarde —digo a modo de defensa.

—No solías serlo —contesta Amelia—, pero a lo mejor el amor ha hecho que te conviertas en una...

Lo dice para pincharme y que reaccione y no me avergüenza reconocer que le funciona de maravilla, porque me levanto de la cama, me quito el pijama ante la admiración de Amelia y las protestas de Alex, que sale corriendo del dormitorio porque tiene un serio problema a la hora de ver a sus hermanas en ropa interior y, al final, cuando me he vestido con un vaquero y una camiseta básica de mangas largas miro a mi hermana y asiento, solo para darme ánimos a mí misma.

—Venga valiente —susurra ella—. Haz que me sienta orgullosa de ti.

—Lo haré. Voy a ir y... voy a ir.

—Eso.

—Le diré que le quiero.

—Eso.

—Y que quiero estar con él, que ya no tengo que pensarlo más.

—Muy bien.

—Y luego, si la cosa se da bien, tendremos sexo.

—Espero que sí.

—Y...

—Vete, en serio, Esmeralda, vete.

Asiento porque mi hermana tiene razón y el discurso motivador solo me está sirviendo para retrasar más mi salida. Salgo, cojo el coche y conduzco más de media hora hasta llegar a su puerta. Cuando le doy dos vueltas al edificio recuerdo lo idiota que parecí dando vueltas al hospital la primera vez que fui a verle y decido que es hora de aparcar y no vacilar más. Mando un whatsapp a Julieta, le pido que me abra la puerta de su piso en silencio y rezo para que entienda que en silencio quiere decir que no puede enterarse nadie, porque mi hermana estos conceptos no siempre los pilla a la primera.

En el portal no hace frío, pero a mí las manos me tiemblan, por eso cuando oigo el sonido metálico que indica que alguien me ha dado permiso para entrar me sobresalto. Empujo la puerta y entro en el ascensor con los hombros erguidos, pero a medida que este sube los voy bajando más y más. Mi valentía se esfuma a pasos agigantados y para cuando llego a su piso, si no es porque mi hermana está delante de la puerta del ascensor, es probable que hubiese vuelto a bajar unas doscientas veces.

—¿Vienes a verle? —pregunta ella susurrando.

Asiento con torpeza, pero no salgo del ascensor. Julieta tira de mi mano y me mete en casa a empujones.

—Hola —dice Diego sonriéndome desde el sofá, pero sin alzar mucho la voz. Señala con la cabeza la dirección de la habitación de Nate y amplía su sonrisa—. Se acostó hace un rato.

—Quizá debería irme —contesto yo—. Venir otro día o...

—Si te vas, grito —me dice Julieta mirándome muy seria—. Llevas dos días rara, alicaída y demasiado nerviosa para tu propio bien, igual que él. Estoy harta de veros sufrir por una tontería, cuando está claro que los dos necesitáis lo mismo.

—Él desde luego te necesita —sigue Diego, levantándose y poniéndose frente a mí—. ¿Vienes a decirle que tú también? Porque si estás aquí para romperle el corazón...

—¿Qué? No, no, no quiero hacerle daño.

—Eso supuse al principio, pero como ahora dudas...

—No, no dudo. Es solo que... tengo un poco de vértigo.

—Es normal, Tempanito.

—Eso espero, porque... —Diego no acaba su frase porque Julieta se pone delante de mí, pese a ser más pequeña que yo, y mira a su novio mal, muy mal.

—Oye, poli, no atosigues a mi hermana, ¿vale? Está haciendo un esfuerzo sobrehumano, así que cierra el pico.

—Solo digo que quiero que esté segura. Nate me importa.

Entiendo su afirmación, pero me duele un poco que dude de mí, porque en este tiempo he llegado a cogerle mucho cariño y pensé que... no sé, la verdad, no sé lo que pensé, pero sé que me duele que sienta la necesidad de defender a su amigo de mí.

—No quiero hacerle daño, Diego.

—Bien —dice él en tono serio—, porque tú también me importas, y lo último que quiero es que alguno acabe jodido por no hacer las cosas con seguridad.

Suspiro y asiento, aliviada de que me haya dicho que yo también le importo. Es una tontería, lo sé, pero eso me hace sentir parte de su vida, su grupo y su familia. Entiendo que solo está preocupado porque yo parezco nerviosa y no es algo fácil de ver, pero esto es algo que solo se me va a pasar cuando vea a Nate y le explique todo lo que tengo que decirle, así que cuadro los hombros una vez más y camino hacia el dormitorio obviando las miradas de mi hermana y mi cuñado. Entro con suavidad y me fijo en la silueta de la cama, alumbrada por la luz procedente del pasillo. Encajo, a pesar de que eso nos deja casi a oscuras y me quito los zapatos con cuidado antes de meterme por un lado en el colchón y tocar su vientre.

Está desnudo, al menos de cintura para arriba, y mi deseo se dispara tan rápido que tengo que darme

una orden inmediata para no subirme sobre él y despertarlo a base de sexo, como hice en la cabaña un par de veces. Él se remueve un poco y no sé si abre los ojos porque no puedo verle bien la cara, pero sé que me reconoce cuando se sienta de golpe y enciende la luz de la mesita de noche.

—¿Esme? ¿Qué...? —Se restriega los ojos y mira a la puerta, que sigue encajada y tiene dos pares de ojos asomados a la rendija—. ¡Largaos! —exclama mientras yo me levanto a toda prisa y les cierro la puerta en las narices.

—Por tu culpa, poli, yo era una ninja, pero tú eres tan grande que se te ve. ¡Te prohíbo espiar más conmigo! —Oigo los pasos de mi hermana y Diego alejándose y no me queda otra más que reírme.

Me apoyo en la puerta y miro a Nate suspirando y sonriendo un poco para no parecer una loca avasalladora.

—Reconozco que no esperaba que esto fuera así.

Él se levanta de la cama y viene hacia mí con su elegancia natural; la misma que le hace parecer tan seguro de sí mismo. Y tan guapo. Y tan sexi. Y tan...

—¿Qué haces aquí? —pregunta cuando está a escasos centímetros de mi cara.

—Yo... —Trago saliva y hago un esfuerzo por mirarle a los ojos—. Te echaba de menos y...

—¿Y?

Él está serio, contenido, puedo ver con claridad que quiere que yo haga esto por mis medios. Sin presiones y sin ayudarme para que luego no pueda echarme atrás. Dios, entiendo tan bien su mente que me parece un milagro que hayamos llegado a estar dos años mareando la perdiz cuando está claro que estamos hechos el uno para el otro. Podría decirle eso, claro, pero entonces igual me dice eso de «Te lo dije» y me revienta tanto que...

Miro a un lado y veo su móvil en la mesita de noche. Recuerdo nuestro juego de palabras y, de pronto, parece que todo se abre camino en mi mente y encuentro la forma de hacer esto de una manera rápida para que me entienda, así que abro la boca y lanzo las palabras antes de arrepentirme.

—Del noruego: *Forelsket*.

Nate frunce el ceño solo un segundo antes de relamerse. Sé que ha reconocido la palabra y sé que sabe su significado, porque sus labios se abren y el pulso de su cuello se dispara tanto que puedo verlo. Aun así, va hacia su mesilla de noche, coge su móvil y me mira un segundo más antes de buscar la palabra en él. Mira la pantalla mientras yo apoyo las palmas de las manos en la puerta, porque creo que voy a desmayarme por culpa de los nervios de un momento a otro. ¿Qué ha sido de mi seguridad aplastante? Dios, odio esta sensación. Saber que puede hacerme daño con tanta facilidad, que soy frágil a su lado, que...

—«*La euforia que sientes cuando te enamoras*» —dice él en voz alta pronunciando la definición de mi palabra—. ¿Estás segura? —pregunta en un susurro entonces.

—Segurísima —jadeo como puedo.

Nate se acerca a mí a pasos rápidos. Creo que va a besarme, pero cuando está a escasos centímetros de mi cara alza su móvil y teclea algo a toda velocidad. Unos segundos después me enseña una foto con una palabra nueva.

—Del coreano: *Sarang* —dice mientras yo leo el significado.

«*El deseo de querer estar con alguien hasta la muerte*».

Mis ojos se llenan de lágrimas que intento no derramar, pero cuando le miro y le veo sonreír se me escapa una mientras asiento y me muerdo el labio inferior con fuerza, porque estoy muy nerviosa y solo quiero que me bese, que me lleve a la cama y que me prometa que esto nuestro es de verdad y para siempre hasta que sea capaz de creerle sin ningún tipo de dudas.

—Mi preciosa y dulce reina de hielo...

La Esme del pasado le habría hecho ver la contradicción de esa frase, pero ésta le entiende perfectamente y como no se decide a besarme, ni a moverse más, doy el paso yo, pensando que ya lo ha

dado él demasiadas veces. Enmarco su rostro entre mis manos y me acerco a sus labios, hasta rozarlos y poder sentir su aliento. Es entonces cuando, por fin, las dos palabras que llevo reteniendo demasiado tiempo salen de mí, haciéndome sentir liberada y presa al mismo tiempo.

—Te quiero, Nathaniel Morgan. Te quiero y lo sé porque cuando estoy contigo, yo soy mejor. Yo soy... yo. Sé que es difícil, y raro, pero es que llevo toda mi vida negándome a ser yo incluso cuando estoy a solas, así que, en realidad, estoy diciéndote algo bastante importante y...

No puedo hablar más porque sus labios se estrellan en los míos, sus manos me alzan en volandas y su colchón se pega a mi espalda antes de tener tiempo de procesar lo que está ocurriendo.

—Te quiero porque eres... todo. No, no eres todo. Eres más que todo. Eres... eres tú, Esmeralda. Es que eres tú, ¿lo entiendes? Te quiero porque eres tú.

Sonrío dejando derramar mis lágrimas, esta vez sin control porque, aunque otra no habría entendido el significado de sus palabras, yo sí. Yo sé todo lo que abarca diciéndome eso. Me quiere porque me elije, me quiere porque cuando estoy con él soy yo y lo sabe, me quiere porque decidió y sintió que yo sería el amor de su vida y ahora, que por fin le comprendo y siento lo mismo, no entiendo cómo demonios he conseguido negarme una verdad tan inmensa durante tanto tiempo.

Hacemos el amor, esta vez entre palabras de amor, frases incoherentes y miles de caricias que nos traspasan más que nunca, y eso que parecía imposible, porque un toque suyo sirve para elevarme.

Cuando caemos rendidos en la cama él me dice que me quiere otra vez y yo, por fin, le contesto lo que tanto lleva esperando oír.

—De la vida solo quiero que me quieras, y que te quedes siempre conmigo. Solo eso, Nate, que te quedes.

—Siempre —susurra en mi boca sonriendo.

Cierro los ojos abrazándome a su torso y pienso que ya solo me falta una cosa para ser feliz. De todas formas, solo por esta noche, voy a olvidarme de nuestro deseo de ser padres. Esta noche solo estamos él, yo y este amor tan extraordinario.

No puedo creer que ya hayan pasado veinte días desde que Nate y yo decidimos ser una pareja al uso. No puedo creer ni eso, ni que esté encerrada en el baño de Eli esperando el resultado de un test otra vez.

—Ya solo quedan dos minutos —dice Nate acucillado frente a mí.

En realidad, la estampa es un poco cómica. Este sitio es pequeño, pero se las ha ingeniado para meterse conmigo, me ha visto hacer pis, cosa con la que yo no estaba muy de acuerdo, y ahora los dos esperamos los resultados impacientes. Sopesé en serio ordenarle que esperase fuera, pero por alguna razón Eli ha ido de chivata con mis hermanas, mis hermanas con mi hermano, mi hermano con mi padre y este con Sara, así que el salón es un hervidero de gente mientras nosotros estamos aquí, nerviosos y a la espera del resultado.

Nate está sonriente, pero yo no puedo conseguirlo. Si ya me costaba superar los resultados negativos estando sola, ahora que tengo a toda la familia rezando al otro lado de la puerta la tensión es máxima. Preferiría que no estuvieran aquí, no porque no les quiera, sino porque les quiero tanto que no soporto saber que existe el cincuenta por ciento de posibilidades de que yo acabe hecha mierda y ellos animándome.

Reconozco, sin embargo, que tienen razones para estar aquí, porque desde que dije que tenía un retraso todos han estado a punto de infarto esperando que me hiciera la prueba. Están convencidos de que estoy embarazada, pero yo siento pinchazos de regla, y más que mareos lo que siento es el cuerpo entumecido, lo que puede ser consecuencia de una gripe sin más.

—Estás embarazada —dice Nate mirándome.

Yo observo el test, que sigue boca abajo sobre la encimera del lavabo, y niego con la cabeza. No quiero hacerme ilusiones. Reconozco que tengo la esperanza, pero me niego a celebrar nada por adelantado, así que guardo silencio y dejo que él envuelva mis manos en las suyas.

—Estoy bien... —digo al cabo de unos segundos.

—Tienes las manos heladas.

—Nate, si no funciona...

—No pasa nada, Esmeralda. Si no estás embarazada volveremos a intentarlo. ¿O vas a decirme que no es divertido practicar y buscar un bebé?

Me río y le beso por respuesta, porque desde aquella vez que hicimos el amor la primera vez, raro es el día que no lo hacemos. De hecho, no he vuelto a dormir sola desde aquella noche que me planté en su piso y estoy convencida de que ya no sabría conciliar el sueño sin su cuerpo caliente y grande rodeándome o, incluso, aplastándome un poco, porque tiene la manía de dejar reposar su mejilla en mi pecho. Ya no concibo la vida sin él y sé que este negativo debería doler menos que los otros, pero de alguna forma sé que no será así. Dolerá más, porque esta vez no tengo ninguna duda de que quiero hacer esto con él. Las otras veces siempre tenía el estrés añadido de pensar cómo iba a contarle a mi familia que estaba embarazada pero no había padre. No digo que fuera una decisión errónea, en absoluto, estoy segura de que muchas mujeres la toman a diario y hacen muy bien, porque si no estás enamorada no puedes forzar una relación solo para tener un hijo.

En nuestro caso las cosas se han dado distintas, raras, y tampoco puedo arrepentirme. Ahora no puedo imaginar un hijo mío si no es con rasgos de Nate. Es más, no puedo concebir mi vida con un bebé si él no está a nuestro lado, dándonos ese amor que regala con tanta naturalidad y haciéndonos saber que siempre estará aquí, fuerte como una roca, caminando a mi lado y siendo el mejor padre del mundo, estoy segura.

—Treinta segundos y le damos la vuelta —me dice él.

Mi corazón se dispara y Nate se levanta, tira de mis manos y me rodea con sus brazos mientras apoya su frente en la mía.

—Te quiero —susurro justo antes de que el tiempo se agote, como si no lo pudiera decir después, o quizá para que él sepa que pase lo que pase, mi amor por él seguirá intacto.

—No más que yo a ti. —Besa mis labios con dulzura y sonrío en mi boca antes de morderla y separarse—. ¿Lista?

—Hazlo tú —le pido con tono tembloroso.

Él asiente, coge el predictor y lo gira con lentitud mientras los dos contenemos la respiración. Una de sus manos sigue en el final de mi espalda y las dos mías están cerradas en puños alrededor de su camisa, a la altura del pecho, como si temiese caerme desmayada de un momento a otro. Cuando la pantalla por fin es visible jadeo tan fuerte que creo que incluso fuera lo han oído.

—Embarazada —susurra Nate antes de soltar el predictor y alzarme en brazos besando mi cuello—. Embarazada, mi vida. Vamos a tener un bebé.

Yo sigo en *shock*. No rompo a llorar, no sonrío, no hago otra cosa más que mirar a un lado, al predictor que ha caído en el lavabo y muestra las dos líneas rosas más preciosas y perfectas que he visto en mi vida. Un bebé... voy a tener un bebé con el hombre que quiero. Es real, va a ocurrir y estoy tan feliz y aterrorizada que no sé qué hacer ni decir para romper el hielo en el que me he convertido.

Por suerte él me entiende, como siempre, y me sienta en la encimera mientras abre mis piernas y se cuela entre ellas, abrazándome, besándome y haciéndome reaccionar poco a poco.

—Dime algo, nena. Eh, Esmeralda —susurra con voz dulce mientras busca mi mirada—. Cariño, vamos a tener un bebé. Es de verdad, no es una broma, ni un sueño. Es real. Te prometo que es real.

Sus palabras, su voz, sus promesas son todo lo que necesito para romperme por fin y liberar la ilusión, la alegría indescriptible y el miedo a lo desconocido. Rompo a llorar y me aferro a su cuello cerrando los ojos con fuerza y deseando que no se separe de mí nunca. Que se quede aquí, justo aquí, en este instante en el que todo en mi vida es, por primera vez, perfecto. No sé lo que pasará con nosotros en un futuro, espero ver su rostro envejecido a mi lado dentro de muchos años, pero, aunque no sea así, siempre recordaré este momento como la primera vez que conseguí saber qué es eso que muchos llaman «Felicidad».

La felicidad no es un estado permanente, no va a quedarse para siempre porque siempre faltará algo. No puedo encerrarla en un bote de cristal y ponerla en el quicio de la ventana, como hacía de pequeña con la arena de la playa cuando íbamos de vacaciones. La felicidad no puedes quedártela para siempre porque los seres humanos somos tan estúpidos que necesitamos que algo vaya mal para valorar lo bueno cuando llega. Por eso tengo que atesorar este momento y por eso sé que esto sí es felicidad. Quizá en unos minutos me calme, empiece a preocuparme por el bebé, por mí, por Nate y por infinidad de cosas más y entonces, esta felicidad ya no será completa. Pero ahora, justo en este instante, sé que la plenitud existe, porque la estoy sintiendo y solo por eso ha merecido la pena vivir veintinueve años de anhelos.

No sé cuánto tiempo nos besamos, pero cuando por fin salimos del dormitorio incluso hay una botella de champán abierta y medio vacía. Le dan una copa a Nate y a mí no, porque ya no puedo beber alcohol. Disfrutan con la broma porque es algo muy manido pero muy nuevo en nosotros. Miro a mi padre emocionado hablando con Sara de montar un columpio en el jardín, y eso que no tiene ni idea de hacer esas cosas. Mi hermano Alex se ha pedido ser padrino, pero entonces Diego ha llamado a Einar por Skype y este se ha puesto frenético porque asegura que el padrino es él, que se lo pidió primero. Nos hemos reído, le hemos echado de menos y luego hemos seguido celebrando. Julieta y Amelia hablan a toda prisa de comprar ropa y creo que la primera hasta ha dicho algo de pedir un disfraz de zombi para bebés. No va a vestir a mi bebé de zombi, pero de todas formas me río porque es su forma de alegrarse por mí.

Marco de primeras se lo ha tomado mal, está empeñado en enfrentar a Nate porque, al parecer, nosotros teníamos que estar juntos. Sé que lo dice de broma y por molestar a mi chico, que lo taladra con la mirada cada vez que se pasa un poco, pero me hace tanta gracia que beso su mejilla y le prometo que, de no ser por Nate, me pensaría estar con él. Es mentira y él lo sabe, pero se ríe y me abraza felicitándome por el bebé. Y un abrazo de Marco vale por diez de cualquier otra persona, así que vuelvo a emocionarme.

Eli y Óscar se pierden un momento del salón y cuando aparecen lo hacen con una tarta de chocolate y galletas que viene en las manos temblorosas del pequeño.

—Te he hecho una tarta para el bebé, Esme —dice mientras su madre le ayuda a ponerla sobre la mesa.

Me emociono y me agacho para abrazarlo y besar su mejilla.

—Oye, ¿y que habría pasado si la noticia hubiese sido mala? —pregunta Alex.

—La habríamos sacado para animarla, porque el chocolate siempre anima. Lo dice mami.

Nos reímos y doy por válida su teoría, así que me siento y le sonrío cuando me saca el primer trozo a mí. Me lo como con lentitud, saboreando el azúcar y mirando a Nate recibir felicitaciones con una sonrisa tan amplia que hasta pienso que le dolerá la cara si sigue así.

Cuando pasan un par de horas todo lo que quiero es irme de aquí. Es domingo, mañana trabajamos y necesito estar a solas con Nate, hacer planes, que acaricie y bese mi tripa y que nos hagamos el amor para celebrar lo que hemos logrado. Lo miro fijamente hasta que él se da cuenta y no necesita ni dos segundos para entender mi petición silenciosa.

Salimos del piso después de despedirnos de todos y vamos directos al suyo. De un momento a otro Julieta, Diego o Marco entrarán y empezaremos a oír el jaleo que siempre hay en esta casa, pero por ahora estamos solos y en cuanto entramos en el dormitorio la ropa sale volando. Nate me tumba en la cama y besa mi vientre, acariciándolo con la nariz y sonriendo mientras yo me emociono.

—Jamás pensé que llegaría a verte así —susurro—. Creo que, en el fondo, no creía que fuéramos capaces de hacerlo.

—Lo sé y no sabes cómo me alegro de haberte llevado la contraria y haber tenido razón. Un bebé... —Me mira apoyando la barbilla en mi estómago y nos reímos como tontos—. ¿Qué crees que será? ¿Niño o niña?

—No lo sé. ¿Un niño?

—O una niña. Yo creo que es una niña. La nena de papá... —Besa mi ombligo y pega su mejilla a mi estómago—. ¿Que dices, cariño? ¿Que eres una niña? —Asiente mientras yo me río y alza la cara mirándome y asintiendo—. Sí, dice que es una niña y que tendrá tus ojos.

—Y tu pelo rizado.

—Y mi pelo rizado. Y tu inteligencia y mi tono de piel, y tus labios y mi sonrisa. O al revés, da lo mismo. Va a ser perfecta.

—O perfecto.

—O perfecto. ¿Podemos ponerle nombre?

—Todavía no sabemos lo que es.

—Ya, pero podemos llamarle garbancito, o lentejita, o uvita. ¿Qué prefieres?

Me río y paso los brazos por detrás de su nuca, acariciándole e intuyendo que el sexo va a retrasarse.

—Me parecen cursis los tres. Podemos llamarle bebé, sin más.

—Me gusta más uvita.

—No se parecerá a una uvita —digo.

—Es verdad. Será más como un conguito.

Me río a carcajadas y cuando Nate sube por mi cuerpo tengo hasta las lágrimas saltadas. Me lleva un

par de minutos calmarme y cuando le miro me doy cuenta de que su rostro está serio y sus ojos me miran con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Qué? —pregunto.

—Me he preguntado infinidad de veces cómo serías con la dicha pintada en tus ojos, pero creo que ninguna conseguí imaginar nada tan perfecto como esto.

Lo miro extasiada, porque solo él tiene el poder de tocar mi corazón desde fuera, como si pudiera cogerlo, mecerlo entre sus manos, apretarlo un poco incluso, y luego dejarlo de nuevo dentro de mi pecho con delicadeza. A veces, cuando me dice esas cosas recuerdo todas mis puyas, mis borderías y mis millones de intentos de alejarlo de mí. Lo recuerdo y me asusto de mí misma y de lo que llegué a hacer por miedo. Miedo a no tenerle; miedo a tenerle y perderle; miedo a perderme yo en el camino. Miedo.

Para que veas, me he pasado toda esta historia diciendo que no soy una cobarde, y resulta que «Cobarde» debería ser mi apellido. Puede que hasta mi nombre principal.

He tenido miedo por muchas cosas y no se ha ido. Sigue aquí, asfixiándome un poco de vez en cuando, pero creo que ahora sí puedo decir que soy una valiente, porque a pesar de todo, me quedo aquí, lucho contra él y me entrego a Nate, consciente de que nunca me hará daño. Y si me lo hace, si algún día nuestros caminos se separan de mala manera y acabamos desgarrándonos uno al otro hasta el alma, pensaré que hasta eso merece la pena por poder vivir este presente con él.

No puedo contestar, no sé qué decir y tengo la sensación de que cualquier palabra que reproduzca sonará incorrecta, vacía e incompleta, así que al final le demuestro con mi cuerpo, mis gemidos y mis orgasmos que él tiene gran culpa de que la dicha pinte mis ojos, por fin.

El lunes por la mañana me voy al despacho a pesar de que Nate insista en que lo mejor es que vaya con él a la clínica en la que trabaja, porque seguro que alguno de sus compañeros de ginecología puede hacerme un hueco y revisarme. La idea me tienta, pero no quiero empezar faltando ya al trabajo así que le digo que lo mejor es que me haga ese hueco por la tarde y así Eli también puede venir. Quiero que esté presente en todo lo que tenga que ver con mi embarazo y, es más, ya le he pedido que esté conmigo el día del parto. Desde luego ha dicho que sí, así que tendremos que ver cómo lo hacemos porque si doy a luz en la clínica privada en la que trabaja Nate, ella no podrá estar, así que creo que optaré por la pública, aunque no tengamos más conocidos aparte de ella. Total, tampoco hay que conocer a tanta gente para parir. Y todo esto lo pienso con una sonrisa en la boca, claro, porque ahora siento que soy libre para pensar en ello. Puedo hacer un plan de parto con calma, empezar a leer libros de embarazo y hasta de maternidad y no sentirme mal por ello, o como una farsante solo porque el bebé aún no estaba en mi vientre. Ahora está ahí, formándose y haciendo realidad el sueño de mi vida con cada minuto que pasa.

La mañana se me va en una nube constante y solo soy capaz de desconectar durante el juicio que tenía pendiente para hoy. La tarde es otro cantar... tengo mucho papeleo pendiente, pero es que no puedo pensar en nada que no sea la visita al médico. Quiero que me digan que todo está bien y no tengo que preocuparme de nada. Además, quiero que me manden las medicinas que tendré que tomar desde hoy y...

—Cálmate, Esmeralda —me digo a mí misma poniéndome de pie a la hora de salir—. No puedes pasarte todo el embarazo en este estado.

Cuando llego al hospital me encuentro con que Eli y mis hermanas ya están aquí. Mis hermanas, sí, Julieta y Amelia han decidido que no van a perderse esto y Alex no ha venido porque está en el trabajo, que si no seguro que lo tenía aquí también.

—¿Y cómo es que papá no ha venido?

—Sara le ha convencido para que se queden en casa. Eso sí, ha jurado que antes muerto que perderse la próxima visita.

Sonrío y asiento, entendiendo que es posible que mi padre se haya quedado también para no armar

tanto jaleo. Después de todo sé por todo lo que he leído que estando de tan poquito tiempo es difícil que puedan ver al bebé. Cuando llegamos a la consulta el ginecólogo nos atiende con una sonrisa, me hace una ecografía vaginal y me informa de que se puede ver la bolsa, pero no al bebé, lo que es del todo normal teniendo en cuenta que estoy de un mes, puede que unos días menos. Me aconseja volver dentro de un par de semanas para que podamos ver mejor cómo está todo y, con suerte, oír su corazón, así que nos vamos a casa sin mucho que contar, pero con la ilusión por las nubes.

Dos semanas después, como era de esperar volvemos y esta vez ni mi padre, ni Alex ni Sara han consentido quedarse en casa, así que estamos todos en la consulta mientras yo vuelvo a tener esa especie de vibrador metido en la vagina y pienso que, de no ser por la sábana que cubre mis piernas, estaría desnuda frente a toda esta gente. Y vale que es mi familia y Eli mi mejor amiga, pero me hubiese gustado tener un poco más de intimidad, la verdad.

—Aquí está... —Las palabras del doctor me sacan de mis pensamientos y miro a la pantalla del monitor de inmediato. Nate a mi lado sujeta mi mano con fuerza y mira con tanto interés como yo—. Fijaos en este puntito de aquí, ¿le veis?

Asentimos y entonces él toca varios botones y un sonido fuerte y galopante retumba en la habitación arrancando los sollozos de Amelia de manera inminente. No puedo culparla, porque cuando nos informan de que ese sonido es el corazón de nuestro bebé creo que todos nos emocionamos. Nate tiene los ojos aguados y no hace más que besar mi mano, y yo... yo no puedo dejar de sentir que todo esto es un sueño. Uno maravilloso.

—¿Puede grabarme el sonido de alguna forma? —le pregunto al doctor—. Me lo quiero llevar a casa.

Él asiente y yo pienso que, desde hoy, este será mi sonido favorito en el mundo. Cuando salimos de casa me voy al piso con Nate. Decir que sigo viviendo en casa de mi padre sería mentir un poco, porque sigo durmiendo en el piso de mi chico cada noche y eso que por las mañanas he empezado a sentirme revuelta y no hay forma humana de encontrar el baño desocupado nunca. Cuando se lo comento a Nate él sonrío y empieza a desvestirme con lentitud.

—¿Y qué me dices de ir buscando casa? —pregunta como si nada.

Sonrío, porque llevo días esperando que saque el tema y demostrando, una vez más, que para ciertas cosas soy más infantil que Julieta. Somos una pareja, vamos a ser una familia en unos meses y es lógico que necesitemos buscar casa o piso, pero por alguna razón pensé que quizá Nate no querría irse de aquí. Sé que él siente este sitio como su hogar y le puedo entender, pero la verdad es que me gustaría tener mi espacio con él y no preocuparme de si tenemos abierta o cerrada la puerta del dormitorio antes de entregarnos a los placeres carnales. Puede parecer una tontería, pero son detalles que acaban haciendo que eches en falta la intimidad de un hogar propio y con menos gente.

—Me parece bien. Podríamos buscar algo de alquiler.

—Sí, o podríamos buscar un sitio que nos guste mucho y comprarlo...

—¿Comprar? No tengo nada ahorrado, Nate.

—Yo sí. Lo suficiente para una entrada, al menos. Podríamos hipotecarnos.

—¿Juntos?

—No puedo imaginar otra forma de hacerlo —susurra.

Le miro mientras intento pensar en ello, pero la verdad es que no tengo mucho que meditar. Me he pasado toda la vida corriendo de lo que sentía, sobre todo cuando él apareció y, en este momento, lo último que quiero es poner trabas a nuestra relación. Tener una casa con él es una forma más de unirnos, de hacernos una promesa de futuro; de decirnos que esto nuestro no es una tontería y que estamos aquí para luchar juntos. Comprar una casa e hipotecarnos juntos es un compromiso; uno mucho más grande que

el matrimonio, incluso, porque aquí firmamos que nos queremos tanto que estamos dispuestos a compartir una deuda eterna, y eso sí que es amor del bueno. Así que beso a Nate y asiento en sus labios antes de contestar.

—Busquemos casa juntos.

—¡Por fin! —grita Marco al otro lado de la puerta—. ¡Me pido este dormitorio, que es más grande!

Nate pone los ojos en blanco mientras oímos a Julieta renegar y gritarle que no sea cotilla, pero la verdad es que es probable que ella también estuviera detrás de la puerta. Me río y pienso por un momento que echaré de menos este ajetreo, pero luego imagino nuestra casa, nuestro bebé y nuestra pequeña familia a solas un día cualquiera y lo único que siento es ansiedad por empezar a vivir en ese futuro de una vez por todas.

Embarazo. Semana 9

Está preciosa. Da igual cuántas veces la mire, con ropa o sin ella, porque cuando está desnuda me deleito en su barriga, aunque sea plana. Esa barriga que para otra gente pasa desapercibida, para mí es el mundo. Si está vestida la imagino desnuda y me derrito igual, o puede que más, porque entonces puedo imaginar cómo seguirá creciendo su vientre. Se redondeará y lucirá orgullosa su barriga, cargada con nuestro hijo o hija. Me debato entre la ternura y el orgullo de saber que hemos conseguido algo tan poderoso como crear vida.

—Amarillo huevo —dice ella mientras mira un catálogo de pintura.

Está sentada en mi cama con las piernas cruzadas, gafas de pasta y el pelo recogido con un bolígrafo. Lleva puesto un pantalón de pijama a cuadros y una camiseta con un roto en el costado que le encanta ponerse para dormir. Está un poco desastrosa, en realidad, y quizá por eso resulta todavía más extraordinaria.

Aún no hemos conseguido encontrar una casa que nos guste a los dos, así que pasamos los ratos muertos encerrados en mi cuarto. Esmeralda, además, se pasa horas pensando de qué color pintaremos la habitación del bebé, qué tipo de cuna deberíamos comprar o cómo debería ser el carrito. No me quejo, me encanta verla tan ilusionada, pero creo que tendríamos que esperar a tener casa, por lo menos.

—No me va el amarillo —contesto de todas formas mientras me siento en la silla de mi escritorio.

—Es un color neutro.

—Para pintarlo de amarillo, prefiero el verde manzana.

—El verde me recuerda a los hospitales.

—Yo soy médico y en mi hospital no hay verde. Es todo blanco. Podemos pintarlo blanco.

—Me recuerda a tu hospital.

Me río y me acerco a la cama. Me siento a su lado y la beso mientras ella juguetea con mi barba. Tiro del bolígrafo de su pelo y dejo que caiga libre por sus hombros y espalda.

—Me gusta tanto... —susurro cuando me mira mal.

—Estoy más cómoda con él recogido.

—Pero me gusta tanto...

Ella acaba por reírse y besarme otra vez. Y otra. Y otra. Y resulta que, de tanto beso, se me enciende el cuerpo y acabo haciéndole el amor así, con el pelo suelto, los catálogos de pintura rodeándonos, los bolígrafos clavándose en mi costado y las gafas de pasta puestas. Y cuando acabamos, creo que recordaré esta sesión de sexo como una de las mejores, claro que, bien visto, cada vez que hacemos el amor pienso que es una de nuestras mejores veces, así que es probable que al final de nuestra vida haya perdido la cuenta de nuestros mejores momentos.

Embarazo. Semana 10

Aporreo la puerta del baño hasta que Marco sale con el ceño fruncido. Ni siquiera me molesto en discutir con él; le aparto a un lado y me arrodillo frente al váter convulsionándome y vomitando lo poco que retengo últimamente en el estómago. Me duele la cabeza, tengo los ojos hinchados y mataría por un poco de agua. Agua que con toda probabilidad acabaría saliendo de mi cuerpo de mala manera, porque desde hace días, hasta mi propia saliva resulta repugnante.

Se supone que esto tenía que ser bonito. Debería sentirme plena, pero el malestar no se va, me duele el cuerpo, vomito todo lo que como y Nate no para de mirarme como si quisiera meterme en la cama todo el día y tenerme ahí hasta que pase el resto del embarazo y llegue el parto.

Reconozco que a días me siento tentada de coger la baja, pero es que sé que en casa mi estado no mejorará y solo acabaré volviéndome loca por no poder hacer nada de utilidad.

Aparte de todo, seguimos sin encontrar casa, aunque esta tarde vamos a mirar una que, además, está en Sin Mar. Mi padre nos avisó ayer de que en nuestra misma calle han puesto una a la venta y la verdad es que si el precio es bueno y la casa por dentro está bien, es probable que nos decidamos, porque la urbanización nos encanta. Tendríamos a mi familia cerca y, aunque la valla es marrón, seguro que podemos pintarla de blanca.

—No puedes ir a trabajar así —dice Nate detrás de mí.

—Fuera, Nathaniel, en serio, no quiero verte aquí mientras estoy haciendo algo tan asqueroso.

—Ven, deja que te ayude.

Cierro los ojos y tomo aire porque me sienta como una patada en el estómago que ignore este tipo de comentarios que le hago. ¿No le he dicho que se vaya? ¿Tan difícil es darme el suficiente espacio para vomitar tranquila y a solas? ¡Es una cuestión de dignidad, por Dios!

Respiro, tengo que respirar porque hasta yo puedo ver que estoy un poco desquiciada y esto no va a llevarme a ninguna parte.

Me lavo los dientes intentando evitar su mirada, porque quiero calmarme y recordar que solo está preocupado por mí. Le entiendo, pero es médico y me molesta que no sea capaz de ser objetivo. Solo estoy embarazada, esto que siento es normal y tengo que aprender a disfrutar de todo el proceso, hasta de las partes malas. He deseado tanto este bebé que soy incapaz de quejarme en voz alta. Me siento como si le traicionara, así que me limito a repetir una y mil veces que estoy bien y que no necesito ni dejar de trabajar, ni meterme en la cama todo el día.

—La parte buena es que después de estas escenitas, podemos decir que has visto lo peor de mí, ¿no?

Nate sonrío un poco y acaricia mi frente cuando por fin le miro. Intenta besarme, pero me aparto. Acabo de lavarme los dientes, pero todavía siento la acidez en la garganta de haber vomitado y me parece asqueroso besarle ahora.

—Tú siempre estás preciosa. ¿Quieres que te lleve al bufete?

—No, iré en mi coche.

—Vale. No te fuerces, ¿de acuerdo? Y si te sientes mal...

—Pararé, te lo prometo. —Le abrazo y beso su hombro, deleitándome en su olor a cítricos—. Creo que tu perfume es lo único que no me da asco.

—Me alegro, porque sería el colmo que pasaras de estar a mi lado porque huelo mal.

Me río un poco y niego con la cabeza, porque es imposible que yo pase de estar con él alguna vez.

—Te quiero —susurro cerca de sus labios, sin besarle.

—Te adoro. Hoy cuando vuelva del trabajo te compraré un poco de fruta fresca.

—No voy a decir que no a eso, ya sabes lo mal que lo paso en el súper.

Él asiente y me acompaña hasta el dormitorio. En estos días ni siquiera soporto entrar en el supermercado. El olor a pan recién hecho me da nauseas, el olor de la pescadería se me asimila al de una cloaca, el de los embutidos me pone la bilis en la boca y así, uno por uno, todos los departamentos.

Cierro los ojos un momento y, cuando los abro, Nate ha desaparecido, milagrosamente, y en su lugar tengo a mi hermana Julieta mirándome a dos palmos de la cara y negando con la cabeza.

—Vaya cara de asco que tienes.

—Julieta, no estoy para tus tonterías.

—Se te ve, se te ve. Esas ojeras no las tapas ni con tres kilos de maquillaje, te lo digo.

—Gracias por los ánimos.

—Es que estás muy fea, joder. Como si estuvieras enferma, en vez de embarazada.

—Pues estoy embarazada y además soy muy feliz.

—Se te nota —dice con ironía.

—Déjame en paz —murmuro mientras me visto.

—Solo digo que estás tan concentrada en disfrutar que te has olvidado de que eres humana. Pareces un aspersor potando todo el día, tienes ojeras, duermes mal y, en definitiva, te sientes como una mierda. ¿Por qué no lo asumes y dejas que te mimemos?

—No necesito mimos. Estoy así porque estoy embarazada y si este es el precio a pagar por tener un bebé, me parece muy bajo.

—Es que no tiene nada que ver una cosa con la otra, Esme, joder. ¡No vas a ofender a tu bebé por decir que te sientes como una mierda!

—¡Que me dejes en paz!

Salgo del dormitorio para entrar en el baño, me maquillo y cuando llego a la cocina me encuentro con Diego y Marco. Intento no ponerme de mal humor, pero es que me molesta mucho, mucho, que me miren como si fuera un corderito a punto de ser degollado.

—¿Estás bien de verdad? —pregunta Diego.

—Estoy bien. ¡Estoy bien! ¿Cómo tengo que decirlo?

—Putas hormonas —susurra Marco.

—¿Qué has dicho?

—No, nada, que me voy a correr un poco.

—Sí venga, ve, a ver si te relajas, que te veo alterado.

—Manda huevos —dice él mientras sale de la cocina.

Nate me mira con una pequeña sonrisa y niega con la cabeza. Cierro los ojos y suspiro resignada, porque sé que, en realidad, mi actitud sí está cansando a todo el mundo. Y es normal, a ver, ellos tampoco tienen la culpa de que yo esté así, solo quieren ayudar y hacerme sentir mejor, pero es que... no pueden, porque estas nauseas no desaparecen con nada, y mira que he probado hasta las capsulas naturales de jengibre que me trajo Amelia.

Al final me voy al trabajo sin decir mucho más, porque no quiero acabar a cargo de mis cambios de humor. El día se pasa lentísimo y cuando llega la hora de salir solo quiero llegar a casa, ducharme y acurrucarme con Nate, pero tenemos que ir a ver la casa, así que hago un esfuerzo y me recompongo intentando disimular lo cansada y mal que me encuentro en general.

—Nos la quedamos —dice Nate cuando estamos en el jardín interior, mirando el limonero que hay plantado justo en el centro, mientras mi padre y Sara entretienen a los dueños para que podamos hablar.

—Es perfecta... —susurro antes de morderme el labio con una sonrisa—. Aquí podremos ser una

familia de verdad. ¿Te imaginas a nuestro hijo o hija jugando en este mismo jardín?

—Pondremos una piscina de plástico los veranos, y un columpio, y pintaremos la valla en blanco.

—Pintar la valla en blanco es importante —contesto riendo.

—¿Entonces? ¿Le decimos que sí?

Me giro y miro la casa. La estructura es muy similar a la de mi padre. Cuatro habitaciones, tres baños, cocina con salida al jardín trasero, salón y plaza de garaje, además del jardín delantero. Es una hipoteca de por vida, pero... Recuerdo las carreras por el barrio con mis hermanos cuando éramos críos, los paseos siendo un poco más mayores, la yincana que hicimos no hace tanto, los vecinos de toda la vida y el conocimiento de que mi padre estará en la misma calle. Aquí nuestro hijo, o hija, será feliz. Tendrá familia, amigos y a sus padres acompañándole a lo largo de su vida y, si logro hacerlo la mitad de bien que mi padre, me daré por satisfecha.

—Sí —le digo a Nate—. Definitivamente es esta.

Él me besa, yo lloro, porque, como he dicho, las hormonas se apoderan de mí y no puedo remediarlo, pero luego me río y entramos en casa para concretar la compra con los dueños.

Dos horas después la familia entera, además de Eli y Óscar están en casa de mis padres celebrando nuestra decisión. Marco está trabajando en el restaurante, pero me ha hecho llegar un mensaje con Julieta y Diego que viene a decir que está encantado de poder quedarse, por fin, con la habitación de Nate.

—Y encima nos libramos de los vómitos matutinos, que me daba un asquito oírte que...

Esa es Julieta, tan fina como siempre. No le contesto, porque no merece la pena, y me dedico a hablar con el resto y celebrar la noticia. Últimamente celebramos tanto y tantas cosas que empiezo a temer que algo pueda torcerse, pero luego miro mi vientre, plano aún, y todos los pensamientos negativos desaparecen, porque él o ella sigue creciendo aquí dentro y eso es todo lo que importa.

Embarazo. Semana 11

Si la veo vomitar una vez más voy a acabar estampando platos contra las paredes de pura impotencia. Anoche acabamos en el hospital para que le pusieran suero por la deshidratación que sufre debido a los putos vómitos y ya no sé qué hacer para que se sienta mejor. Ella niega estar mal, por supuesto, es Esmeralda. Puede que esté sintiéndose como una mierda, pero no va a admitirlo porque piensa que, si se queja, traiciona su deseo de ser madre por encima de todo. Una gilipollez, pero no hay ser humano ni divino que le haga cambiar de opinión.

Necesita quejarse, llorar y desahogarse. Necesita confesarme que se siente mal, que no duerme, que apenas come, que no puede concentrarse en nada que no sea intentar sentirse bien pese a que su cuerpo se revela. Necesita romper esa maldita contención que solo sirve para que se ponga más tensa y acabe estallando contra todos por tonterías.

Finge que es feliz. Finge que esto es lo que quiere y no se da cuenta de que no va a ser peor madre por llorar y confesar que, algunos días, solo quiere quedarse en la cama y que esta primera etapa pase cuanto antes. Idealizó tanto el embarazo que ahora no soporta pensar que algo de todo lo que imaginó no sea cierto o color de rosa. ¿Y cómo le hago entender que no pasa nada? ¿Cómo consigo que comprenda que no es menos mujer ni menos madre por sentirse mal? Intento entenderla, pero no puedo, porque es su cuerpo, es ella la que siente cómo se desajusta todo para acoger la vida que crece en su vientre y yo me siento tan impotente que, a ratos, creo que molesto más que otra cosa. Luego llega la noche, ella se abraza a mí, me besa y hasta me pide que le haga el amor en algunas ocasiones y yo me olvido de todo lo que no sea enterrarme en su cuerpo y adorarla para que entienda que estoy aquí, que no voy a ir a ninguna parte nunca.

A veces creo que lo tiene claro. Otras, me abraza como si tuviera pánico de que echara a correr.

No sé qué hacer y así se nos pasan todos los días; entre su malestar y mi impotencia; su negación a la ayuda y mi orgullo herido por la misma razón; su ilusión y la mía; su valentía y mi pánico a que siga sufriendo. Y aunque me sabe mal, reconozco que en más momentos de los que debería pienso que ojalá el embarazo pase ya, porque yo no puedo disfrutar si ella está enferma. Adoro a mi bebé y no veo el momento de tenerlo en brazos, pero la gestación no me está pareciendo ni bonita, ni milagrosa, ni nada más que larga y tortuosa. Me callo porque sé que si se lo dijera a ella le parecería casi un sacrilegio, pero no puedo evitar sentirme así. Soy médico, trato con recién nacidos, con madres cansadas, ojerasas, preocupadas y casi al límite, pero ninguna de esas mujeres es la mía. Sueno como un egoísta, pero no es así; ellas me preocupan como pacientes, pero Esmeralda me preocupa porque es el jodido centro de mi vida y si ella no está bien, yo me desestabilizo entero.

Ella sale del baño interrumpiendo mis pensamientos. Es de noche, pero ha vuelto a vomitar provocando que hasta mi bilis suba. Se tumba en la cama en silencio y me abraza. Está pálida, demacrada y sé que se siente de pena cuando solloza un poco en mi pecho, que es algo que no ha conseguido hacer más que un par de veces. La abrazo con fuerza y acaricio su cabeza con mis labios.

—Tranquila mi vida, tranquila.

—Estoy bien, estoy bien, es solo que...

Guarda silencio y sé que no acabará la frase, porque eso la haría sentirse mal. Traicionera por un pensamiento que solo está en su mente.

Al final consigue dormirse y solo cuando me aseguro de que su respiración es tranquila me dejo llevar por el sueño y el cansancio acumulado.

Abro los ojos un rato después, alertado por sus zarandeos, no sé qué hora es, pero sé que algo va mal, muy mal, porque ella llora, aunque intente evitarlo. Está de rodillas junto a mí y mueve mi brazo con brío mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

—Estoy sangrando, Nate. No sé qué pasa, pero estoy sangrando mucho. Ayúdame, por favor, te lo suplico, ayúdame.

La miro temblar y desvío mis ojos a sus piernas, pero tiene puesto el pantalón del pijama y no puedo ver nada. Aun así, me levanto de un golpe, la alzo en brazos y para cuando salgo al pasillo Diego, Marco y Julieta ya están fuera. No sé si es que han oído lo que Esme ha dicho, o si al verme con ella en brazos se han imaginado algo, pero Diego se ha adelantado entrando en el salón y cogiendo las llaves de su coche de la mesita.

—Yo os llevo.

Ni siquiera nos cambiamos porque no quiero perder tiempo. Por el camino pregunto a Esme si ha sangrado más o menos que con un periodo y cuando llora más fuerte aprieto la mandíbula y la abrazo contra mi cuerpo pidiendo a dioses que no sé si existen que esto no sea más que una alerta pasajera.

Media hora después Esmeralda está tumbada en una camilla mientras le hacen una ecografía. Ella ha dejado de llorar para mirar la pantalla fijamente. Tiembla, pero no me extraña porque yo estoy igual. Quiero decirle que todo estará bien, pero la verdad es que no lo sé, y cuando su útero se refleja en la pantalla mi mundo se para, porque intuyo de qué va esto. El doctor intenta encontrar el latido una y otra vez y, pasados varios segundos más, no necesito que nos diga lo que pasa, porque lo estoy viendo, pero ella sigue esperando ansiosa una respuesta. Mi compañero me mira, yo asiento y aprieto su mano mientras él habla.

—Tenemos que hacerte un legrado, Esmeralda. Lo siento.

—¿Un legrado? ¿Qué...? Pero ¿y el bebé?

El médico me mira, sabiendo que en el procedimiento normal debería informar él, pero dejando que sea yo quien haga esta parte. Como si eso fuese a minimizar el puto daño. Acaricio la frente de Esmeralda antes de maldecirme, porque mi mano tiembla demasiado y ella lo debe notar. O no, quizá el *shock* es tan grande que no se da cuenta. Trago saliva y suelto las palabras de una vez, porque retrasarlo no hará que el dolor se minimice.

—Su corazón no late, cariño. El bebé no está vivo.

Sus ojos verdes, tan impresionantes siempre, ahora lo parecen mucho más, pero porque se abren tanto que creo que puedo ver su alma resquebrajarse a cámara lenta. Abre la boca, pero de su garganta solo sale un quejido lastimero que me parte en dos. La miro intentando recomponer todo esto, pero no puedo y la impotencia me consume mientras ella empieza a negar con la cabeza, suplicándome con los ojos que me retracte, que le diga que nuestro bebé está bien y nacerá en unos meses.

No puedo hacerlo, así que me limito a abrazarla con fuerza mientras ella comprende nuestra nueva realidad. Su llanto llega de una manera tan profunda e intensa que no puedo evitar esconder la cara en su cuello y derramar un par de lágrimas. Luego me contengo todo lo que puedo, beso su frente y miro al médico asintiendo para que lo preparen todo. Cuanto antes pasemos por esto, mejor.

—Tienen que hacerte un legrado. Te van a dormir y cuando despiertes yo estaré a tu lado, te lo prometo.

Ella no contesta, pero su llanto se intensifica y se convulsiona tanto que deseo como nunca en mi vida que la puta anestesia llegue y la suma en un sueño profundo. La abrazo, intento consolarla, pero creo que ni siquiera me escucha y, cuando las enfermeras se la llevan, me mira con tal desesperación que a

punto estoy de gritar de impotencia.

Salgo a la sala de espera, donde la familia entera me abraza. Amelia, Julieta y Sara lloran, así que imagino que las explicaciones sobran y ha bastado con verme la cara. Me siento en una silla y miro al vacío rezando para que el bebé que ya no existe no se lleve con él el alma de su madre. Que no me la robe y que esto no la consuma.

Una hora después me avisan de que Esmeralda está en una habitación privada. La familia entera quiere verla, pero cuando niego con la cabeza, sin hablar siquiera, entienden que no es el momento y se marchan a casa prometiendo volver mañana.

Yo camino cabizbajo por el pasillo y cuando entro en el dormitorio que ocupa la miro. Esperaba que estuviera dormida, pero está despierta, y cuando sus ojos vacíos y sin expresión se posan en mí, casi caigo de rodillas.

Si ella supiera que mataría por aliviar su dolor... pero no lo sabe, ni le importa ahora mismo. En este instante, todo lo que le importa es el bebé que ya no está y yo no sé si voy a ser capaz de ayudarla en este proceso sin perderme en mi propio dolor, pero lo que sí sé es que no dejaré de intentarlo ni un solo instante. Vienen días difíciles, lo sé, pero confío en que juntos superemos esto. Tiene que ser así. Ahora, después de llegar tan lejos, no podemos volver atrás. No podemos. No podemos. Me repito estas palabras como un mantra e intento acallar la voz de pánico que crece en mi interior.

—Lo siento. —Sus palabras me devuelven a la realidad, aprieto su mano y beso su frente sin entenderla, pero ella vuelve a repetir las mismas palabras—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por fallarte, por fallarme y por fallar a nuestro bebé. Por no haber sido capaz de darle la vida.

Su voz se rompe y yo la abrazo, prometiéndole que no tiene la culpa de nada, diciéndole que la quiero una y mil veces y entendiendo la magnitud de todo lo que siente.

Comprendiendo que acabamos de abrir las puertas de un infierno del que no sé si sabremos salir juntos algún día.

Estoy en la cama de mi dormitorio, en casa de mi padre. No he tenido ánimos de volver al piso de Nate, lo que es una tontería porque sé que allí no hay nada del bebé. Por suerte, aún no habíamos comprado nada importante, aparte de los patucos que él encargó y me regaló en la cabaña, pero esos están bien escondidos en el fondo de mi armario, donde no me recuerden nunca la ilusión que tuve no hace tanto.

La razón para no querer ir al piso es que me duele enfrentarme a los catálogos esparcidos por todas partes y, sobre todo, a los recuerdos que tengo de las semanas que estuve embarazada. Es curioso como el cerebro consigue retener tantísimas escenas de un periodo de tiempo relativamente corto. Todavía no puedo creermelo que hace tres días mi mayor preocupación fuera volver a vomitar y ahora ya no existen las náuseas, ni los malos olores, ni el dolor de cuerpo... ni el bebé. Ya no hay nada, aparte de este dolor tan intenso.

Intento recomponerme, ser fuerte y no andar llorando por los rincones, pero no me está saliendo muy bien, la verdad. Aunque a ratos consigo disimular mi dolor, acaba saliendo a relucir en momentos nada oportunos, como cuando veo sonreír a alguien de la familia y le miro mal, porque no soporto que la gente siga sonriendo cuando yo atravieso por algo que para mí es tan grande y profundo.

Sé que estoy comportándome como una bruja en muchas ocasiones, pero no puedo evitarlo. Ayer, por ejemplo, Eli vino a verme con Óscar, porque no tiene con quien dejarlo, y le pedí a mi hermana que no dejara subir al niño. Él no tiene la culpa de nada y sé que quiere verme, pero creo que no puedo soportar ver a un niño ahora mismo. Eli no se lo tomó mal, al revés. Me aseguró que es lógico y me dio un montón de datos técnicos, porcentajes y estadísticas acerca de abortos espontáneos que tenían la labor de hacerme sentir mejor, pero no lo consiguieron. Nada puede hacerme sentir mejor porque siento que he fallado a mi bebé. Odio a mi cuerpo por no haber sido capaz de retenerlo, me odio a mí misma por no haber intentado vomitar menos, porque, aunque objetivamente sé que no tuvo nada que ver, la parte masoquista y dañada de mí no hace más que imponerse. Y, para ser sincera, no me apetece luchar contra eso. Ya no me apetece luchar contra nada, y ese es el problema.

Nate está preocupado, lo sé. Ha dormido conmigo estas noches y se ha pedido un par de días de asuntos propios, pero está tenso, como si esperase que yo me alejara de él en cualquier momento. A veces incluso pienso que él imagina que, como ya no hay bebé, no le necesito. En esos momentos me enfado conmigo misma por pensar así, pero con él también, por tratarme con tanto tiento. Como si fuera una jodida muñeca incapaz de superar esto y...

Y nada, no sé ni lo que digo porque lo único que él hace es intentar animarme, pero me sienta mal. Todo lo que hagan y digan todos en mi familia, incluyéndole a él, me sienta mal. Me lo tomo a la tremenda y me paso largos ratos en silencio, sin querer participar en conversaciones de ningún tipo más que para gruñir o decir alguna de mis borderías y volver a callarme. Cuando intentan hacer como si nada hubiera pasado y evaden el tema me hacen daño, pero cuando intentan hablarlo también. No puedo evitar sentirme así, no sé qué hacer ni cómo salir de esto y supongo que, en realidad, no tengo que hacer nada. Han pasado dos días solo, así que imagino que dentro de un mes estaré mejor. Solo tengo que dejar pasar el tiempo. Fácil, ¿no? Y sin embargo a mí me parece más complicado que pilotar un avión.

No quiero que el tiempo pase para olvidar esto. No quiero olvidar esto. Punto. No quiero que me digan que en un par de meses puedo intentarlo de nuevo, que a muchas les pasa. No me importa si a las demás les pasa, me importa que me pase a mí. No quiero que me digan que a veces las mujeres abortan y no se dan ni cuenta, porque yo sí me di cuenta, a mí me dolió a nivel físico y me destrozó a nivel emocional. Y no quiero, por nada del mundo, que me digan que, estando de poquitas semanas, ni siquiera

era un bebé como tal, solo un feto. ¿Cómo puede la gente decir eso? ¡Era mi bebé! Tenía un corazón que latía y eso ya lo convertía en persona. De haber tenido unas pocas semanas más, habría tenido que parirlo, incluso muerto, y ese pensamiento me atormenta, porque creo que nadie entiende la grandeza de lo que ha pasado. Estaba de muy poco, lo sé, pero era mi sueño; por lo que he luchado siempre. Lo tenía al alcance de la mano y lo perdí de la peor manera. No puedo levantarme y seguir como si todo estuviera bien porque no es así. Ni yo, ni mi relación con Nate, ni el trato con mi familia. ¡Nada está bien! La solución que encuentro para superar esto es volver a ser la Esme de antes. La fría que se protege de todo y no permite que nadie llegue a ella. Al menos ahora, cuando estoy tan frágil y pienso que nadie puede entenderme de verdad.

Nate entra en la habitación y puedo ver sus ojos hundidos, pero no me compadezco de él, porque no le he visto llorar ni una sola vez y eso hace que le guarde rencor. Sé que es ilógico, que cada uno lleva el dolor como puede, pero tengo la sensación de que esconde sus verdaderos sentimientos de mí. Me muestra la parte firme, me sonrío con falso positivismo e intenta hacer ver que lo superaremos en nada. Que esto no es más que un bache.

No es así. No quiero que sea así. Se supone que teníamos confianza plena uno en el otro, pero una de dos: o no le duele esto tanto como a mí, o finge para no hacerme daño, según sus pensamientos, porque ya lo conozco. En cualquiera de los dos casos me está apartando de su lado, así que creo que estoy en mi derecho de ponerme a la defensiva y no querer ser la pobre desvalida que se arroja a sus brazos llorando cada vez que le ve. Si él no permite que yo sostenga su dolor, yo no permitiré que sostenga el mío.

—¿Cómo estás?

—Igual que hace una hora, cuando te fuiste.

Él forma una fina línea con sus labios y asiente, sacando de la mochila que trae un pantalón de chándal y una camiseta.

—Voy a darme una ducha. ¿Necesitas algo?

—No.

—¿Querrás dar un paseo después, cuando refresque?

—No.

—Hace bastante calor.

—Estoy bien.

—Esme, mi vida...

—No me apetece hablar.

Me giro en la cama y le doy la espalda dejándole con la palabra en la boca. No es crueldad gratuita, lo juro, es que no soporto estar al borde del llanto otra vez mientras él se mantiene tan entero. ¿No lo comprende? No quiero que sea un salvador, quiero que venga a la cama y lllore conmigo, que sanemos nuestras heridas a la vez y juntos, y si no puede ser así, si él pretende lamer las tuyas por su cuenta, entonces yo haré lo mismo, porque no voy a ser la parte que se abra en canal y reciba sin dar nada a cambio. Y si por el camino resulta que nos perdemos a nosotros mismos, pues supongo que no será más que el broche final a esta etapa de mierda.

Cierro los ojos y me contengo al máximo. Tanto, que hasta me concentro para poder respirar con normalidad. Creo que Nate tarda dos minutos en salir, pero me parecen dos horas y, cuando la puerta por fin se cierra, me tapo la cara con la almohada y sollozo, y gruño, y suelto mi dolor, mi rabia y mi ira en soledad mientras le pido a mi bebé, ese que ya no está, que si de verdad ahora es un ángel, como dicen en mi familia, vele por nosotros. Que no permita que su padre y yo nos perdamos en el camino del dolor, de la incomprensión y de la amargura. Que no permita que acabemos separados por un abismo insalvable. Que no permita que él se vaya de mi lado, aunque no me lo merezca.

Un mes después ya no rezo. ¿Para qué? Ahí arriba no hay nadie que escuche, porque Nate y yo vamos a peor. Hemos tenido varias discusiones gordas y anoche ni siquiera durmió en casa. Me escribió diciéndome que prefería darme el espacio que al parecer necesito y que nos veríamos hoy. También me dijo que me echaría de menos, claro, pero no me lo creí. Si así fuera estaría a mi lado, pasando todo esto conmigo, y no es así.

Apenas he dormido, esa es la verdad, y esta mañana cuando me he despertado he pensado que a lo mejor debería dejar de lado mi orgullo y buscarlo. Explicarle cómo me siento e intentar que me comprenda. El discurso de mi padre de que ahora mi madre cuida de mi hijo muerto está muy bien, pero ya no me sirve. Ya me he cansado de esperar amanecer una mañana sin secuelas, sintiendo ganas de reír, de vivir la vida de nuevo. Ya no rezo más porque he entendido que, a veces, resulta más sencillo reclamar a los muertos, que enfrentarse a los vivos y eso no es justo. No puedo dejar en manos de los que ya no están las acciones que nos corresponden a nosotros, los vivos, los que tenemos el poder de hacer que las cosas cambien.

En este momento estoy en la puerta del hospital. Es la primera vez que salgo de casa. Ni siquiera hemos celebrado el cumpleaños de mis hermanos y mío. Solo fue un día más en mi vida y creo que ellos se fueron a tomar algo, pero ni intentaron incluirme, ni yo lo hubiese permitido. Mi modo de hacer las cosas no es sano, desde luego, pero tampoco puedo hacerlo de otra forma.

El valor que me ha hecho calzarme un vestido veraniego, unas sandalias y hasta maquillarme un poco se está esfumando tan rápido que aparco en el primer hueco que veo y me obligo a bajar del coche, porque si sigo dentro soy capaz de dar media vuelta y volver a casa; a la seguridad que me aportan las cuatro paredes de mi dormitorio.

Primero hablaré con Nate, intentaré arreglar algo con él, lo que sea. O por lo menos que me dé un maldito beso, que es algo que no hace desde... no sé, ¿dos semanas? Nuestras caricias como pareja disminuyeron de forma grotesca en los primeros días por mi actitud y porque manché como si tuviera el periodo y ahora él no se acerca a mí, por miedo supongo, y yo no me acerco a él por cabezonería. Eso tiene que cambiar ahora mismo. Y en cuanto salga de aquí iré a la tienda de mi hermana Julieta y hablaré con ella. No la he visto desde hace más de una semana y supongo que se debe a que la última vez le grité que se largara, que no la necesitaba. En realidad, también le he gritado eso a Alex y a Amelia varias veces, pero supongo que, a ella, por lo que sea, le dolió más. Hasta ahora me he hecho la ofendida y he alegado que es ella quien no tiene sensibilidad ni entiende el momento que atravieso, pero creo que es hora de dejar de lado esta actitud.

También debería ir pensando en volver al bufete, porque me di de baja por enfermedad, más tarde cogí los días de vacaciones que me quedan y, aunque todavía podría coger una semana más, prefiero volver y ponerme a trabajar para evadirme. Necesito adoptar una rutina, salir a correr, trabajar, comer, volver a trabajar y regresar a casa con Nate. Necesito... necesito hacer el amor con él, y no sé cómo pedírselo, porque temo su rechazo. Después de todo no ha intentado acercarse a mí ni una vez en el plano sexual, así que no sé... no sé hasta qué punto estamos mal, o si seguimos siendo una pareja, dado que ni hacemos el amor, ni nos abrazamos, ni nos besamos. Estamos peor que cuando éramos amigos. Aun así, espero que sí, que sigamos juntos, claro, creo que es así, él no me ha dicho nada de cortar, pero...

—Deja de pensarlo —murmuro para mí misma mientras entro en el hospital.

Me toco las puntas del pelo y me siento insegura, porque creo que desde hace años es la primera vez que lo dejo suelto para salir a la calle. No sé por qué adopté esa manía estúpida de hacerme moños, coletas o trenzas, pero es algo que tiene que cambiar. Hay tantas cosas por cambiar que prefiero no pensarlo, porque me agobia y, en vez de querer empezar ya, siento deseos de esconderme un ratito más en mi cama.

Cojo aire en la puerta y entro de una vez, enfrentándome a otro de mis miedos: volver al hospital.

Camino por el pasillo sintiendo que las paredes se mueven de forma gradual, acercándose a mí con

la intención de asfixiarme. Recuerdo el recorrido que hice con Nate llevándome en brazos primero, la camilla hacia el quirófano después y más tarde la habitación privada, las flores para animarme, los bombones que no probé, la mirada perdida de Nate y el dolor desgarrándome por dentro. Me paro antes de girar hacia su despacho y cojo aire. Tengo que respirar, no es tan difícil. Puedo hacerlo. Sé que puedo.

—Señorita, ¿está bien?

Miro al señor mayor que se ha parado a mi lado con cara de preocupación y esbozo una sonrisa temblorosa asintiendo y tragando saliva para refrescar mi garganta, cuarteada de tan seca como la siento, y poder responder.

—Sí.

—¿Necesita que llame a alguien?

—No, no es necesario. Gracias.

El hombre me observa con preocupación y mira a los lados, como buscando que alguien más venga y me diga que tengo que sentarme antes de acabar desmayada. No quiero armar un drama, así que me pongo a caminar e intento no pensar en todo lo ocurrido aquí hace algo más de un mes.

La sala de espera de Nate está atestada de madres, niños y bebés, y yo empiezo a pensar que no ha sido una buena idea venir. No estoy lista para enfrentarme a esto. No pensé en los niños, ni en que habría tantos a esta hora. Yo solo... solo... El aire empieza a faltarme. Necesito salir y calmarme. Mandaré un mensaje a Nate y le pediré que salga fuera, que nos veamos en la cafetería. O mejor volveré a casa y le escribiré desde allí para que venga cuando salga de trabajar. Lo que sea, pero fuera de esta sala acristalada repleta de niños pequeños.

Deshago mi camino y giro de nuevo la esquina en la que me paré antes. En esta ocasión también freno mis pasos, pero no por los recuerdos, sino por lo que veo frente a mí.

Nate, guapísimo, vestido con pantalón y camisa, sin bata y sonriendo a Patricia, la enfermera, que tampoco lleva bata. ¿Por qué no llevan bata? ¿Y por qué sonrían tanto? Puedo entender que yo he tenido celos de esta chica antes, pero es que hay algo que no me cuadra. No entiendo por qué no tienen puestas las batas, si están trabajando. Puede parecer una tontería, pero no lo es, no para mí.

De pronto, me siento encerrada en un laberinto. No puedo volver atrás, a la sala repleta de niños y a la que él llegará en cualquier momento, pero tampoco puedo ir hacia ellos y hacer ver que no pasa nada, porque sí pasa. El problema es que tengo que elegir una de las dos opciones, porque no hay otra salida posible.

Al final, como siempre, tardo tanto en decidir que me da tiempo de ver como Patricia se alza de puntillas y abraza a Nate, que no duda en rodearla con sus brazos y estrecharla mientras agacha la cabeza hasta que sus mejillas se juntan. Sé que le está diciendo algo al oído, y puede que no sea importante, pero a mí el gesto me mata, porque él es mi novio, porque llevo un jodido mes deseando que me abrace y porque... porque siento que no le tengo y ella, en este instante, sí. Cuando se despegan él sonrío y yo me muero un poquito más, porque conmigo ya no sonrío así. Tengo que recomponerme, alzar mi máscara y salir de aquí con el orgullo intacto. Venir ha sido una pésima idea porque está claro que él no me necesita aquí, y cuando ellos retoman su camino y él me ve, la rabia se me acumula en el estómago, sube por mi garganta y amenaza con salir a borbotones por mi boca. La contengo, porque no soy dada a armar escándalos, pero no me pasa desapercibida su mirada de sorpresa primero, y preocupación después.

—Esme, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Pasaba por aquí y pensé en venir a verte, pero veo que estás ocupado, así que mejor te dejo.

Intento pasar por su lado, pero su mano se aferra a mi brazo y tengo que morderme el moflete interno para no gritar. No por dolor, sino por rabia, por esta rabia que me está comiendo a pasos agigantados.

—Tengo que trabajar, pero puedo estar contigo unos minutos.

—No hace falta. Ve a trabajar.

—Yo sigo hacia la consulta —dice entonces Patricia—. Nos vemos ahora, Nate.

Ni ella se despide de mí ni yo de ella. Creo que nos tenemos el mismo cariño. Hasta ahora podía soportarlo porque pensaba que, después de todo, él estaba conmigo. Ahora ya no estoy tan segura ni de eso, ni de nada.

—Ven conmigo.

Nate me guía hacia la salida a toda prisa y yo me dejo arrastrar como un autómatas. En cuanto salimos a la calle el sol nos recibe abrasador. Él no se detiene y me lleva hacia el final del edificio, luego giramos y cuando estamos apartados del aparcamiento y de la mayor parte de la gente me mira.

—Cariño, ¿qué pasa?

Lo miro a los ojos e intento controlarme, pero es que llevo un mes entero haciendo lo mismo y estoy harta. Estoy agotada y las hormonas liberadas después del aborto no ayudan, así que le suelto lo que pienso y que sea lo que tenga que ser.

—¿De dónde venías con ella?

—¿Qué?

—¿De dónde veníais y por qué te abrazaba en medio del hospital?

—Es mi amiga, Esmé. Hemos ido a tomar algo en nuestro descanso y me abrazaba porque...

Nate suspira, se pasa la mano por la nuca y yo tomo el gesto como lo que es: nerviosismo. Está dudando si decirme la verdad o mentirme, y puede que no esté en mi mejor momento, pero no voy a consentirle que me mienta.

—Habla. Di de una puta vez por qué esa puede abrazarte con tanta naturalidad, si tú últimamente pareces alérgico a tocar a las mujeres. —Él parece sorprendido, pero yo no me detengo—. O quizá solo pasas de tocarme a mí.

—¿Qué estás diciendo? Solo la abrazaba porque hemos estado hablando de lo tuyo. De lo nuestro. Es mi amiga, necesitaba desahogarme y solo intentaba animarme.

Su tono es defensivo y casi diría que cabreado, pero me da igual. Yo también tengo mis motivos para estar cabreada y dolida.

—¿Necesitabas desahogarte? ¿Y tenía que ser con ella?

—¿Y con quién quieres que sea, Esmeralda? —pregunta exasperado— ¿Contigo?

No sé si es su tono, sus palabras o el dolor que yo ya siento, pero algo se resquebraja dentro de mí y mis ojos se llenan de lágrimas antes de poder hacer nada por evitarlas.

—Sí, Nathaniel, quería que fuera conmigo porque soy la otra parte implicada. Quería que fuera conmigo porque quería abrazarte yo. ¡Yo, Nate! Y me has privado de eso. Te cierras en banda conmigo y luego te vas con ella para desahogarte. ¿Te das cuenta de lo injusto que es?

—Casi tanto como que tú me apartes de tu lado.

—¡No te aparto!

—¿No? ¿De verdad? Ni siquiera puedo tocarte sin que te pongas tensa, Esmeralda. Lo último que quiero es hacerte daño, pero tienes que entender que esté hecho mierda y necesite consuelo de mis amigos.

—Y ese consuelo no pasará por follarte a Patricia, ¿no?

Él me mira con los ojos de par en par, pero yo no me arrepiento de haberlo preguntado. No me arrepiento de nada porque, si yo le estoy haciendo daño, él también a mí.

—¿Crees que sería capaz de hacerte eso?

—No lo sé. Yo ya no sé lo que creo.

—Si de verdad tienes esa duda, es que no me conoces una mierda. ¡Llevo años detrás de ti, Esmeralda! He intentado ser un buen amigo, un buen novio, un buen padre, y me lo has tirado todo a la cara en cuanto has perdido al bebé. ¿No te das cuenta? —Me sorprende cuando sus ojos brillan, pero no es nada comparado a lo que siento con sus últimas palabras—. Tú has perdido un hijo, pero yo os perdí a

los dos y no sé cómo cojones enfrentarme a eso. A nuestro bebé no puedo recuperarlo, pero a ti, al parecer, tampoco, y eso me está matando, te lo creas o no.

—Curioso, porque yo pienso lo mismo y ni siquiera te has preocupado de hablarlo conmigo. ¿Sabes lo que siento yo, Nate? —Él guarda silencio y yo sigo, dispuesta a dejarlo salir todo de una vez—. Siento que te desahogas con ella porque me culpas por matar a nuestro bebé. —Niega de inmediato con la cabeza, pero ya he empezado y no puedo parar—. Me besabas y abrazabas al principio con miedo, como si yo pudiera estallar, cuando en realidad lo único que quería era que llorásemos juntos su muerte. Más tarde, cuando empezaste a alejarte comencé a pensar en ello. O no te importaba lo bastante el bebé, o te importaba tanto que no podías mirarme sabiendo que yo no había podido mantenerlo con vida.

—¡No es así! ¿Cómo puedes decir eso?

—Lo digo porque es lo que pienso. ¿Quieres saber por qué estoy aquí? Venía a rogarte que arregláramos lo nuestro. Venía dispuesta a tirar mi orgullo por la ventana si con eso conseguía que tú te rompieras conmigo, aunque sea una mínima parte de lo que me rompo yo contigo por lo general. Venía a suplicarte que lloraras conmigo la muerte de nuestro bebé.

—Cariño... —Su voz es ronca, pero me da igual. Ya todo me da igual.

—Y te tengo que ver abrazado a ella, susurrando en su oído a saber qué mierdas mientras yo me muero un poquito más por dentro. Te estoy perdiendo y me estoy perdiendo a mí misma en este camino tortuoso y depresivo, Nate, y no es justo para ti, pero tampoco para mí. Yo no soy la única mala en esta historia.

Me giro y empiezo a caminar a toda prisa, por si me sigue, pero él se ha quedado parado en el sitio y cuando llego a mi coche me doy cuenta de que no va a venir. Quizá haya llegado a su límite. A lo mejor ya no puede más, o tal vez ha encontrado la excusa perfecta para alejarse de mí de forma definitiva. No lo sé y, aunque una parte de mí quiere volver y suplicarle de rodillas que no me deje, la otra, la que todavía está medio entera y tiene algo de dignidad arranca el coche y sale del aparcamiento pensando que no he dicho nada que no piense, ni sienta. Puede que sea mentira, puede que él no se esté alejando de mí o que crea que no hace nada malo eligiendo de confidente a la única mujer que me hace sentir insegura porque es guapa, inteligente, simpática, trabaja con él todo el día y seguro que no arrastra una carga emocional como la mía. Puede que no pase nada, que solo sean amigos, pero el sufrimiento que a mí me causa el pensamiento es real. Tan real que siento que sangro un poquito por dentro cada vez que recuerdo ese maldito abrazo que ella ha recibido y yo perdí hace un mes, junto a mi bebé.

Conduzco hasta Sin Mar en tal estado de nervios que soy incapaz de recordar que tenía que entrar en la tienda de Julieta hasta que ya estoy en la urbanización. Cambio de dirección cuando estoy llegando a casa y no puedo evitar parar un segundo y mirar la casa que Nate y yo tenemos apalabrada. Entregamos un poco de dinero para reservarla, pero desde que pasó lo del bebé ni él ni yo hemos sacado el tema y la compraventa sigue pendiente. Sé que los dueños saben de nuestra situación y por eso no han insistido, pero el tiempo se agota y empiezo a pensar que igual no ha sido la mejor idea del mundo. Puede que incluso sea Nate el que ya no quiera comprarla conmigo.

Cierro los ojos, tomo aire y arranco de nuevo para ir a la tienda. No puedo flagelarme más con lo mismo. De momento tengo que arreglar las cosas con mi hermana. Eso es todo lo que importa.

Al entrar en la tienda, sin embargo, quien me recibe es Marco, que está limpiando la estantería de las bolsas de sangre con sabor a piruleta.

—Eh... hola.

Parece sorprendido y no es para menos, porque el simple hecho de haber salido de casa ya es digno de mención, pero además es que mi cara no debe ser la mejor después de tanto llorar, así que entiendo que el chaval se haya quedado a cuadros.

—¿Dónde está Julieta? —pregunto sin rodeos.

—Ha ido a recoger unas compras y vendrá más tarde. ¿Es importante? ¿Te puedo ayudar?

—No, solo quería verla. ¿Puedes decirle que venga a casa? Hace días que no la veo.

—Sí... sí, claro, yo se lo digo.

—Bien.

Salgo de la tienda, me voy a casa y saludo a Sara, que está pasando la aspiradora en el salón.

—Cariño, no te vi salir. ¿Estás bien?

Voy a decirle que sí, que estoy bien y que necesito que me deje en paz, pero entonces veo lo preocupada que está y me siento tan mal... tan sola y tan, tan cansada, que acabo negando con la cabeza al tiempo que las lágrimas empiezan a caer de nuevo.

Poco después estoy en mi cama, llorando a lágrima viva mientras ella me sostiene entre sus brazos y me dedica palabras de consuelo.

—No voy a poder ser madre nunca —digo entre sollozos.

—Eso no es verdad. Ahora lo ves todo muy negro, pero algún día volverás a sentirte con ganas de intentarlo.

—No lo creo.

—Lo harás. Y si no lo tienes tú, siempre puedes adoptarlo.

Caigo en la cuenta entonces de que Sara nos contó al inicio de conocerla que es estéril. Su difunto marido y ella intentaron tener hijos, pero les fue imposible, así que al final dejaron de intentarlo. Luego él murió y ella estuvo soltera hasta que conoció a mi padre.

—Tú no adoptaste. ¿Por qué?

—Lo pensé, pero después de tanto como sufrí, y como sufrió Steve, llegamos a la conclusión de que necesitábamos un tiempo para nosotros. Aprendí a disfrutar de lo que tenía y dejar de preocuparme por lo que no podía solucionar. Era estéril y no podía tirar más dinero, esfuerzo y tiempo en intentar un imposible, así que dediqué horas y días a aprender a quererme y respetarme como soy. Aprendí que mi cuerpo no estaba defectuoso, ni había nada malo en él. No podía concebir, pero aun así yo era hermosa y perfecta.

—Eso es genial —murmuro— pero tú eres fuerte y yo...

—Tú eres más fuerte que yo. Además, no eres estéril, Esmeralda. Has tenido mala suerte y has perdido un bebé. Es un hecho terrible y no puedo imaginar tu dolor, pero algún día tendrás que dejar que ese agujero en el pecho vaya a menos y pensar en volver a intentarlo, si es lo que te hace feliz.

—No creo que otro embarazo me hiciera feliz ahora mismo.

—Entonces haz como yo. Intenta quererte, no pienses en los futuros bebés, si los hay, pero esfuérate por mejorar tú. Intenta estar bien por ti, no por los demás. Y apóyate en Nate, cariño. Deja que su amor te sane.

Mis lágrimas vuelven en torrencial y ella me abraza con más ganas. No sé el tiempo que pasa hasta que consigo contarle todo lo ocurrido, pero cuando acabo su sonrisa sigue siendo dulce y paciente.

—A lo mejor ya ni siquiera estamos juntos.

—Ese chico se dejaría cortar las dos piernas antes que perderte por una discusión causada por el cansancio y el dolor acumulado por los dos. Vosotros tenéis un amor fuerte y verdadero, Esme, y eso puede verlo cualquiera que se pare a observaros unos minutos.

—Unos minutos del pasado, dirás, porque últimamente ni siquiera es normal vernos juntos.

—Tenéis que afrontar esta etapa como mejor podáis. Es normal que los dos estéis doloridos, pero cielo, no permitas que eso te haga perder todavía más cosas. No dejes que se adueñe de tu vida hasta ese punto.

Me quedo en silencio, asimilando sus palabras y pensando en ellas a fondo. Sara por su lado me da un par de valerianas, besa mi frente y me enciende el aire acondicionado antes de taparme con una sábana y salir del dormitorio. Poco después mis ojos se cierran presas del agotamiento que arrastro.

Cuando me despierto es de noche y Alex y Amelia están en mi cama, pero no hay ni rastro de Julieta.

—¿Dónde está? —pregunto con voz pastosa.

Ellos tienen los pijamas puestos y me abrazan cada uno desde un lado de la cama.

—Nate vino a verte, pero dormías tan profundamente que pensamos que era mejor que te dejara descansar —dice Amelia.

—Le he echado —contesta Alex por su parte.

Intento despejarme, porque yo en realidad preguntaba por mi hermana Julieta.

—¿Le has echado? ¿Por qué?

—Nos ha contado la pelea que habéis tenido y le he echado. Él te hace llorar y yo le echo. Punto. Que agradezca que no se ha llevado una paliza.

—No le habrías pegado —dice Amelia con suavidad antes de mirarme—. Nos ha contado que ha sido duro contigo hoy en el hospital. Él no te esperaba allí y ha estallado, pero está muy arrepentido.

—No lo bastante —dice Alex—. Que piense esta noche en lo que dijo y mañana ya veremos.

—Eso tiene que decidirlo ella, Alejandro, no tú —le responde Amelia molesta.

—Ella no está para decidir nada. —Me mira y me abraza con más fuerza—. Tú tranquila y duerme, que nosotros estamos aquí contigo.

Intento no llorar, porque, aunque me molesta que Alex haya echado a Nate, lo ha hecho por mí y porque cree que debe defenderme a toda costa de lo que me haga daño. Ya de pequeño jugaba a ser un salvador y no se daba cuenta de que, por lo general, nosotras nos salvamos solitas de las peores situaciones. Por otro lado, agradezco el gesto, porque es una muestra más de lo mucho que le importo.

Que Nate haya estado aquí y además les haya hablado a mis hermanos de nuestra pelea me anima un poco, porque quizá no todo está perdido y podamos arreglar lo nuestro, pero supongo que eso tendré que hablarlo mañana con él, si es que le veo.

—Julieta te mandó un whatsapp al grupo —dice entonces Amelia—. No ha venido porque se le ha liado la cosa en la tienda, pero mañana pasará por aquí.

Asiento, pero de todas formas miro el móvil para leer el whatsapp. Tengo varias conversaciones

pendientes pero la que pone a galopar mi corazón de mala manera solo tiene tres palabras.

Nate: Del checo: Litost.

La busco de inmediato en google y cuando leo la definición, mis lágrimas vuelven con más fuerza, si eso es posible.

«*El estado espiritual tormentoso que sobreviene cuando uno se percata de su propia miseria*».

No consigo dejar de llorar, por más que lo intente. Llora por lo que quisimos ser y ya no somos. Por los sueños que se han hecho añicos; los abrazos que ya no tenemos y los besos que parecen tan lejanos que temo olvidarlos de un momento a otro. Llora por él y llora por mí. Llora por todo y llora por nada.

No tengo ánimos para contestarle, ni para ponerme a buscar una palabra rara ahora, más que nada porque todo se me ha vuelto a venir abajo y ya no sé qué hacer. O sí, sí lo sé. Necesito hablar con él, abrazarlo, que su olor a cítricos inunde mis fosas nasales y que él encuentre en mí el mismo consuelo. Que deje de prometerme que todo irá bien. Que solo me haga ver que está aquí conmigo y esto le duele tanto como a mí. Que deje las palabras de ánimo para otro momento y se regodee conmigo en este dolor, aunque solo sea una vez, para poder tocar fondo juntos y salir adelante fortalecidos. ¿Acaso no consiste en eso el amor? Estar juntos en las buenas, pero sobre todo en las malas.

Yo no quiero que él se cargue mi dolor en la espalda y tire de los dos ni delante, ni detrás de mí. Lo quiero a mi lado, luchando conmigo, agarrado de mi mano y apoyándose en mí tanto como yo en él. ¿Es tanto pedir?

La noche se hace eterna y las agujas del reloj parecen no pasar nunca. De no ser porque Amelia y Alex están aquí, ya me habría levantado para ir al piso de Nate. Eso es lo que quiero, lo único que me interesa, pero no puedo hacerlo con ellos aquí, o eso pienso.

A las seis, harta de dar vueltas decido que bien puedo tomar el primer café de la mañana con Nate y así de paso veo a Julieta antes de que se vaya para la tienda.

Me pongo un *leggin* y una camiseta lisa fucsia de hacer deporte. No es muy historiado y estoy segura de que mi cara da bastante asco, pero ni siquiera me molesto en maquillarme o peinarme. ¿Para qué? No quiero impresionarle y, por primera vez, quiero salir al mundo siendo real. Con mi pelo suelto, mis muchas pecas y mis ojeras sin tapar. Lo único bueno de estar en este pozo es que he perdido el miedo de mostrar mis defectos, porque ya nada puede hacerme más daño.

Me calzo las zapatillas de correr y recuerdo lo estricta que era para hacer deporte a diario siempre, menos cuando me sometía a las inseminaciones. Todo eso parece quedar tan lejos ya...

Bajo las escaleras y ni siquiera busco mi bolso. Cojo mis llaves del recibidor, me aseguro de llevar el móvil y salgo a la calle para coger mi coche.

Y entonces veo su coche en mi puerta y mi corazón late más deprisa primero y se ralentiza después. Me acerco con paso lento y me doy cuenta de que tiene el sillón reclinado y duerme con los brazos cruzados en una postura rígida. Me pinzo el labio porque no quiero llorar, pero el hecho de que haya pasado la noche aquí es... es tan él. Maldito Nathaniel Morgan, qué difícil me pone odiarle.

Toco con los nudillos en la ventanilla y casi me veo obligada a sonreír cuando se sobresalta. Me mira, le miro y me doy cuenta de que su aspecto no es mucho mejor que el mío. Su barba es mucho más espesa de lo que acostumbra y sus ojeras están tan marcadas que sus ojos parecen el doble de pequeños. Aun así, está guapo. Él siempre está guapo, y me arrepiento un poco de no haberme maquillado. Soy tan imbécil...

Me echo hacia atrás para que Nate pueda abrir la puerta y cuando sale del coche nos quedamos mirándonos unos segundos.

—¿Vas a correr?

La esperanza que hay en su voz hace que me sienta aún peor. Tengo que empezar a retomar mi vida y

mis rutinas, lo sé, pero hoy no será el día que lo consiga. Quizá mañana.

—No. Iba a verte a tu piso. ¿Has dormido aquí?

—Sí. Yo... anoche vine, pero Amelia y Sara me dijeron que estabas dormida y que sería mejor que me fuera a casa. Luego tu hermano apareció y me dijo lo mismo, pero sin tanta amabilidad.

—Ya, algo he oído. Lo siento, no debería haberte echado de casa.

—Sí, debería. Les conté la discusión que tuvimos y bueno... no están muy contentos conmigo.

—Creo que conmigo tampoco, así que tranquilo.

—Esme, yo...

—¿No trabajas? —pregunto cortándole.

Él sigue con los hombros hundidos, señal de lo mal que se siente y me mira con tanto cariño que me derretiría, si no fuera porque puedo ver también algo muy parecido a la compasión brillar en sus ojos. Y eso sí que no lo soporto.

—Cariño, es sábado. No tengo consulta, ni guardia.

—¿Ya es sábado? —Suspiro y asiento con lentitud—. Sí, es verdad —murmuro.

Ahí está el motivo de su mirada. Yo, que casi apuntaba la hora de ir al baño en mi agenda, ya no sé ni en qué día vivo. Supongo que eso da una pista de lo perdida que estoy en la vida ahora mismo.

—Esme yo... yo no puedo más. No sé qué hacer, nena. —Me sorprendo cuando veo sus ojos brillar y se pinza los labios con fuerza antes de seguir—. Estoy intentando ser el hombre que necesitas, de verdad, pero es que no tengo ni una pista de cómo seguir con esto. Solo sé que tú te consumes delante de mis ojos y yo no puedo hacer nada por evitarlo. Llevo un puto mes intentando ayudarte y con la sensación de que solo lo empeoro más. Si te toco me siento mal. Si no te toco siento que me muero. ¿Qué tengo que hacer? Por favor, dime qué necesitas para que esto funcione, porque yo ya estoy desesperado.

Me doy cuenta de que las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas cuando una de ellas llega a la comisura de mi boca. La lamo y sorbo por la nariz antes de intentar explicarle, otra vez, lo que de verdad necesito.

—Cuando te dije que te quería la primera vez sentí miedo, pero no fue nada comparado con lo que sentí cuando te pedí que te quedaras siempre a mi lado. Que no te fueras de mí nunca.

—Me he quedado.

—No —susurro llorando por la impotencia que me produce que no se dé cuenta—. No, Nate. Tu cuerpo ha estado aquí todo el tiempo, pero tu mente, tus sentimientos han estado cerrados para mí. Desde que vinimos del hospital no has hecho otra cosa que mirarme con cara de perro degollado, dejando claro que no sabes manejar esto, pero sin querer implicarte.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—¡Porque es la verdad! —exclamo exasperada—. O si no, dime. ¿Has llorado por la muerte de nuestro hijo? —Él me mira con los ojos de par en par, pero es que tengo razón y no voy a parar hasta demostrárselo—. Dime, Nate, ¿has llorado?

—Por supuesto que he llorado, Esmeralda, no soy de hielo.

—¿Y dónde has llorado? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Fue a solas en tu piso cuando ibas a por ropa? ¿En la consulta? ¿En los ratos que pasas con Patricia por ahí? Dime, Nate, dime dónde has llorado tu pena, porque no ha sido conmigo ni en mi presencia.

Él abre la boca dispuesto a contestar, pero segundos después la cierra y mis lágrimas caen sin control, porque pensé que esto sería liberador, pero no es así. Me está desgarrando todavía más ver que ni siquiera se da cuenta de hasta qué punto me ha negado consolarle.

—No... no quería hacerte más daño —dice al final en voz baja—. Yo solo quería protegerte, mi vida.

—Me has hecho más daño así, que si hubieras llorado a mi lado. Te pedí que te quedaras y fallaste, Nate. No sé cómo luchar contra eso.

—Pensé que estaba a tu lado. Pensé que... pensé que era lo mejor. Tú estabas como en *shock*, no querías llorar conmigo, ni apoyarte en mí y yo pensé que me alejabas porque... —Agacha la cabeza y sigue hablando sin mirarme—. Pensé que como ya no había bebé, yo ya no era necesario.

Suena desesperado y una parte de mí quiere consolarle, pero otra aún mayor me recuerda que sin esta conversación es imposible que sigamos adelante.

—Pusiste en duda mi amor por ti.

—No —dice alzando la cabeza y negando—. No, no es eso, es que...

—Es eso, Nate. Quisiste creer que yo te dejaría, que ya no me hacías falta porque ya no había bebé. ¿Sabes cómo me hace parecer eso? Como una zorra sin corazón. No te importó las veces que te dije que te quería. No te importó nada porque preferiste pensar que me desharía de ti y todo volvería a ser como al principio entre nosotros.

—No. Sí. Puede... —Suspira con resignación y niega con la cabeza—. ¿Sabes qué es lo peor? Que no pude evitar sentirme así. Ayer, cuando te dije todo aquello en el hospital... sé que me pasé, y aunque no todo lo que dije era cierto, sí hay una cosa que sentí y siento de verdad. —Me mira a los ojos por primera vez en toda la conversación y sigue—. Siento que el día del aborto perdí a nuestro bebé, pero también a ti. Tú te hundiste y yo solo quise sacarte a flote, mantenerte a salvo hasta de mí. Supongo que lo hice todo mal y no debí decidir por ti, pero te aseguro que no dudé de tu amor como tal. Yo solo... solo quería que tú volvieras a mí.

—Yo siempre estuve aquí, esperando que tú te quedaras.

Él asiente y hace amago de hablar, pero su voz se rompe y veo, por primera vez, el brillo de sus ojos convertirse en dos lágrimas que se le escapan antes de que se las limpie a toda velocidad.

—¿Y ahora? ¿Me vas a dejar?

Está tan roto, tan dolido y tan hecho polvo que no puedo decirle que no. Ni siquiera puedo decirle que no lo sé, porque, aunque esto acabe con nosotros, no quiero ser quien le ponga fin.

—No puedo. Da igual cuantas veces nos peleemos, da igual que te desahogues con otra en vez de conmigo. Todo da igual, porque no puedo dejarte y me odio por eso como no te imaginas.

—Mi vida...

—Dime que no tienes nada con ella —susurro llorando.

Me doy cuenta de que casi suplico y también me doy cuenta de lo surrealista que es todo, porque sé que él no me pondría los cuernos, pero la inseguridad está acabando conmigo y necesito oír de su boca que yo sigo siendo la única.

Nate sujeta mis mejillas entre sus manos y limpia mis lágrimas con sus pulgares antes de negar con la cabeza.

—Ni he tenido, ni tendré nada con ella, jamás. ¿Cómo puedes pensar que yo estaría con otra si vivo consumiéndome por ti? He hecho muchas cosas mal; los dos la hemos cagado al no gestionar esto de la manera correcta, pero estamos a tiempo. No podemos perdernos por esto, Esme. Ahora más que nunca tenemos que estar juntos.

—Lo que hemos hecho hasta ahora no se considera ni siquiera estar juntos.

—Lo estamos. Estamos juntos, aunque nos separemos, aunque nos gritemos, aunque nos hagamos daño. Estamos juntos siempre porque yo ya no concibo estar con nadie más. Ni siquiera puedo pensar en estar solo. Lo único que yo necesito para superar todo esto es que tú me mires con ese amor que sientes y del que a veces dudo porque soy un gilipollas. Sé que no me lo merezco siempre, pero me da igual porque, de todas formas, quiero poder recrearme en el verde de tu mirada y encontrar ahí mil motivos para seguir adelante ¿No te das cuenta, Esmeralda? Mi vida entera empieza y acaba en tus ojos.

Conforme acaba de hablar le abrazo con fuerza, porque no puedo contenerme más. No sé luchar contra esto tan grande que me empuja hacia él. Sé que me ha hecho daño actuando de esa forma, pero también sé que yo se lo he hecho a él. Encontraremos la manera de salir adelante porque no tenemos más

opciones. El único camino que existe ahora es el de la recuperación y lo menos que podemos hacer es agarrarnos de las manos y empezar a andarlo juntos. Juntos de verdad, apoyándonos uno en el otro, dejándonos sostener y sosteniéndonos a nosotros mismos. Llorando y limpiando las lágrimas del otro al mismo tiempo. No veo otra forma de hacerlo y cuando Nate me besa y siento el sabor salado de sus lágrimas en mi boca, sé que por fin lo ha comprendido.

Nate

Dicen que lo peor que puede pasarle a una persona es que sus sueños se esfumen de un momento a otro, pero eso no es cierto del todo. Lo peor que me ha pasado a mí, es que los sueños de ella se hayan esfumado. No haber podido ayudarla a cumplir ese deseo que le quema las entrañas y, en cambio, haber sido participe en crear a la mujer derrotada, triste y que vive sin vivir. Que respira porque es necesario, que come, se ducha, habla y hasta sonrío como un autómatas, porque sabe que tiene que hacerlo, pero no lo desea.

Sé que no debería culparme, pero no lo puedo evitar. Yo quería tener ese bebé, lo adoraba, eso es innegable, pero también sé que a mí esto no me ha dolido de la misma forma. No es que no me parta en dos, es que para ella esto era todo y ahora ha perdido el norte por completo.

En este momento, mientras la abrazo en el jardín y hundo mi cara en su cuello me doy cuenta de lo mucho que me he equivocado negándole mi dolor. Yo solo quería evitarle más sufrimiento, pero al final, de alguna forma, he conseguido aumentarlo.

No quería que ella viera que me quema por dentro no haber podido hacer más. Si en vez de limitarme a preocuparme en silencio por su estado en los últimos días de embarazo la hubiese llevado a la consulta... Y sí, ya sé que todo parecía ir bien, que los vómitos no eran un indicativo de nada porque la mayoría de las mujeres los sufren, pero no dejo de buscar un motivo para flagelarme porque soy médico y no conseguí ver que mi chica pasaría por esto.

He llorado en la ducha, en mi cama la noche que discutimos y decidí dejarla sola, en la consulta incluso. He llorado mucho, pero siempre a escondidas de ella y, aunque me avergüence admitirlo, no siempre por la pérdida del bebé. O no solo por eso.

He llorado porque lo hemos perdido, pero también porque ella se consume y no sé qué hacer para aliviar su dolor. Cada vez que se ha negado a hablar conmigo, a pasear, a comer algo más que un poco de fruta me he sentido miserable e impotente. Como si no estuviera haciendo todo lo que está en mi mano para traerla de vuelta a una vida que disfrute. Quiero que vuelva a reír, que haga el amor conmigo y que me bese con ansias, con glotonería. Quiero que me muerda, que sea altiva, que me sonrío con esa frialdad que tanto me pone y que me demuestre que puede con esto y con más. Quiero que no se hunda, que nada le haga daño, meterla bajo mi piel y no dejarla salir hasta que el mundo sea un lugar mejor para ella. Y no puedo. Y encima de no poder, es que tampoco debo, porque ella es lo bastante fuerte e inteligente como para enfrentarse a todo y salir vencedora, pero es que esta vez parece que no encuentra esa fuerza.

Intenté protegerla de todo, hasta de mi dolor, y en el camino solo conseguí que se sintiera más sola que nunca, así que ahora vuelvo a estar como al principio. Sin tener mucha idea de cómo demonios solucionar esto y deseando que el tiempo pase y nos traiga la calma que tanto necesitamos.

—¿Te vas a quedar hoy conmigo? —susurra ella en mi oído.

Asiento y me separo de su cuello para mirarla. Sus ojeras son tan profundas que el violeta de su piel casi supera el verde de sus ojos. Ya no se preocupa de sus pecas y, eso que antes me habría encantado, ahora me duele, porque sé que está tan cansada de todo que pasa de mirarse en el espejo y verse mejor consigo misma. Su pelo está suelto y me temo que es por las mismas razones. Le da igual. Ya le da igual todo y no sé cómo cambiar eso, pero sé que no pienso ir a ninguna parte y que conseguiré que vuelva a ser la Esme de siempre, aunque me cueste la vida.

—Hoy y siempre —murmuro en sus labios besándola—. ¿Has desayunado?

—Pensaba tomar café en tu piso.

—Vamos dentro, te haré algo rico.

—Solo quiero café.

—Tomaremos café y algo rico.

—Nate...

—Podríamos ir al Bosque luego —digo de pronto—. ¿Quieres? Nos pasaremos el día en nuestro rincón favorito olvidándonos de todo y de todos.

Ella se pinza el labio y me mira dudosa. Sé que no le apetece salir demasiado de casa, pero también sé que está considerando hacerlo como una muestra de que tiene pensamientos de cambiar y empezar a salir de esto. Cuando asiento con lentitud sé que su cerebro ha ganado a su corazón. No le apetece hacer nada y lo entiendo, pero por algún lado hay que empezar y quedándonos en casa todo el día no vamos a solucionar nada.

Entramos en casa y consigo convencerla para que se tome una tostada pequeña con aguacate y un café. Después sube al piso de arriba para ducharse y cuando baja maquillada y con una coleta agradezco al cielo que al menos se haya visto con ganas de ser un poquito ella.

Salimos de casa mientras su padre nos anima y hasta nos avisa de que no importa si no volvemos en un par de días, lo que me hace sonreír, porque el pobre está desesperado y ya no sabe qué hacer para que su niña mejore. El camino hacia el bar es silencioso y la entrada casi igual. Por un momento me pongo tenso pensando si nuestro rincón estará ocupado, pero cuando Lily me informa de que lo tenemos libre me relajo y me propongo disfrutar del día. Entramos, nos descalzamos y pido un crepe de dulce de leche, aunque ella me mire mal.

—Tengo hambre. ¿Quieres compartirlo?

—No soy una niña, Nate.

—Me doy cuenta, cariño —digo mirando su cuerpo con deseo a conciencia.

Ella me dedica una de esas miradas congeladas y yo sonrío con orgullo. Ahí está, un atisbo de mi preciosa reina de hielo...

—No vas a convencerme con esa mierda de «Lo he pedido para mí, pero como es mucho mejor nos lo comemos entre los dos».

—¡No pensaba hacer eso! —digo haciéndome el indignado.

Ella pone los ojos en blanco y se ríe mientras salva la distancia que nos separa y se cuelga en el hueco de mis piernas.

—¿Sabes lo que me gustaría? —Niego con la cabeza y la rodeo mientras apoyo la espalda en el tronco de un árbol.

El camarero llega, deja el crepe y se va con tanta discreción que podría parecer que la comida ha llegado por arte de magia. Esme besa mis labios, abre sus piernas y se sube a horcajadas sobre mí, sorprendiéndome.

—Me gustaría que estuviéramos en la cabaña ahora. En realidad, me gustaría que nos quedáramos allí para siempre. Quiero estar en un sitio donde solo existamos tú y yo. Donde mis celos no me consuman y donde no tenga que recordar que hemos perdido un bebé.

—¿Y no te traería malos recuerdos estar allí? —pregunto entre susurros—. Después de todo, fuimos con la intención de buscar un bebé.

Es la primera vez que hablamos de él o ella con tanta claridad y no puedo evitar que un nudo de dolor se aposente en mi estómago. Pudimos tener tanto... ¡Perdimos tanto de un solo golpe!

—Fui allí en busca de un bebé y salí enamorada del hombre más maravilloso del mundo —dice ella sonriendo un poco y haciendo rozar nuestras narices—. ¿Cómo puedes pensar que eso va a traerme malos recuerdos?

Acaricio su espalda y maldigo mi idea de venir aquí, porque no es en un sitio público donde la quiero sino en mi cama, desnuda, subiendo y bajando sobre mi cuerpo y gimiendo otra vez de placer.

Apoyo la frente en su pecho y me pinzo el labio inferior para contenerme, pero mi entrepierna es mucho más rebelde que yo y sé que Esmeralda está notando hasta qué punto es capaz de despertarme con un puñado de palabras.

—Si pudiera, te llevaría allí para siempre —digo mientras beso la curva de su cuello—. Si pudiera eliminaría el mundo para que solo quedáramos tú y yo y así tu sufrimiento menguara.

—¿Y tú? ¿Querrías que yo eliminara el resto del mundo para ti? —pregunta.

—No hace falta. Mi mundo entero eres tú, y el resto me sobra tanto que, aunque sigan ahí, no les veo. Todo lo que puedo pensar, amar, ver y desear eres tú, Esmeralda.

Ella me besa con pasión, muerde mis labios y pienso, por un momento, que parece haber encontrado su apetito perdido en mi boca. Su lengua se enreda en la mía y me arranca un gemido mientras mis manos van a su trasero y la aprieto contra mi bragueta.

—Esmeralda... —jadeo en su boca.

—Te necesito. Sé que no quieres tocarme por si salgo corriendo y sé que no será fácil la primera vez, pero de todas formas te necesito. —Dudo un momento, porque sé que ahora mismo me desea, pero no sé si eso se mantendrá cuando lleguemos a casa y lo último que quiero es hacer que se sienta presionada, pero entonces ella sigue hablando y yo pierdo el norte—. ¿No lo ves, Nathaniel? Cuando tú me tocas, yo vuelo. Necesito volver a tener alas y volar para salir de este pozo en el que todo es oscuro y estoy en la más absoluta soledad.

—Nena... —Beso sus labios y acaricio su nuca acercándola a mí—. Tú no estás sola. Nunca estarás sola, ni siquiera cuando quieras conseguirás estarlo, te lo prometo. —Ella sonrío un poco y cierra los ojos, seguramente intentando evitar que vea todo lo que mis palabras le provocan—. Dos bocados al crepe y nos vamos a casa.

—¿En serio? —pregunta exasperada.

—Dos bocados tú y dos yo. Necesitas coger fuerzas. —Alzo mis caderas para que note todavía más mi erección y al final consigo que sonrío—. Solo dos bocaditos.

—A ti sí que voy a llenarte de bocados.

—Joder, sí, lo tomaré como una promesa.

Esmeralda sonrío de nuevo y yo siento que algo se afloja en mi interior, por fin. Sé que esto no es más que un momento de cambio provocado por su deseo y las ganas que tiene de poder evadirse de la realidad, aunque sea con sexo. Me desea, claro, pero también desea la sensación de bienestar que el sexo le produce y, dado que yo estoy igual, no tengo ningún problema con que empecemos a curar nuestras almas haciendo sudar nuestros cuerpos.

Nos comemos el dulce en un momento y salimos agarrados de las manos después de dejar dinero encima del plato. El camino vuelve a ser silencioso y además estoy demasiado ocupado deseando que en casa no haya nadie. Que hayan decidido salir a hacer lo que sea en familia. Sé que Diego trabaja de mañana, igual que Julieta, así que espero que pasen la tarde juntos y fuera. Y si es con el chico, mucho mejor.

Subimos en el ascensor y cuando entro y no oigo ni la tele, ni ruido procedente de ninguna de las habitaciones, suspiro de alivio. La quiero solo para mí y no quiero que tengamos que privarnos o medirnos en nada, ni siquiera en gemidos.

Entramos en mi dormitorio y antes de poder cerrar la puerta ella ya se ha deshecho de su camiseta. Está lanzada y sé que ansiosa por volver a tenerme. Yo estoy igual o peor, así que la imito y me quito mi propia ropa a toda prisa hasta quedar completamente desnudo. La abrazo cuando solo le quedan las braguitas puestas y me agarro a los bordes para bajarlas yo.

Ella se deja hacer, incluso cuando beso sus pechos y me arrodillo besando sus costillas, sus caderas y su vientre. Se tensa cuando llego a esta última parte y sé que recuerda todas las veces que hicimos el amor en las que yo besaba su vientre con un significado del todo distinto. Le duele, lo sé porque a mí

también me duele, pero esto es algo necesario. No podemos empezar a saltarnos pasos solo porque antes significaran algo más grande, más intenso. Algo tan enorme como que una vida crezca dentro de la mujer que amas...

Sacudo mi cabeza e intento no pensar en ello. Ha pasado más de un mes y podemos volver a intentarlo. Abro sus piernas y beso su pubis antes de pasar la lengua por su hendidura y saciarme de su esencia. Ella gime y acaricia mi cabeza entregándose poco a poco, pidiéndome más y dejándose llevar cuando mis labios y mis dedos la guían hacia el éxtasis. Eleva sus caderas, me ofrece su clítoris abierto y no dudo en morderlo mientras su orgasmo se desata y mi erección pide a gritos un alivio. En cuanto se calma cubro su cuerpo con el mío y beso sus pechos antes de llegar a sus labios.

—¿Estás lista? —pregunto mientras mi glande acaricia sus muslos.

Esme me mira con los ojos muy abiertos y yo aguanto la respiración, porque sé que algo no va del todo bien y no quiero ni moverme, por si desato una nueva tormenta. Ella me besa y cuando estoy a punto de penetrarla niega con la cabeza.

—Ponte un condón —susurra en mis labios.

Me separo y la miro frunciendo el ceño.

—Mi vida, podemos intentarlo...

Ella niega con la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas contenidas. Coge aire y acaricia mis hombros con dulzura. Su voz suena rota, pero firme al mismo tiempo.

—No puedo todavía. No quiero, Nate. Ya no quiero intentarlo más.

Sé que es una afirmación demasiado delicada y que en un futuro puede cambiar, pero aun así me duele ver hasta qué punto nuestro bebé se llevó sus deseos, sus sueños... Aun así, asiento, porque la entiendo y me levanto de la cama intentando recordar dónde demonios tengo un preservativo, porque desde que estamos juntos no uso ninguno. Abro los cajones de la mesita de noche, pero no veo ninguno así que al final me veo obligado a ponerme un pantalón corto de deporte e ir al cuarto de Marco. Ni siquiera voy a pensar en lo patético que es estar robándole condones a un niño de dieciocho años, pero es que sé que Diego y Julieta no utilizan, así que mis opciones se reducen al chico. Entro, revuelvo el cajón de sus calzoncillos y doy con dos cajas.

—Pequeño cabroncete, como si no tuviera bastante con una.

Salgo moviendo la cabeza con lentitud e intentando no imaginarme a Marco en plena faena. Para cuando vuelvo al dormitorio la mezcla de sensaciones que tengo es tan confusa que mi erección se ha esfumado, dejando en su lugar un nudo en mi estómago, una inseguridad y un miedo que no sabía que tenía, porque, ¿y si Esme no se recupera de esto? ¿Y si no consigo que vuelva a permitirse soñar con la maternidad? Sé que cuando dice que ya no quiere intentarlo más habla desde el dolor y me niego a pensar que de verdad sus ganas de ser madre se hayan esfumado. No es así, lo sé, lleva toda la vida deseando esto, pero no sé si yo voy a ser capaz de ayudarla en el proceso. Si voy a ser capaz de sanar la herida que aún sangra a borbotones.

—Ven aquí...

No me doy cuenta de que me he quedado en el centro de la habitación, con el condón en la mano y la mirada perdida hasta que Esme se acerca y se arrodilla frente a mí.

—No hace falta —susurro acariciando su frente.

—Deseo hacerlo. También eché de menos volverte loco así —dice mientras baja mi pantalón.

Cierro los ojos cuando su lengua se posa en mí y suspiro del placer más primitivo que existe cuando me acoge en su boca.

Mi erección vuelve en cuestión de segundos y no me extraña. Podría estar muerto y esta mujer haría que me empalmara solo con una mirada. La alzo con delicadeza por los hombros y la llevo de nuevo hacia la cama. Me pongo el preservativo a toda prisa, porque ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea estar dentro de ella de nuevo.

Abro sus piernas, me apoyo en su entrada y me cuelo en su interior con suavidad, intentando que se adapte a mí. Ella gime y me abraza por los hombros. Me besa con desesperación y yo le correspondo, aunque no es un beso que se adapte al ritmo de mis caderas, pero no me importa. Entiendo que su cuerpo y su mente están librando una seria batalla y estoy dispuesto a dejarme llevar por lo que ella me pida con palabras o gestos.

Me mezo en su interior, veo sus ojos entrecerrados cuando se estira en la cama disfrutando de las embestidas y beso sus pechos, cuello, hombros y labios intentando que note hasta qué punto la quiero. Deseando que vea que esos celos que se la comen son del todo innecesarios, porque ni Patricia, ni ninguna jodida mujer de este planeta podrá despertar en mí jamás una cuarta parte de lo que despierta ella solo con una mirada, un beso o un movimiento de cadera cuando estamos entrelazados.

Acaricio su cuerpo en los puntos exactos para que su segundo orgasmo se desate y en cuanto noto que empieza a estallar me hundo en el fondo de su ser y estallo con ella. Cierro los ojos con fuerza, disfruto de mi orgasmo y cuando acabo, odio sentir que me falta algo. Me falta... su humedad, me falta derramarme dentro de ella y no en un preservativo, pero antes me ahorcaría que confesárselo, así que salgo de su cuerpo, la beso de nuevo y voy al baño a quitarme el condón. Al volver ella mira al techo pensativa y por un momento casi tengo la certeza de que se siente como yo, pero luego me mira, sonrío y le devuelvo el gesto, dispuesto a seguir sus normas para que este camino sea más llevadero.

—Te quiero —dice en mi pecho cuando la abrazo.

—Te quiero —susurro en su cabeza.

Miro al techo y me quedo pensando cuánto tiempo más hará falta para que podamos ser los de antes. Al menos lo pienso hasta que me doy cuenta de que es imposible que seamos los de antes, porque la experiencia, las cosas buenas y sobre todo las malas, han ido haciendo crecer y evolucionar nuestra relación hasta convertirla en lo que es. Nuestras heridas no van a desaparecer, y las tuyas aún tienen que sangrar mucho, para desgracia de todos, pero podemos cicatrizar juntos y salir adelante victoriosos de esto.

El resto del día lo pasamos haciendo el amor, dedicándonos carantoñas y hablando del bebé perdido. Me permito regodearme en el dolor frente a sus ojos y, aunque odio ver lo que eso produce en ella, también me alegro, porque sé que esto es lo que necesita para salir adelante. Llora, llora y, al final, de alguna forma, acabamos riéndonos y recordando todos los momentos buenos que la búsqueda del bebé y el embarazo nos trajo. Supongo que, en el fondo, estamos creando recuerdos nuevos que servirán para llenar momentos de silencio en una cama del futuro.

Todo parece ir bien, pero yo sé que hay algo que todavía puede hacernos mucho daño. Intento no pensar en ello, pero empieza a ser imposible, sobre todo porque los ruidos de fuera son claros y sé que Esmeralda los oye tanto como yo.

—¿Qué...? —pregunta ella antes de quedarse en silencio escuchando.

Julieta, Diego y Marco han vuelto y lo han hecho por la puerta grande. Yo cojo aire, me siento en la cama y pienso con tristeza que era imposible tapar el sol con un dedo y que, mientras antes salgamos de esto también, mejor.

—¡Joder es que ya no podemos ni ir a restaurantes a comer porque a la señora todo le da asco! —dice Marco enfadado.

—¿Te puedes callar? —le reclama Diego—. ¿No te das cuenta de que ya tiene bastante con lo suyo?

Esmeralda se ha tensado tanto que parece un palo. Sé que no es por las palabras que oye, sino por los ruidos provocados por su hermana.

Me mira, pero rehúyo su mirada como el cobarde que soy y salgo de la cama para vestirme. Ella hace lo mismo a toda prisa y en cuanto salimos del dormitorio nos topamos de cara con la realidad.

Julieta sale del baño limpiándose la cara con una toalla, pero en cuanto se la quita podemos ver sus ojos rojos e hinchados. Se moja los labios con la lengua, supongo que los tiene resecos después de vomitar y, cuando repara en nosotros, se queda congelada.

—Hola —dice sin poder ocultar su sorpresa—. No os esperaba aquí.

—¿Qué te pasa? —pregunta Esmeralda.

—¿Eh? Na-nada...

—No, nada no. Estabas vomitando.

Diego y Marco están tan petrificados como yo, pero seguro que ellos no sienten el miedo asfixiándoles. Miedo por Esme, por mí y por lo que pueda pasar después de esto.

—Estaba...

Julieta parece un ratón acorralado y se encoge de hombros buscando la mirada de Diego y Marco, que niegan con la cabeza casi al mismo tiempo. Supongo que intentan decirle que mentir no sirve de nada, pero, aun así, ella lo intenta.

—Me sentía mal, fuimos a comer a un sitio nuevo y creo que la carne no me sentó muy bien y...

—Estás preñada —dice Esmeralda poniéndome el vello de punta.

Sus palabras han sonado frías, duras y casi, casi, a acusación. Julieta hace el intento de hablar, pero al final sus ojos se llenan de lágrimas y hunde los hombros mientras Diego acude a abrazarla por el costado.

—Yo no... no quería, Esme. No lo busqué y no...

—Estás preñada —repite Esme, esta vez mucho más bajo. El dolor está arrasando con ella, lo sé, y no poder hacer nada para evitarlo me está matando—. Por eso no querías verme. Me evitabas porque estás embarazada y no sabías cómo decírmelo, no porque estuvieras enfadada.

Julieta deja caer las lágrimas y lo siento por ella, porque sé que lleva todo el mes sufriendo esta situación, intentando hacer lo mejor para su hermana y sabiendo que, tarde o temprano, iba a romperle el corazón, aun sin tener culpa.

—Lo siento... —susurra al final—. No te imaginas cuánto lo siento.

Las lágrimas llenan su rostro y puedo sentir la tensión de Diego, que acaricia su espalda una y otra vez intentando que se calme. Marco, a su lado, también está preocupado y se le nota, porque ni siquiera sabe para dónde mirar, pero su mandíbula cada vez se aprieta más.

—¿De cuánto estás? —pregunta mi chica sin siquiera llorar.

Sé que está a punto de romperse, pero también sé que no lo hará frente a su hermana. El orgullo no le permitirá rebajarse de esa forma.

—Esme...

—Te he hecho una pregunta, Julieta. ¿De cuánto estás embarazada?

—Algo más de dos meses, pero me enteré dos días después de que tú... —Agacha la cabeza sin terminar la frase.

—¿Cómo has podido ocultármelo? —pregunta Esmeralda visiblemente herida esta vez.

—Esme, joder, tú acababas de perder un bebé y yo a estos ni siquiera los buscaba. ¿Cómo podía hacerte ese daño? Te lo creas o no, no soy una insensible de mierda. Te quiero con locura y lo último que quería era causarte este dolor.

Esmeralda parece oírlo, pero cuando habla, sé que solo ha retenido una palabra.

—¿Estos? ¿Cómo que estos?

Julieta parece tan desesperada y llora tanto que al final es Diego el que interviene.

—Está embarazada de gemelos, o gemelas, no sabemos el sexo aún. Hay dos dentro de la misma bolsa. —Mi amigo aprieta a su mujer más contra su costado, como queriendo esconderla en su cuerpo, y mira a Esmeralda con comprensión, pero firmeza—. Sé que ahora mismo te sientes fatal, que esto puede parecerte un ataque y que te duele como ni siquiera puedo imaginarme, pero intenta comprender que no lo

buscamos y que tu hermana se siente tan mal que ni siquiera puede mirarte a la cara, aunque lo que te ocurrió no sea su culpa.

Algo dentro de mí arde cuando él dice eso último. ¿Hacía falta dejarle claro que el aborto de Esmeralda no fue culpa de Julieta? Mi chica jamás pensaría eso. Es normal que esté dolida, habría que ver cómo se enfrentaría otra a esta situación. Intento decir algo, pero ella niega con la cabeza y alza una mano en mi dirección en señal de «Stop» sin mirarme.

—Yo jamás culparía a mi hermana de mi aborto, Diego. —Mira a Julieta y sigue—. No te culpo de estar preñada, te culpo de creer que yo no tenía que saberlo. Te culpo de pensar que soy débil. Te culpo de esconderte de mí, como si yo fuese un ogro. Te culpo de no quererme lo suficiente para tener las agallas de enfrentarte a esto.

Julieta agacha la cabeza y llora en silencio hipando y temblando tanto que deseo abrazarla, porque, aunque las palabras de Esme tengan algo de verdad, sé que ella solo intentaba evitarle más sufrimiento. Y lo sé, porque yo mismo se lo oculté con ese fin. Cuando Esmeralda me mira, sé que lo que le ha dicho a su hermana no es nada en comparación con lo que va a decirme a mí.

—Tú lo sabías —susurra sin más.

Asiento, porque no tiene sentido negarlo y ella se ríe con sarcasmo y se seca ávida las lágrimas que caen por sus mejillas.

—Solo queríamos que pasara un poco más de tiempo y lo llevaras mejor. Que te recuperases un poco —susurro.

—¿Tan incapaz de superar esto me crees, Nate? —pregunta con evidente enfado—. ¡¿Tan jodidamente débil piensas que soy?! ¡No necesito tu maldita protección! ¡No necesito que me ocultéis la realidad como si yo fuera una niña incapaz de manejar todo esto! Lo que necesitaba era que la gente que quería fuera sincera conmigo. —Sus lágrimas se desbordan y mi corazón se rompe un poco más—. Necesitaba que lloraras conmigo, que fueras sincero, que no te callaras nada, y cuando por fin pienso que lo has entendido... —Señala a su hermana y niega con la cabeza antes de volver a limpiarse las mejillas—. No quiero volver a verte. —Se gira para mirar a Julieta, Diego y Marco y se pinza el labio—. Eso también va por vosotros. Si no he sido lo bastante fuerte o merecedora de una noticia como esa, entonces no quiero teneros en mi vida, por lo menos por un tiempo. Ojalá disfrutes del embarazo y no sepas nunca lo que es sentir que todo el mundo te falla, Julieta.

Sale de casa mientras me quedo con los brazos pegados a los lados de mi cuerpo pensando que tiene razón, pero al mismo tiempo no la tiene. Sé que quizá nos hemos equivocado, que deberíamos haber dejado que ella lidiara con la noticia. Sé muy bien que decidir por ella lo que puede gestionar y lo que no ha sido un error, pero no hacía falta que hablara así a su hermana. Entiendo su dolor, de verdad que lo entiendo y por eso sé que lo que más le debe doler ahora mismo, es saber que no puede mirar a su hermana por lo que le ha hecho, pero principalmente porque Julieta lleva en su interior dos bebés cuando ella no pudo retener ni siquiera uno. Sé bien cómo funciona su mente, sé que no va a dejar de pensarlo en un tiempo y sé que la esperanza que por un momento tuve de poder superar esto juntos acaba de irse por el retrete.

He perdido de un plumazo todo lo bueno que había en mi vida y como no sé de qué forma gestionar esto, y menos en público, decido dar media vuelta, encerrarme en mi cuarto, tumbarme en la cama y regodearme en mi dolor mientras huelo su perfume de mis sábanas, aún revueltas, y pienso en lo que podríamos haber sido y, al parecer, no seremos.

Conduzco rápido. Quizá demasiado rápido para mi propio bien, teniendo en cuenta que las lágrimas no me dejan ver con claridad y este es el coche de Nate. He cogido las llaves del recibidor sin pensar y me lo he llevado. A decir verdad, no sé ni cómo he soportado salir del piso sin derrumbarme a la altura del salón. Un milagro, supongo, igual que me parece un milagro no estar desmoronándome en pedazos literales. ¿Cómo es que no me parto y me hago añicos? Es lo que deseo y es así como me siento, pero no ocurre. Intento encontrar un mínimo de paz en mi interior para pensar y razonar acerca de lo que debo hacer ahora, pero todo lo que puedo pensar es que mi familia entera me ha engañado. Me han pensado débil. Me han hecho débil. Han decidido por mí lo que puedo y no puedo soportar sin preguntarme. Y puedo llegar a entender que estén preocupados por mí, pero que piensen que no puedo con esto... No, eso no puedo aceptarlo.

Yo no quiero estar ni con una familia, ni con un hombre que piensan que en la adversidad soy incapaz de salir adelante sola. Imagino que este mes he atravesado por momentos malos y no les gusta verme así, pero entonces, ¿cuál es la solución? ¿Fingir que estoy bien para que así confíen en mí? ¿Quitarle importancia al hecho de haber perdido un hijo? Porque para mí era un hijo, por mucho que la ciencia diga que no, que solo era un feto. Solo un feto. Qué fácil es decir eso cuando no vives en la piel de mujeres como yo. Mujeres que deseamos por encima de todo concebir y ser madres. Que luchamos, nos caemos y atravesamos un infierno de emociones y decisiones para llegar a una meta que, cuando por fin parece quedar cerca, se desmorona. Nadie se imagina lo que es vivir con la ilusión de que los días pasen cuanto antes para tener a tu hijo o hija en tus brazos, amamantarlo y darle todo el amor que llevas años reteniendo, porque por más que digan, ese tipo de amor no es el mismo que le das a un hombre o al resto de tu familia. Ese amor que te quema, que te arde y te desborda a fuego lento solo con imaginar que sostienes a alguien que ha salido de tu propio cuerpo no lo iguala nada. No para mí, y no para mucha gente. Y, sin embargo, me ha tocado escuchar frases de conocidos y vecinos que me han dolido como si me clavaran dagas bajo las uñas, aunque las intenciones fueran buenas. Desde el: «Ya lo intentarás otra vez en un par de meses», hasta el: «Mejor ahora que más tarde», pasando por el: «Por lo menos era pronto, no te ha dado tiempo de cogerle cariño».

Si la gente se hiciera una mínima idea de lo que esas frases duelen, jamás las mencionarían. Porque da igual que mi bebé tuviera pocas semanas de gestación. Para mí era mi bebé, tenía forma y un corazón que latía desbocado en las ecografías. Era un ser vivo que crecía dentro de mí y murió. Murió y, al parecer, ni siquiera tengo el derecho de venirme abajo y llorarlo porque de inmediato los demás piensan que me ha afectado demasiado. Que no puedo soportar esto, ni que mi hermana esté embarazada.

Embarazada de gemelos, o gemelas, y sin querer...

¡Es que no es justo! Pienso mientras golpeo el volante con fuerza y más lagrimas salen de mis ojos. ¿Cómo va a ser justo? ¡Ella no quería quedarse embarazada y tiene dos, y yo que lo deseaba más que nada en el mundo no tengo nada! ¡Nada! ¿Y se supone que mentirme era mejor? ¿Qué demonios pensaban? ¿Ocultarse hasta que un día la encontrara con una barriga de cinco meses? ¿Hasta cuándo se suponía que tenían que engañarme y evadirme? ¿De verdad se piensan que habría tomado mejor ver a mi hermana con una barriga de preñada que saberlo de antemano para hacerme a la idea? ¿Y en qué jodido momento todo eso forma parte de sus decisiones en vez de las mías? ¡Es mi vida! Es tan increíble que me hayan engañado que ni siquiera puedo pensar en vivir con ninguno de ellos ahora mismo.

Cuando por fin llego aparco en el jardín y salgo del coche disparada hacia el interior. En el salón mi padre y Sara ven la tele, pero ni siquiera les saludo. Subo las escaleras y entro en mi dormitorio con

decisión. Me arrodillo y saco una maleta de debajo de la cama.

—Hija, ¿qué ocurre? —pregunta mi padre detrás de mí.

No contesto, no quiero y pienso que, diga lo que diga, van a intentar darle la vuelta y hacer que yo sea la culpable. Claro que sí, la culpa es mía por estar hundida y amargada, por eso lo han hecho. Pues bien, que dejen de preocuparse porque desde hoy no tendrán que ver más mi cara ni saber de qué ánimos amanezco. Actúo por inercia, lo sé, y sé que Eli va a flipar mucho cuando me vea aparecer en su casa, pero es que no puedo quedarme aquí. Simplemente no puedo mirarles a la cara y pensar que me han creído tan débil como para no poder soportar lo de Julieta. O igual piensan que odiaré a mi hermana por poder tener bebés.

Y lo peor, sin duda, es que, aunque no quiero, sí le guardo rencor. No es racional, ni justo, pero, ¿desde cuando las cosas importantes de la vida lo son? Yo no puedo mandar en el resentimiento que me come cuando pienso que ella tendrá dos bebés en siete meses y yo ninguno. No puedo, aunque me gustaría, así que lo mejor es que me aparte de esta familia y piense bien qué quiero hacer con mi vida de ahora en adelante.

Y respecto a Nate... Me muerdo el labio inferior con fuerza para no echarme a llorar, porque si el engaño de mi familia me ha dolido, que él me lo haya ocultado después de sincerarme y pedirle que compartiera todo su dolor conmigo me parece cruel y ruin. ¿Es que ni siquiera en esto está en el mismo bando que yo? ¿A él sí podían contárselo todo y yo tenía que vivir en la inopia? Recuerdo su mirada mientras la verdad se descubría y sé que ha sufrido, pero ni siquiera una cuarta parte de lo que he sufrido yo al saber que hemos hecho el amor todo el día, que nos hemos hecho confesiones íntimas y dolorosas, que hemos llorado juntos y, aun así, me ha mentido. No puedo, es que simplemente no puedo gestionarlo ni concebir la idea ahora mismo, así que decido apartarla de mi mente.

—Eh, ¿qué ocurre? —pregunta Alex entrando también en la habitación.

Yo sigo sin mirarlos, pero no dejo de guardar ropa en una maleta. Mi hermana Amelia aparece poco después y también me pregunta qué me pasa, pero sigo sin hablar. Mira tú por dónde, ahora soy yo la que no tiene ni putas ganas de abrir la boca y dar una explicación.

Cierro la maleta con lo esencial y cuando voy a salir de la habitación me doy cuenta de que mi padre, Sara, Alex y Amelia bloquean la salida.

—Quitaos del medio.

—Cariño, ¿es que no te ha ido bien con Nate? —pregunta Sara.

—Oh sí, con él me ha ido muy bien. —Hago acopio de valor y los miro con frialdad, encontrando en mi interior algunos retazos de la Esmeralda dura e inquebrantable que supe ser un día—. Hemos follado todo el día hasta caer exhaustos. Habría sido maravilloso de no ser porque mi hermana Julieta ha irrumpido en el baño del piso a golpe de vómitos.

Sus semblantes pasan de serios a preocupados en un segundo y eso me da todavía más rabia.

—Esme, no te lo dijimos porque... —Corto a mi padre alzando una mano y sonrío con suficiencia.

—No quisisteis contarme nada cuando tocaba y ahora soy yo la que no quiere oírlos. Si me disculpáis, tengo que salir.

—Ojos verdes... —Alex me pide calma con la mirada, pero niego con la cabeza.

—Que os quitéis de la puta puerta —digo con la ira contenida a duras penas.

Ellos obedecen, Amelia tiene los ojos abiertos de par en par y ni siquiera es capaz de gesticular una palabra. Mi padre me sigue a toda prisa y balbucea algunas cosas, pero no las escucho, no me interesan. Sara y Alex se muestran cautos, como siempre, y es este último el único que sale al jardín conmigo.

—¿A dónde irás? Deja que te lleve, al menos.

—No necesito que me lleves. Tengo un coche y sé usarlo. No soy una inútil.

—Nadie ha dicho que lo seas. —No contesto y cargo la maleta en el coche. Cuando estoy a punto de subir siento su mano en mi brazo—. Sé que ahora mismo no lo entiendes, pero todo esto fue un intento de

ayudarte. Esme, te queremos demasiado para verte sufrir más y esto era... demasiado.

Le miro para encontrar sus ojos azules y grandes atormentados. Una parte de mí siente compasión de él, pero teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido, la parte que está cabreada y dolida gana por goleada, así que alzo las cejas y contesto lo mejor que puedo.

—Si era demasiado, o no, debería haberlo decidido yo. Suéltame, Alejandro.

—Solo quiero que lo pienses antes de...

—¡Que me sueltes!

Él lo hace, alza las dos manos en señal de paz y me imagino que, desde fuera, debo parecer bastante desquiciada. Subo en mi coche, arranco el motor y conduzco marcha atrás esquivando el de Nate, que está pisando parte del jardín. Por un momento me pienso arrancarle un espejo retrovisor o algo, pero esas acciones son más propias de Julieta que mías. No encontraría demasiado placer en ello así que me limito a salir de Sin Mar hacia casa de Eli e intentar no pensar en nada más.

Llego algo más de media hora después, toco su portero y cuando me abre y llego a su piso la encuentro en pijama y con cara de preocupación.

—Cielo, ¿qué...? —Se fija en mi maleta y sujeta mi mano para meterme en casa—. ¿Qué ha pasado?

Me echo a llorar en el acto y la verdad es que pienso que lo he hecho muy bien. No imaginé nunca que aguantaría tanto y eso que soy la reina de la contención. Ella me arrastra hasta el sofá como puede y me abraza mientras yo lloro e intento contarle lo ocurrido. Me lleva un buen rato, teniendo en cuenta que las lágrimas y convulsiones no me dejan decir nada coherente, pero cuando por fin consigue hacerse una idea de lo que ha pasado acaricia mis mejillas y besa mi frente con una dulzura que me desarma aún más.

—Te quedarás aquí, ¿de acuerdo? No te preocupes por nada. Es normal que estés dolida, cariño.

—No tenían derecho —gimoteo mientras me sorbo la nariz—. No soy tan mala como para no alegrarme por ella, aunque una parte de mí se sienta dolida. No la habría tratado mal ni nada de eso, Eli.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

—No quiero molestar...

—No lo haces. De momento vivirás aquí, ¿vale? Tienes que tranquilizarte, cielo. Voy a prepararte un calmante y una infusión. Date una ducha, ponte el pijama y deja que yo me ocupe de todo.

Asiento mientras abro la maleta en el salón y busco mi pijama. Casi me echo a llorar de nuevo cuando me doy cuenta de que hasta eso me trae recuerdos de todas las noches que he pasado abrazada a Nate. Noches en las que él me pedía que me quitara toda esa tela para poder tocarme como de verdad le gusta y yo me reía a carcajadas mientras me lo arrancaba, casi de forma literal. Ahora todo eso se ha quedado en nada. El pensamiento de que está en su piso viviendo con mi hermana embarazada me duele, porque le imagino ilusionándose con ella, haciendo de tío de esos bebés y teniéndolos en la misma casa. Olvidándose de mí...

Es ilógico, ya lo sé, pero mi mente está tan cansada y confusa que no deja de hacer puzles inconexos y dolorosos.

Camino por el pequeño pasillo y me detengo frente a la puerta de Óscar. Hace mucho que no le veo. Más de un mes, porque me negué a que me viera. No quería tener trato con ningún niño y menos con él, porque no quería verle y recordar todo lo que yo había perdido. Le echo de menos con locura, pero sé que todavía no estoy lista para enfrentarme a sus preguntas, lo que complica nuestra situación, porque en teoría ahora viviré aquí.

Me doy la ducha, vuelvo al salón y me tomo el calmante y la infusión. Al principio insisto en dormir en el sofá, puesto que este piso solo tiene dos habitaciones, pero al final Eli me convence de que lo haga con ella. Y no es que me dé vergüenza compartir su colchón, ni mucho menos. Es que quería aprovechar la noche para llorar a gusto y estando ella a mi lado me toca contenerme otra vez. O eso es lo que yo pienso, porque cuando siento sus brazos tirar de mi cuerpo y colocar mi cara en el hueco de su cuello con suavidad no puedo evitar que las lágrimas se derramen y acaben desbordándome por completo. Ella me

mece, me susurra palabras de aliento y hace que todo sea un poquito más llevadero. En el fondo, tengo que estar agradecida, porque podría estar sola en el mundo, pero no es así. Tengo una amiga dulce, buena y cariñosa dispuesta a dar la cara por mí, y en estos momentos lo agradezco tanto que ni siquiera encuentro las palabras para decírselo. Confío en que, de alguna forma, sienta lo mucho que la quiero, aunque no se lo diga a menudo.

En algún punto de la noche me duermo con dolor de cabeza, los ojos hinchados y la nariz tan taponada que ya ni mocos me salen. El sueño es profundo, supongo que el calmante es el responsable de eso, y cuando vuelvo a abrir los ojos sé que han pasado muchas horas, aunque no tenga reloj a la vista. De hecho, si abro los ojos es porque oigo cuchicheos tras la puerta.

—Pero tiene que comer, mami, o se pondrá malita —susurra Óscar. O más bien intenta susurrar, porque no le sale.

—Cariño, escucha, Esme está muy cansada y necesita dormir mucho, ¿vale?

—Pero quiero verla. Hace demasiado que no la veo.

—Óscar, mi vida... —El tono de Eli es impaciente, pero también un poco triste—. Ya te expliqué que ella necesita tiempo.

—Pero yo no tengo la culpa de que su bebé esté en el cielo, mamá.

—Ya lo sé, pero a ella verte le recuerda lo que ya no tiene.

Contengo las lágrimas, pero no por la sorpresa de saber que Óscar conoce mi situación, eso lo puedo imaginar porque Eli no es partidaria de mentir a su hijo más que cuando le hace creer en Santa Claus o los Reyes Magos. No es eso, es que... es que no sé si puedo cargar también con el dolor que estoy causándole al crío. Él intenta entender a su madre y sé que una parte de su pequeño cerebro llega a comprender la magnitud de todo esto, pero hay otra, la emocional, que no puede encajar que ya no quiera verle, ni contarle cuentos, ni jugar con él. Y la verdad es que le echo tanto de menos que pienso que quizá debería hacer el esfuerzo. Si quiero recuperarme, tengo que empezar por algún lado y, además, no puedo esconderme de él para siempre mientras viva aquí, así que hago acopio de valor, salgo de la cama y me paro frente a la puerta.

Me agarro a la manilla y cierro los ojos para inspirar aire con todas mis ganas y coger fuerzas. Abro de un tirón, sin darme tiempo a pensar más de la cuenta, y tanto Eli como Óscar se sorprenden.

La mayor me mira con cautela y el pequeño parece tan ansioso de hablar conmigo o tocarme que no me sale otra cosa que no sea sonreír, aunque por dentro se me parta el alma, porque no entiendo cómo he podido negarle mi cariño a este precioso niño. Dios mío, ¿qué dice eso de mí? ¿Tan mala persona soy?

—Si quieres que me vaya, me voy, pero yo solo quería darte un beso y decirte que me da mucha pena que ya no vayas a tener un bebé, pero que yo puedo ser tu niño también, si tú quieres —dice Óscar antes de que su labio inferior tiemble, demostrándome que está a punto de llorar, y mire al suelo.

Las lágrimas acuden a mis ojos y tengo que morderme el moflete interior con fuerza para no acabar sollozando frente a él. Me agacho y cojo sus manos, arrepintiéndome un poco porque me tiemblan y sé que él se da cuenta.

—Me encantaría que me dieras un beso —susurro al tiempo que él se lanza sobre mí, tirándome al suelo.

Óscar solloza, yo no puedo evitar llorar un poquito también, aunque cuidándome mucho de hacerlo por encima de su cabeza para que no me vea y, al final, cuando miro arriba, a Eli, me doy cuenta de que también se limpia un par de lágrimas que caen por sus mejillas.

Y es en este momento cuando me doy cuenta del valor que tiene la amistad. De lo mucho que pueden llegar a importarnos personas a las que no nos une un pasado, ni lazos de sangre, pero que forman parte de nuestro presente y que deseamos con todas nuestras fuerzas que se queden en nuestro futuro. Mi vida sin ellos ya no sería la misma. Estaría vacía, triste y, además, no tendría dónde quedarme mientras me despego de mi familia y de Nate, así que no puedo estar más agradecida de tenerlos.

—¿Y quieres que sea tu niño? —pregunta Óscar sacándome de mis pensamientos—. Podría serlo. En mi clase hay una niña con dos papás, así que yo puedo tener dos mamás.

Sonrío y niego con la cabeza mientras me limpio las mejillas y me despego de él para mirarle.

—No cariño, no puedo ser tu mamá porque para eso ella y yo tendríamos que estar enamoradas.

—¿Y no os podéis enamorar? —Niego con la cabeza y sonrío—. ¿Por qué? ¿Porque estás enamorada de Nate?

La pregunta me duele tanto que decido no contestar en tono afirmativo, aunque yo sepa que es probable que no pueda amar a ningún otro hombre de la forma en que le amo a él nunca.

—No, mi vida, no puedo enamorarme de ella porque a mí me gustan los hombres.

—Yo soy un hombre —dice de inmediato abriendo mucho los ojos.

Me río en alto y pienso, sorprendida, que es la primera vez que consigo que una carcajada brote de mi cuerpo, y es gracias a Óscar. ¿Cómo he podido negarme a verle durante un mes, cuando creo que él es esencial en mi curación? Beso sus mejillas y lo cojo en brazos mientras salgo de la habitación y le contesto.

—Sí, cielo, eres un hombre y si tuvieras treinta años más, no te me escapabas.

Él se queda en silencio un segundo, toqueteando mi pelo y mirándome desde esos ojos azules rodeados de adorables pecas.

—Treinta años más son muchos, pero dentro de poco cumpliré seis. ¿Te sirve?

Vuelvo a reírme y oigo la carcajada contenida de Eli detrás de mí. Niego con la cabeza, beso su pelo y lo suelto en la cocina mientras pienso que venir aquí ha sido lo mejor que podía hacer. Necesito recomponerme, lamer mis heridas y alejarme de todo y de todos, menos de ellos dos. Necesito saber cómo será mi vida sin mi familia y sin Nathaniel Morgan, aunque el mero pensamiento haga que sienta deseos de enterrarme bajo tierra y no salir a la superficie jamás.

Nate

Ha pasado algo más de una semana desde que no veo a Esmeralda y por momentos creo que acabaré dándole cabezazos a cualquier pared que se me ponga delante.

Todavía no puedo quitarme de la cabeza su mirada antes de marcharse de mi piso. Casi pude ver el cerco de sangre que en su rápida salida dejó a su paso. Casi, casi, pude tocar sus heridas cuando me miró como si le hubiese fallado. Otra vez. ¿Y cómo le explico ahora que yo no pienso que sea débil? Solo quise salvarla de todo lo que pudiera hacerle daño y, en el camino, la cagué quitándole el derecho a decidir si podía o no manejar algo así.

Quiero decirle que comprendo su dolor y sé por qué se ha enfadado, pero ni me coge el teléfono, ni consigo que me abran el portal en el que vive su amiga.

Miento, lo conseguí ayer porque una señora mayor iba entrando y me colé, pero de nada sirvió porque cuando toqué a la puerta la que salió fue Eli y me invitó a irme, no de muy buenas maneras. Entendible, puesto que llevo una semana viviendo en su portal, como quien dice.

En realidad, no tardamos demasiado en saber que había ido a casa de su amiga, sobre todo porque esta mandó un mensaje a Julieta y Amelia pidiéndoles que no se preocuparan y prometiendo que cuidaría de ella. Ya ves, como si eso pudiera animarnos...

Ya no puedo atosigarla más, soy consciente, pero tampoco sé cómo dejarla ir. No me entra en la cabeza que de verdad esto se acabe aquí, que ya no vaya a tener sus besos, sus piernas rodeando las mías, sus pecas a golpe de beso, o su precioso pelo envuelto en mis manos, dándome toda la seguridad que necesito para comerme el mundo.

No concibo perderla, pero es hora de asumir que no puedo hacer más. Le he mandado palabras raras en mensajes, la he llamado desde mi móvil, y desde el de Marco, desde el de Amelia y hasta desde el de su padre, pero no contesta a ninguno, lo que me da una idea del nivel de rechazo que siente todavía.

Su familia también está mal, Julieta no deja de llorar y, de hecho, en este momento está tomándose otra infusión sentada a mi lado en el sofá. Los dos miramos la tele sin ver y yo, además, me percató que es raro, muy raro, ver a la loca, dicharachera e infantil Julieta hecha un ovillo en el sofá, mirando al vacío, con ojeras y los ojos rojos de llorar.

—¿Sabes qué pienso en algunos momentos? —me pregunta de pronto.

Niego con la cabeza, pero no la miro porque sé que, a veces, es más fácil hablar fingiendo estar solo.

—Pienso que no volverá a hablarme nunca. Me imagino paseando embarazada, gorda ya, encontrándomela en la calle y sin saber dónde esconder mi barriga. Y no es justo Nate, para mí tampoco es justo.

Su voz tiembla y yo me mantengo en silencio, porque sé que tiene razón, pero también entiendo la otra parte. Y la mía propia.

Desde que sé que va a tener dos bebés apenas puedo abrazarla o mirar su barriga sin sentir que a mí se me negó esa posibilidad con la mujer que amo. Y podemos volver a intentarlo, ya lo sé, pero ahora mismo la realidad es esta. Julieta tendrá dos bebés y el nuestro murió dejándonos con un puñado de ilusiones y los corazones rotos.

—Nate... —dice ella—. ¿Y si voy a buscarla?

—No creo que sea buena idea.

—Pero es mi hermana. Yo creo que puedo hacerle entender que podemos seguir unidas. Si le pido

perdón...

—¿Y por qué vas a pedirle perdón? —pregunta Diego entrando en el salón.

Estaba en la cocina preparando algo de cenar, aunque intuyo que Julieta apenas probará bocado, porque por las noches todo le sienta mal.

—Pues por esto. Por todo.

—¿Vas a pedirle perdón por estar embarazada? —pregunta mi amigo—. Eso no es justo, Julieta. Nosotros no lo buscamos, pero tenemos derecho a ilusionarnos con nuestros hijos.

—Nadie os está quitando ese derecho —digo un poco a la defensiva, porque me jode mucho que mi amigo piense que Esmeralda podría pensar algo así—. Ella lo único que ha reclamado es que no se lo contáramos.

—No se lo contamos porque pensamos que era lo mejor. ¿Crees que estaba lista para asumir esto? ¡Mira lo que ha pasado, Nate!

—¿Te crees que no lo veo? —pregunto enfadado—. ¡Soy yo el que ha perdido a su bebé y a su novia, Diego!

—Chicos, por favor... —pide Julieta.

—¡No es mi culpa, Nate! Joder, lo siento como no te imaginas, pero es que no es mi culpa. ¡Y no es culpa de mi novia, y mucho menos de nuestros bebés!

—Pero, ¿quién cojones culpa a tus bebés de nada?

—Para empezar, tú. Ni siquiera te has interesado por las ecografías de Julieta, y entiendo que puede resultarte doloroso, pero eres mi mejor amigo, junto a Einar. ¡Qué digo! Eres como un hermano para mí. No me merezco vivir el embarazo de mi mujer como un suplicio solo por lo que os ha pasado a vosotros.

—Yo no te he dicho que lo vivas así.

—Con palabras no, pero con hechos... Y si no, dime, ¿cuándo fue la última vez que le preguntaste a Julieta cómo está? —Sonríe con ironía y alza las cejas—. Nunca, Nate, ni una sola vez. La ves vomitar y pones cara de preocupación, pero no te acercas para decirle nada. Y no lo entiendo, porque es como si pensaras que, al preocuparte por mi novia, que también es tu amiga, fallaras a Esmeralda en algo.

—Eso es una gilipollez. ¡Claro que me preocupo por ella!

—Estoy aquí, ¿sabéis? —dice Julieta interviniendo—. ¡Y no me gusta una mierda que os habléis así!

—Eso díselo a tu novio —respondo—. Es él quien parece no entender las cosas.

—Yo lo entiendo todo a la perfección. Tu hijo murió y los míos pagan las consecuencias.

Me abalanzo sobre él antes de que acabe la frase, sin importarme lo más mínimo el grito de Julieta. Diego no es tonto, sabe bien cómo defenderse así que lo más que consigo es golpear su mandíbula con el lateral de mi puño antes de que me tire al suelo.

—¡¿Qué cojones hacéis?! —grita Marco saliendo de la habitación, alertado por el ruido y los gritos de Julieta, supongo—. ¡Parad! ¡Parad joder!

Se mete en medio y, aunque le cuesta, consigue separarnos. En realidad, no nos hemos hecho daño. Creo que nuestra pelea ha consistido más en gruñir, agarrarnos y empujarnos por el suelo que en otra cosa, pero el trasfondo de todo esto es casi peor que los golpes. No hemos dejado correr la sangre, pero hemos estallado de la peor manera y cuando veo a Julieta llorar, mirándonos de hito en hito, entiendo que hemos cruzado una línea que jamás pensé que traspasaríamos.

Diego y yo respiramos con dificultad y nos miramos unos segundos antes de que él se agache frente a Julieta y le susurre palabras tranquilizadoras. Ella se abraza a él con fuerza, pero me mira por encima de su hombro y no necesita hablar para hacerme entender lo que quiere.

Que esto acabe de una vez. Que reconduzcamos nuestras vidas y dejemos de jodernos unos a otros solo porque no sabemos cómo manejar la frustración y el dolor. Que todo sea como antes...

El problema es que ya nada puede ser como antes. Nuestras vidas han evolucionado, han ocurrido cosas que no podemos tapar ni barrer bajo la alfombra y el resultado está hiriendo a tanta gente que, en

momentos así, dudo que lleguemos a recomponernos alguna vez.

Salgo de casa después de coger las llaves de mi coche y la cartera. Necesito que me dé el aire y pensar qué demonios haré con mi vida desde ahora, porque ya no tengo novia, ni bebé, ni, al parecer, a uno de mis mejores amigos a mi lado. Ahora todo lo que tengo es... nada. La nada más absoluta.

Conduzco hasta casa de los cuatrillizos por inercia. No sé qué pretendo con esto, porque ella no está allí, pero me siento tan vacío y necesito tanto algún tipo de consuelo que pienso que, quizá, Amelia o Alex estén dispuestos a tomarse una copa conmigo.

Dios mío, soy tan patético... Solo yo podría buscar a la familia de mi ex novia para que me consuelen porque ella me ha dejado. Claro que, por otro lado, supongo que la situación es tan rara y delicada que todo vale. Sobre todo, porque ellos también están sufriendo el rechazo de Esmeralda.

Cuando aparco me quedo unos segundos en el coche, intentando pensar qué decir. No he visto al padre de Esme desde que salí de aquí con ella para tomar algo.

Solo hace unos días y me parecen años...

Me sorprende cuando la puerta de casa se abre y, más aún, cuando Amelia sale y se acerca a mí con una sonrisa dulce.

—Ey —dice agachándose al lado de la ventanilla—. ¿Vienes a espiarnos?

—No. No, solo...

—Las cosas no van bien, ¿verdad? —Niego con la cabeza al tiempo que la agacho y suspiro con pesar—. Tengo cervezas y un jardín trasero. Además, Alex volverá del trabajo en un rato. ¿Qué me dices?

—Tu padre...

—No está. Sara le ha convencido para salir a cenar, lo que es un logro porque lleva días sin hablar y saliendo solo cuando va a casa de Eli a intentar... —Aprieta los labios y se encoge de hombros—. Ya sabes.

—¿Ha conseguido algo?

—No. Ella no quiere vernos.

—Ya...

—Entonces... ¿Qué me dices a las cervezas?

Sonrío un poco y asiento mientras bajo del coche. La sigo hacia el interior de la casa, atravesamos el salón, entramos en la cocina y cogemos unas cervezas antes de salir al jardín trasero y sentarnos en la mesa de madera con bancos que Javier, el padre de los cuatrillizos compró no hace mucho para barbacoas y demás. Tanto éxito tuvo que se vio obligado a comprar otra igual para unirlas y que entráramos todos.

Nos sentamos uno frente al otro y bebemos en silencio al principio, aunque pronto ella da el primer paso y habla en un tono bajo, como si me estuviera contando un secreto.

—Tengo miedo de que esto acabe con nuestra familia, Nate. —La miro y me doy cuenta de que parece agotada—. Mi hermana Esmeralda, la inquebrantable, la altiva, la dura, la mujer de hielo, está viviendo con su mejor amiga porque no ha podido encontrar en nosotros el apoyo que necesitaba. Julieta, la loca e infantil, está embarazada de gemelos y eso, por sí solo, es un acontecimiento digno de mención. Mi padre se pasa los días lamentándose de hacerlo todo mal, como si él fuera el único responsable, porque nos aconsejó guardar silencio cuando supimos del embarazo de Julieta. —Coge aire y lo expulsa con lentitud—. Es todo tan difícil, que a veces pienso que no tendrá solución.

—La tendrá. Vosotros os adoráis y Esmeralda en algún momento entenderá que no hicisteis las cosas así por hacerle daño, sino todo lo contrario.

—Está enfadada porque pensamos que era débil.

—Sí, pero al final entenderá que todos nos equivocamos, hasta ella.

—Eso espero. Cuando por fin vuelva a casa haremos una gran barbacoa.

—Claro que sí, y seguro que lo pasáis genial.

—Lo pasaremos. Todos.

Sonrío y agacho la mirada, concentrándome en arrancar la etiqueta al botellín de cerveza. Intento no pensar que, en realidad, yo ya no pertenezco aquí. No estoy con Esmeralda, así que estoy excluido de esa barbacoa. Siento los dedos de Amelia, fríos y húmedos por haber tocado su botellín, posarse en mis manos. La miro y me doy cuenta que sonrío con serenidad y, es entonces, cuando me percató de que es así como debe mirar a los chicos y niños que trata a diario. Personas que tienen que ver y enfrentarse a lo peor de la vida. Ella llega, coge tus manos, sonrío de esa forma tan angelical y, de alguna jodida manera, consigue que algo dentro de ti se remueva y quieras contárselo todo, apoyarte en ella y dejar que se ocupe de tus problemas con una sonrisa.

Qué curioso, que justo la más dulce y la que más frágil parece, esté resultando ser la más fuerte de todos.

—Ella volverá a nosotros y volverá a ti, Nate.

—No lo creo...

—Te aseguro que sí. Sé que para ti no es tan evidente porque estás en el otro extremo de la relación rota, pero déjame decirte que no he visto a mi hermana tan ilusionada jamás con nadie. Cuando estaba contigo brillaba, y no era por el bebé. O no solo por eso. De hecho, antes de saber que estaba embarazada ya pudimos darnos cuenta de que cuando tú estabas a su lado, ella resplandecía de una forma especial. Estoy convencida de que si mi hermana dejó que viéramos su parte más vulnerable fue porque tú estabas detrás, ayudándola en todo el proceso que tuvo de aceptación. En el tiempo que estuvisteis juntos Esme no se odió a sí misma, y eso es algo que yo nunca había visto.

—Ella no se odiaba. Solo... necesitaba aceptar que no es malo ser como es. Que no es peor que alguno de sus hermanos solo porque no disfrute de las mismas cosas que vosotros.

—Y eso lo aceptó porque tú se lo hiciste ver.

—No, fue ella la que lo vio.

Amelia sonrío y niega con la cabeza de una forma tan dulce que me cabrea, porque no me cree, pero es la verdad. Esmeralda no mejoró gracias a mí, al contrario. Yo el único mérito que tengo es el de hacerle daño y no estar a la altura, aun sin darme cuenta.

Bebemos en silencio un rato y luego me habla de su último caso; un chico de padres alcohólicos y maltratadores que vive a costa de robar en el metro y varias lindezas más. La escucho con atención y me bebo un par de cervezas más, aunque solo sea porque así no tengo que pensar en la mierda de vida que tengo y, cuando Alex llega un rato después y se nos une con otra ronda, no dudo en aceptarla. Sé que mañana trabajo, pero supongo que tengo derecho a emborracharme un poco y llegar a tiempo de dormir la mona antes de ir a la consulta. Intentaré no pasarme demasiado y ya está.

A las tres de la mañana mientras me río con ellos y abro mi... no sé, he perdido la cuenta de las cervezas que llevo, entiendo que eso de presentarme en el trabajo estará difícil. Estoy actuando como un irresponsable por primera vez en mucho tiempo y, aunque parezca mentira, lo estoy disfrutando.

No sé, hay algo esperanzador en emborracharse y hablar de cualquier mierda con un par de amigos y supongo que me doy cuenta ahora porque antes no tenía problemas lo bastante graves como para querer olvidarme de todo.

¿Que es mala idea? Estoy seguro. ¿Que mañana voy a arrepentirme? De sobra lo sé. ¿Que ahora mismo me da igual? También.

Alex nos cuenta, después de un rato, que Eli le ha llamado para saber si puede llevar el resto de su ropa a Esmeralda, porque al parecer empieza a trabajar mañana.

—Mañana... —Elevo las cejas sorprendido y doy un sorbo a mi cerveza—. No sabía que empezaría tan pronto.

—Según como se mire, es más bien tarde —dice Alex.

—Bueno, si contamos que hace más de una semana que se largó de aquí... —sigue Amelia—. Me alegro por ella, ¿sabéis? Si va a trabajar significa que está mejor.

—Supongo —contesto—. ¿Sabéis que he llegado a las manos con Diego?

Ellos se sorprenden y yo paso a relatarles mi versión de los hechos. Soy consciente de que mi lengua se enreda más de lo recomendable, pero, aun así, comprenden lo que quiero decir y cuando acabo me dan la razón, dejándome satisfecho por un momento, porque sé que mañana volveré a sentirme como el culo.

La noche da para mucho, mucho más, y cuando quiero darme cuenta hemos dejado de estar en el banco para tumbarnos en el césped y seguir charlando de cosas importantes y otras absurdas. Arreglamos el mundo, como quien dice, con la perspectiva que solo da el alcohol. Con la seguridad de que, si nos dejaran gobernar, todo iría infinitamente mejor y echando las culpas de nuestras mierdas personales a cualquiera, menos a nosotros mismos.

En definitiva, es una gran borrachera, al menos hasta que varias horas después siento las punteras de unos zapatos en mis costados.

—Levanta, doctor. —Oigo la voz del que era mi suegro—. Desde luego, no se os puede dejar solos.

Abro un ojo y me doy cuenta de que Alex ya no está, pero Amelia sigue a mi lado, tapándose los ojos con el antebrazo y protestando ante la insistencia de su padre para que nos levantemos.

Me siento en el césped y miro arriba, donde Javier me observa reprobándome con la mirada. Giro la cara, pero me encuentro con Susana, la vecina cabrona de los cuatrillizos, observándome con evidente sorpresa y una sonrisita malvada en los labios, así que miro al frente para darme cuenta de que no tengo zapatos. Me lleva unos segundos más comprender que he pasado la noche aquí, tengo una resaca de mil demonios y, con toda probabilidad, llego tarde de narices a la consulta.

—¿Qué hora es? —consigo preguntar con la voz pastosa y la garganta reseca.

—Las once y media.

—¿Las once y...? Joder. —Me levanto como puedo, busco mis zapatos y me los pongo mientras pienso que tengo que llamar a la clínica.

—Yo de vosotros llamaría a vuestros trabajos y alegraría una diarrea importante, porque esto ya no lo arregláis de otra forma.

Amelia se ríe como si su padre acabara de decir algo tronchante, pero yo no le veo la gracia, la verdad. Entro en casa después de balbucear una respuesta y me pregunto dónde estará Alex, hasta que le veo tumbado en el sofá. Le muevo para que despierte y le pregunto si no tiene que trabajar.

—Turno de tarde —murmura—. No soy tan imbécil como para emborracharme entre semana si luego no puedo dormir la mona.

—Gracias por la parte que me toca —contesto de mala gana.

—Cuando quieras, cuñadito.

Me callo que yo ya no soy su cuñado, porque no tengo el cuerpo para discusiones ahora. Salgo de casa, entro en el coche, llamo a la clínica y, por primera vez en mi vida, miento como un condenado y alego tener diarrea, odiando tener que darle la razón a Javier. Por suerte me informan que han pasado a mis pacientes a las otras dos pediatras de la clínica y me desean una pronta recuperación.

Joder. ¿Se puede caer más bajo que esto?

Me voy a casa y agradezco que no haya nadie, porque lo último que quiero en estos momentos es tener que lidiar con Diego o Julieta. Ni siquiera me apetece ver al chaval, sobre todo porque es un tocahuevos profesional y va a estar dándome la tabarra hasta sacarme de mis casillas.

Me doy una ducha y me tumbo en la cama, porque si a trabajar ya no llego, lo mejor que puedo hacer es dormir la resaca.

Cuando abro los ojos ya es por la tarde y tengo un hambre considerable, así que salgo de mi

dormitorio y voy hacia la cocina. Allí me encuentro con Diego, que me ignora y, al salir, me cruzo con Julieta, que abre la boca para decirme algo, pero se calla cuando alzo una mano en señal de «Stop». No estoy para charlas ahora. Sé que deben estar flipando porque yo soy el responsable, el que todo lo habla, el coherente, el que jamás hace algo que se salga de lo normal, pero mira, la vida te da sorpresas y me importa una mierda lo que piensen, la verdad.

Media hora más tarde tocan con los nudillos en mi puerta. Pienso que es el chico así que doy permiso para abrir, pero me encuentro con Diego y su mirada seria.

—En el salón hay una tal Patricia preguntando por ti.

Frunzo el ceño, porque no sé qué hace Patri aquí, pero aun así salgo tras él y obvio su mirada de reproche. En el salón Julieta está sentada de brazos cruzados y mirando a mi compañera como si fuera un ogro. En otro momento me hubiese parecido divertido, pero la verdad es que ahora me jode mucho que miren mal a la única persona que se preocupa por mí en estos momentos, quitando a Amelia y Alex.

—Ey, ¿todo bien? —pregunto mientras beso sus mejillas.

—Sí, perdona que me presente en tu casa sin avisar ni nada. En el trabajo dijeron que estabas enfermo y me preocupé, así que... ¿Molesto?

—Pues... —dice Julieta, pero la corto de inmediato.

—Por supuesto que no. —Miro a Diego, que cuadra los hombros en nuestra dirección y como intuyo que ninguno de los dos va a largarse del salón cojo la mano de Patricia y tiro de ella con suavidad—. Vamos a mi dormitorio, así estaremos más tranquilos.

Ella sonrío y asiente, entrelazando sus dedos con los míos y haciéndome fruncir el ceño, porque, aunque sea un gesto tonto, me parece demasiado íntimo. Por otro lado, casi puedo oír a Julieta gruñir y mi amigo, o ex amigo, clava su mirada en mí con tanta fuerza que cuando cierro la puerta de mi dormitorio, todavía la siento en mi nuca.

Y lo peor de todo es que me parece que ya todo me da igual.

Nate

En cuanto cierro la puerta de mi cuarto me separo de su agarre y me siento en el borde de mi colchón, mirándola con una sonrisa educada.

—Así que este es tu rincón de pensar...

—Algo así —susurro mientras ella se pasea por delante de mi cama y centra su atención en las fotos que hay en la estantería y, más tarde, en las del escritorio—. ¿Es tu familia? —pregunta señalando una.

—Sí. Bueno, mis padres y una hermana. Falta mi hermano, que es el de allí —digo señalando otra foto.

Ella la coge y sonrío mirándola para luego señalarme.

—Os parecéis.

—Eso dicen. —Nos quedamos en silencio mientras ella pasea y toca cosas y yo pienso que es raro tenerla aquí—. ¿Quieres tomar algo? —pregunto por cortesía.

—No, no hace falta, gracias. —Sonríe y se acerca a mí, sentándose a mi lado—. ¿Estás bien?

—Sí, un poco fastidiado del estómago, pero bien.

—Venga, Nate... —Apoya su mano en mi muslo y lo aprieta sonriendo con dulzura—. No tienes que mentirme. Somos amigos, ¿no?

—Sí, claro.

—Yo te conté todo el calvario que atravesé con mi ex.

—¿Ex? —pregunto alzando las cejas.

—Sí. Me he cansado de darle oportunidades. Además, me he dado cuenta de que ya ni siquiera cuando estamos a buenas me llena como solía hacerlo.

Asiento, comprendiéndola. Patricia me contó hace mucho los problemas que tenía con su novio y, aunque intenté aconsejarla de la mejor manera posible, se ve que al final no ha servido de nada. Supongo que hay historias destinadas al fracaso.

El pensamiento me lleva de forma inevitable a Esmeralda y me pregunto qué estará haciendo en estos momentos. ¿Estará en su despacho poniendo esa pose de mujer de hielo que tanto me gusta? ¿En casa ya relajándose un poco? ¿Tomando algo con sus compañeros para celebrar su vuelta?

—¿Nate?

—Sí, perdona —digo volviendo a centrar la atención en mi amiga—. Siento que no haya funcionado.

—Yo no. A veces las personas tenemos que decidir qué es lo que más nos conviene, aunque nos duela y en el momento pensemos que es lo peor.

—Ya, supongo.

—Y a veces, salir con otras personas ayuda, ¿sabes? —Frunzo el ceño mirándola y ella sonrío y vuelve a apretar mi muslo—. Sé bien que lo estás pasando mal porque te peleaste con esa chica, pero...

—Esmeralda —digo cortándola.

—¿Perdón?

—Se llama Esmeralda.

En realidad, no sé por qué siento la necesidad de aclarar su nombre. Supongo que algo dentro de mí ha pinchado cuando ha hablado de «esa chica». Como si solo fuera una más. Alguien sin nombre, cuando no es así.

—Oh sí, claro. Bueno, como te iba diciendo, creo que me ha llegado el momento de salir con otras personas. Quiero probar cosas nuevas, ¿sabes? Quiero salir de fiesta otra vez, emborracharme, follar sin

control... —Me mira con intensidad y yo, que tonto no soy, entiendo hacia dónde va su discurso—. Follar sin límites, solo por el placer de tener un orgasmo detrás de otro. Ya sabes lo que dicen de que un clavo saca a otro clavo y...

—Patricia...

—Sé que estás mal, Nate, y no quiero presionarte. Yo lo único que quiero es ofrecerte consuelo. —Abro la boca para decir algo, pero me ha dejado tan sorprendido que no me sale ni una palabra. Ella por su lado se acerca más a mí y siento la mano que tiene en mi muslo ascendiendo hasta casi llegar a mi ingle—. Yo no te exijo bebés, ni siquiera amor eterno. —Sonríe y acerca sus labios a mi oído—. A mí me basta con que me folles hasta saciarte y yo, a cambio, te haré olvidarla, aunque solo sea durante ese rato. Dime, Nate, ¿no quieres olvidar lo mucho que se ha torcido tu vida a base de orgasmos?

No voy a negar que, durante medio segundo, su insinuación es tentadora. Medio segundo, el tiempo que tardo en recordar unos ojos verdes, unos labios entreabiertos que no son los que me susurran ahora y un cuerpo blanco como la nieve y menudo, completamente distinto al mío, entregado a mis caricias, gimiendo y susurrándome en el oído palabras de amor. Medio segundo es todo lo que necesito para darme cuenta de cuánta razón tenía Esmeralda hasta en esto. Sonrío y me levanto, apartándome de Patricia y negando con la cabeza, porque no puedo creer que yo pidiera a Esme confianza ciega en esta amistad, cuando está claro que tenía razón.

¿Pero es que ni esto lo he hecho bien, joder? Ahora recuerdo los abrazos de Patricia cuando lloraba por su novio, incluso las caricias que ella me dedicó la vez que se me ocurrió contarle todo lo ocurrido con Esme y nuestro bebé. Ella se mostró comprensiva, cariñosa y atenta. Me abrazó con tanta dulzura que yo pensé que era una gran amiga y... joder, y luego me encontré con Esme, que tuvo que ver uno de esos abrazos y sentirse como una mierda, porque es así como me sentiría yo si ella hiciera algo así con otro que, claramente, quiere algo con ella.

Me abrí a Patricia, confié en ella antes que en mi propia novia y le dejé ver mi dolor. Lloré con ella la pérdida que no lloré en casa, negándole a la mujer que quiero sostenerme de la forma en que esta, que no significa nada, lo hizo. Y ahora está aquí, pidiendo sexo sin ningún remordimiento ni tapujo, dejándome claro que está dispuesta a entregarse sin pedir nada a cambio. Casi me está dejando usarla como si no fuera más que una muñeca hinchable, pero no soy tan tonto y sé bien que detrás de esa oferta de sexo abierto hay mucho más. Ahora, que por fin ha dicho claro lo que quiere, puedo ver las caricias que me dedicaba de otra forma. Los abrazos, las miradas furtivas, las sonrisas coquetas y todo lo que yo pensé que se debía a que ella era una chica abierta, sin más.

Abro la puerta de mi dormitorio y miro a Patricia con amabilidad, porque en el fondo creo que debe estar muy perdida para venir aquí y ofrecerse de esa forma. Entiendo que es libre de hacerlo, faltaría más, pero si fuese un poco inteligente, se daría cuenta de que, aunque su oferta fuera cierta y no quisiera más que sexo, yo no podría aceptarla. No solo por Esmeralda, porque después de todo no estamos juntos y soy, en teoría, libre de hacer lo que quiera. Es por mí, porque no quiero acostarme con una mujer cerrando los ojos para poder imaginar a otra. No quiero empujar en su cuerpo deseando otro y no creo que sea justo para ella, ni para mi salud mental, que acabe corriéndome y gimiendo el nombre de otra en su oído.

—Te agradezco tu visita, pero creo que es hora de que te vayas.

—Nate, vamos...

—Patricia, entre nosotros no habrá nada nunca. Jamás.

—Pero ya no estás con ella, ¿no?

—No te rechazo por ella. Te rechazo porque no quiero tener sexo contigo. Que ella esté en mi vida o no, solo es algo que sumar al motivo principal.

Ella se levanta y me mira con una prepotencia que no había visto hasta el momento. Me sorprende, pero quiero pensar que solo intenta salvar su orgullo, así que me quedo en silencio y miro hacia la puerta

de nuevo, esperando que salga sin hacer ruido.

—Algún día te darás cuenta de lo gilipollas que estás siendo por un coño que ni siquiera puede parir un hijo tuyo.

Abro la boca, herido en lo más profundo por sus palabras, pero, sobre todo, sorprendido por lo vulgar y cruel que ha sido, cuando siempre se ha comportado como una chica dulce y cariñosa. Igual solo era una careta, o tal vez está tan dolida que no mide sus palabras. En cualquier caso, nuestra conversación y relación de amistad acaban aquí y procuro dejárselo bien claro, para que no dude en un futuro próximo cuando el cabreo se le baje un poco.

—No te voy a negar que me esté comportando como un gilipollas, pero te aseguro que, visto lo visto, ni aunque Esmeralda se casara con otro y se fuera a vivir a la otra punta del mundo, me pensaría usar tu coño. Y ahora, si me disculpas, tengo que hacer cualquier cosa que no sea verte la cara.

—Cosa que tendrás que hacer en el trabajo.

—O no. No se te olvide que uno de los socios es amigo mío y no me toques de más los huevos, Patricia. A mí no me jodas porque por las buenas, soy muy bueno, pero por las malas puedo hacer que tú pierdas mucho más que yo.

Ella abre la boca para replicar, pero cuando se da cuenta de que voy muy en serio y ha rozado el límite de mi paciencia, sale con aires dignos mientras yo aprieto la mandíbula. Oigo el portazo y, antes de tener tiempo de pensar en nada más, Diego está en mi habitación con dos cervezas.

—La resaca con cerveza se cura, hermano. —Me estira un botellín mientras señala la puerta—. Venga, tenemos que brindar por lo bien que has tratado a esa... en fin, se califica sola.

—Diego, no hace ni veinticuatro horas tú y yo estábamos revolcados en el suelo intentando darnos de hostias.

—Hace veinticuatro horas yo era un poco capullo. —Elevo las cejas y resopla—. Muy capullo. Oye, estoy intentando disculparme, pero pónmelo fácil, ¿no? Además, empezaste tú intentando pegarme.

Me muerdo el labio, me siento en la cama y cierro los ojos, exhausto de toda esta mierda. Estoy cansado de discutir con mis amigos, de emborracharme en jardines ajenos cuando es algo que no había hecho nunca antes y de rechazar mujeres que parecían ángeles y resultan ser demonios. Estoy harto de todo, hasta de mí mismo, y lo único que quiero a estas alturas es encontrar un hueco en el que poder meterme y evadirme de todo y de todos una larga temporada, pero aun así, intento pensar en la situación con mi amigo y recordar que le quiero como si de un hermano se tratase. Y después de todo, los hermanos se putean y más tarde se reconcilian como si no hubiese pasado nada, ¿no?

Miro a Diego y me doy cuenta de que está serio, casi diría que nervioso. Lo conozco bien y sé que se arrepiente de lo ocurrido. Y aunque pienso hacer las paces con él, no puedo dejar que salgamos de esta habitación sin aclarar algunos puntos.

—No es que no me alegre de vuestro embarazo —susurro mirando al suelo y apoyando los codos en mis rodillas—. Es que cada vez que veo a tu chica vomitar y pienso que es porque está esperando dos bebés, me acuerdo de todo lo que yo pude tener y no tengo. Pienso en Esmeralda, en cómo lo estará pasando y siento que... —Trago saliva y me encojo de hombros—. Siento que la traiciono si nuestro interés o ilusión por vuestros bebés, así que algo de razón tenías. Y lo peor, es que siento que traiciono la memoria de mi propio bebé si me ilusiono con los vuestros. —Noto el cuerpo de Diego acercarse y cómo se sienta a mi lado. Su mano se posa en mi nuca y el gesto se me atraganta tanto que tengo que coger aire antes de seguir hablando—. Sé que estaba de muy poco, pero Diego, era nuestra razón de ser, pusimos nuestro mundo entero a sus pies cuando no era más que una bolita y, cuando se fue, se lo llevó todo... —La voz se me rompe y siento cómo tira de mi cuerpo hacia el suyo—. Ya no sé qué más hacer para salir de esto. Todo lo hago mal, todo me sale mal y lo único que quiero es que ella vuelva. Que me diga que todo está bien y que podemos con esto, pero juntos.

—Volverá... —susurra.

—No. —Niego con la cabeza y tomo aire, porque no pienso echarme a llorar delante de él y demostrarle lo patético que soy ahora—. No lo creo, y de todas formas da igual, porque empiezo a pensar que ya he hecho todo lo que estaba en mi mano. Ya no tengo más para darle, Diego. Si no le basta conmigo, si duda de mí o no es capaz de perdonar el error que cometí por miedo y por intentar que no sufriera tanto, entonces no puedo hacer más.

Me levanto para alejarme de él, pero antes de poder darme cuenta él también se ha levantado y ha tirado de mí para abrazarme con fuerza; casi diría que con un poco de furia. Me suelta a los pocos segundos y me agarra de la nuca para que lo mire a la cara.

—Te juro que todo se arreglará.

—No puedes jurarme nada, tío. Esto es así y ya está.

—Ella se dará cuenta de que te quiere y te necesita, Nate. No te rindas todavía.

—¿Y qué hago? Dime, Diego, ¿qué más puedo hacer?

—Ve a verla una última vez. Intenta hablar con ella, llámala, no sé... lo que sea, Nate, joder.

Me quedo en silencio meditando sus palabras. ¿Intentar otro acercamiento? No lo sé, la verdad. Ya me da hasta miedo que pueda pensar que soy un acosador. Pero por otro lado... un último intento. Ir hasta allí, rogarle que me deje hablar una sola vez y, si nada funciona, aceptar la derrota e intentar vivir con este tormento hasta que, en algún punto del camino, deje de doler con tanta fuerza.

Pienso en ello durante mucho tiempo. Tanto, que cuando por fin decido hacerlo ya es de noche, aunque no demasiado tarde.

Me visto con un pantalón y una camisa y conduzco de camino a casa de Eli. Decir que estoy nervioso es poco, quizá porque esta vez noto el final de todo, para bien, o para mal, arañándome por dentro. Esta situación no puede sostenerse más.

Aparco cuando llego, me acerco a la puerta de su edificio, toco en el portero y me pongo frente a la cámara para que me vean. En cuanto se descuelga oigo la voz de Eli.

—Nate, escucha...

—Sé que no vais a dejarme subir —digo mirando a la cámara—. Lo sé, pero, al menos dile que se ponga al otro lado del portero automático y me deje hablar. Es lo único que te pido, Eli. Ni siquiera tiene que hablar si no quiere y te prometo que, si esta vez no funciona, dejo de molestaros. —Su silencio al otro lado de la línea me hace creer que se lo está pensando—. Te lo juro por el bebé que perdimos —susurro.

La oigo suspirar y poco después escucho cómo cuelgan el telefonillo. Espero unos segundos y casi suspiro de alivio cuando vuelvo a oír algo al otro lado y su voz me sobresalta un poco.

—De acuerdo, Nate, ella está mirándote y escuchándote. Yo os dejo a solas.

Casi sonrío, porque esta forma de estar a solas es muy, muy extraña. El silencio llena la calle, a pesar de que hay un señor mayor paseando un perro a solo unos metros de mí y los coches no dejan de pasar. Estoy nervioso, mucho, porque esto es lo más cerca de ella que he estado en muchos días, lo que es patético, pero aun así me armo de valor y hablo.

—Hola, Esme. —Espero un poco para ver si contesta a mi saludo, pero al otro lado solo hay silencio. Y casi mejor, porque si me hablara, me pondría aún más nervioso—. Me gustaría tener una palabra rara para decirte ahora mismo, pero si te soy sincero, ya ni siquiera las busco. Supongo que desde que no estás, han perdido el sentido, como tantas cosas en mi vida. —Me mojo los labios con la lengua, deseando que la sequedad de mi garganta se vaya para que me permita hablar mejor y miro a la cámara—. En realidad, no sé bien qué decirte, ¿sabes? Cuando vine estaba convencido de que no podría hablar contigo y bueno... Supongo que solo quiero que sepas que sigo aquí, que te quiero y que no te olvido. No creo que lo haga nunca, aunque eso me pese. Y no me pesa porque seas tú, porque me resultes cargante, o demasiado fría, o tu actitud altiva me canse. No pienses eso, que te conozco. Me pesa porque no estoy acostumbrado a vivir en un estado tan lamentable. He descubierto que antes de ti, mi vida era

buena, contigo era perfecta y después de ti... bueno, después de ti está la nada. La nada más absoluta y devastadora jodiéndome vivo cada día y, sobre todo, cada noche. —Observo cómo me guiña el ojo una señora que pasa por mi lado y ha debido oír parte de mi discurso, pero ni siquiera me sale sonreírle. Me apoyo en la puerta, aún de frente a la cámara y sigo hablando—. Hace mucho me dijiste que para ti era muchísimo más fácil decirme que me querías, que pedirme que me quedara a tu lado. Solo quiero recordarte que sigo aquí y, de paso, ser yo quien te pida esta vez que te quedes, Esme. Solo eso, solo quiero que te quedes y luches conmigo. Sé que he cometido errores, que no he manejado esto de la manera que tú necesitabas, pero nena, el dolor no pide permiso para apoderarse de las personas. Llega, lo ocupa todo y te hace actuar como un imbécil a veces. No me excuso, reconozco mi parte de culpa, pero... —Tomo aire y lo suelto abruptamente—. Da igual, ya da igual, porque no puedo arreglar lo que hice mal. Ni siquiera puedo prometer que no volveré a cagarla, porque cuando de estar contigo se trata, me vuelvo un inútil en potencia. No he venido a darte pena, te lo prometo. Solo quiero pedirte un último esfuerzo. Que me perdones, que me quieras y... y que te quedes. —Cierro los ojos y me preparo para mis últimas palabras—. Esta es la última vez que te molesto o que intento acercarme a ti. Desde aquí, tú decides. —Espero unos segundos, pero cuando no oigo nada al otro lado de la línea acabo con esto de una vez—. En fin, nada más... ¿Te he dicho que te quiero? —Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que estoy repitiéndome y siendo muy, muy patético—. Supongo que sí, pero bueno, te lo recuerdo. Te quiero, Esmeralda.

Al otro lado nadie cuelga, pero tampoco dice nada y, al final, decido que ya no queda más por hacer. Me alejo de la puerta lo suficiente para que no pueda verme por la cámara y espero unos segundos, aunque no sé bien lo que pretendo. Supongo que en el fondo estoy esperando algún tipo de reacción digna de una película romántica cutre. Que ella salga de pronto y se tire a mis brazos prometiéndome amor eterno, que sonría, que vuelva a ser mi preciosa reina de hielo... pero pronto me doy cuenta de que esto es la vida real. Aquí las cosas no funcionan así, y menos con ella, así que giro sobre mis talones, vuelvo a casa y me dedico a dejar pasar mis días esperando que se decida a dar algún tipo de paso, por pequeño que sea.

Casi dos meses después, cuando entiendo que eso no pasará, pido el resto de las vacaciones y días de asuntos propios que me quedan en el trabajo para completar un total de dos semanas libres, siendo consciente de que este año entre asuntos propios, bajas y vacaciones me estoy colando mucho. Por suerte uno de los socios es amigo mío y sabe de mi situación, así que, aunque suene mal, me aprovecho para que no me pongan pegas.

En este momento estoy en casa haciendo la maleta a toda prisa, porque ya voy con el tiempo justo.

—¿Estás seguro de que quieres ir solo? —pregunta Julieta desde el quicio de la puerta.

La miro y sonrío cuando la veo masajear su incipiente barriga. No es muy grande aún, pero lo suficiente para que ella se pase el día quejándose y obligándonos a hacer todo tipo de mierdas porque si no las niñas se le estresan. Sí, he dicho niñas. Serán dos y acabarán de volver locos a Diego y Marco, que ya sufren las consecuencias inmediatas de la tiranía de su mamá.

—Son vacaciones, Julieta, y voy a Nueva York a ver a mi familia y a Einar, así que solo no voy a estar.

—Ya me entiendes. Estás tan deprimido, tan hecho mierda y eres tan poquita cosa ahora mismo que...

—Si querías animarme lo estás haciendo como el culo.

Ella sonrío, pero al final se pone seria y se encoge de hombros.

—Lo siento, ya paro. ¿Quieres un poco de chocolate? Te dejo acercarte a mi armario.

Sonrío de vuelta pensando en su armario. Ese que nos ha prohibido tocar y rebosa de todo tipo de

chocolates y mierdas insanas que a ella le chiflan y de las que se atiborra con la excusa del embarazo.

—Igual te robo algo antes de salir hacia el aeropuerto.

Julieta se acerca sonriendo y asintiendo, me abraza y besa mi mejilla.

—Sé que la echas de menos, pero algún día ella volverá a nosotros. Ya está dando pasitos, Nate, solo tenemos que tener paciencia.

Sonrío para no decirle que, en realidad, los pocos pasos que Esmeralda ha dado han ido dirigidos a su familia. Ha empezado a mandar mensajes a Amelia, Alex e incluso a Marco, preguntando por Julieta. Supongo que piensa que ésta última tampoco quiere mucho trato con ella. Sigo conociendo su mente a la perfección así que no me extraña que vaya sonsacando información a la gente de su alrededor, asegurándose que puede hablarle sin ser rechazada. Para otros puede resultar una estrategia cobarde, pero yo, que la conozco, sé que solo intenta protegerse un poco y hacer ver que no quiere armar una guerra ni está dispuesta a llevar esta lucha demasiado lejos.

A mí, en cambio, ni me ha llamado, ni me ha escrito, ni me ha hecho señales de humo. Hace unos días le dije a Alex que está deseando tomar algo con la familia y, puesto que eso no me incluye, he decidido que necesito alejarme. Le he dado tiempo y espacio más que de sobra, así que es hora de dar carpetazo a esto. Ir a Nueva York, llenarme del cariño de los míos, abrazar a Einar y tomarme unas cervezas con él. Lo necesito, y creo que ya es hora de empezar a vivir sin ella, aunque no me apetezca una mierda. Aunque tenga que obligarme, ha llegado el momento de dejarla ir y aceptar que lo nuestro pudo ser, pero no fue, ni será.

—Ve a buscar esa chocolatina —le digo a Julieta—. Saldremos en cinco minutos.

Ella no insiste más, sale del dormitorio y, dos horas después, yo estoy en un avión rumbo a Nueva York.

Y ya sé que voy de vacaciones. Y ya sé que, en realidad, no significa nada, pero mientras el avión despegaba, siento que mi relación con Esme toca a su fin, que ella ha decidido no quedarse a mi lado, y el pensamiento duele tanto que, al final, solo me queda cerrar los ojos y pensar en otra cosa. Parece fácil, ¿no? Pero prueba a pensar en otra cosa cuando hay alguien llenando cada parte de ti y verás lo difícil que resulta incluso respirar, si no la tienes al lado compartiendo parte de tu aire.

Miro mi móvil de nuevo para cerciorarme de que no me he equivocado con la hora. Son las 17:06 h. Seis minutos. Solo llega seis minutos tarde. Que sea desde siempre la persona más puntual que conozco no quiere decir nada. Vendrá. Sé que vendrá. Tiene que venir porque necesito que escuche todo lo que tengo que soltar. Esta quedada es un acto egoísta, lo sé. Yo necesito liberar mis demonios, dejarlo salir todo ahora que por fin puedo tocar mi cuerpo sin sentir heridas abiertas. Ahora que ya solo tengo cicatrices y he decidido volver a enfrentarme a la vida así, a pecho descubierto y sin un chaleco antibalas formado de frialdad y distancia.

Ahora que por fin puedo ver las cosas con perspectiva y no me ciegan el dolor, el rencor o cualquier otro sentimiento malo y feo.

Tomo aire y pido otro café. Llevo aquí desde las cuatro y media de la tarde, aunque sabía que acabaría poniéndome más nerviosa. Pero, ¿y si llegaba antes? No podía arriesgarme a que se fuera sin que habláramos.

—¿Me pone una porción de pastel de queso? —pregunto a la camarera.

Ella sonrío y asiente mientras toma mi pedido. Vuelve al poco tiempo, con un café nuevo y la tarta. Miro el plato con deseo y sonrío, porque la comida vuelve a ser algo necesario y placentero a partes iguales y ha dejado, por fin, de ser solo el sustento que necesitaba para seguir con vida.

Han sido dos meses malos, la verdad. Todavía recuerdo con claridad cómo me sentí viendo a Nate a través del videoportero de Eli. Él desnudó su alma en plena calle así, como si nada, y yo no fui capaz de articular una palabra. Me habría gustado, no creas, pero me demostré a mí misma, una vez más, lo cobarde que puedo llegar a ser. Quise correr tras él, decirle que no todo estaba perdido, prometerle un futuro y sonreír con ganas, pero nada de aquello pasó. Me quedé clavada en el sitio pensando que no le merecía, que lo mejor que podía hacer era dejarle marchar. Nate necesita una mujer que haga de él su mundo entero, porque se lo merece, y yo no pude. Me centré en lo que perdimos, en mi dolor, en mi causa. Me obsesioné tanto que, llegada a un punto, ni siquiera yo me importaba. Todo lo que quería era desaparecer y, a efectos prácticos, lo conseguí. Llevo algo más de dos meses sin ver a mi familia. Estos últimos días he mandado algunos mensajes a Alex, Marco y Amelia para que supieran que por fin vuelvo a ser yo. O no, en realidad no soy yo, no la yo del pasado, eso está claro. Tampoco quiero volver a ser esa mujer, aunque compartamos esencia y cuerpo. Ahora soy más madura, estoy más puteada por la vida, tengo cicatrices que lucirán siempre en mi alma y he comprendido que el mundo no empieza y acaba con un embarazo. Duele, todavía duele mucho y desearía poder tener un bebé... algún día. O no. ¿Quién sabe? Ya no me acuesto por las noches pensando que mi felicidad depende de parir, porque he comprendido que hasta con un agujero en el corazón se puede vivir y ser medianamente feliz. La gente está acostumbrada a perseguir una situación perfecta en la vida: una casa bonita, dinero, amor, una familia propia, el mejor coche del mercado y un etcétera que nunca se acaba. Creen que cuando por fin tengan todo eso, serán felices. El problema es que todo eso no llega a la vez casi nunca y, cuando nos damos cuenta de que nuestras metas se resisten, llega la desilusión y el vacío más absoluto.

Me ha llevado mucho tiempo comprender que la felicidad consiste en disfrutar al máximo lo bueno que tienes en la vida, sin dejar de luchar por lo que te gustaría tener. No puedo pausar mis alegrías y acumularlas para cuando por fin llegue el momento de cumplir mis sueños, porque ese momento nunca será perfecto.

En mi caso, entendí que el tiempo que pasé con Nate fue maravilloso. Que un beso suyo podía provocarme una sonrisa que ni siquiera yo sabía que tenía. Que un orgasmo provocado con su cuerpo, su

boca o sus manos conseguía que yo entrara en el paraíso con pase VIP y volviera a la tierra poco después para pedirle que me hiciera eso de nuevo. El tiempo que estuve con él fui feliz, aunque no lo supiera. Aunque estuviera más pendiente de pensar en los resultados que de vivir el momento. ¿De verdad él se merece eso? porque yo creo que no y aquel día, viendo la calle vacía e imaginando a Nate conduciendo hacia casa, triste y cansado de toda la mierda que teníamos encima, entendí que no podía buscarlo. No mientras yo estuviera tan hecha mierda conmigo misma. Tenía que sanar, lamer mis heridas y aprender a ser feliz primero con lo que tengo, sea mucho o poco. Y si eso se daba, le buscaría y le rogaría que volviera conmigo.

Han pasado dos meses desde que tomé aquella decisión. Ha sido complicado, aunque admito que la convivencia con Óscar y Eli ha ayudado mucho. Ahora tengo mi vida bajo control, como a mí me gusta, o al menos eso quiero pensar. Es hora de empezar a arreglar mis relaciones, pedir perdón por la parte que me toca, que es mucha, y empezar a forjar el presente que quiero.

Y el futuro, ya llegará...

Vuelvo a mirar el reloj y me pinzo el labio: las 17:13 h. Casi quince minutos tarde. Esto ya no es normal, así que acabo con mi trozo de tarta y pido la cuenta. Pago y me levanto de la silla con un nudo de tristeza en el estómago. Sabía que no sería fácil, sobre todo cuando no me contestó el mensaje, a pesar de que lo vio, pero la verdad es que pensé que vendría.

Salgo de la cafetería, me pongo la chaqueta en la calle y camino hacia el parking en el que he dejado el coche. No voy a venirme abajo. Yo llevo rechazando a mucha gente dos meses, así que es normal que ahora me paguen con la misma moneda. Tengo derecho a estar triste, pero mañana volveré a intentarlo y ya está.

—¡Esme! —Me giro cuando estoy a punto de doblar la esquina—. ¡Eh! ¡Espera!

Viene caminando con rapidez y me quedo un poco congelada, porque ya había asumido que no llegaría, la verdad, y de pronto estoy muy nerviosa.

—Hola —digo cuando por fin llega a mi altura.

—Hola —jadea como si hubiese corrido una maratón cuando, en realidad, solo ha caminado deprisa unos metros—. ¿Te ibas?

—Sí, bueno... pensé que ya no vendrías.

Mi hermana Julieta, tan loca, dicharachera y segura de sí misma siempre, resopla y se quita un mechón de pelo de los ojos mientras se encoge de hombros y señala abajo, a su vientre, con movimientos nerviosos.

—Me hacen ir muy lenta, lo siento.

Desvío mi mirada hacia abajo, pero se ha vestido con un jersey de hombre enorme e intuyo que, en parte, es para que no pueda ver la barriga que seguramente ya luce.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. ¿Podemos tomar algo? No sé, un café, o un chocolate mejor, porque tengo prohibida la cafeína. O una infusión. ¿Quieres una infusión? Invito yo. O si quieres irte, puedes, claro...

Me mira con los ojos muy abiertos, como si intentara averiguar de qué ánimo estoy. Sonríe solo para que se tranquilice, porque no estoy acostumbrada a verla titubear, aunque yo también estoy muy nerviosa, así que la entiendo.

—Tengo toda la tarde libre.

—¡Genial! Genial. —Se moja los labios y mira hacia atrás, a la cafetería que abandoné hace unos minutos—. ¿Vamos allí? Es donde quedamos.

—Sí, vamos.

Caminamos en silencio. Ella porque imagino que no sabe qué decir y yo porque quiero decirle tantas cosas...

Que la echo de menos como no se imagina, para empezar. Que mis días sin sus tonterías y salidas de

tono son muy aburridos y que extraño que nos metamos en una cama junto a Amelia y Alex y disfrutemos de estar juntos, tirándonos puyas, insultándonos, dándonos patadas por debajo de las sábanas, pero juntos.

Me contengo, claro, sé que es pronto, han pasado dos meses y tenemos mucho que hablar y arreglar antes de que eso pueda ocurrir, pero pienso con optimismo que, al menos, el primer paso está dado. Ahora ya solo nos queda ir a mejor, ¿no?

Ocupamos la mesa que abandoné hace solo unos minutos y cuando la camarera vuelve me sonrío con amabilidad, como si se alegrara de que, al final, no me hayan dado plantón. Le sonrío de vuelta y cuando se va después de cogernos nota veo cómo me mira Julieta.

—Flipa... ¡Has sonreído sin motivos! —Ladea la cabeza y me mira con intensidad—. Estás distinta, Tempanito.

—Gracias, supongo —contesto sonriendo un poco y señalando su vientre, tapado aún por el jersey—. Tú también.

—Eh... sí.

Agacha la cabeza y puedo ver sus dudas, e incluso su miedo por tocar este tema. Sé que intenta evitar por todos los medios hacerme daño, y también sé que yo contribuí a hacerla sentir mal la noche que me marché de su piso, así que supongo que la pelota está en mi tejado y soy yo la que debe dar el primer paso, al menos en este tema. Tuve mis razones para sentirme dolida, y los primeros días hasta sentí rencor hacia Julieta por estar embarazada mientras yo me moría por dentro, pero luego todo cambió y empecé a pensar en mis sobrinas. Sé que son niñas porque Eli me lo contó, puesto que Julieta ha pedido que sea su matrona. Las imagino creciendo en el vientre de mi hermana y recuerdo todas las veces que jugamos a las muñecas de pequeñas. Julieta siempre acababa ahogando a las suyas, pintándoles la cara con rotuladores o cortándoles el pelo de forma estrafalaria. Y es en esos momentos cuando no puedo evitar sonreír y pensar que, pese a lo loca que está, va a ser una gran madre, porque en el fondo, cuando de estar siempre al pie del cañón se trata, ella está la primera y, a fin de cuentas, eso es lo que hace una buena madre, ¿no?

Muevo mi silla para dejar de estar frente a ella y me pongo a su lado. Estiro la mano con temor y noto cómo me tiembla. Me pinzo el labio inferior y me doy cuenta de que Julieta está congelada, esperando que acabe con lo que he empezado. Sus manos están a los costados de su cuerpo, así que no tengo impedimentos para poner la mía sobre su vientre. El jersey cede y me muestra la silueta de una barriguita redonda y preciosa que imaginé más pequeña, teniendo en cuenta que está de cuatro meses y pico.

—Vaya... —Dejo ir el aire y siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas.

—Lo siento mucho, Esme —dice ella con voz temblorosa.

La miro y me doy cuenta de que ha interpretado mal mis lágrimas. Niego con la cabeza y sonrío con sinceridad.

—No tienes por qué. Estás preciosa y es... increíble. —Masajeo la zona mientras ella deja ir el aire tan de golpe que la barriga se mueve hacia delante, haciéndome reír—. ¿Tú estás bien?

—Sí. —Julieta sonrío un poco por primera vez e intenta hablar, pero sus ojos también están aguados y niega con la cabeza—. No puedo seguir haciendo esto si no dejas que te abrace antes. Necesito tanto volver a sentir a mi hermana... ¿Puedo?

Asiento llorando como una tonta y la abrazo con fuerza, aspirando su aroma y sonriendo en su pelo mientras intento controlarme un poco. Esto no deja de ser una cafetería y, aunque la mesa esté en un lugar discreto, creo que estamos dando un poco la nota.

—Yo también eché de menos abrazarte, y mirarte, y reñirte por ser tan... demasiado. Te eché de menos a ti, Julieta. Mucho.

Ella solloza y besa mi hombro mientras me estrecha más fuerte contra su cuerpo antes de separarse y

tomar aire con fuerza.

—Putas hormonas, que me tienen todo el día lloriqueando.

Sonrío, porque sé que en este caso no toda la culpa es de las hormonas y cojo su mano, entrelazando sus dedos con los míos mientras ella hace fuerza para que la unión sea más poderosa.

—Estás muy guapa.

—Me siento bien —admite—. Los primeros meses fueron una mierda, pero luego dejé de vomitar y todo empezó a mejorar, la verdad.

—Cuéntame cosas de mis sobrinas —digo mientras le sonrío—. ¿Ya tienen nombre?

—Sí, ¿no te lo ha dicho Eli? —Niego con la cabeza y ella sonrío con picardía, volviendo a ser la Julieta de siempre—. Eso es porque se cree que no voy en serio, pero lo voy, Tempanito, te juro que voy muy en serio.

—Ay, qué miedo me das. A ver, dame esos nombres.

—Se van a llamar Emily y Victoria.

Me quedo parada un momento, porque los nombres son bonitos, así que no entiendo por qué Eli piensa que es broma y por qué no me lo ha dicho. O debería decir que no lo entiendo hasta que, pocos segundos después, caigo en que son los nombres de los protagonistas de La novia cadáver, la película con la que mi hermana vive obsesionada. Emily y Víctor... No puedo evitar soltar una carcajada y mirar al techo negando con la cabeza, porque es increíble que vaya a llegar tan lejos. Claro que tampoco pensé jamás que acabaría tatuándose el culo entero con la portada de la misma película, así que no debería extrañarme tanto.

—¿Y Diego qué dice de eso?

—Al principio puso el grito en el cielo y bla, bla, bla, pero a base de polvos y teorías absurdas ha acabado aceptando. En el fondo a él le encantan, lo que pasa es que se hace el duro, ya sabes. —Asiento riéndome aún y, al final, ella se ríe también—. Hay cosas que no cambian, supongo.

Tomo aire y me encojo de hombros mirándola y sonriendo todavía.

—Creo que es bueno que eso, precisamente, no cambie en ti. Sigues siendo única, Julieta. Como madre, vas a ser la mejor.

Ella se emociona y resopla mirando al suelo antes de fijar sus ojos en los míos.

—Yo... ni siquiera puedo imaginar lo que sentiría si perdiera a mis bebés, Esme. No es mentira, ni un decir. De verdad no puedo pararme e intentar imaginar lo que sentiste tú, que además llevabas tanto tiempo soñando con ser madre. Sé que no debí mentirte, ni ocultarte mi embarazo, pero cuando me enteré me sentí como si te traicionara. Como si te hiciera la mayor putada del mundo. Me sentí mala persona y tuve miedo de que me odiaras.

—Te entiendo. —Suspiro y sonrío como puedo, porque sé que este tema también tenemos que hablarlo y, cuanto antes lo hagamos, mejor—. No puedo negar que la noticia me dolió en el alma y, al principio, te guardé un poco de rencor, pero lo que más me dolió fue el engaño, la verdad. Pensar que no me creíais capaz de afrontar algo así...

—No fue del todo eso, Esme. No era que te creyéramos débil, es que no queríamos sumarte más sufrimiento. Lo único que queríamos era que mejoraras, que volvieras a ser tú, y estábamos tan perdidos que acabamos cagándola. Ojalá lo hubiésemos hecho de otra forma.

—Si te soy sincera, creo que no había una fórmula correcta de hacerlo —admito—. En el fondo, sé que haberme enterado de otra manera no habría minimizado el dolor. No me habría sentido engañada, pero sí dolida, así que no toda la culpa es vuestra. Yo tampoco he actuado del todo bien en este tiempo.

Nos quedamos en silencio unos instantes, bebiendo de nuestras tazas y pensando en todo lo sucedido en el pasado.

—¿Y ahora? —pregunta ella—. ¿Qué va a pasar?

—Buena pregunta. Tengo el coche cargado con mis maletas y me preguntaba si, después de este café,

querrías venir a casa conmigo y dar a todos la sorpresa del siglo.

—¿Vuelves a casa? —pregunta contenida.

—Es la idea, si me aceptan de nuevo.

—¡Ay joder! ¡Pues claro! —Se abalanza sobre mí y me río mientras ella se pone de pie y grita dirigiéndose al resto de clientes—. ¡Atención todo el mundo! ¡Mi hermana vuelve a casa y ni siquiera es navidad! ¡Un aplauso, por favor!

La cafetería no es muy grande, y habrá unos ocho o nueve clientes, pero solo dos chicos del fondo aplauden, porque el resto la mira como si estuviera loca. Yo cierro los ojos abochornada, pero riéndome sin poder evitarlo mientras me tapo la cara y ella aplaude con ganas antes de hacer una ola.

—¡Y ahora un tsunami! Pero me subo en la silla, que queda más auténtico. ¡Tenéis que seguirme todos! ¡Venga! ¡Que no se diga!

—¡Ni se te ocurra! —La paro cuando ya tiene un pie en la silla y hago que se siente mientras algunos ríen, otros niegan con la cabeza y los dos chicos del fondo le siguen el rollo—. ¿Qué haces, loca? ¡Solo faltaría que te cayeras de la silla en mi presencia! No quiero que Diego me mate.

—Bah, por el poli no te preocupes. Ahora le tengo comiendo de la palma de mi mano. Más todavía, quiero decir.

—Dios, no has cambiado nada.

Julieta suelta una carcajada y yo acabo riéndome también, sin poder remediarlo.

—Es que soy tan feliz de que vuelvas, Esmé. ¡Tan feliz! Por un momento pensé que ya no seríamos más cuatrillizos. Que ibas a desvincularte para siempre de nosotros. Y ya sé que te digo que eres un coñazo, demasiado fría y mandona, pero te aseguro que estos dos meses han sido una mierda. Como trillizos somos un fracaso absoluto. Amelia ha adoptado un papel extraño, porque sigue siendo una moñas, pero ahora, de vez en cuando, quiere mandarme. Alex está igual de tonto y, algunas veces, también se cree que puede mandarme. Total, que todos quieren mandarme y, como comprenderás, no puedo permitir eso. —Suspira con melodrama y niega con la cabeza—. No sabes la batalla tan sangrienta que estamos teniendo para ver quién se alza con el poder.

—Me lo imagino.

—No te lo imaginas, créeme. Lo que nosotros necesitamos es que tú vuelvas, cojas tu puesto de mandamás y nos des tres gritos a cada uno. Así se acabarán las tonterías para todos. Hasta para papá, que no hace más que lamentarse con que su niña no esté en casa por su culpa. El pobre lo está pasando mal. Alex dice que ya no folla tanto con Sara.

—Julieta, por Dios.

—Es la verdad. ¿No ves que el somier de ellos cruje? A Alex tampoco le hace gracia llevar la cuenta sexual de nuestro padre, pero es inevitable. No suena desde hace... puf, y más.

—De verdad, cómo sois —digo riéndome entre dientes—. ¿Entonces? ¿Ya está? ¿Ya no vamos a hablar más del tema?

—Por mi parte no hay más que hablar, hermanita. Te he echado de menos con locura, siento mi parte, tú sientes la tuya... Si me dices que vuelves, para mí todo queda olvidado.

La miro en silencio unos segundos antes de sonreír y volver a acariciar su vientre.

—¿Sabes una cosa? Ojalá Emily y Victoria saquen tu enorme corazón.

—Espero, la verdad, porque si sacan mi locura y la prepotencia de Diego vamos a estar muy, muy jodidos. ¡Sin contar con los genes del primo Marco! —Me río y doy un sorbo a mi bebida antes de preguntar cómo lleva el chico el tema del embarazo—. Está encantado. A ver, la parte de hacerme masajes en los pies y tal le jode, pero en lo que respecta a las niñas hasta les ha comprado ropita ya, y eso que yo paso de mirar nada hasta más adelante.

Sonrío, porque no me extraña nada que Marco se haya tomado tan bien la noticia. Imagino que después de tener la ausencia de una familia de verdad durante toda su vida, verse inmerso en una que no

hace más que crecer y agregar gente debe ser bonito. Una familia que está en las buenas y en las malas, aunque no sea perfecta. Una familia que lleva esperando mucho tiempo por mí. Demasiado, quizá.

Nos acabamos las bebidas y pedimos otras. Sé que tenemos que volver a casa, pero estoy tan nerviosa que necesito un poco más de tiempo. Al final las horas se nos pasan y cuando salimos de la cafetería ya es de noche. Imagino que Julieta se ha dado cuenta de mi estado de nervios porque no dice ni una palabra al respecto.

Quedo con ella en la entrada de su tienda, en Sin Mar, para que aparque allí su coche y haga el resto del camino conmigo. Sé que puede parecer una tontería, pero no quiero entrar en casa sola.

Al final, como era de esperar, ella me obliga a hacer un paripé para darles una sorpresa, teniendo en cuenta que tanto el coche de Alex, como el de Amelia, están en la calle, así que están en casa.

Me obliga a esconderme en el lateral de la puerta, toca el timbre y cuando mi padre abre y le saluda siento un nudo de nervios en el estómago. En menos de un minuto oigo sus voces y la imagino en medio del salón, llamando la atención de todo el mundo.

—Papá, hoy tienes que poner un plato más, que me quedo a cenar.

—Vale, cariño.

—¿Y para eso nos has reunido a todos? ¿Para decir que te quedas a cenar?

—Y para avisar de que, aparte del mío, tenéis que poner otro plato.

—Para Diego, supongo —dice mi padre.

—Mmm sí. Es verdad. Pues otro plato más.

—Para Marco —sigue Amelia.

—¡Joder, me estáis fastidiando la presentación! —exclama Julieta enfadada haciéndome reír—. A ver, tenéis que poner otro más aparte de esos.

—¿Para quién? —pregunta entonces Sara.

Sé que Julieta va a soltar alguna de sus paridas, así que decido hacer esto de una vez y entro en casa de sopetón, quedándome en el recibidor y mirando a mi familia por primera vez en algo más de dos meses.

—Para mí, si es que aún tengo un sitio en esta casa.

La sorpresa dura medio segundo, porque antes de poder darme cuenta todos me rodean, abrazan y besan mientras Julieta aplaude y se lamenta por no poder tirarse encima de nosotros para hacernos caer al suelo, como acostumbra siempre que nos damos un abrazo en grupo.

—Mi niña... —Mi padre se emociona mientras acaricia mis mejillas y yo me echo a llorar sin ningún tipo de control.

—Lo siento —susurro antes de poder decir más.

Los abrazos, las lágrimas compartidas, los besos y la sensación de plenitud al sentirme de nuevo en casa inundan mis sentidos y no puedo reprimir una sonrisa de felicidad.

Este es uno de esos momentos que las personas deberíamos guardar en un tarro de cristal y colocar en una estantería con un cartel que dijera que la felicidad sí existe, pero no es eterna. Se encuentra en escenas de apenas unos segundos. Escenas tan perfectas como esta.

Después del momento inicial de locura conseguimos sentarnos todos en el salón. Al principio mis hermanos se pisan unos a otros intentando contarme todo lo acontecido en estos dos meses. Chicas nuevas en la vida de Alex, casos nuevos en la de Amelia y mil excentricidades en la de Julieta. Yo los miro e intento atenderlos a todos a la vez, pero me resulta difícil y, en un momento dado, centro mi atención en mi padre, que me mira desde un sillón mientras Sara se apoya en el reposabrazos y lo abraza por los hombros. Él sonrío y deja que sean Amelia, Alex y Julieta los que tengan el protagonismo, como siempre.

De todos es conocida la devoción que siempre he sentido por él, así que no puedo evitar preguntarme si siente que le he fallado como hija, o peor, si piensa que ha fallado en algo como padre, porque no es así. Ha sido y es el mejor padre que nadie pueda querer en su vida. No es perfecto, claro, pero ha criado él solo a cuatro niños sanos y fuertes, con taras mentales distintas, sí, pero creo que, en el fondo, somos normales. Lo anormal sería conocer a una persona que no tuviera nada en su vida atormentándole o haya marcado su personalidad a base de palos y vivencias.

Quiero decirle muchas cosas, pero cuando él me mira, sonrío y asiente una sola vez, comprendo que todas las palabras sobran. No hay un solo reproche de su parte y, de la mía, tampoco. Hizo ciertas cosas que me dolieron, igual que yo, así que estamos empatados y, desde aquí, toca volver a unirnos y seguir siendo la familia de siempre, pero mejorada.

Diego y Marco llegan unos minutos después, y no puedo evitar preguntarme dónde estará Nate. Julieta no lo ha mencionado, así que no he querido hacerlo yo. Sé que le hice daño, que no me he portado bien con él y que se merece algo mucho mejor que yo. Lo sé, pero, aun así, creo que nos debemos una conversación. O será que, en realidad, no consigo olvidarle y la vena mala y egoísta que corre dentro de mí me impulsa a preguntarme si de casualidad él habrá logrado pasar página.

En el fondo, hasta puedo admitir que me da miedo preguntar, por si me dicen que está conociendo a alguien. Es un terror absurdo, porque está en todo su derecho, pero no puedo evitarlo. Eli no me ha dicho una sola palabra tampoco ni de él, ni de mi familia, y eso que sé que se ha mantenido en contacto con algunos de ellos, aunque sea a modo de mensajes breves, pero aun así ha guardado silencio y ha permitido que pudiera olvidarlo todo para empezar de cero. En definitiva, no he sabido nada de ellos, salvo el dato de que Julieta esperaba dos niñas y porque intuyo que mi amiga quería que me diera cuenta que esta situación es real y no va a irse a ninguna parte solo porque yo me empeñe en mirar hacia un lado.

—Bienvenida a casa —dice Marco sonriendo.

En cuanto me levanto, me envuelve en sus brazos y me descubro pensando que este chico sigue creciendo por días. No es normal que en dos meses parezca más hombre, más alto y más recio.

—Estás muy guapo, Marco —le digo, porque es verdad.

—Tú sí que estás guapa. Oye, estaba pensando que ahora que ya estás por aquí y no tengo competencia... ¿Qué tal si vamos un día a tomar algo?

La mano de su tío Diego aparece por detrás y tira de su jersey con fuerza.

—¡Maldita sea! siempre igual, ¿eh? —le dice—. Como vuelvas a insinuarte de esa forma te prohíbo venir, ¿entiendes?

—Joder, mira que eres aguafiestas.

Se queda en la espalda de su tío y cuando éste me mira, puedo ver a Marco guiñarme un ojo y hacerme la señal del teléfono para que le llame un día de estos. Cuando le llega un cojino de alguien de la familia no puedo evitar reírme. Eso sí, en cuanto centro mi mirada en Diego la risa se me corta en seco.

—Hola —le digo.

—Hola —contesta él en tono serio, pero no antipático. Parece... contenido, y le entiendo a la perfección.

—Me alegra verte. Eh... ah, sí, felicidades por... bueno, ya sabes. —Señalo a mi hermana y sonrío—. Emily y Victoria, ¿eh? —Él asiente y yo carraspeo, sin saber qué más decir—. Buenos nombres.

—Lo siento —dice sin más—. Siento mucho la forma en que te hablé la noche que te fuiste del piso.

Hago memoria y recuerdo que estaba serio y su tono de voz era firme, pero teniendo en cuenta cómo estaba yo, no puedo ofenderme ni molestarme, así que niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—No hiciste nada que no debieras, al contrario que yo.

—Tú tampoco actuaste mal. En lo que a mí respecta, te entiendo y todo está olvidado. Al menos por esa parte.

Lo miro sorprendida y me contengo un par de segundos antes de hablar, porque no quiero balbucear.

—¿Esa parte? ¿Hay otra parte que no me perdones o...?

—No tengo que perdonarte ninguna, pero hay ciertas cosas que no entiendo.

—Diego, venga... —dice Julieta—. No la agobies.

—No te preocupes —le digo a mi hermana antes de mirar a Diego—. Tú dirás.

—¿No te falta alguien en esta sala?

—Diego, creo que ya es suficiente —dice mi padre esta vez.

—Eso no es asunto nuestro —sigue Alex—. Cállate y deja que ellos arreglen sus cosas.

—No quiero decirle nada malo —contesta él frunciendo el ceño antes de mirarme—. No estoy enfadado contigo, porque sé que tuviste motivos para alejarte así. Lo único que quiero es que me digas si con él también harás las paces, o solo tienes pensado relacionarte con nosotros.

—Ella hará lo que crea necesario. —Esta vez es Amelia la que interviene y casi se me escapa la risa, porque parecen lobos feroces esperando atacar, cuando en realidad yo puedo entender a la perfección los motivos que tiene Diego para hacer esto.

Pienso durante unos instantes si debería apartarle y hablar solo con él o quedarme aquí y decir todo lo que siento de una vez, para que no queden dudas de los motivos que me han llevado a comportarme de esta forma. Al final, decido que esto último es lo más difícil, pero también lo mejor para todos si quiero demostrar que no tengo segundas intenciones y solo pretendo retomar mi vida e intentar ser feliz.

—Sé que él es uno de tus mejores amigos —le digo—, como un hermano. —Él asiente y yo sigo—. También sé que no lo hice todo bien, pero necesitaba tiempo para sanar, cicatrizar y volver a ser yo. O no, no quería ser yo otra vez. Quería ser una versión mejor de mí misma. Diego, hasta tú deberías comprender que tal y como estaba yo no era buena para Nate, ni para nadie.

—Tú siempre fuiste buena para él, porque te adoraba y estaba dispuesto a luchar contigo, Esme. Le reclamaste no quedarse a tu lado cuando perdiste al bebé, pero luego, cuando te fuiste, le apartaste y no le diste ni siquiera una oportunidad. Y te quiero, porque eres mi cuñada y, además, mi amiga. No quiero que pienses que estoy aquí para hacerte sentir mal, pero tengo la obligación moral de decirte que me jodió mucho ver a mi amigo respirar por inercia, porque la vida dejó de parecerle bonita o útil a todos los niveles.

—Yo... —Me emociono y carraspeo—. Lo siento. No puedo decir otra cosa.

—Lo sé, y sé que lo sientes de verdad, pero mi pregunta final no es esa.

—¿Ah no?

—No, mi pregunta final es: ¿Qué vas a hacer ahora?

Quiero contestarle un millón de cosas al mismo tiempo. Le quiero decir que no lo sé, o que sí, que lo tengo claro. Que tenemos una conversación pendiente. Que me gustaría verle y que apareciese en casa, pero al mismo tiempo me daría pánico tener que enfrentarle ya. Que me muero por saber si hay otra en su vida, pero, a la vez, no quiero saber nada, por si la hay y siento que me parto en dos. Hay tantas cosas

que quiero decirle, que al final no digo ninguna. Diego, que parece ver en mis ojos el tormento que sufro, decide poner fin a la escena abrazándome con fuerza. Yo me emociono más, porque sé que todo esto lo ha hecho con un buen fin, que se preocupa por su amigo y es normal, igual que lo es que mis hermanos se preocupen por mí. No puedo tomarme a mal que proteja a las personas que quiere, porque sé que esa es una de sus grandes cualidades y mi hermana siempre tendrá a su lado a un hombre dispuesto a dar la cara por ella ante quien sea. Es solo que, ahora mismo, todo esto me viene grande. Intento llevarlo bien, asumirlo todo de golpe, pero aún no puedo y creo que necesito al menos un par de horas para procesar mi vuelta y adaptarme de nuevo a la casa, la familia y este ritmo frenético que suelen llevar aquí para todo.

—Te eché de menos —dice él en mi oído—. Y te quiero, Esmé. No dudes de eso, aunque sea un poco capullo, ¿vale?

—Vale —digo sonriendo—. Yo también te quiero

Él sonrío un poco sorprendido y asiente al mirarme.

—Me gusta ver que el tempanito está un poco más derretido.

—Es parte de mi nuevo yo, supongo. Aunque no os emocionéis —digo para todos—. Alguien tiene que ponerlos firmes en esta casa y os aseguro que tengo mucha caña para dar.

Todos sonrían y el momento de tensión pasa a formar parte del pasado mientras Sara sale de la cocina con un par de paquetes de cervezas bien frías.

Abro una y pienso, con una sonrisa, que hay cosas que no cambian, como el hecho de que en casa haya más cerveza fría que agua. Y aunque antes era mucho más estricta con esto, y luego me empeñaba en quemarlo con deporte, ahora me lo tomo con calma. No va a venirme mal festejar mi vuelta con mi familia y mañana, con tranquilidad, ya correré lo que haga falta.

Al final, como era de esperar, pedimos unas pizzas y acabamos cenando todos juntos tirados en el sofá mientras Julieta se queja de que no puede beber cerveza y Diego la mira con cara de tonto enamorado.

—Cuando Emily y Victoria nazcan, podrás beber tanta como quieras.

—Para ese entonces ya no recordaré el sabor de una buena birra—dice ella poniéndole cara de pena.

Diego sonrío, se acerca y la besa con dulzura, haciendo que ella se relaje de inmediato entre sus brazos y yo sienta un pinchazo de nostalgia, porque sé bien cómo se siente. Se siente exactamente igual que yo hace solo unos meses, cuando unos brazos fuertes y del color del chocolate me abrazaban con fuerza, mientras sus labios me prometían más que las palabras más bonitas del mundo.

—Si te beso yo cada vez que beba cerveza, no olvidarás el sabor, pequeña. ¿Mejor?

Julieta sonrío y asiente antes de sacar la lengua, lamerle desde la barbilla hasta la nariz, haciendo reír a toda la familia mientras él se queja de que sea tan guarra.

La noche, en definitiva, da para mucho. Nos abrazamos, nos reímos de tonterías y charlamos acerca de mil cosas a la vez. Me gusta saber que mi familia habla de las gemelas sin ningún tipo de temor por lo que yo pueda pensar y sentir. Han entendido, por fin, que esto es algo que tenemos que llevar de la mejor manera y la verdad es que yo misma estoy muy sorprendida, porque pensé que me dolería más. No sé, imaginé que sería más duro al principio, pero cuando veo a mi hermana y su vientre hinchado frente a mí, riendo y abrazándose al hombre que quiere, me doy cuenta de que esto es todo lo que yo quería para ella en la vida. Que sea feliz, que tenga todo lo que sueña y más, porque se lo merece. ¿Que me encantaría sentir patadas de un bebé en mi interior algún día? Sí, claro, mis sueños no han cambiado, pero ahora no dominan mi vida, y supongo que esa es la diferencia con respecto al pasado.

Pasada la una de la madrugada, cuando Diego, Julieta y Marco empiezan a recoger para marcharse a casa, me levanto con ellos dispuesta a abrazarles una vez más. Creo que hoy estoy regalando tantas muestras de cariño y sonrisas sinceras que van a acabar pensando que me ha abducido un extraterrestre.

Los veo caminar hacia la puerta y, justo cuando esta se abre, la duda empieza a quemarme más de lo

normal. Llevo toda la noche preguntándome dónde estará él, imaginándolo en casa, en el sofá, viendo una peli, pero también en su cama con otra. Para ser sincera, ha habido un momento de la noche en el que he llegado a imaginarlo follando con Patricia en su consulta, lo que me da una muestra del nivel de obsesión que tengo. Comprendo que ésta es otra parte que tengo que corregir en mí. Dejar a un lado mis celos absurdos y entender que ella solo es una compañera de trabajo. Y si algún día tengo la oportunidad de recuperarle, cosa que dudo y deseo a partes iguales, trabajaré en ello, lo tengo claro. No creo que deje de ser celosa, porque cuando de Nate se trata no puedo evitarlo, pero al menos intentaré pensar antes de enfurruñarme.

Suspiro y me recrimino en silencio estar pensando ya en lo que pasará cuando consiga que Nate vuelva conmigo. ¡Ni siquiera sé si va a volver! De hecho, él me dejó bastante claro que ya no me buscaría más. Dejó la pelota en mi tejado y yo no hice nada por cogerla y lanzársela de nuevo, así que, si ha decidido acostarse con otra, o con mil más, me tengo que joder y asumirlo.

Claro que, antes de tener que asumirlo, debería informarme de una vez de dónde está o cómo es su situación ahora, y es por eso por lo que estoy fuera de casa, siguiendo a Julieta, Diego y Marco hasta el coche, pero sin decir ni una palabra.

El miedo que siento se está enfrentando a mi valentía y, de momento, no sabría decir quién gana, porque estoy aquí, pero no puedo hablar.

Al final ellos entran en el coche y es Diego el que sonrío y eleva las cejas, como esperando que me lance de una vez.

—¿Está... bien? O sea, sé que estuvo mal, que le hice daño y... —Trago saliva y miro a mi hermana, que también sonrío con dulzura—. Solo quiero saber si él... bueno, si me ha olvidado, o sale con alguien, o...

—Pero ¿qué dices?! —exclama Julieta—. Ese pobre no querrá a nadie nunca más. A nivel emocional le has dejado eunuco.

—Julieta, joder —dice Diego antes de mirarme y sonreír—. Lo que tu hermana quiere decir es que no está con nadie, y no te ha olvidado, pero está empezando a intentarlo.

—Oh...

—En definitiva —dice Marco desde el sillón de atrás—. El pobre desgraciado se fue hace unos días a Nueva York a rumiar su pena allí. Se ve que España le viene pequeña para lloriquear por ti.

—Marco, eso ha estado del todo fuera de lugar —dice Julieta en tono serio antes de echarse a reír y pegar una torta cariñosa a su novio en el brazo—. Lo he clavado, ¿eh? Voy a ser una madraza, joder, qué orgullosa estoy de mí misma.

Ellos ponen los ojos en blanco y yo me desespero, porque no estoy para bromas.

—¿Entonces está en Nueva York? Pero, ¿cuándo vuelve? Porque vuelve, ¿no?

Intento controlar mi respiración cuando pienso que quizá no vuelva. Dios mío, he conseguido echarle hasta del país. Lo mío es increíble. ¿Hasta dónde voy a seguir haciéndole daño? ¿Por qué no puedo detenerme ya? ¿Y por qué aborrezco la idea de que esté allí intentando olvidarme? ¿Que quiere decir eso? ¿Que empezará a tirarse a otras tías sin piedad? Siento que ardo por dentro e intento recordar que yo tengo una promesa de contención en lo que a celos se refiere, pero ahora mismo eso me importa entre poco y nada, la verdad.

—Mira que sois capullos. ¡No me estreséis a Tempanito, que me lío a palos y me quedo sola! —Mi hermana me mira y chasquea la lengua—. Esme, respira. Nate se ha ido dos semanas, lleva una y le queda otra. No sabemos mucho de él porque ha decidido que va a dedicarse a estar con su familia y con Einar, pero vaya, que suponemos que está bien.

—Yo solo espero que vuelva menos gruñón —me dice Marco—. Lo suyo es que os reconciliéis prontito, compréis la casa que teníais vista, que sigue en venta, y me dejéis la habitación grande a mí.

—Lo suyo es que te calles la puta boca y dejes a la gente vivir —dice su tío.

—¡Pero si yo la dejo! Lo que pasa que prefiero que vivan en otro sitio y así ganamos todos.

Diego resopla dejando ver que su paciencia se está colmando, Julieta se echa a reír, porque por lo general las salidas de Marco le parecen súper graciosas, y yo no hago más que pensar que Nate está en Nueva York intentando olvidarme y que igual conoce a alguien allí y decide quedarse. Total, su familia está allí, aquí solo tiene el trabajo y pediatras hacen falta en todas partes.

—Diego, arranca —dice mi hermana devolviéndome a la realidad—. Y tú, hija mía, espabila de una vez. Tienes una semana para pensar si quieres luchar por tu hombre cuando vuelva, o vas a negarte una realidad como un castillo. —Me pinzo el labio, pero ella sonrío con dulzura—. Puedes tenerlo todo, Esme. No dejes que el miedo te pueda.

Diego asiente y después salen marcha atrás y se pierden por la calle mientras yo me quedo pensando que tengo que hacer algo, pero no sé el qué. ¿Esperar una semana que vuelva? Sí, parece lo más lógico, pero también es lo más fácil.

Quiero decir que, si me limitara a esperarle, no estaría demostrándole nada, ¿no? Él tiene que entender que, esta vez, soy yo quien lucha por él. Necesito que me conceda una conversación. Al menos que me deje explicarle por qué me he mantenido alejada estos dos meses y luego pedirle que vuelva. Dejar caer mis muros, quitarme todas las corazas y plantarme a pecho descubierto frente a él, deseando que no sea como yo y pueda perdonarme sin pensar en nada más que en el amor que todavía nos une.

Ser, esta vez, merecedora de su amor.

Entro en casa y me encuentro con las miradas interrogantes de mi padre, Sara, Alex y Amelia. Al final, después de pensarlo algo así como dos minutos inspiro con fuerza y saco el móvil de mi bolsillo. Localizo el número de teléfono que necesito y marco casi sin pensar. La línea se cuelga al segundo tono y frunzo el ceño, pero cuando mi móvil vibra con una videollamada entrante lo cojo de inmediato.

—¡Hola guapa! ¡Qué sorpresa!

Me fijo en que está en la calle y tiene la nariz roja, así que supongo que en Nueva York debe hacer un poco de frío hoy. Eso, o está constipado.

—Hola, Einar. ¿Cómo estás?

—Putá madre. —Me río porque me hace mucha gracia lo bien que le salen las palabrotas, con lo que se traba algunas veces con las frases—. Estamos en un bar. Bueno, yo he salido para llamarte. ¿Quieres hablar con Nate?

—¡No! —exclamo al mismo tiempo que mi familia, que ha pasado de dejarme intimidad—. No, Einar. En realidad, él no puede saber que te he llamado. Necesito que me guardes el secreto y me eches una mano. —Él frunce el ceño, esperando que yo siga hablando. Miro a mi familia y cuando todos asienten con una sonrisa suelto el aire retenido y hablo de una vez—. Voy a coger el primer vuelo que haya a Nueva York y necesito que me recojas y me ayudes con algunas cosas.

La sonrisa de Einar se amplía al instante, yo me noto un poco mareada y él dice algo como «Vikingo molón al rescate», pero no me hagas mucho caso porque apenas puedo prestarle atención.

Quedo en avisarle cuando tenga la hora de llegada y cuando cuelgo me doy cuenta que estoy a punto de cometer una locura, pero, en el fondo, me da igual.

Alex me busca un vuelo en un momento y, aunque pienso que no habrá ninguno inmediato, me sorprende diciéndome que sale uno a las seis de la mañana. Con el cambio horario cuando llegue allí también será temprano por la mañana así que asiento. Amelia me encasqueta una de mis maletas sin mirar siquiera lo que lleva dentro y mi padre me avisa de que va arrancando el coche mientras Sara corre a la cocina y vuelve con una botella de agua y otra de cerveza.

—Para refrescar tu garganta y aumentar tu valor.

Asiento y bebo un trago largo pensando que, con lo que dura el vuelo, voy a tener tiempo más que de sobra de acobardarme y ser valiente como medio millón de veces.

No me equivoco. El vuelo es, con diferencia, el peor de toda mi vida a nivel emocional. Y lo peor

es que, con todas las horas que dura, cuando me veo en el aeropuerto de Nueva York, buscando a Einar en la terminal de llegadas, pienso que parece que todo haya ocurrido en cuestión de minutos.

Le veo a lo lejos, alto, altísimo, mucho más de lo que recordaba. Joder, qué grande es. ¡Con razón le llamamos Vikingo! Él también me ve, lo sé porque sonrío y porque poco después corre en modo estampida hacia mí. Me levanta por los aires y hasta me hace girar mientras ríe de buena gana. La gente nos mira y sonrío, supongo que piensan que somos una pareja que lleva mucho sin verse, pero a él parece darle igual.

Otra cosa que casi no recordaba, A Einar, casi todo le da igual. No he visto un ser humano más pasota que él.

Cogemos un taxi, porque me niego a meterme en el metro después de la paliza que me he dado y, aunque él habla con su lengua de trapo todo el trayecto, soy incapaz de recordar nada. Mis oídos rugen con fuerza, mi corazón está demasiado acelerado y cuando el coche se detiene frente a una bonita casa de piedra con jardín propio, en las afueras de la ciudad, pienso que va a darme un infarto.

—Vamos, vikingo te acompaña. No estás sola —dice él con suavidad, siendo consciente de que debo estar blanca como la pared.

Me dejo arrastrar por su mano, espero mientras paga al taxista y cuando estamos en la acera le miro y niego con la cabeza a toda prisa.

—No puedo...

—Puedes, puedes. —Niego con la cabeza otra vez y él me coge en brazos y me echa sobre su hombro en cuestión de un segundo—. ¿Prefieres así?

—¡No!

—Entonces camina. —Me suelta en el suelo y palmea mi culo con una enorme sonrisa—. ¡El amor te espera!

Y luego, con toda su parsimonia, entra en casa y me deja aquí, temblando y pensando que estoy a punto de sufrir el ataque de pánico más grande de la historia.

Aun así, cojo aire y me obligo a dar un paso detrás de otro mientras tiro de mi maleta.

—Lo haces por Nate —susurro para mí—. Os merecéis esto. Él se merece esto.

Y repitiéndome cada palabra, como si de un mantra se tratara, llego a la puerta, que está encajada y la atravieso mientras un montón de ojos me miran y yo siento que mis piernas se niegan a avanzar más. ¿Cómo ha podido Einar alertar a todo el mundo tan pronto? O he tardado mucho en llegar aquí, o ya estaban en el salón. No lo sé y estoy demasiado aturdida para darle vueltas a eso.

Escaneo la sala un momento, pero no necesito buscar mucho para encontrar a Nate, mirándome como si fuera un fantasma, mientras Einar aplaude y el resto de personas que hay aquí esperan algún tipo de reacción suya o mía.

Muy bien. Llegó la hora...

Nate

Me quedo como un pasmarote mirando hacia la puerta, intentando asimilar que Esmeralda, mi Esmeralda, está plantada en el recibidor de casa que, además, tiene un escalón de doble altura, lo que hace que quede por encima de todo el mundo. Diría que puedo imaginar, al verla, una reina altiva y orgullosa, pero es que en su cara no hay nada de eso, lo que me jode, para qué negarlo, porque no parece ella. Una cantante en blanco encima de un escenario, una madre primeriza enfrentándose a la primera fiebre de su hijo, una virgen ante la primera visión de un hombre desnudo o alguien alérgico a las abejas encerrado en un cuarto con miles de ellas. Todo eso parece y, ¿cómo va a gustarme? Si a mí lo que me enamoró de ella, entre otras cosas, fue ese don que tiene para mirarme como si tuviera el poder de helarme hasta el alma en unos segundos.

Sé que está pasándolo mal, fatal, y me odio, no tanto por eso, como por la necesidad que siento de quedarme justo aquí y obligarla a buscarme hasta el final. No sé qué hace aquí, mi corazón late desbocado y las esperanzas se me han disparado tan rápido que no he podido alcanzarlas y mantenerlas a salvo dentro de mí. Estoy a nada de caer de rodillas frente a ella solo por haber venido, pero no lo haré. Y no será por orgullo, sino porque creo que los dos necesitamos esto. Ha hecho el noventa por ciento del esfuerzo y, si ahora la saco de aquí, se lo hago fácil o me ocupo de la situación, estaré quitando mérito a la grandeza de su decisión, así que me quedo aquí, justo aquí, esperando que ella actúe.

—Ho-hola —dice al cabo de unos segundos más.

—Hola —susurro.

—¿Quién me ayuda a colgar las cortinas de la cocina? —pregunta mi madre mientras empieza a moverse.

En el salón están mi padre, mi hermana, mi hermano y su hijo pequeño, que este fin de semana le toca estar en casa, puesto que mi hermano está divorciado. Y Einar, claro, que acaba de coger a mi sobrino en brazos para salir del salón, no sin antes guiñarme un ojo.

Desaparecen poco a poco mientras yo sonrío, porque en la cocina ni siquiera tenemos cortinas, pero supongo que la situación es tan tensa que no han necesitado una excusa demasiado creíble para quitarse del medio.

Sé que en cuanto esto se aclare un poco irán en masa a atosigar a Esmeralda. Sobre todo, porque esta semana he confesado que ella existía, que casi tuvimos un hijo, que nos queríamos con locura, que ella dejó de ser ella para consumirse y que yo casi me muero esperando que se acercara a mí. Podría haber mentido y haber dicho que solo venía de vacaciones, pero no es algo que vaya conmigo. No puedo mirar a mi madre a los ojos y negarle que una mujer me ha vuelto del revés y ahora llevo el corazón arrastrando a la vista de todos.

Recuerdo el primer día que llegué aquí, cuando subí a mi cuarto de niñez, solté la maleta encima de la cama y antes de abrir la cremallera mi madre entró, se sentó en el colchón, me miró a los ojos y me preguntó: «¿Quién es ella?». Ya está, eso fue todo lo que necesitó para que yo contara hasta las comas de nuestra historia. Más tarde fue mi padre, luego mi hermano y, por último, mi hermana, que al ser más joven vivió mi drama como si fuera el suyo propio, haciéndome incluso sonreír. En definitiva, solo me faltó contarle al perro lo que había pasado. Si no lo hice, fue porque no tenemos perro.

Ha sido una semana de estar en la cocina con mi madre, en el porche con mi padre, en mi cuarto con mi hermana, en el sofá con mi hermano y en la calle con Einar, bebiendo cervezas hasta emborracharnos más de lo que deberíamos. Se nos han juntado las ganas de vernos con las historias por contar. Él está

jodido con su trabajo, porque le va bien pero no se acaba de adaptar al ritmo frenético de la ciudad, por mucho tiempo que lleve viviendo aquí, y yo porque... pues por todo, la verdad.

Me imagino que desde fuera ha sido interesante ver a un islandés y un negro apostados en la barra de un bar bebiendo sin control, riendo e insultando a la vida a partes iguales. Hace dos días incluso nos invitaron amablemente a abandonar un bar. Que Einar tuviera la necesidad de quitarse la camiseta porque se moría de calor, debido al alcohol, con toda probabilidad, no ayudó. Que más tarde quisiera hacer lo mismo con los pantalones, nos hizo entrar por la puerta grande en el tablón de personas no gratas en aquel sitio. No me avergüenza, la verdad, era un antro y de esos hay muchos por aquí. A Einar tampoco le avergüenza, por si te lo preguntas. A veces la bebida le da por desnudarse. Bueno, en realidad, a veces le da por desnudarse a secas. Estoy convencido de que, si pudiera, pasaría olímpicamente de la ropa.

El caso es que ha sido una semana intensa. He intentado empezar a olvidar, como me prometí, pero solo he conseguido extrañarla más. Me he preguntado unas mil veces si habría seguido mandando mensajes a su familia y ahora entiendo que sí, porque de otra forma no se habría enterado de que estoy aquí. Me alegro, y quiero preguntarle si todo está bien, pero no es el momento. No hasta que tratemos lo nuestro, primero.

Ella sigue en el recibidor y yo aquí, al lado del sofá. Carraspeo, para ver si eso la anima. Da un respingo y abre los ojos aún más. Esos jodidos ojos verdes que se cuelan en mis sueños, masturbaciones, alucinaciones y hasta pesadillas casi desde que la conocí. Al final baja el escalón y se acerca a mí. Me imagino pidiéndole tiempo muerto solo para coger aire y volver a respirar con normalidad, porque mi pulso late tan rápido que lo noto en la sien, pero no hago nada de eso. Me quedo quieto, esperando que hable.

—Llámalos —susurra. Frunzo el ceño, porque no la entiendo y ella sigue hablando—. A tu familia. Llámalos. Que entren y escuchen lo que tengo que decir.

—No necesitan escucharlo —contesto, aunque valoro mucho su valentía, porque está temblando y, aun así, quiere hacer esto a lo grande. Y estaría bien, pero es que para hacer esto grande, solo necesitamos estar ella y yo—. Soy yo el único que necesita oírte. ¿Por qué estás aquí, Esmeralda?

—He hecho las paces con mi familia. Busqué a Julieta, hablamos largo y tendido y lo arreglamos. Luego volví a casa y allí supe que... bueno, que estabas aquí.

—Vuelvo en una semana. ¿No podías esperar?

—No —susurra.

—¿Por qué?

Mi tono es serio, lo sé, pero no voy a pararme ahora. Necesito oír de sus labios todas las respuestas. Necesito que me lo diga todo sin tapujos, para poder poner las cartas encima de la mesa.

—Tenía que verte. Necesitaba contarte por qué no bajé aquel día al portal.

—¿Qué día?

Ella eleva una ceja y yo me derrito, porque es un gesto de la firme y orgullosa Esmeralda. Un atisbo de luz en todo esto. Y es que quizá no ha cambiado tanto. A lo mejor ya no es la mujer consumida que vi hace más de dos meses. A lo mejor tiene pánico ahora por esta situación, pero ha vuelto a ser ella de alguna forma. A lo mejor...

—Sabes muy bien qué día fue, Nate.

Dejo de desvariar y asiento, porque negarlo no tiene sentido.

—Sí, lo sé.

Ella sonrío un poco y se acerca un paso más. Está a medio metro de distancia, pero su olor me invade y, de pronto, no puedo pensar en otra cosa que no sea desnudarla y enterrarme en su cuerpo, como llevo soñando con hacer desde que lo dejamos.

—Te quiero. —Se pinza el labio y agacha la mirada—. Si hay algo que jamás ha cambiado, es eso, que te quiero. Siempre te he querido, Nate, hasta cuando me porté como una zorra alejándote de mi lado.

—No te portaste como una zorra.

—Lo hice. Ni siquiera te contesté aquel día y te juro que no fue por falta de ganas. Te vi mientras hablabas y me decías todas aquellas cosas y me quedé petrificada. Era tan... débil. Tan poca cosa en aquel entonces. —Suspira y vuelve a mirarme negando con la cabeza—. Ni siquiera puedo creer que solo haga dos meses de aquello, porque a veces me parece una eternidad.

—Tenías derecho a estar mal.

—Sí, pero no tenía derecho de hacerte daño en el camino.

Quiero decirle que no me hizo daño, pero no es así. Me lo hizo, me sentí como una mierda cuando no me contestó, y luego cuando la esperé durante días. Y me hundí, y caí, y ningún intento de ponerme en pie sirvió hasta que acepté la derrota y pude llorar su pérdida. Hasta que asumí que ya no éramos nada y tenía que empezar a vivir. Y de eso solo hace una semana, así que es lógico que vuelva a estar en el punto de inicio, deseando ponerme a su merced, aunque eso me haga parecer un calzonazos.

—Yo también te hice daño —admito, porque así fue.

—No importa. —Sonríe un poco y frunce los labios—. Entiendo por qué me ocultaste lo de Julieta. Lo entiendo y, aunque me dolió, porque eso no puedo negarlo, sé que lo hiciste por mi bien.

—No debí decidir por ti. Tú eres la única que debería elegir lo que puede manejar y lo que no. —Ella sonríe con tanta sinceridad que me tengo que morder el labio inferior para no besarla—. ¿Entonces?

—He venido a pedirte perdón, ya lo sabes.

—¿Y?

—Y a decirte que te quiero, pero eso ya lo he hecho.

—¿Y?

Esme se relame, está nerviosa y creo que empieza a pensar que esto no va a ser tan fácil. Me alegro, porque tampoco se trata de arrastrarme a la primera de cambio, aunque me apetezca más que nada en el mundo.

—Y quiero que volvamos a estar juntos, si todavía me quieres, que no lo sé.

Quiero decirle que sí, que claro que la quiero, que jamás he dejado de hacerlo, pero hay algo dentro de mí impulsándome para que siga presionando. No sé por qué lo hago, porque esto solo sirve para alargar su agonía y la mía propia, pero, aun así, dejo que lo que sea que se haya apoderado de mí en este momento, siga actuando por libre. Quizá solo es un demonio intentando liberarse y salir para siempre de mí. Y si es así, retenerlo sería una gilipollez, y no soy dado a hacer gilipollices, aunque en lo referente a ella no deje de cometer errores.

—¿Y? —repito.

—Y quiero pedirte que vuelvas a confiar en mí, y dejes que yo confíe en ti. Como antes, Nate, como hace unos meses, cuando conseguimos ser todo.

—¿Y? —pregunto una vez más.

Ella me mira sorprendida, como si no supiera qué decir, pero lo sabe. Yo sé que lo sabe. En esta historia, que yo le dijera que la quería fue importante, y que me lo dijera ella también, pero hubo algo mucho más grande que eso. Algo que ella me pidió hasta la saciedad y algo que, al final, se incumplió por su parte, no por la mía. Esmeralda sigue mirándome en silencio hasta que asiente con lentitud, comprendiendo lo que quiero.

—Te pedí hasta el cansancio que te quedases conmigo, que no te fueras, y cumpliste. Te quedaste hasta cuando yo intenté apartarte. Te quedaste hasta el final, sin importar lo mucho que me alejé de ti. Ahora soy yo la que te promete quedarse a tu lado siempre. Pase lo que pase Nate. Me quedaré contigo hasta que la vida se nos agote o tú te canses de mí, lo que ocurra antes.

Cuando las palabras salen de su boca, no siento un demonio abandonado mi interior, sino varios. Un putito exorcismo en cuestión de unos segundos. Alzo una mano y acaricio su mejilla con las yemas de mis dedos mientras ella ladea la cabeza y busca más contacto, como una gata deseosa de mimos.

—No puedo creer que estés aquí —susurro—. No puedo creer que hayas hecho este viaje solo por mí.

—Haría cualquier cosa por ti, Nathaniel —murmura ella en un tono tan bajo que tengo que esforzarme para oírla.

—¿Cualquier cosa?

—Lo que sea.

Alzo mi otra mano, la pongo en su otra mejilla y enmarco su cara para que me mire, como solía hacer antes, cuando estábamos juntos. Apoyo mi frente en la suya y noto cómo su suspiro se estrella en mi cara.

—Quiero que me quieras, que me aguantes hasta cuando la cago, que me dejes hacerte el amor cada día, que compremos una casa con una puta valla blanca y me obligues a cortar el césped, ¿recuerdas? —Ella asiente mientras las lágrimas corren por sus mejillas—. Quiero que seas lo último que vea antes de dormir y lo primero al despertarme. Quiero que tengamos tantos hijos como podamos soportar psicológicamente. Que me desnudes, me mires como mi preciosa reina de hielo, te arrodilles, me comas la polla y me folles después, que me hundas y me eleves como solo tú sabes. Quiero que mi vida empiece otra vez hoy, porque estoy contigo, y solo volvamos a dejarnos cuando uno de los dos exhale el último aliento. Y que veamos películas malas. Y que me hagas cocinar para ti los domingos, aunque se me dé fatal. Y que tú hagas la cama porque yo odio eso de estirar sábanas, si, total, luego vamos a desordenarlas otra vez. Y que me lleves de compras, aunque me aburra. Y que nos empachemos de fruta primero y sexo después una noche cualquiera. —Cojo aire, bajo mis manos y rodeo su cintura apretándola contra mí, por fin—. Y que te quedes, Esmeralda. Que te quedes para siempre. ¿Podrás hacerlo?

Ella asiente, las lágrimas no dejan de caer y yo pienso que es casi un milagro haber aguantado tanto sin besarla, así que ladeo la cabeza y uno mis labios a los suyos, sintiendo que todo vuelve a encajar, por fin. La beso con dulzura primero, con algo de rabia después y, en medio, hasta me sale besarla con pasión mientras ella me abraza con fuerza pasando los brazos por detrás de mi nuca y casi colgándose de mi cuello. Muerdo su mandíbula y la oigo jadear.

Y estoy a punto de cogerla en brazos y subir las escaleras para llevarla a mi dormitorio, cuando me doy cuenta de que toda mi familia está aquí y no aguantarán tanto tiempo sin saber qué ocurre con nosotros, así que me separo de sus labios y sonrío cuando protesta en voz baja.

—Te quiero... —susurra apoyando la frente en mi pecho—. Y te prometo todo eso y más si vuelves conmigo.

—Si todavía no tienes claro que esto es un sí rotundo, quizá debería meterte en el baño y hacerte recordar cómo lo hacíamos cuando teníamos prisa.

Esme se ríe, me abraza por la cintura y niega con la cabeza.

—Quiero tenerte con calma. ¿Podrás venir conmigo a un hotel?

—Mejor. Iremos al piso de Einar y él se quedará aquí —le digo de pronto.

Ni siquiera lo he consultado con mi amigo, pero teniendo en cuenta que es un trozo de pan, dudo que se niegue. Esme asiente y yo cojo aire con fuerza antes de besarla una sola vez, rápido y fuerte para no engancharme, y arrastrarla hasta la cocina.

—Espera...

—Es mi familia, y quiero que la conozcas.

—Lo sé, pero... ¿Y si no les gusto? ¿Saben lo que ha ocurrido?

Me paro y la abrazo un momento, sonriendo con dulzura y entendiendo su miedo.

—Lo saben todo y no te culpan de nada. Nadie puede culparte de nada, cariño.

Ella asiente, pero tiene miedo, lo sé, y por eso sé que lo mejor es pasar por esto cuanto antes. Que se dé cuenta de que en mi familia la van a adorar y luego poder irme con ella y encerrarnos en el estudio de

Einar al menos hasta mañana, cuando nos hayamos saciado un poco el uno del otro.

En cuanto entramos en la cocina, todos guardan silencio y nos miran fijamente. Yo sujeto su mano y sonrío, para que sepan que todo está bien y, de inmediato, veo a mi madre acercarse con una sonrisa en los labios.

—Es un placer tenerte aquí —dice abrazándola, aunque Esme no suelte mi mano.

Le ha hablado en inglés, pero sé que no supone un problema para mi chica, que maneja el idioma con soltura.

—Lo mismo digo. Nate ha hablado mucho de usted. De todos.

Mi madre sonrío aún más y comienza a presentarle a mi padre y mis hermanos mientras ella se agarra a mi mano como si fuese el punto que la mantiene firme en esta marea de besos y abrazos de gente que yo adoro, pero para ella es desconocida.

—¿Quieres dormir un poco? —le pregunta mi padre—. Debes estar agotada.

—Estoy bien.

La miro y me fijo en que no veo sus ojeras. Sonrío, porque lleva maquillaje. No es que me guste que se maquille porque sí. Lo que me gusta es que vuelva a ser mi Esme de siempre. La que se tapa las ojeras y las pecas con sus potingues y solo a mí me deja ver lo que hay debajo. La mujer frágil, dulce y cariñosa que se deshace con mis caricias.

Joder, tenerla de vuelta es tan bueno que no me lo creo. Estoy en una nube y, dos horas después, cuando toda mi familia ha contado anécdotas de cuando yo era pequeño, le han preguntado cómo se vive con tres hermanos más de la misma edad y han reído con alguna que otra historia que Esme ha contado para congraciar, a mí me parece que llevo aquí una eternidad.

Necesito sacarla de aquí ya y como sé que ella no dirá nada, me levanto y hablo para todos, en especial para Einar.

—Esme necesita dormir unas horas. Imagino que va a quedarse aquí toda la semana. —La miro, preguntándole en silencio y ella asiente. Sonrío y sigo—. Tenemos muchas horas para estar juntos y que os conozcáis más, pero ahora me la llevo al estudio de Einar para que descanse.

—Sí, ya, descansar... —dice mi hermano con una sonrisa pícaro mientras todos le ríen la gracia, hasta Einar, que se levanta, se mete la mano en el bolsillo y me tira sus llaves.

—Condomes en el baño —dice en español para que mi familia no le entienda.

—Joder, Einar —murmura Esme mientras yo me río entre dientes.

—Pasadlo bien y haced mucho ruido. ¡Si no hay ruido es que no es bueno! —responde mi amigo sin cortarse.

Me río, tiro de la mano de mi chica y la saco de casa después de coger las llaves del coche de mi padre. El camino se hace eterno, porque mis padres viven fuera de la ciudad y mi amigo no, pero cuando por fin llegamos y abro la puerta, me parece que haya pasado solo un segundo desde que la vi en la puerta de mi casa hasta ahora.

Ella se adentra en el pequeño estudio, que consta de un salón/cocina/dormitorio con un baño enano en el fondo, lo mira todo con atención, girando sobre sus talones, y luego se centra en mí. Sonrío mientras se quita la chaqueta, y cuando sigue con el resto de su ropa pienso que debería pararla y desnudarla yo, pero el espectáculo es tan caliente que me apoyo en la puerta y la miro con atención, sin perder detalle.

Tarda pocos minutos en despojarse de todo y quedar ante mí sin nada más que piel a la vista. Tengo la contención bajo mínimos, una erección dolorosa en el pantalón y un deseo primitivo empujando dentro de mí. Y cuando ella alza los brazos y suelta las gomas que atan su pelo, dejándolo caer libre sobre sus hombros y espalda, decido que no puedo esperar más. Me acerco, la cojo en brazos y la estiro en la cama sin dejar de mirarla a los ojos.

—Mira que te recordaba preciosa, pero esto es...

—Te necesito —dice ella por respuesta, arqueándose y acariciando mi nuca mientras baja mi cabeza

hacia sus pechos. Sonríe y beso uno de sus pezones mientras ella gime—. Nathaniel...

Dios, cómo me pone que diga mi nombre completo cuando se calienta. Abro la boca y atrapo el mismo pezón, esta vez entre mis dientes, mientras mi mano se ocupa del otro y ella entrecierra los ojos.

Su cuello, su clavícula, el centro de sus pechos, su estómago, su ombligo, su pelvis, sus muslos, jugar con mi nariz en su pubis y, por fin, su sexo, caliente y húmedo por mi culpa. Me la como con ansias, demostrándole hasta qué punto la he necesitado y arrancándole un orgasmo que me demuestra cuánto me ha necesitado ella a mí. Subo por su cuerpo, beso sus labios y me separo de ella el tiempo justo de desnudarme por completo. Me tumbo de nuevo en la cama, abro sus piernas y retiro su mano cuando intentar coger mi erección.

—Si me tocas ahora, me corro —admito.

Ella sonrío y no dice nada, pero cuando voy a penetrarla algo dentro de mí se congela. La miro, ansiosa y dispuesta, y caigo en la cuenta de que todavía hay algo que necesito de ella. Algo que pesa más que todo lo dicho ya. Algo que va a dolerle, y que me matará un poquito, pero que necesito ahora, para que podamos seguir adelante.

—Quiero usar condón —digo en tono bajo.

Ella me mira a los ojos y sé que se sorprende por mi declaración. Le estoy diciendo que no quiero volver a caer en ese bucle de sexo para procrear. Le estoy diciendo que, ahora mismo, no quiero tener hijos, y le estoy haciendo daño, lo sé, lo noto, pero aun así sonrío y me besa antes de asentir.

—Ya sabes, están en el baño —susurra por respuesta.

Me separo de su cuerpo y la miro, tumbada en la cama, con el pelo esparcido en el colchón, los pezones duros, la piel más pálida de lo que la recordaba, o quizá es que estas sabanas son oscuras y el contraste es más fuerte. Por un momento, pienso que eso es exactamente lo que ocurre con nuestros cuerpos y pieles cuando nos unimos, y es precioso.

Voy al baño, cojo un preservativo e ignoro la parte de mí que me pide que lo vuelva a dejar. Necesito hacer esto; necesito que ahora mismo seamos solo ella y yo y, aunque suene egoísta, necesito saber que quiere estar conmigo, aun cuando no estoy dispuesto a cumplir su sueño todavía.

Tiene sentido, además. Lo tiene, aunque la mayor parte de mí esté pidiendo a gritos que me olvide de esto, pase del condón y me corra en su interior. Y si se queda embarazada, mejor, porque sigue siendo uno de mis grandes sueños también y lo deseo, pero no así, no cargando con la duda de que, sin bebés, no soy bastante para ella.

Al final, cuando llego al borde de la cama ella coge el paquetito, lo abre y desliza el preservativo por mi erección con una sonrisa dulce y cariñosa.

—Te tengo a ti, Nate. Sé que necesitas esto y puedo dártelo.

Tira de mi cuello, haciendo que me arrodille en la cama mientras ella abre las piernas a mi alrededor. Poco después está tumbada mientras yo me sostengo en mis antebrazos y apoyo mi erección en su entrada.

—Quiero tener hijos contigo. Solo que... —Esme me besa y empuja mi trasero, haciendo que me deslice por su interior y gimie en el camino.

—De momento, con esto me vale. Esta vez partimos de cero los dos. —Gimo cuando mueve sus caderas, provocándome un escalofrío—. Algún día llegaremos al mismo punto y entonces cumpliremos el resto de nuestros sueños, pero ahora me basta con tenerte. Puedo esperar a que estés listo y no iré a ninguna parte. Créetelo. Te quiero, Nathaniel.

Hundo mi cara en su cuello, avergonzado de lo mucho que me han llegado esas palabras. Me muevo en su interior, adopto un ritmo lento y tortuoso que nos hace entrar en la gloria y pienso que no me la merezco.

Esme gira haciéndome caer de espaldas en el colchón, se apoya sobre mí, desliza mi erección en su interior y baila sobre mi cuerpo con una perfección que me maravilla. Si sigue así acabaré corriéndome

en dos minutos así que, cuando creo que no puedo aguantarlo más, me incorporo sentándome en la cama. La saco de mi cuerpo y le doy un tirón al condón ante sus ojos.

—¿Qué...?

—Ya estoy listo —digo sonriendo—. ¿Y tú? —Esme se queda un segundo en *shock*, pero luego asiente, sonriendo y temblando un poco.

—Ni siquiera sabía si estaba dispuesta a intentarlo de nuevo hasta que te vi y supe que contigo lo intentaría una y mil veces, si es lo que los dos queremos.

—Es lo que quiero —susurro.

—¿De verdad? —Asiento y noto cómo balancea sus caderas, en busca de que la penetre otra vez.

Niego con la cabeza, porque esta postura no es la más cómoda y vuelvo a tumbarla en la cama. La penetro con lentitud, sintiendo su calor y recordando lo perfecto que es tener sus piernas rodeando mis caderas. Me muevo con dolorosa parsimonia, llevo una mano a su clítoris y me bastan un par de toques para conseguir que tenga un orgasmo gritando mi nombre y clavando sus uñas en mi trasero.

Pocos segundos después me entierro en el fondo de su cuerpo y me corro pensando que da igual lo fácil o difícil que resulte esto, porque esta vez no habrá nada que pueda con nosotros.

Si la vida vuelve a darnos un palo, lo recibiremos agarrados de la mano y con la certeza de que el pilar de esta relación es nuestro amor y, a partir de ahí, formaremos una vida que espero que sea lo bastante dichosa como para tener material para escribir un libro en un futuro acerca de nuestra historia.

Un mes después

—Estás embarazada. Estoy seguro, ya verás —susurra él en mi oído mientras me estrecha con más fuerza.

Estamos en nuestra nueva casa. No llevamos aquí más que un día y aún nos faltan el ochenta por ciento de los muebles, pintar el salón, la cocina y la valla blanca. El césped está descuidado por el tiempo que ha estado en venta y las cajas de la mudanza ocupan gran parte del piso de los chicos.

Ayer, cuando le dije a Nate que tenía un retraso de solo unos días, me pidió que hiciéramos la maleta, compráramos un test de embarazo y viniéramos a pasar nuestra primera noche juntos antes de hacerlo esta mañana a primera hora. No sé cómo demonios hemos aguantado toda la noche sin abrirlo y hacerlo. Supongo que la sesión de sexo continua ha tenido mucho que ver, pero nuestro autocontrol se acabó a las seis, cuando le dije que tenía que hacer pis y que iba a aprovechar porque no podía esperar más. Él sonrió por respuesta, me dejó ir al lavabo y ahora estamos de vuelta en el dormitorio. Él sentado en el colchón, yo en sus rodillas y el test en la mesita de noche. Me muerdo las uñas, muestra de lo nerviosa que estoy porque no es algo que suela hacer y Nate besa mi hombro mientras aprieta mi cintura todavía más.

—Estás embarazada —vuelve a repetir.

—No he sentido nauseas aún —susurro.

—Igual esta vez no las sientes. No tiene que ser igual en todos los embarazos, cariño.

Asiento, pero no dejo de pensar que el momento ha llegado y quizá, después de todo, no esté lista para enfrentarme a una nueva pérdida. De inmediato me corrijo a mí misma, porque no puedo adoptar esta actitud derrotista. Al revés. Tengo que intentar disfrutar de esto y pensar en positivo. Si estoy embarazada saldrá bien, el bebé nacerá sano y nosotros cumpliremos un sueño más. Todo lo que esté fuera de ese pensamiento, me sobra.

Cuando los minutos por fin pasan le miro, pidiéndole en silencio que sea él quien coja el test. Nate se ríe entre dientes, al parecer divertido por mi estado de nervios. Odio que esté tan seguro. Vale que tengo un retraso de dos días y vale que suelen decir que después de un legrado el embarazo se produce casi de inmediato, pero, aun así, prefiero no hacerme excesivas ilusiones por si...

—Positivo —dice Nate enseñándomelo—. Positivo, Esme. Vamos a tener un bebé.

Le miro con los ojos muy abiertas, recordando una escena muy parecida en un baño y a Nate diciéndome palabras si no iguales, muy parecidas. Mi corazón se acelera, le beso con ganas, para intentar calmarme, pero al final me echo a llorar igual. En realidad, no sé bien si lloro de nervios, alegría, miedo o una mezcla de todo eso. Creo que es esto último y Nate, que no es tonto, lo entiende, porque suelta el test y me tumba en la cama con delicadeza.

—Esta vez irá bien —susurra retirando algunos mechones de pelo de mi cara.

—¿Cómo estás tan seguro?

Él se cuela entre mis piernas, besa mis labios y luego baja por mi cuerpo, alzando mi camisa, que en realidad es suya, para besar mi estómago.

—Que hayas tenido un aborto no significa que vayas a tener otro, mi vida. Este irá bien, pero, si te quedas más tranquila, iremos al médico muchas más veces para que te vigilen.

—No hace falta. Sé que tantas ecografías tampoco son buenas.

—Exacto.

—Pero es que... no sé si voy a poder disfrutar de este embarazo.

Nate se queda serio por primera vez, baja de nuevo mi camisa y se estira a mi lado.

—Estarás más tensa y asustada, es normal, pero de todas formas intentaremos vivirlo con alegría, ¿de acuerdo? Aunque sea más difícil. No podemos dejar de tener ilusión por culpa del miedo.

—Lo sé —murmuro acariciando su mejilla—. Ojalá pudiera cerrar los ojos y abrirlos dentro de nueve meses.

—¿Y perdernos el proceso? —pregunta sonriendo—. Ni hablar. Tiene que ser así y lo haremos bien, ya verás.

Me quedo en silencio y me limito a besarle, intentando convencerme de sus palabras para que esto no empiece a ser un suplicio.

Irá bien, lo sé, pero porque él está a mi lado y este mes ha sido... increíble. No hablo solo del sexo, que, por supuesto, ha sido maravilloso, sino de la forma en que hemos afrontado de nuevo nuestra relación.

La semana en Nueva York se nos pasó volando. Nate aprovechó para llevarme a los sitios más turísticos, pasamos mucho tiempo con su familia y por las noches, le robábamos el estudio a Einar mientras él se quedaba en el cuarto de soltero de Nate. El pobre no se quejó, porque en todas nuestras visitas turísticas venía con nosotros y siempre acabábamos en algún bar comiendo y bebiendo. Bueno, eso ellos, yo me limitaba al agua y los zumos naturales, pero aun así fue genial. La verdad es que volver y dejarnos al vikingo allí me resultó duro y, cuando se lo dije a mi chico, admitió que él también preferiría que volviese con nosotros. Sobre todo, porque, al parecer, aunque ha salido algunas veces con compañeros del trabajo y demás, no acaba de encajar ni en su puesto, ni en la ciudad en sí. Según lo vi yo, todo lo que le pasa es que quiere volver y de momento no puede, porque está trabajando en lo suyo, gana bien y es una oportunidad, aunque no le guste. No puede volver a España para hacer de payaso en la casa del terror y sé que ir a Islandia no entra en sus planes. Eso sí, no dejo de confiar en que, con la experiencia adquirida en la universidad de Nueva York llegue a conseguir algún trabajo en España algún día.

Aparte de eso, intimé mucho con la familia de Nate, sobre todo con su madre, que me contó miles de historias de cuando él era bebé, niño, adolescente y adulto. Lo mismo me hablaba de sus escapadas de pis en la cama, haciendo que mi chico pusiera el grito en el cielo y se avergonzara, que me contaba cómo fueron sus primeras novias o borracheras. Yo me reía y la dejaba hacer porque me encantaba y me encanta imaginar a nuestro hijo o hija haciendo esas mismas cosas. ¿Se parecerá a él, o a mí? O sea, sé que tenemos muchísimas probabilidades de que físicamente sea más como Nate, pero me refiero a la personalidad. No sé si será frío como yo o cálido como su papá. Quizá tenga mi genio, pero su sonrisa. O a lo mejor saca mis ojos y su don para hacerte pensar a fondo en algo que no quieres, porque en eso Nate es especialista. No lo sé, la verdad. No sé lo que traerá con él o ella, pero sea lo que sea estaremos aquí deseando descubrirlo y acompañarle en su vida. Amarle o amarla con locura y mantenernos a su lado incluso cuando falle y haga las cosas del modo incorrecto, como han hecho nuestras familias con nosotros.

No todo será fácil ni color de rosa, eso lo tengo claro, pero hasta las partes malas estoy deseando vivirlas. Sin contar con que podrá crecer casi al parejo de sus primas Emily y Victoria. Si todo va bien, se llevarán cinco meses y poco y ya puedo imaginarlos corriendo por la urbanización, haciendo de las suyas y volviéndonos locos.

—¿De qué te ríes? —pregunta Nate a mi lado.

—De felicidad —contesto muy segura de lo que digo—. Y del futuro que nos espera.

—Mi preciosa reina de hielo... —murmura con una sonrisa dulce.

Entrelazamos nuestras manos sobre mi vientre y nos sonreímos como idiotas un ratito, hasta que Nate me besa y me prende, porque tiene el don de hacerme arder con nada. Hacemos el amor, nos susurramos todo tipo de palabras, algunas subidas de tono, otras sucias, otras románticas y otras que se convierten en promesas que pensamos cumplir. Llegamos al clímax casi al mismo tiempo y caemos en la cama rendidos

y abrazados. Me quedo dormida casi sin darme cuenta y cuando vuelvo a abrir los ojos, el sol entra por la ventana y abajo, en el salón, se oyen voces lejanas.

—¿Qué...? —pregunto moviendo a Nate, que también está dormido.

—¿Mmmm?

—Hay gente abajo —susurro.

Me asusto, pero solo me dura hasta que oigo la risa de cerdito de mi hermana Julieta y entrecierro los ojos. ¿Qué hacen aquí? ¿Y cómo han entrado?

No tengo tiempo de hacer las preguntas en voz alta porque la puerta del dormitorio se abre de sopetón y Amelia, Alex y Julieta irrumpen con amplias sonrisas y una cámara de fotos. Marco y Diego también se asoman un segundo después y yo me tapo a toda prisa con la sábana.

—¿Qué demonios hacéis aquí?

—¡Sorpresa! —Oigo el disparador de la cámara y miro a mi hermana Julieta mal, muy mal—. Anoche cuando dijisteis que queríais dormir aquí hicimos cuentas y como no somos tontos, descubrimos que es probable que tengas un retraso y hayáis venido aquí en plan moñas a celebrarlo.

—¡Y no nos equivocamos! —exclama Alex mirando el test de embarazo de la mesita de noche—. ¡Pillados!

—¡Fuera de aquí inmediatamente! —grita Nate mucho más serio de lo que yo podría imaginar.

Le miro con una pequeña sonrisa, pero él frunce el ceño y no repara en mi cara.

—Venga, tío, tranquilito, ¿eh? Encima que me quitas a la chica... —dice Marco apoyado en el quicio de la puerta.

—Además, que es una buena noticia, coño —sigue Diego—. Es positivo, ¿no? Tiene que serlo porque no veo clínex llenos de mocos o lágrimas y estáis en pelotas. El polvo de celebración habrá sido espectacular.

—¿Cómo el que echasteis vosotros? —pregunta Alex pinchándole.

—Pues no —contesta Julieta—. Nosotros no follamos porque estábamos flipando tanto que este se infló de cerveza y yo de helado de kinder. Acabamos vomitando los dos, por distintas razones. No fue bonito.

—No lo fue —admite Diego negando con la cabeza.

A mí me entra la risa, aunque Nate sigue mirándolos mal, pero es que esto es tan surrealista que, o me lo tomo con humor, o acabaré gritando como las locas.

—¿Cómo habéis entrado? —pregunto entonces.

—He forzado la puerta —dice Amelia, dejándome a cuadros.

—¿Perdón? —pregunta Nate, que se ve que ha flipado tanto como yo.

—¿Qué? —Sus enormes ojos azules se abren antes de que se encoja de hombros—. A veces tengo que entrar en casas en las que, de primeras, no me reciben con los brazos abiertos.

—¿Y cuando te cueles forzando la puerta te reciben mejor? —pregunto.

—No, pero vaya, normalmente no me esperan con flores y una invitación a cenar, así que la diferencia tampoco es tanta.

—La hierbas en el fondo es una chunga, ojo con ella —dice Alex riéndose de nuestra hermana.

—¡No me llames hierbas!

—Te inflas a valerianas y mierdas varias, así que lo eres. Lo único que tomas químico son esos antiácidos que te chutas como caramelos.

—Eres un imbécil.

—¿Has probado la marihuana? Seguro que fliparías, con lo que tú eres.

Amelia le insulta, él vuelve a pincharla, Amelia le vuelve a insultar y entran en un bucle que solo termina cuando Julieta decide pasar de la puerta y acercarse a la cama.

—Esme, no te enfades, pero... —Se masajea su abultado vientre, que es más grande que cualquier

otro de su tiempo, teniendo en cuenta que son dos, y mira de reojo a Nate—. Está en pelotas, entiéndelo, es inevitable que te pregunte si puedo echar una miradita —susurra de tal manera que todos la oyen—. Solo para comprobar que tiene un pedazo de...

—¡Julietta joder! —exclama Diego tirando de su mano hacia fuera—. ¿Por qué cojones sigues obsesionada con eso?

—¡No estoy obsesionada! Es que siento curiosidad.

—¡Pues deja de sentir curiosidad por pollas ajenas!

—¡Dejad los dos de decir polla y montar escándalos! —grita Marco siguiéndoles.

Julietta suelta una carcajada, porque a ella todo le resbala y la oigo bajar los escalones mientras mi cuñado y Marco refunfunan detrás. Yo me río, porque es inevitable y Nate sigue poniendo mala cara a Alex y Amelia.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos tomamos algo para celebrarlo? —pregunta Alex.

—Nosotros no sé, pero vosotros os largáis de aquí a la de ya —dice Nate.

Amelia intenta replicar, pero mi chico la mira de tal forma que se contiene y se da la vuelta, saliendo de la habitación y dejando a Alex solo.

—Venga, hombre, ni siquiera habéis confirmado la noticia. ¿Puedo echar una miradita al test?

—No, Alejandro, no puedes —digo en tono firme—. Largo de aquí.

—Pero...

—Sí, estamos embarazados, es evidente, pero no entiendo por qué tú necesitas que te diga las palabras exactas.

—Porque así no hay lugar a confusiones, que en esta familia ya se sabe que luego...

—Alex, fuera, en serio.

Mi hermano resopla, se da la vuelta y se marcha cerrando la puerta y dejándonos a solas. Miro a Nate con una pequeña sonrisa y acaricio su mejilla.

—Menudo despertar, ¿eh?

—Adoro a tu familia, lo sabes, pero cómo me jode que nos roben los mejores momentos de esta forma.

—Son impulsivos, metomentodos e intensos, pero no lo hacen con malicia.

—Lo sé, nena, lo sé. —Suspira y me abraza, tumbándome de nuevo en la cama y besándome los labios con suavidad—. Es solo que esta mañana, durante estas horas, quiero que estemos los dos solos.

—Los tres, dirás.

Nate sonrío, asiente y acaricia mi vientre mientras roza mi nariz con la suya.

—Sí, los tres. —Suspira y besa mi frente—. Te quiero, Esmeralda. Te quiero más que a mi propia vida.

Le miro y contengo una risa de pura felicidad, porque no puedo creerme que este hombre tan perfecto me quiera de una forma tan intensa. A veces parece un sueño, pero cuando me doy cuenta que espera una respuesta, confirmo que es real. Esta es mi vida ahora; una preciosa casa, un novio increíble y un bebé en camino. Si hace cinco años me llegan a decir que iba a tener todo lo que había soñado en silencio y mucho más, me habría enfadado con el emisor del mensaje, por no creerlo y por intentar creer que, a la gente como yo, más fría, serena y distante, no nos pasan estas cosas.

Pero pasan, claro que pasan. Después de todo, el mundo está hecho de personas opuestas entre sí que se enamoran a diario. Y si he aprendido algo de todo esto, es que la vida te va dando y quitando. Jamás llegaré a tener todo lo que quiero, sería demasiado, pero tampoco caeré en un agujero del que no pueda salir. La felicidad, como todo en esta vida, está en el equilibrio y en aceptar que debemos celebrar las cosas buenas que nos ocurran con alegría e intensidad, para que cuando lleguen las malas, podamos subsistir a base de buenos recuerdos.

—¿No vas a decírmelo? —pregunta Nate con un puchero fingido.

Me doy cuenta de que he vuelto a perderme en mis pensamientos y sonrío mientras ruedo por el colchón y me subo sobre él.

—Te quiero, Nathaniel, pero como tengo dudas de que con oírlo no tengas suficiente, voy a demostrártelo ahora mismo.

Él sonrío y me besa antes de tumbarse y dejar que le guie hacia el placer más intenso y antiguo que existe.

—¿Qué más le pides a la vida, Esmeralda? —pregunta Nate mucho después, cuando ya estamos agotados de hacer el amor y el cuerpo no nos da más que para comer algo en la cama.

—Que me quieras siempre.

—¿Y qué más?

—Y que nuestro bebé esté bien, nazca sano o sana y se convierta en alguien de provecho. Que sea feliz y no dude jamás de cuánto le queremos.

—¿Y qué más?

Sonrío, beso su pecho y llego a sus labios para susurrar en ellos mis últimas palabras.

—Y que te quedes.

Él sonrío satisfecho, me abraza y repite esas mismas palabras en mi oído, consiguiendo que el vello se me erice de una forma que ninguna otra frase consigue. Apoyo la cara en su torso, cierro los ojos y deseo con fuerza que esto no sea más que el inicio de algo inmenso.

Epílogo

—¿De verdad era necesario que vinieran todos? —pregunta Nate en tono bajo.

Sonrío y miro al fondo de la sala del ginecólogo, donde mi padre, Sara, Alex, Amelia, Diego, Julieta y Marco se han apretujado de mala manera para presenciar este momento. Es algo que no pudimos hacer con Julieta por las circunstancias y, esta vez, todos tenían claro que no querían perderselo.

Estoy embarazada de veinte semanas; cuatro meses, más o menos, y en teoría, en esta ecografía sabremos el sexo del bebé, por fin. Estoy nerviosa, pero feliz. El primer trimestre fue infinitamente mejor que con mi primer embarazo. Sufrí náuseas y vomité alguna vez, pero nada tan exagerado como con el primero. Pude disfrutar de la comida, aunque cogiera asco a varios alimentos. El olor a fritura, por ejemplo, me repulsa y es capaz de hacerme vomitar, así que ya no vamos a lo de Paco. Bueno, en realidad al restaurante de Diego y su familia tampoco vamos, porque el de las salsas, si es fuerte, tampoco lo tolero. En definitiva, no vamos a restaurantes, pero aparte de eso, todo genial.

Mi vientre ya se ha abultado, claro que no es nada en comparación con el barrigón que luce mi hermana, que está a punto de parir. Como además son dos y ella es pequeñita y muy delgada, parece aún mucho más. Para ser sinceros, da miedo y Alex ha empezado a llamarla «La barca» porque dice que, si se cae de boca, hará el movimiento de una barca al mecerse. Alex es un capullo, pero, inexplicablemente, a Julieta la tontería le hizo una gracia tremenda y lejos de tomárselo a mal, se ríe cada vez que se lo dice.

Yo, por mi lado, tengo una barriga pequeñita, pero, según Nate, preciosa y perfecta. ¿Qué va a decir él? Se le cae la baba cada vez que me pilla frente al espejo haciendo posturitas de perfil. No lo puedo remediar, estoy deseando que me crezca más para lucir orgullosa mi barriga, aunque mi hermana diga que es una mierda, que le duele todo el cuerpo y que a ver si salen ya porque en una de esas patadas a dos bandas que recibe acabarán sacando las piernas por su ombligo. Entiendo su incomodidad, pero yo, de todas formas, estoy deseando llegar a ese punto.

—Les hace ilusión —le digo a Nate—. Además, así es más bonito.

—A mí mientras no me quiten mi sitio... —Acaricia mi frente con una mano y con la otra se aferra a la camilla haciéndome reír.

—¿Lista, Esmeralda?

—Estamos listas, estamos listísimas —dice Amelia asintiendo—. ¿Qué es? ¿Una niña? Otra niña, seguro. En esta familia las niñas van por mayoría.

—Un niño, hombre, un niño —sigue Alex—, que se equilibre un poquito la cosa.

—Lo importante es que venga bien —responde mi padre.

—Es niña. —Julieta parece muy convencida—. Si fuera niño, suponiendo que salga medio mulato, como el padre, se le hubiera visto la tranca en la semana ocho.

—¡Julieta! —Exclama la familia al completo mientras ella pone los ojos en blanco.

Yo me río, me fijo en Nate que se ríe entre dientes también y besa mi frente con cariño antes de mirarme.

—¿Lista para saberlo? —Asiento y él mira al doctor para que hable de una vez.

El ecógrafo se mueve por mi vientre y veo la silueta de mi bebé pataleando y mover las manitas. Pienso que es bastante nervioso, o nerviosa, claro que aún tiene espacio de sobra para moverse y conforme crezca se irá encajando más y más.

—Aquí tenemos las piernas —dice el doctor trayéndome de vuelta de mis pensamientos—. Aquí el cordón umbilical... Y aquí, esta cosita de aquí, es su pene.

—¿Pene? —pregunto con una sonrisa—. ¿Un niño?

—Sí, Esmeralda, vas a tener un varón. Felicidades.

Me río un segundo, pero de inmediato me echo a llorar mientras Nate me besa la cara y los labios y oigo a mi familia festejar al fondo. La consulta se ha convertido en un circo y me imagino que el doctor fliparía mucho, si no fuera porque es compañero de Nate y estamos en la clínica privada en la que él trabaja.

Yo estaba decidida a parir en la pública, para que pudiera atenderme Eli, pero resulta que hace dos meses Nate la avisó de que en su clínica buscaban matrona, le echó un cable y ahora trabaja en el mismo hospital que mi chico, así que no puedo estar más feliz, la verdad, porque al final voy a tenerlo todo sin tener que marearme demasiado. De hecho, si ella no está aquí es porque en estos momentos está trabajando, pero estoy segura de que cuando se entere se alegrará hasta el infinito de que Óscar vaya a tener un amigo en el futuro, cuando la diferencia de edad no sea tan notoria.

—Un niño... —Nate me mira emocionado, y ver sus ojos brillosos hace que lllore aún más—. El pequeño Noah...

Asiento y sonrío, alzándome para besarle y pensando en el nombre que decidimos ponerle a nuestro bebé si resultaba ser un niño. Noah, que significa «Confortar, consolar o aliviar», nos pareció el más apropiado. Este bebé jamás sustituirá al que perdimos, pero viene a llenar un hueco que los dos teníamos. Una necesidad de darle todo nuestro amor a un ser humano creado por nosotros. Y ahora, que cada día es más real, me parece tan maravilloso que me da miedo pensar en ello.

Recuerdo el momento en que Nate me dijo el nombre de Noah por primera vez. Estábamos en la cama; él leyendo en internet listas de nombres y significados y yo empapándome uno de esos libros que, según mi chico, no necesitamos, porque él es pediatra. Yo suelo poner los ojos en blanco y leerlos de todas formas, porque no puedo cambiar mi tendencia a querer controlarlo todo, pero ahora, al menos, consigo relajarme cuando se mete conmigo de broma y hasta le río la gracia alguna que otra vez. El caso es que de pronto me miró, me señaló un nombre de la pantalla y, en cuanto vi el significado, lo tuve tan claro como él, a juzgar por su sonrisa. Sin palabras decidimos que sí, que se llamaría Noah si era niño. Ahora que el momento ha llegado, no sé cómo sentirme al respecto.

Bueno, sí, lo sé, claro, me siento feliz. Por él, por mí y por mi familia, que sigue coreando una canción infantil con el nombre de mi hijo mientras Julieta pide que hagamos la ola y Diego le pide a ella que se calme, a ver si no se pone de parto aquí mismo.

—Camino al hospital que nos ahorramos —dice ella haciéndonos reír.

Por suerte, eso no ocurre y puedo vestirme, hablar con el doctor y despedirme de él sin que mi hermana dé la nota rompiendo aguas o algo por el estilo.

Llegamos a casa de mi padre y las cervezas empiezan a correr mientras yo me siento al lado de Nate, en el sofá, y él se acerca a mi oído para poder hablar sin que nos escuchen.

—¿Pensaste que llegaríamos a vernos así alguna vez cuando nos conocimos?

—Te conocí en la primera yincana de Sin Mar —le contesto—. Lo único que pensé es que eras demasiado guapo, escalabas demasiado bien y seguramente eras un creído de narices.

—Fallaste en todo.

—De eso nada. Eres demasiado guapo, escalas muy bien, sobre todo por mi cuerpo, y tienes un ego importante, aunque lo justifiques diciendo que solo es seguridad en ti mismo.

Nate ríe entre dientes y besa mis labios con ternura antes de poner una mano en mi vientre.

—La primera vez que te vi, me quedé embobado pensando que eras preciosa y que tenías los ojos más bonitos que había visto nunca. Ahora no dejo de pensar que ojalá nuestro hijo los herede.

—No creo...

—¿Por qué no? No sería nada raro. Un mulatito de ojos verdes...

—Dios, no se va a poder quitar a las niñas de encima.

—Seguramente Emily y Victoria se ocupen de eso.

Me río imaginándolos a los tres dentro de unos años y mi sonrisa se amplía hasta límites casi dolorosos para mis mejillas.

—Ojalá estén tan unidos como mis hermanos y yo.

—Lo estarán. Y se sumaran más primos, y más hermanos... ¿No?

—¿Ya piensas en un segundo, Nathaniel?

—Y en un tercero, si me apuras.

Pienso mientras me río, que no sé si tendré tres, pero sí me gustaría ampliar a uno más. Claro que el tiempo dirá. De momento, me vale con que Noah venga al mundo y se ocupe de darnos guerra y alegrías a partes iguales junto a sus primas.

Miro a mi hermana Julieta hacer sentadillas mientras le asegura a Diego que son buenas para desencadenar el parto. Alex la imita con movimientos ridículos provocando la risa de Amelia, que se está tomando la segunda cerveza del día. Esta chica es muy hierbas, pero las cervezas no las deja ni loca.

Marcos graba la escena, mi padre le regaña y le advierte que más le vale no subirlo a internet y Sara riñe a mi padre para que deje al chico tranquilo.

Y yo estoy aquí, con Nate susurrando preciosas palabras en mi oído, con su mano en mi vientre y con una sonrisa inmensa cuando, de la nada, siento algo por dentro. Algo real, que dura apenas un segundo, pero hace que me emocione al punto de tener que contenerme para no echarme a llorar.

—Eh...

Nate me mira preocupado, poniéndose alerta de inmediato.

—Acaba de darme una patada —le susurro a mi chico—. Lo he sentido, Nate. Lo he sentido con mucha claridad. Está moviéndose y lo he notado.

Él sonrío, mira mi vientre y se agacha para besarlo antes de subir a mis labios y murmurar en ellos.

—Te está saludando, mami. Eso es que le gusta su nombre.

Me río, miro a mi familia, que sigue haciendo el ganso de distintas maneras, y lloro en silencio, esta vez, de alegría. Miro a Nate y decido que este es el momento perfecto para decirle una de esas palabras raras que memoricé hace ya un tiempo.

—Kairosclerosis —susurro.

Nate saca su móvil de inmediato y busca a toda prisa la definición. Cuando la encuentra la lee en tono bajo, solo para nosotros: «*El momento en el que te das cuenta de que eres feliz*».

Me besa con tantas ganas que hasta la familia se mete con nosotros y empieza a soltarnos puyas para que nos vayamos a nuestra casa. Nos reímos y les ignoramos. Nate acaricia mi nariz con la suya y la besa con gesto dulce.

—Kairosclerosis —repito de vuelta.

Sonrío y decido que sí, es hora de que nos marchemos a casa y empecemos con la celebración íntima.

Hace unos meses, la vida me puso a la misma distancia de mis sueños que de mis pesadillas. Hoy puedo decir, después de haber vivido un poco de cada cosa, que no cambiaría nada. Ni siquiera los malos momentos y, aunque suene mal, ni siquiera la pérdida de nuestro primer bebé, porque fue él, o ella, quien me enseñó que la vida es demasiado corta y puede acabar en apenas unos segundos, y es por eso que no debemos desperdiciarla parándonos en nuestro camino para sufrir por cosas que, en realidad, no merecen tanta atención en muchos casos. Nos frustramos a diario, nos obsesionamos con nuestros puestos de trabajo y nos pasamos las horas soñando con algo mejor, sin darnos cuenta que, mientras esos sueños se tejen, la vida se nos escapa como agua entre los dedos. No cambiaría nada, porque estoy segura de que todo aquello fue necesario para que yo aprendiese a valorar lo que tengo y, sobre todo, lo que soy.

Ahora solo espero que algún día Noah pueda ser feliz y aprender de sus errores como lo hicimos su

padre y yo. Que se caiga, se hinque de rodillas para intentar levantarse, consiga ponerse de pie, se limpie las raspaduras y siga caminando, pese a las dificultades. Que luche por lo que quiere y no se rinda nunca. Y, sobre todo, que encuentre a alguien que le adore con la misma intensidad que Nate y yo nos adoramos. Que el día de mañana, pueda mirar a alguien a los ojos y tocar su corazón. Que se declare y le pida a esa persona que le quiera, pero, sobre todo, que se quede a su lado.

Porque querer es fácil, lo difícil es quedarse.

Contenido extra

En mis planes no entraba hacer contenido extra, la verdad, pero esta es una escena que rondaba mi cabeza desde hace unos días y, por más que quiero, cuando estos personajes se empeñan en hablar, yo soy incapaz de callarlos. Espero que os guste y la disfrutéis tanto como yo.

Si llego a saber que esto iba a doler así, me ligo las trompas. Y no es broma, ni exageración. ¡Dios mío de mi vida! ¿Es necesario que tenga que sentirme como si tuviera dentro un alíen con nave espacial y todo?

—Tienes que respirar, pequeña, acuérdate de respirar.

—Mira, poli, como me digas otra vez que respire, te comes el gotero, la bolsa del suero y hasta la aguja que tengo clavada en la muñeca —contesto con los dientes apretados—. ¡Respira tú, joder!

—Madre mía, el espectáculo que estás dando.

Miro a Marco con los ojos entrecerrados y aprieto los puños, agarrando con fuerza las sábanas.

—¡Dime eso aquí en la cara, si tienes huevos!

El chico ríe entre dientes, se levanta y se acerca a mí con parsimonia y chulería. Es increíble lo que ha cambiado desde la primera vez que lo vimos y, aunque no voy a reconocerlo en este momento, me siento más orgullosa que nadie de ver el hombre en el que se está convirtiendo. Tiene un ego que no cabe en España, pero vaya, eso es herencia de familia, porque su tío es igualito. Cuando está a la altura de la camilla acerca su cara a la mía, sonrío de medio lado, posa su mano en mi tremenda barriga y besa mi frente con tanta dulzura que se me saltan las lágrimas.

—Ánimo, valiente, ya queda nada.

—Duele un cojón —digo con un hilo de voz.

—Me imagino, pero dentro de un ratito en casa seremos cinco, en vez de tres. Por fin seréis mayoría de mujeres. ¿No merece la pena el dolor solo por torturarnos a placer luego?

Me río y asiento antes de mirar a Diego, que sigue dando vueltas y apretando la mandíbula. A ratos pienso que cuando a mí me da una contracción a él le hace réplica, porque no es normal lo que se tensa el hombre.

—¿Me das un beso?

No he acabado de hacer la pregunta cuando le tengo a mi lado, sujetando mi cara entre sus manos y besando mis labios con suavidad. Las manos de Marco abandonan mi vientre y acto seguido sale de la habitación para dejarme a solas con su tío.

—¿Necesitas algo? —pregunta acariciando mi frente con dulzura.

—Que me rajen en canal y las saquen de una vez.

—¿Y algo menos sangriento? —pregunta poniendo cara de circunstancias.

Me río y niego con la cabeza, tumbándome en la cama y cerrando los ojos mientras pienso que, en realidad, puedo con esto. Cuando viene una contracción duele mucho, sí, pero oye, cuando se va, me quedo muy tranquilita. Si el parto consiste en esto todo el tiempo, no va a ser tan malo como yo pensaba.

Dos horas después reniego de Diego, Dios y todo lo que se me cruce por delante mientras Eli me pide que no empuje todavía, a pesar de que mi cuerpo me pide hacerlo con una urgencia que me consume.

—¿Sabéis qué? —pregunto exasperada— ¡Eh! ¿Sabéis qué? ¡He decidido que paso de hacer esto!

—Me siento en la cama sudando y gruñendo de dolor, porque la epidural no me está haciendo nada. Intento bajar las piernas del caballete y grito con todas mis fuerzas—. ¡Me voy a mi puta casa! ¡Renuncio a la maternidad!

—Estás a punto de parir —dice Eli con calma—. No puedes renunciar.

—¡Puedo! He decidido que no quiero hacerlo y nadie puede obligarme. ¡Nosotras parimos, nosotras decidimos!

—Eso te servía hace nueve meses, no ahora.

—Eli, eh, eh, mírame. —Ella lo hace y suspira con paciencia, porque la mujer está acostumbrada a estos espectáculos, pero la confianza da asco y se le nota que está harta de aguantarme—. Si me metes un chute de algo que me duerma, me haces una cesárea y las sacas sin que me entere, pongo mi coche a tu nombre.

—Tu coche es una mierda, para empezar, las niñas están bien colocadas para salir por el canal natural, para seguir, y tú me hiciste prometer que, pasara lo que pasara, evitaría hacerte una cesárea a no ser que fuera urgente, porque querías vivir el momento intenso y sangriento del parto.

—Bien mirado, no hay nada más intenso y sangriento que una buena cesárea.

Eli se ríe, Diego resopla y yo le miro mal, muy mal, porque él no entiende que voy muy en serio cuando digo que me he arrepentido de esto. Que duele como si me estuvieran abriendo en canal y no me apetece nada, pero nada, morirme aquí de la manera más tonta cuando esto se arregla con un bisturí. ¡Y si no tienen ovarios o huevos de hacerlo ellos que me lo den a mí, que ya me hago el apaño! Lo grito, pero no me hacen caso. A mí nadie me hace caso desde que ingresé, y es una cosa que me molesta muchísimo.

Ojalá pudiera hablar con Tempanito para decirle que no tenga prisa por llegar al parto, porque esto es el infierno personalizado. Las paredes del paritorio las pintan blancas para disimular y engañar al personal, pero a mí ya no me la dan. Satán viste de médico y mi castigo divino por ser tan de esta forma, es parir no una, sino dos niñas.

Grito, me enfado, digo tacos y hasta insulto a mi novio por tener un esperma tan potente. Por suerte el poli se lo toma con filosofía, me agarra la mano con fuerza y me dedica palabras bonitas, aunque yo le esté diciendo de todo, menos bonito.

—Bien, Julieta, ya es la hora —dice Eli por fin—. ¿Estás lista para empujar?

Asiento, pero la verdad es que no lo estoy. Quiero llorar, no solo de dolor, sino de miedo. Ya vienen. Ya casi están aquí. Dos niñas. Dios mío, ¿qué hemos hecho? ¿Cómo vamos a criar dos niñas, si apenas podemos aguantar un día entero siendo maduros y racionales? Tenemos a Marco, pero es distinto, porque él, aunque sea un poco capullo, ya se limpia el culo solo, entre otras muchas cosas. Esto es un marrón tremendo y cuando miro a Diego, que respira con dificultad y mira entre mis piernas mientras yo empujo dejándome hasta el alma, me doy cuenta que está tan asustado como yo.

El parto es largo, eterno para mí, aunque luego en el informe ponga que la expulsión solo ha durado unos minutos. A mí se me hace interminable, al menos hasta que una de las niñas sale, por fin, y la dejan caer sobre mi pecho.

Tiene el pelo negro, la piel blanca como la leche y unos ojos inmensos, abiertos y vivos. Lloro, esta vez de alegría, porque casi parece que venga dispuesta a no dormir para no perderse nada de la vida que le espera.

—Es preciosa... —dice Diego con la voz rota.

Le miro y me doy cuenta de que llora, pero ni siquiera me sale hacer un chiste de eso. ¿Cómo podría, cuando yo misma soy incapaz de describir este momento? Una niña sana y preciosa que ni siquiera ha llorado para venir al mundo.

—Mírala, Diego, mira qué perfecta es —susurro hipando y sin dejar de llorar.

—Ella será Victoria. Tiene cara de no dejarse vencer ante nada —responde mi chico.

Asiento de inmediato y le miro, momento que aprovecha para besarme en los labios con fuerza antes

de que Eli nos diga que tengo que prepararme para parir la segunda.

El método es el mismo, pero esta vez ya no me quejo. Ahora estoy deseando volver a sentir lo mismo y acabar, por fin, con la parte del sufrimiento físico para empezar a disfrutar nuestra nueva vida.

El esfuerzo es tremendo y cuando Emily, nuestra segunda hija, por fin sale, estoy agotada y me cuesta tener los ojos abiertos. Siento que me la ponen en el pecho y me despierto un poco cuando la oigo llorar. Es idéntica a su hermana, pero ella sí tiene los ojos cerrados y grita con fuerza, contagiando a Victoria, a la que me ponen también en mi pecho unos segundos después. Diego vuelve a llorar, yo creo que, en parte, no veo por las lágrimas que caen de mis propios ojos y ellas gritan, como diciéndole al mundo que se prepare, porque ya están aquí y vienen dispuestas a dar mucha, mucha guerra.

No podía ser de otra manera.

Miro a mi poli, que se abraza a nosotras como puede mientras sus labios tiemblan en mi oído.

—Gracias, pequeña bruja, gracias por esto. Es el regalo más grande que podías darme en la vida. Te quiero, te quiero, Dios, te quiero tanto...

Giro la cara y le beso con suavidad, susurrándole que yo también le quiero y deseando poder estar en casa con él, Marco y nuestros bebés. Ahora que todo ha pasado, mientras me cosen, solo puedo pensar en llegar al piso y disfrutar de nuestra nueva vida.

Hemos decorado el que era el cuarto de Einar para las gemelas, y Marco se ha quedado con el que ocupaba Nate. Nuestra casa ha pasado de ser un piso compartido por tres amigos solteros, a convertirse en el hogar que ha visto nacer nuestra familia.

Apoyo la cabeza en la camilla y pienso, no por primera vez, que para lo loca que estoy, he tenido una suerte tremenda en la vida.

Nota

Espero que hayáis disfrutado al máximo de la historia de Esmeralda y Nate, y me alegra contaros que esto no acaba aquí.

¿Qué me decís? ¿Os quedáis conmigo y apostáis por la tercera entrega de la serie?

Nos vemos por la plaza, la tienda de Julieta, el bar de Paco, la casa de los cuatrillizos o cualquier calle perdida de Sin Mar.

Cherry Chic.

Agradecimientos

No sabéis lo afortunada que me siento porque, desde que publiqué mi primer libro, este apartado ha crecido de forma considerable y eso, para mí, es señal del montón de gente bonita que he conocido en el camino. ¡Ahí voy!

A mi padre, por decir con silencios lo que muchos no sabrían expresar a gritos. Gracias por darme tanto sin pedir nada a cambio.

A mi madre, pilar y sostén de nuestra familia. Gracias por enseñarme el valor del trabajo.

A mi hermana, amiga y, simplemente, imprescindible en mi vida.

A mi mejor amigo, compañero y marido. Sobran las palabras.

A mi hija, por ser luz brillante en el más oscuro de mis días y mi razón de vivir.

A Red Lips. Otro libro, otra portada, otro nacimiento y tú ahí, como siempre, incansable. A mi lado, aunque nos separe un país entero. Me siguen faltando palabras para agradecerte tanto. Love you, Moñas mía.

A Saray, por aparecer, tomarte el tiempo de conocerme y quedarte, que ya es mucho. Por las charlas, los consejos y, sobre todo, por tu amistad. Ojalá te quedes en mi vida muchos, muchos años.

A Neira, por los buenos consejos, por intentar ayudarme cada vez que acudo a ti y por leer mis proyectos con tanto cariño.

A Nicole, por seguir a mi lado y ayudarme tanto desde el día que decidí dedicarme a esto.

A Nuria, Inés y Vane, por las risas, los audios, las dietas estafalarias, la ayuda leyendo mis proyectos y dándome vuestra opinión sincera, los desvaríos y hasta por las discusiones. Pero, sobre todo, por el cariño que me dais a diario y por esta amistad que ya considero imprescindible en mi vida.

A Sonn, por leer conmigo capítulo a capítulo, por enamorarte de Nate y Esme con la misma intensidad que yo, por el apoyo incondicional y por tu amistad.

A May por cada montaje, gif, marcapáginas, colgantes y mil cosas más que me envías, pero, sobre todo, por tu amistad.

A Luce, por hacerme llegar tanto cariño desde tan lejos. Por hablarme a diario y no permitir que me sienta sola. Increíble lo que logras a través de una pantallita. Has sido un regalo en mi vida.

A Meg, Kristine y Juliette, el resto de las Zapatillas, por acompañarme cada día en redes sociales y hacerme llegar vuestro cariño. Os aseguro que lo siento a diario y es un alivio inmenso saber que no estoy sola, porque siempre estáis ahí, listas para respaldarme. GRACIAS.

A las hadas en general, por el apoyo incondicional y por cruzaros en mi camino.

A Mirian, Mar, Trini y todas las personas que en algún momento de esta historia me dieron ánimos para seguir adelante.

A las redes sociales y la gente que me busca en ellas, porque lográis a diario que sonría con vuestra ilusión, vuestros comentarios, vuestro cariño y vuestras ansias por leer algo mío. No sabéis lo especial que me siento al darme cuenta de que puedo llegar a vosotras a través de mis letras.

A los blogs literarios que contactan conmigo para informarme de que han reseñado alguna de mis historias. Mil gracias por vuestro trabajo gratuito y, a veces, infravalorado.

A vosotras, lectoras, que conseguís que yo me levante cada día con la ilusión de poner en vuestras manos una historia más.

Y sobre todo a Julieta. Gracias, pequeña bruja, por ser la primera en llegar a mi vida, abrir la puerta de Sin Mar y poner mi mundo un poquito patas arriba.

Sobre la autora

Soy Cherry, tengo treinta años y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que fue antes de sufrir la pubertad.

Vivo en el sur, rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Cuando no estoy intentando evitar que Minicherry ponga el mundo patas arriba me dedico a coger el portátil y dar vida a mis niños.

Me encanta leer, comer –sobre todo cosas que engordan–, la música, las zapatillas, los vikingos, la tecnología –fiki en potencia–, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a Pinterest, entre otras cosas, y suelo pasar veinte horas al día en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.

Creo que no me dejo nada.

¡Ah sí!

Puedes seguirme en mis redes sociales, tengo un montón y a veces no me aclaro ni yo, pero me mola candidubi subir fotos de Minicherry, tíos buenorros que me inspiran y esas cosas.

[Facebook: Cherry Chic](#)

[Instagram: Cherrychic](#)

[Pinterest: Cherry Chic](#)

[Goodreads: Cherry Chic](#)

[Twitter: Cherrychic](#)

¡También tengo un blog! –tengo un montón de cosas, lo sé–. Te dejo la dirección y tú si quieres te pasas y si no, pues no.

<https://cherrychic.wordpress.com/>